

UNIVERSIDAD DE OVIEDO
DEPARTAMENTO DE HISTORIA

TESIS DOCTORAL

Relaciones de poder en las comunidades protohistóricas del Noroeste
peninsular. Espacios sociales, prácticas cotidianas e identidades de género.

AUTORA: Mónica González Santana

DIRECTOR/A: Rosa María Cid López

OVIEDO 2011

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4-14
I. BREVES REFLEXIONES HISTORIOGRÁFICAS	15-32
II. LAS COMUNIDADES PRERROMANAS DEL NOROESTE PENINSULAR. NUEVOS MODELOS DE HÁBITAT. LA MONUMENTALIZACIÓN DE LOS ESPACIOS HABITACIONALES	33-115
II.A. Tiempo y espacio	37-41
II.B. Hábitat castreño: génesis y desarrollo	42-67
II.B.1. El estudio de los Paisajes fortificados. Una nueva propuesta de interpretación arqueológica	45-51
II.B.2. Modelos de ocupación. Modelos de apropiación	52-67
II.I.B.2.1. El tiempo como elemento legitimador identitario. La apropiación del pasado a partir de la experiencia funeraria: el caso de Monte Areo	55-61
II.I.B.2.2.El tiempo como elemento legitimador territorial. Del pasado que no se “olvida” al presente monumentalizado	62-67
II.C. La articulación del paisaje castreño	68-78
II.C.1. La ría de Villaviciosa	72-75
II.C.2. La cuenca de Oviedo	76-78
II.D. Espacios de poder. De lo real a lo simbólico	79-91
II.E. La sacralización del poder masculino	92-113
II.I.E.1. Espacios culturales	94-98
II.I.E.2. Divinidades prerromanas	99-109
II.I.E.3. Dedicantes.	110-113
II.F. Construyendo fronteras. Espacios masculinos y femeninos en el imaginario de las comunidades protohistóricas	114-115
III. AUTOSUFICIENCIA DOMÉSTICA, PRÁCTICAS COTIDIANAS E IDENTIDAD FAMILIAR	116-186
III.A. El poder masculino como articulador del paisaje social. Los cambios de identidad	119-139

III.A.1. La ficción comunal como modelo social. De las estructuras de almacenamiento colectivo a la autosuficiencia familiar	122-127
III.A.2. Visibilización y monumentalización de los espacios domésticos	128-132
III.A.2.a. Políticas de consolidación familiar y discurso maternal	131-132
III.A.3. Excelencia masculina y cotidianidad femenina	133-139
III.B. Especialización femenina. Producción y mantenimiento de la vida social	140-186
III.B.1. “A pedir de boca”. La tecnología culinaria en el desarrollo de la identidad femenina: recursos, procesado y presentación	142-166
- Disponibilidad y elección de recursos alimenticios	142-147
- Del campo a la cocina. Los útiles líticos y el instrumental cerámico en el procesado y la presentación de los alimentos	147-158
- De la cocina a la mesa. Élités familiares y discursos culinarios	158-166
III.B.2. La instrumentalización de las mujeres en la generación de redes sociales.	167-186
- La generación de redes sociales: filiación, sucesión y herencia	173-180
- Hijas, hermanas, esposas y madres. La socialización de las nuevas generaciones	181-186
CONCLUSIONES	187-194
BIBLIOGRAFÍA	195-259
ANEXOS	260-345

Introducción

INTRODUCCIÓN.

“Estrabón (III,165), informa sobre la ginecocracia de los cántabros, sobre el exclusivo derecho hereditario de las hijas. Me hizo volver a esta información la investigación publicada por Eugène Cordier en la *Revue Historique de droit français et étranger* (París, 1859, p.257-300 y 353-396), bajo el título “Le droit de famille aux Pyrénées”, cuyo resultado suministra una curiosa confirmación de varias de mis ideas fundamentales”

(Johann Jakob Bachofen, *El matriarcado*, 1987: 244).

Comienzo con este texto del jurista y mitólogo Johann Jakob Bachofen por dos razones que creo fundamentales. La primera por constituir uno de los detonantes en la inspiración de este trabajo. Y la segunda, por servir como ejemplo de la laboriosidad con la que el autor trató de acercarse al pasado humano. Un pasado proyectado desde la imaginaria evolucionista, con un antes acunado por el “desorden” del poder materno y un después acompasado por el poder del “orden” paterno (Iriarte, 2002). Se creaba así un escenario en el que, a partir de los grandes clásicos, las comunidades del noroeste peninsular y en concreto, los cántabros, emergían como paradigma de esa primigenia existencia matriarcal. De esta forma, nacía una teoría de gran calado en el mundo académico (Magaña, 2006) y que, pese a los tintes androcentristas, ha servido y sirve, a muchas feministas, como *thronus* en el que volver a sentar a la Diosa Madre y con ella, la tranquilidad de saberse, otrora, en el poder (Gimbutas, 1989). Un poder ansiado que, sin embargo, gestiona sus propias trampas.

En este caso, la conveniente perspectiva evolucionista en la que Bachofen subraya “la positividad del advenimiento del patriarcado” (Iriarte, 2002:23).

Precisamente, a través de esa supuesta caída del matriarcado fue como comencé a interesarme por las relaciones de poder, el género y la estructuración de un sistema patriarcal capaz de legitimar esas relaciones desde la desigualdad (Saltzman, 1992). Y en esos mimbres, la puesta en escena de las comunidades del Noroeste peninsular, como ejemplo de “sociedades igualitarias” (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998), me obligaba a cuestionarme si realmente podíamos seguir manteniendo este modelo, una vez que introducíamos el género como categoría de análisis. De esta forma, se esbozaba el objetivo de esta tesis, por el que intentaría acercarme a las poblaciones que conformaron la llamada “cultura castreña” Astur (Fernández-Posse, 1998), a través, entre otras cosas, del estudio del poder como relación de fuerzas (Foucault, 1999). Comenzaba, así, una aproximación enraizada en la convicción de que “todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significados e imponerlos como legítimos disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza” (Bourdieu, 1977:4). Sabiendo esto, mi hipótesis partía de la necesidad de desentrañar esas relaciones de fuerza y, en función de las mismas, averiguar cuáles fueron los procesos de imposición-legitimación establecidos a través, entre otras cosas, de la política del disimulo (Balandier, 1994). En ese sentido, los trabajos de Michel Foucault (1999, entre otros) o Pierre Bourdieu (1988, entre otros) insistían en el acercamiento a esos procesos desde la cotidianidad, desde la puesta en escena del día a día y por lo tanto, a través del análisis de la materialidad que acompaña la vida diaria. De la misma manera, ambos autores apuntaban como “no existen relaciones de poder sin resistencia; éstas son más reales y más eficaces cuando se forman allí mismo donde se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no tiene que venir de afuera para ser real; pero tampoco está atrapada por ser compatriota del poder. Existe porque está allí, donde el poder está: es pues como él, multiforme e integrable en estrategias globales” (Foucault, 1981: 82). En este sentido, cotidianidad y resistencia parecían, en principio, poder esbozar una imagen más cercana de la relación mantenida entre ambos sexos.

Siguiendo con los objetivos planteados a la hora de abordar esta tesis, consideré imprescindible comprometerme con los análisis de identidad (Butler, 2004 y Hernando, 2002), los supuestos sobre las “tecnologías del género”¹ (De Lauretis, 1991) y los enfoques

¹ Teresa de Lauretis elabora el concepto de “tecnología del género” a partir de la tesis de la “tecnología del sexo” del Foucault (2005), entendiendo el género como una construcción cultural y no como una

que desde la teoría crítica feminista se aplicaban a la ciencia en tanto espacio social generizado (Haraway, 1995 y Harding, 1996). En esta línea, pero sin adentrarse en la problemática planteada desde las teorías feministas (Amorós, 1997), profesionales de la arqueología como Alfredo González Ruibal (2006) o Felipe Criado (1991), recogían esa ruptura con la epistemología tradicional, acometiendo la compleja labor de sumarse al modelo de una ciencia social crítica y autoreflexiva. Sabiendo esto, y con el acompañamiento de la ardua labor de relectura histórica emprendida por Simone de Beauvoir en “El segundo sexo” (2005), esbozaba como premisa metodológica la propia relectura de las fuentes arqueológicas, incorporando, además, cuestiones tales como el estudio de los modelos de hábitat y de los usos espaciales y temporales, de las prácticas cotidianas y de las distintas identidades que, entre otras cosas, se irían desarrollando entre estas comunidades, y que, consideraba, facilitarían la visibilización de las relaciones de poder mantenidas entre ambos sexos.

Con la intención de favorecer esa visibilización sopesé la posibilidad de incluir otras disciplinas en el desarrollo de este trabajo. De esta forma, decidí utilizar los materiales epigráficos y el *corpus* literario destinado a dar habida cuenta de las costumbres de los “bárbaros montañeses”, como elementos claves a la hora de complementar los datos extraídos del análisis arqueológico. Sabiendo ésto y antes de continuar, quisiera matizar un par de cuestiones en relación a las fuentes y la obligatoriedad de realizar un repaso crítico al uso de las mismas. En ese sentido, cabe señalar el desafío que supone la necesidad de romper con el parcial aislamiento en el que trabajan disciplinas como la historia o la arqueología, una situación que dificulta la puesta en común y fomenta la creación de cotos privados de conocimiento. Ciertamente es, que no toda la investigación participa de este proceder, sin embargo se puede observar cierta pasividad a la hora de tratar algunas actitudes tendentes a compartimentar el conocimiento en función de las llamadas ciencias auxiliares². Sobre todo cuando nos enfrentamos a disciplinas, aparentemente tan alejadas del positivismo empírico español, como la antropología o la etnografía³. Resulta necesario, además, advertir del estado de la investigación arqueológica en el Noroeste Peninsular, dado

manifestación biológica y por tanto natural. De esta forma, la autora revela la existencia de distintas prácticas discursivas (educación, religión, ideología, socialización, etc.) encaminadas a definir y representar tanto la feminidad como la masculinidad.

² Cabe mencionar al hilo de esta cuestión las consideraciones de Narciso Santos cuando apunta que las “ciencias auxiliares, practicadas como disciplinas aisladas, no se entienden sin su aplicación a la historia antigua; en ese sentido la filología, en su concreción en la onomástica (antroponimia) y toponimia, ofrece unos resultados que sobrepasan las tareas estrictas del filólogo y empiezan a ser útiles al historiador” (2006:21).

³ Cabría recordar aquí el íntimo caminar que ambas disciplinas, arqueología y antropología, mantienen en el mundo anglosajón. Sobre este tema ver el artículo de Olga Sánchez (2008), entre otros.

que, al día de hoy carece de un entramado capaz de facilitar una visión más allá del terreno de lo local. Pese a esto, las piezas del puzzle, poco a poco, comienzan a encajar. Ahora bien, la situación plantea otra serie de problemas añadidos de cara a la investigación y posterior difusión de los resultados obtenidos: las dificultades operantes en cuanto al acceso a memorias, materiales, etc. lo que a la postre impide la cuantificación y cualificación de esos mismos resultados⁴. Un ejemplo de la permisividad institucional, en cuanto a la creación de barreras divulgativas y cotos privados de conocimiento, lo encontramos en la reciente polémica que ha suscitado la aparición de más de 20.000 piezas en una “búnker” de la Campa Torres. Sin profundizar en dicha controversia, solo apuntar las palabras que el director de Turismo y Patrimonio ha emitido al calor del enfrentamiento suscitado: "todos los investigadores autorizados tienen la obligación de hacer el depósito de las piezas y entregar una memoria. Esto no se está produciendo con la debida diligencia en todos los casos, por eso estamos mejorando el seguimiento del Museo Arqueológico en ese aspecto" (www.europapress.es, Oviedo 23 de abril 2010). En este estado de cosas, tal parece que la desconexión social científica no es un problema aislado, sino que se ha convertido en una paradoja realmente notable, dado que se reafirma en su propio encumbramiento mientras se intenta vender un producto patrimonial encriptado a una ciudadanía con la que no se ha contado.

Consciente de esta situación, parecía obligado revisar lo publicado hasta la fecha, con la intención de brindar tanto una nueva lectura de los datos como una revisión a las distintas interpretaciones efectuadas hasta el momento. En ese sentido, y sin olvidar la importantísima e ingente labor de catalogación realizada por el profesor de la Universidad de Oviedo José Manuel González (1907-1977), tomaba como referencia las excavaciones realizadas a partir del último cuarto del siglo XX, momento en el que se multiplican las intervenciones arqueológicas de la mano de investigadores como José Luis Maya González y Francisco Cuesta Toribio (2001) para el caso de la Campa Torres; Jorge Camino Mayor que actúa sobre la zona de la Ría de Villaviciosa (1997); la polémica actuación sobre el

⁴ Al hilo de la problemática de la que participa la arqueología, no solo la asturiana sino también la gallega, recogemos la opinión de Alberto de la Peña, que alude a las causas irremediables pero también a las susceptibles de solución por estar en manos de la actuación humana, en relación a esto argumenta la preocupación a la que le lleva el “comprobar que sólo desde hace pocos años comienza a trabajarse en Galicia dentro de planes sistemáticos de investigación, cuando lo normal ha sido...que las excavaciones se planteen atendiendo a criterios más personales que científicos, que estas excavaciones carezcan de la necesaria continuidad en muchos casos y, sobre todo, que sus resultados sirvan tan solo al director de los trabajos sin que el resto de la comunidad pueda aprovecharlos, porque, y aquí viene el mayor mal de la investigación gallega, no se dan a conocer en publicación” (1992:374). Proyectos como los de la Cuenca del Navia en Asturias, emprendidos por la Consejería de Cultura con la dirección del arqueólogo Ángel Villa Valdés, son un ejemplo del cambio favorable que se está operando de cara a la investigación, difusión y divulgación científica.

Castiellu de Llagú, liderada por Luis Berrocal-Rangel, Paz Martínez Seco y Carmen Ruiz Trevino (2002) o los trabajos realizados por el equipo coordinado desde 1995 por Ángel Villa Valdés en el Castro del Chao Samartín, entre otros. Estos serían, pues, los grandes hitos en los que me apoyé con la intención de demarcar ejemplos de las áreas de interior y costa, del oriente, centro y occidente asturiano. Ahora bien, dadas las dificultades señaladas, el uso de una metodología comparativa, se presentaba como necesaria y deseable, de ahí que finalmente optara por la inclusión de los avances practicados en otras áreas del Noroeste peninsular.

En esta misma línea, me planteé el acercamiento a las fuentes epigráficas, siguiendo principalmente las bases documentales “on line” de *Hispania Epigráfica* y del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, con la revisión de revista como *L'Année Epigraphique*, los *Corpora Epigraphica* realizados por Francisco Diego Santos, Tomás Mañanes, Julio Mangas, Manuel Abilio y Sonia M^a García, incluyendo en el vaciado documental la mayoría de los trabajos de aquellos investigadores e investigadoras que se han ocupado y se ocupan de la epigrafía del *conventus asturum*, véase el caso de Inés Sastre Prats, M^a Cruz González Rodríguez, Sonia M^a García Martínez, M^a Ángeles Pelayo Arce, Mauricio Pastor Muñoz, Santos Crespo Ortiz de Zárate o Henar Gallego Franco, entre otros y otras. Mi intención no pasaba por la realización de un *corpus* epigráfico, sino por la utilización de las distintas piezas como testimonio de las biografías femeninas relegadas al olvido de las estadísticas. En ese sentido, abogaba por la superación de la contabilización para pasar a la interpretación de los datos obtenidos.

De la misma manera que me propuse incluir los restos lapidarios, decidí enfrentarme a los testimonios literarios. No en vano, los textos clásicos habían facilitado la creación de una amplia selección de trabajos dedicados a indagar la visión que los distintos autores, griegos y romanos, difundieron respecto a “los habitantes de la montaña” (Estrabón, *Geografía*, 3, 3, 7)⁵. Tras la lectura de lo escrito, mi propuesta pasaba por la vuelta al origen, a los textos,

⁵ Con más o menos fortuna, los testimonios clásicos han sido objeto de un exhaustivo análisis crítico. Vid. los trabajos citados en la bibliografía de José Carlos Bermejo, Gonzalo Cruz Andreotti, Marco Virgilio García, o Ana Iriarte, entre otros. Ahora bien, pese a la intencionalidad crítica que se observa en opiniones como la del profesor Narciso Santos “La utilización y manejo de todos ellos en su conjunto suscita numerosos interrogantes en el investigador, no sólo por lo que se refiere a su credibilidad sino también a su sentido histórico, desde el momento en el que dichos personajes no conocían directamente las estructuras propias de formación social castreña sino que se servirían de noticias de segunda mano, provenientes en todos los casos del lado del vencedor (los romanos) y no del de los sometidos (los indígenas). Por otro lado, no podemos olvidar que ni ellos ni sus respectivas fuentes de información (directa o indirecta) se limitarían a describir lo que podrían haber visto u oído sino que se hallarían condicionados por su propia mentalidad, lo que da como resultado el hecho de que en todos los casos nos vamos a encontrar ante un juicio más que ante una descripción, llevada a cabo además por personas plenamente conscientes de pertenecer a una cultura superior, la grecolatina, al tiempo que consideraban a las poblaciones indígenas, cuya organización describen, como

para observar en qué medida la construcción de un discurso legitimador del poder romano, nos acercaba o nos alejaba de la realidad social y cultural de estas poblaciones, tratando de arrancar experiencias, “pedacitos” de vivencias que me permitieran conformar el rompecabezas de la experiencia femenina. No se trataba de leer, sino de releer bajo una nueva lupa que iluminara aquellos aspectos de la realidad que más nos acercaran a las mujeres. En este recorrido, los trabajos, entre otros, de Ana Iriarte Goñi (2002), Nicole Loraux (2004) o Jean-Pierre Vernant (2001 a), me servirían de acicate en la crítica de unos relatos bañados por la ideología androcéntrica de la sociedad greco-romana.

Por último, y pese a las críticas que pudiera suscitar, creí indispensable incluir otro tipo de fuentes que, si bien, al igual que los textos clásicos, no aportaban un testimonio directo, podían orientar en la ardua tarea de rescatar los aspectos más o menos observables del día a día de estas comunidades. De esta forma, consideré necesario añadir distintos análisis toponímicos, antropológicos y/o etnográficos, con el objetivo de complementar la aproximación a los usos y costumbres, como vestigios rastreables al día de hoy. En ese sentido, y sabiendo que el presentismo supone una difícil trampa a sortear, valoré la necesidad de arriesgar con nuevos planteamientos y nuevas posibilidades, dado que estudios como los lingüísticos, han acompañado el descubrimiento de olvidadas creencias, convirtiéndose en testigos mudos de la emergencia de antiguos panteones coronados por una miríada de dioses y diosas, creados por y para los humanos. A este tipo de consideraciones ayudaron los trabajos llevados a cabo por Francisco Marco Simón (2005), Marco Virgilio G^a Quintela (1999) o Rosa Brañas (2000), entre otros y otras. De la misma manera, tuve en cuenta cómo manifestaciones aparentemente inocuas podían cambiar de registro si se ampliaba la metodología aplicada, incorporando, para ello, nuevos recursos o disciplinas como la antropología. De esta manera, me situaba ante la posibilidad de “descubrir, analizar y explicar las diferencias y las similitudes entre culturas...de encontrar lo que es universalmente humano y separarlo de aquellas concreciones culturales que distinguen unas sociedades de otras” (Carranza, 2009: 1), a través de la observación y la comparación de los usos y costumbres, tanto de las llamadas sociedades tradicionales como de aquellas poblaciones protohistóricas que han ofrecido y ofrecen un mayor nivel informativo. Usos como la “covada” o fenómenos como el avunculado (atribuidos en los textos clásicos a las

bárbaras” (2006: 52). El trasfondo revela la verdadera esencia de una actitud poco dada a desprenderse de los viejos hábitos historicistas, empeñados en dar nota de fe a lo dicho, dado que resulta infinitamente mas seguro permanecer en lo conocido que aventurarse a explorar las intenciones, tradiciones y ocultaciones de unos personajes, los autores grecolatinos, poco dados al espíritu científico y crítico, aún con más razón si para ello debemos apoyar nuestros cometidos en el manejo de otras disciplinas.

comunidades norteañas) constituyen ejemplos de, cómo a través de los estudios antropológicos, se pueden llegar a sintetizar posibles costumbres prehistóricas⁶. De esta forma y más allá de las críticas a las tesis etnicistas de “contornos celtizantes” (Leal, 2001:298), me preocupaba la dotación de un marco interpretativo socio-cultural de las fuentes ya mencionadas.

En esta línea de argumentación, el trabajo con los textos clásicos, no sólo me permitió dibujar el entramado de la mente del conquistador sino que me facilitó el acercamiento, a través de lo no-escrito, al escenario de las presencias femeninas que los distintos autores utilizaron como complemento a la información dada. De esta manera y pese a las críticas que reciben este tipo de planteamientos, personajes como Rosa Brañas (1995) y Marco V. García Quintela (2002), han abrazado y siguen abrazando el desarrollo de “arriesgadas” interpretaciones culturales al servicio de las posibilidades, más o menos discutibles, que ofrece el método comparativo⁷. De hecho, consideré un error desechar, de antemano, este tipo de argumentaciones dado que, como ha quedado demostrado, en numerosas ocasiones “lo verdadero y lo falso en la documentación puede identificarse por medio de datos arqueológicos” (Pendergast y Graham, 1993: 331). Por esto abogué, como ya he mantenido, por el eclecticismo que supone el uso de múltiples fuentes y por lo tanto del manejo de varias disciplinas. En el fondo, se trataba de averiguar, y en eso radicó el afán de esta tesis, el nivel informativo que podemos rescatar para reconocer y visibilizar las relaciones de género y con ellas a las mujeres de las comunidades castreñas del Noroeste Peninsular.

Al hilo de lo expuesto, y en relación a la problemática que planteaban las fuentes, también la demarcación espacio-temporal entrañó un arduo proceso de discernimiento. Por eso, cuando en un principio pensé en hacer uso de la terminología clásica, *Conventus astur* o *Populus astur*, tuve en cuenta que tal denominación respondía a la configuración de una realidad espacial administrativa romana, y que por lo tanto, su uso, en principio, no se ajustaba al marco temporal prerromano con el que pretendía trabajar. Pese a esto, consideré las reflexiones de investigadores como Alfonso Fanjul y Luis R. Menéndez (2004) que, en su momento, observaron la existencia de una serie de rasgos comunes que permitirían reconocer para el caso de Asturias, León, parte de Orense, Lugo y Zamora, Noroeste de Portugal y la región de Tras-Os- Montes, cierta homogeneidad cultural a partir, entre otras

⁶ En este sentido hablan Marco V. Quintela y A. César González cuando señalan que “la antropología social tiene gran interés como mecanismo interpretativo para comprender las formas de organización de las sociedades en el espacio que estudia la arqueología” (2009:43).

⁷ A este respecto comparto la opinión del antropólogo Juan J.R. Villarías-Robles, quien afirma que “para reconstruir instituciones de orden social, político o religioso, se necesita acudir a la comparación con otros casos estructuralmente análogos” (2008:39)

cuestiones, de la orfebrería, la cerámica, la arquitectura o las creencias. De esta forma, llegué a pensar que, pese a la distancia temporal, la diversidad geográfica y la fragmentación política, se observaba un sustrato común capaz de dar cierta unidad cultural a los grupos llamados astures en la antigüedad. Una situación que la propia administración romana aprovecharía⁸. Pese a esto, al día de hoy, el estado de la investigación no permite, de momento, aventurar o delimitar con mayor exactitud la realidad espacial prerromana, sus relaciones o áreas de influencia, más allá de los estudios locales que se están llevando a cabo⁹. Los trabajos realizados en las zonas transmontana y cismontana van proporcionando, aunque de una manera un tanto genérica, focos de ocupación y características culturales más o menos localizadas, basadas en las propias manifestaciones arqueológicas que podían señalar “no una, sino múltiples fronteras y diferentes territorios que multiplican la variabilidad interna e insinúan caminos de interrelación con el mundo exterior” (Rey, 2000:360). En ese sentido, “teóricamente, a partir del análisis arqueológico tendríamos que ser capaces de definir a los astures desde el punto de vista geográfico y cultural” (Carrocera, 1995:53). Ahora bien, el estado actual de la investigación, obliga aceptar que únicamente se puede atestiguar, arqueológicamente hablando, que “los astures parecen hacer uso de unos elementos materiales muy comunes a todo el noroeste Peninsular, similares tanto a los de la zona de Galicia, norte de Portugal y parte del oeste castellano” (Alfonso, 2004:22).

En esta misma línea de debate, se hacía necesaria la concreción de un hilo cronológico para estructurar el análisis. Para ello, tomé en consideración el último milenio antes de la llegada de Roma, con la intención de aproximarme, gracias a este amplio margen, a la gestación de nuevos modelos sociales¹⁰. Se trataba de encajar el estudio fuera de los márgenes de los periodos tradicionales, entre otras razones, por el significado que el tiempo y las cronologías decimonónicas han mantenido y mantienen en el cauce de la crítica

⁸Por lo que respecta al uso de estos recintos fortificados, los estudios realizados hasta la fecha sugieren en general un arco cronológico que iría desde el bronce final hasta incluso la época medieval (Coaña, Mohías). Sobre estos temas ver en la bibliografía los trabajos de Gema Adán Álvarez, Jorge Camino Mayor, Xulio Carballo Arceo, Ángel Esparza Arroyo, M^a Dolores Fernández-Posse, José Luis Maya, Antonio de la Peña Santos, José Manuel Vazquez, Varela, y Ángel Villa Valdés entre otros y otras.

⁹ Véanse los trabajos, referenciados en la bibliografía, de Jorge Camino Mayor para el caso asturiano, Pastor Fábrega Álvarez en Galicia o Yolanda Álvarez González en León, entre muchos otros.

¹⁰ Comparto la opinión de Inés Sastre Prats respecto a la alteración y adaptación de las formas de relación social en el noroeste peninsular. Para la autora ésta sería “una manera de decir que la provincialización puso en marcha factores históricos nuevos que alteraron enormemente las formas de relación social. Y que las realidades sociales resultantes no pueden explicarse recurriendo al peso del pasado prerromano, sino teniendo en cuenta estos nuevos factores históricos y la necesaria adaptación a ellos de las realidades indígenas” (2004:99).

feminista¹¹. Una crítica que estima lo temporal como una construcción social y cultural (Norbert, 1989), y que, por lo tanto, ha de superar las tradicionales delimitaciones cronológicas basada en procesos o acontecimiento aparentemente neutros, en este caso la tecnología masculina de los metales¹². Por consiguiente, tomé en cuenta los procesos de monumentalización y visibilización, como supuestos puntos de inflexión en la construcción, entre otras cosas, de las identidades y diferencias de las personas integrantes de estas comunidades¹³. A partir de tales planteamientos, consideraba, se podían crear otro tipo de temporalizaciones tales como la llamada “escala de la vida cotidiana” y el “tiempo de los acontecimientos” (Marcén y Picazo, 1998). Pese a esto, decidí consensuar ambos sistemas, con la finalidad de revelar, precisamente, las diferencias y posibilidades que ofrecen la incorporación de otras tecnologías.,

En general, y sabiendo esto, lo que realmente me preocupaba, de lo expuesto, era la imposibilidad de establecer planteamientos definitivos, dado que el conocimiento de este campo se encuentra en continua construcción. Por ello, lo que me propuse, a través de la incorporación de las mujeres y la categoría de género, no fue la gestación de planteamientos definitivos, sino el acercamiento a la posible realidad de estas poblaciones, desde una perspectiva capaz de introducir nuevas vías de análisis, interrogantes y posibles respuestas. En definitiva, este trabajo pretendía seguir la línea abierta desde la historia de las mujeres en su afán por demostrar, a través de la inclusión del género, que la cultura material es, para la Historia, algo más que el resultado de ciertos comportamientos humanos (Tringham, 1999).

A grandes rasgos, y respecto a la estructuración de esta tesis, decidí establecer tres grandes apartados como hilo conductor que facilitara la lectura y la articulación de los contenidos. De ahí que comenzara con un primer capítulo destinado a reflexionar y

¹¹ Resultan esclarecedoras, a este respecto, las palabras de Paloma González Marcén. Para esta autora “la concepción, la percepción y el uso del tiempo de las mujeres han supuesto un campo de estudio explorado desde diversos ángulos y temáticas” (2008:62).

¹² En ese sentido, desde la Historia Tradicional, se establecía la visión de estas comunidades como sociedades homogéneas “en sus dos coordenadas: temporal, sobre todo en lo que se refiere a la primera época de dominación romana, considerada una mera continuación de la segunda Edad del Hierro, pero también espacial, puesto que, para este momento previo a la conquista se suele considerar que todos los territorios muestran formas de organización social semejantes”(Sastre, 2004:99). Así pues, uno de los objetivos que me planteaba estribaba en la confección, a través de la relectura de las fuentes, de una trama crítica capaz de “imaginar” el desarrollo y la reproducción social y cultural de unas comunidades hasta el momento compuestas por la supuesta neutralidad del género masculino.

¹³ En este sentido, entiendo la conquista romana como uno de los cambios, por el momento mas visibles, en cuanto a su influencia en el desarrollo de la identidad social y cultura de esta forma la “identidad implica una negociación con la realidad, la puesta en activo de una determinada forma de estar en el mundo que haga posible la supervivencia efectiva de los seres humanos. Por eso se transforma constantemente dependiendo de las condiciones de supervivencia, de los riesgos que cada grupo humano haya de afrontar” (Hernando, 2002:50).

profundizar en el estado de la cuestión y los debates historiográficos que se han acometido respecto a la llamada “cultura castreña” (Marín, 2004), insistiendo en la parcelación de saberes y en la “esperanza” objetivista (empirismo/positivismo) puesta en los estudios arqueológicos (Colomer, 1999) como fórmula capaz de despejar las viejas servidumbres ideológicas. Tras esta primera parte, pasaría a centrar mi análisis en las comunidades castreñas prerromanas a través, entre otras cuestiones, del estudio de los modelos de ocupación y de la articulación del paisaje, y con ellos, de los espacios de poder y la construcción de fronteras entre lo masculino y lo femenino. Este segundo gran bloque abría las puertas a la consecución de un tercer capítulo en el que establecía un examen más minucioso de las relaciones sociales advertidas a través del análisis espacial. Por eso retomé la cuestión del poder masculino, como articulador del paisaje social, para observar probables cambios identitarios, resistencias y posibles políticas de disimulo. Surgía así el modelo de ficción comunal como estrategia de cara a la consolidación de las políticas familiares. Una consolidación en la que la propia especialización femenina en las tareas de producción y mantenimiento social, tuvieron mucho que ver. De ahí la especial mención a las políticas de instrumentalización femenina a través del matrimonio o al control ejercido sobre las mujeres, a través, entre otras cosas, del discurso maternal. En definitiva, con esta tesis intenté averiguar si podemos hablar de comunidades campesinas igualitarias cuando incluimos el género como categoría de análisis.

Para finalizar, únicamente apuntar que, dado el peso adquirido por los textos y la documentación epigráfica en el desarrollo de este trabajo, decidí adherir dos anexos en los que se presentan, por un lado, las fuentes grecolatinas referidas, y por otro, la documentación epigráfica ordenada en función de su carácter votivo y funerario.

I. Breves reflexiones historiográficas.

"All your words are but to say: you are a woman, and your part is in the house. But when the men have died in battle and honour, you have leave to be burned in the house, for the men will need it no more. But I am of the House of Eorl and not a serving-woman. I can ride and wield blade, and I do not fear either pain or death."

"What do you fear, lady?" he asked.

"A cage," she said. "To stay behind bars, until use and old age accept them, and all chance of doing great deeds is gone beyond recall or desire."

The Return of the King (J.R.R Tolkien p. 58.)

I.BREVES REFLEXIONES HISTORIOGRÁFICAS

Ante la necesidad de situar este trabajo dentro del contexto de la investigación actual, se hace obligatorio plantear tanto los antecedentes como el panorama de lo que en estos momentos se está estudiando, y cómo no, de lo que a mi juicio se podría hacer. Por ello, no pretendo realizar un detallado recorrido historiográfico, sino un paseo ilustrativo destinado a demostrar, entre otras cosas, el carácter androcéntrico que la investigación, en todas sus vertientes, ha mantenido en su acercamiento al estudio de los pueblos asentados en lo que posteriormente Roma llamaría *Conventus Asturum*¹⁴.

Muchos han sido los debates abiertos hasta la fecha en los que se incluían, entre otros, temas como celtismo, regionalismo, indigenismo, romanización, jerarquización, igualitarismo, matriarcado y matrilinealismo. Discusiones que van y vienen, surgen y resurgen conforme la propia sociedad dibuja ideologías y/o intereses políticos¹⁵.

¹⁴ En opinión de Aurelia Martín Casares "el hecho de que la producción "científica", que se reclama asexual, universal y desprendida de cualquier subjetividad, haya estado dominada por los varones hasta hace unos años, afectaba (y afecta) tanto a la recogida de datos como a las hipótesis planteadas y a los resultados obtenidos" (2006, 22). Un ejemplo de estas afirmaciones lo podemos rastrear en los usos y opiniones del eminente antropólogo Edward Evans-Pritchard, según la misma autora, "afirmar, como hace Sir Edward Evans-Pritchard (1955), que 'las mujeres civilizadas' deben aceptar afablemente que los varones dominen y ser, ante todo, esposas, tomando ejemplo de sus 'hermanas primitivas', constituye un claro ejemplo de proyecto político revestido de halo de cientifidad" (2006, 29).

¹⁵ Hemos de tener en cuenta que "la ideología designa un conjunto de valores sobre lo que es deseable y correcto, y un conjunto de justificaciones para seguir manteniéndolos...La ideología, por último, ocupa un lugar desde el que se concibe el mundo, se alienta un correcto proceder y, en ocasiones, hasta se intenta mejorar las condiciones en que se vive. Por tanto, las ideologías ocurren en común, y pretenden un lugar social preteritorio en los ámbitos que ocupa...Las ideologías no tienen por qué residir en algo verdadero, existente, coherente, lógico, ni tan siquiera aconsejable. Valen todas las excusas, recursos y excursos para que el proceso

Controversias que, pese al supuesto distanciamiento que la objetividad científica imprime a los individuos que la practican, no dejan de ser un claro reflejo, entre otras cosas, de la socialización o los prejuicios de los mismos. Desde nuestra posición actual, vemos recortada en el horizonte esa conjunción entre el planteamiento de un discurso y su posterior legitimación científica; ahora bien, esta visión se altera cuando sobre la mesa aparece el pensamiento androcentrista. Bajo este “nuevo” prisma, las evidencias se distorsionan. Excepciones como la de Carlos Marín (2004: 92) confirman la necesidad de ir rompiendo las monolíticas argumentaciones que veían en el hecho científico un ente separado del individuo y la sociedad que los hacía posibles¹⁶. El hilo que el discurso patriarcal ha manejado y maneja imposibilita la detección de ausencias más allá de lo culturalmente relevante, lo que en última instancia invisibiliza todos aquellos factores que no entran en el rígido esquema de lo tecnológico, lo político, lo o lo público, por poner algunos ejemplos¹⁷. Se observa en consecuencia, como en el caso de la investigación arqueológica se tiende a “glorificar ciertas formas de poder, competencia y violencia, mientras silencian las estrategias de colaboración, cooperación y apoyo mutuo alejadas del domino que nos interesa incluir en la trayectoria que nos encadena a un destino apropiado, el que nosotros hemos fabricado” (Lull *et al.* 2007:19). Por tanto, este discurso decimonónico, explica la ausencia de las mujeres como objetos y sujetos históricos susceptibles de transformar el

continúe de una manera que el propio despliegue fijará o desechará” (Vicente Lull *et al.* 2007, 12) Desde la arqueología “se alude primordialmente a una ética profesional que reclama que se excave, conserve y documente de la forma más exhaustiva y rigurosa posible, mientras que, en pocas ocasiones, se menciona el peso de la ideología en todo este proceder...Se cree que en la primera etapa de aproximación al objeto de estudio queda exenta de ideología, mientras que la segunda constituye su terreno propicio”. (Vicente Lull *et al.* 2007, 18).

¹⁶ A este respecto, Sandra Harding valora la necesidad de situar al sujeto en el mismo plano crítico que el objeto de estudio; es decir “explicitar el género, la raza, la clase y los rasgos culturales del investigador y, si es posible, la manera como ella o él sospechan que todo eso haya influido en el proyecto de investigación-aunque, desde luego, los lectores sean libres de llegar a hipótesis contrarias respecto a la influencia del investigador o investigadora en su análisis” Esta sería por consiguiente, una forma de reconocer “que las creencias y comportamientos culturales de las investigaciones feministas moldean los resultados de sus análisis tanto como lo hacen los de los investigadores sexistas y androcéntricos” (Harding, 1987).

¹⁷ La influencia de los discursos capitalistas, evolucionistas, etc., ha provocado que nos acerquemos al pasado desde posicionamientos actuales, legitimando el presente a través de la “descripción” del pasado. Sobre este tema *Vid.* Henrietta Moore (1991) o Almudena Hernando (2007). A este respecto resulta interesante observar las consideraciones que Luis Pericot hacía de los habitantes paleolíticos peninsulares, de los que decía “Tendrían un genio individual que convertía a alguno de ellos en inventores, sacerdotes o caudillos...de propiedad privada para los objetos personales y familiar o del grupo para determinados elemento de vida, terrenos de caza, etc.” (1950:41-42). En palabras de M^a Encarna Sanahuja y otros “se han considerado irrelevantes aquellas especializaciones del trabajo surgidas en comunidades donde no existen ciudades y se han naturalizado repartos de tareas en ámbitos domésticos que pueden comprender situaciones de explotación al margen de las ciudades...el caso más patente ha sido el olvido de la especialización del trabajo ligada a mujeres y a hombres, que en numerosas sociedades se asocia a la explotación de éstos sobre aquellas, aunque, con o sin explotación, el trabajo de cuidados y atenciones llevado a cabo mayoritariamente por las mujeres ha sido y es imprescindible para sostener y reproducir la vida social” (2002-2005, 39). Desde el materialismo histórico se estableció “una estricta separación entre la producción y la reproducción...la producción siempre estaba por encima de la reproducción” (Sánchez Liranzo, 2005: 59).

conocimiento de nuestro pasado. De esta manera, se puede observar como los debates iniciados ignoran el abismo que se cierne sobre la investigación que únicamente recoge la existencia de un sexo y que, por lo tanto, desconoce o hace oídos sordos a la necesidad de incluir el género como categoría de análisis¹⁸. Este, creo, supone un nuevo debate a incluir en el estudio de la historiografía castreña. Dicho esto, cabe ahora preguntarse cuál o cuáles fueron los contenidos teóricos y las disciplinas volcadas en la tarea de dar sentido a una cultura material que, poco a poco, iba saliendo a la luz.

En general, se puede decir que la preocupación por caracterizar cada región, dentro de la configuración estatal española, así como la necesidad de “buscar en el pasado, la justificación de las formas de vida presentes” (Marín, 2004:77) obligó a los distintos autores y autoras a desplegar todo un entramado de reconstrucciones históricas, lingüísticas, etc., destinadas a explicar las particularidades raciales, idiomáticas..., de cada región. El “romanticismo histórico, germen común de los regionalismo de los siglos XIX y XX” (Fernández-Posse, 1998:67) abría el camino de lo que iba a ser la búsqueda de los orígenes etno-históricos¹⁹.

Concretamente, en las últimas décadas del XIX, la incipiente burguesía ilustrada hace suya la misión de dotar al tradicionalismo romántico de un discurso ajustable a la “imparcialidad-objetividad” científica²⁰. Con este propósito, y con el objetivo nada desdeñable de dar una “identidad cultural” a la región que los acogía, surgen los primeros estudios lingüísticos, antropológicos e históricos, centrados en el uso de los textos clásicos, la toponimia o el folklore, entre otros²¹. En estos momentos, la arqueología jugaba un papel secundario destinado a confirmar y legitimar los resultados expuestos por las otras disciplinas. De esta forma, los trabajos arqueológicos centraban de esta forma su interés en

¹⁸ Sobre este tema *Vid* Joan Scott (1996).

¹⁹ “La caída del Antiguo Régimen, de las colonias, del autoritarismo monárquico... y con ello, la puesta en escena de nuevos modelos explicativos, que marcarían el final de la ideología imperialista y la revalorización de las culturas autóctonas...” (Carmen Fernández Ochoa y Ángel Morillo Cerdán, 2007: 11), provocarían que las visiones protagonizadas por personajes como Jovellanos centrados en la búsqueda de un pasado histórico enmarcado en las relaciones entre astures y romanos, pasarán a un segundo plano para dar cabida a otro tipo de invasiones, diríase más románticas. Así, la cuestión romana quedaba por el momento en un segundo plano que no se retomaría hasta los años sesenta-setenta del siglo XX. El objetivo era buscar el origen diferenciador y no el elemento aglutinador.

²⁰ En este orden de cosas, las investigadoras Margarita Díez-Andreu y Gloria Mora afirman que “las clases medias, en su lucha por hacerse un lugar en la sociedad y desbancar al Antiguo Régimen, identifican los intereses de la comunidad con los suyos propios personificando la colectividad en un solo ser, la nación. Sólo la exclusiva personalidad de ésta la habilita; es decir, habilita a sus clases medias a detentar un poder político. Por ello, para éstas el pasado, la génesis de la nación, presenta máximo interés y sus miembros comienzan a organizarse para llevar a cabo su estudio” (1995: 28).

²¹ “En el siglo XIX existía una conciencia de la utilidad social e ideológica de las ciencias, sobre todo de las ciencias humanas. La historia no se concebía como un saber independiente, desconectado de la vida social. Por el contrario, se entendía como un instrumento de cohesión social, como algo útil...” (Beatriz Díaz Santana, 1994:183).

el afán coleccionista, véase el caso de Jovellanos (1795) en el castro de la Campa Torres (Asturias), R.Moro en Monte Bernorio y Monte Cildá (antigua Cantabria, 1891) o Gago Rabanal (1902) en León. En ese sentido, la aplicación de una metodología susceptible de sacar información más allá del propio objeto recogido, no tenía por el momento cabida.

Será a través de esa búsqueda de lo particular, cuando surja la necesidad de posicionarse frente al Mediterráneo, de enfrentarse a un foco cultural que no encajaba con los postulados ideológicos nacionalistas de las regiones situadas más al norte, entrando en juego las tesis invasionistas/difusionistas de la mano del factor celta²². Por aquel entonces, los estudios de Hildebrad (1872) y Tischler (1885) dejaban para el folklore y la literatura la tan manida asimilación entre celtismo y megalitismo²³; y si bien, en España, estas nuevas corrientes, fueron aceptadas más tardíamente, una vez asimiladas, se intentará aplicar a la llegada de los supuestos elementos foráneos y, lo que es más importante, demostrar esa entrada con un registro material que, en aquellos momentos, era prácticamente inexistente²⁴; más aún si tenemos en cuenta que los castros aún no habían sido identificados como asentamientos prerromanos, si bien es cierto que comenzaba a intuirse su antigüedad. Y es precisamente esa intuición, junto con la necesidad de dar un contexto material al elemento celta que justifique lo que otras disciplinas no había conseguido solventar, lo que llevará a numerosos intelectuales del momento a desarrollar un campo, el de la arqueología, que hasta el momento carecía de autonomía. En estas circunstancias, la arqueología se institucionalizaba y comenzaba a dar sus frutos en lo que podríamos calificar como la “Belle Epoque” de la investigación²⁵. En el ambiente intelectual de finales del XIX y principios de XX, surgen personajes como el escritor asturiano Aurelio del Llano, el ingeniero gijonés Felipe Valdés Menéndez, el salmantino César Morán Bardón, el vallisoletano Eugenio Merino Movilla o el

²² Resulta interesante observar como el elemento celta poco a poco centra el interés en detrimento del factor romano. Probablemente esta ausencia habría que buscarla en la asociación de lo greco-romano con la política legitimadora de los Borbones. Sobre este tema *vid.* Margarita Díaz-Andreu y Gloria Mora (1995).

²³ De la preocupación de numerosos anticuarios británicos, a partir del siglo XVI, por dotar de un contenido material los misterios del mundo de los druidas, surge la asociación de éstos con el megalitismo. Monumentos como Stonehenge o Avebury son un marcado referente en esta asociación. Sobre este tema *Vid.* Fernando Pereira (2000)

²⁴ A este respecto cabe señalar el origen y desarrollo del llamado mito celta, desde la imagen negativa construida en la antigüedad, pasando por el romanticismo que en clave positiva releería el mito, para contraponerlo a la sociedad materialista del momento, hasta el más reciente revisionismo arqueológico. A este respecto, Fernando Pereira observa como “alén desde revisionismo arqueológico outros autores teñen realizado unha ‘deconstrucción’ da denominada ‘identidade celta’, ben salientando o seu carácter de construción social e histórica da representación do ‘outro’ dende un centro de poder político e económico, ben indicando as diversas etapas polas que atravesou esa mítica e cambiante ‘identidade celta’ dende a Antigüedad ata o presente, así como as diversas manipulacions ideolóxicas ás que foi sometida” (2000: 328)

²⁵ La institucionalización de la arqueología como disciplina académica comportará la creación de un cuerpo legislativo destinado a catalogar, conservar y proteger el patrimonio histórico-arqueológico español. En este orden de cosas, cabe señalar el traspaso de competencias a determinadas regiones como Cataluña o el País Vasco.

arqueólogo leonés Julián Sanz Martínez, a un lado y otro de la Cordillera Cantábrica. Ellos, entre muchos otros, serán los encargados de abrir a la sociedad este nuevo campo, revelando la capacidad que el registro material ofrece al conocimiento del pasado²⁶. No en vano, será la arqueología la que finalmente conecte a los astures con los asentamientos que, al día de hoy, conforman la denominada “cultura castreña”²⁷.

Decíamos que, en la España de principios de siglo, la común preocupación por dar un contenido legitimador tanto a las ensoñaciones federalistas como a las excitadas mentes nacionalistas-conservadoras provocaría la necesidad de superar el carácter “subjetivo” de los primeros estudios, para acogerse al beneficioso y supuestamente aséptico pensamiento “objetivista” (Harding, 1987). Las teorías celtistas requerían, por tanto, de una nueva base, un nuevo enfoque desde el que se pudiera “verificar” su puesta en escena, más allá de los estudios lingüísticos y los más que dudosos textos clásicos. Y es ahí dónde la recién estrenada autonomía arqueológica va a dar sus frutos, llegando a la conclusión, tras la aplicación de una metodología más que aceptable para la época, de que los yacimientos excavados en realidad se correspondían con la primera Edad del Hierro atribuible al Hallstatt centroeuropeo²⁸. Ésto, en última instancia, dotaba de una mayor antigüedad, si cabe, las incursiones foráneas en esta parte de la Península Ibérica. Por aquel entonces, autores como Pere Bosch i Gimpera comenzaban a plantear un origen étnico distinto al celta para pueblos como el cántabro. No obstante, sus teorías iberistas encontrarían pronta contestación en defensores acérrimos del celtismo como Fernando Carrera y Díaz²⁹.

La consolidación de los beneficios que aportaba la arqueología se iba haciendo más que palpable, poniendo en alza su utilización³⁰. Ahora bien, esta prolífica etapa, cultivada desde

²⁶ En el último cuarto del XIX, personajes como César Sarmiento daban a conocer sus excavaciones en Oporto o Briteiros. La unión entre castros y celtas comenzaba aquí su andadura trasladándose al ambiente intelectual gallego. Autores como López-Cuevillas, constituyen un claro ejemplo de esta repercusión que daría nuevas alas al espíritu regional para unos, nacional para otros. Sobre este tema *vid.* Dolores Fernández-Posse (1998).

²⁷ No voy a entrar en la problemática que este concepto conlleva, simplemente decir que haré uso del mismo a partir del consenso presente en su utilización. De la misma manera, utilizaré las cronologías propias de la historia tradicional, pese a que como ha quedado suficientemente demostrado por investigadoras como Cristina Segura, la historia de las mujeres no se corresponde con el marco temporal fijado desde posturas androcentristas.

²⁸ A este respecto, autores como Carlos Marín creen ver en este nuevo enfoque, un cambio de actitud ligado a las nuevas fechas hallstáticas (Carlos Marín, 2004:81)). Me inclino por la valoración que de esto hace Dolores Fernández-Posse, cuando conecta las tesis celtistas con una búsqueda de sus orígenes en los pueblos hallstáticos y sus antecesores, la gente de los campos de urnas (Dolores Fernández-Posse, 1998: 39). Al hilo de lo dicho por Fernández-Posse, Fernando Pereira asume que “o importante desenvolvimento das investigacións arqueológicas durante a segunda metade do XIX tivo como unha consecuencia a definición dunha Idade do Ferro europea”relacionada con el fenómeno celta-indoeuropeo, lo que daría en última instancia una imagen uniforme del fenómeno celta (2000:320).

²⁹ Sobre este tema *vid.* Eduardo Peralta (2003).

³⁰ En opinión de Víctor M. Fernández “en múltiples casos se ha podido observar la estrecha relación existente entre la arqueología, como uno de los principales métodos de construir un pasado para una comunidad nacional

los más dispares ambientes académicos, vería cercenada su continuación tras los acontecimientos de julio de 1936, momento en el que la guerra mutilaría el pasado para ocuparse del presente.

Los profundos cambios vividos tras el llamado “Alzamiento Nacional” provocarían, por un lado, el éxodo masivo de los intelectuales contrarios al régimen y, por otro, la centralización de la gestión del patrimonio histórico-arqueológico, debida a la profunda reorganización impuesta por la monolítica verticalidad de Madrid³¹. Las aspiraciones nacionalistas-regionalistas quedaban así anuladas frente a la reconstrucción de la Nación Española. De esta forma, la investigación pasaba a centrar su interés en dos cuestiones básicas para el nuevo régimen: organizar un discurso legitimador y desarrollar el papel que el pasado iba a jugar dentro de ese discurso.

Pese a que, como ya habíamos apuntado, el ambiente intelectual se había visto seriamente afectado por el exilio, el calado de su mensaje permanecía en el imaginario colectivo. De ahí que los acólitos del régimen optaran por la vía fácil, la que además encajaba en las aspiraciones políticas del momento³². Se pretendía buscar el “origen” del pueblo, esta vez en clave de Estado y, por lo tanto, extrapolado a todos los habitantes de la Nación Española³³. A este respecto “la evolución del pueblo español estará marcada por la llegada de nuevos y sucesivos aportes humanos desde tres focos: el mediterráneo, el europeo y el del norte de África” (M. Corbí, 2009:19). Con esta premisa se abría el debate, en torno al mayor o menor africanismo de las poblaciones prehistóricas, entre las grandes figuras del momento, a saber, Marín Almagro Basch, Luis Pericot o Julio Martínez Santa-Olalla, entre otros. La fuerza “étnica” de las distintas argumentaciones iría adquiriendo forma de la mano

que lo necesitaba, y fenómenos políticos como nacionalismo, colonialismo o imperialismo. Es más, se puede decir que sin el nacionalismo nunca habría llegado a existir la arqueología tal y como la conocemos hoy día” (2006: 195).

³¹ Los afines al régimen toman el mando de la arqueología. Personajes como Martínez Santa-Olalla, Antonio García y Bellido o Martín Almagro Basch se ocuparán de legitimar el recién creado “espíritu nacional”. Pese a la marcha de grandes personalidades, como Sanz Martínez en el caso de León, podemos decir poniendo como ejemplo el caso cántabro, que “los objetivos principales de la investigación continuaban siendo los mismos: la aclaración de la etnografía cántabra y la catalogación de nuevas estelas gigantes..., ambas cuestiones, especialmente el origen racial de los cántabros, se encuentran influidas directamente por la ideología política dominante en España y la mayor parte de Europa durante este momento, que identificaba la raza aria con los pueblos celtas de la antigüedad” (1997: 116).

³² A este respecto, Fernando Pereira afirma que “a imaxe do celta puido ser empregada en combinación coas ideoloxías máis variadas” (2000: 311) Al hilo de esto, resulta fundamental observar la construcción del llamado “mito celta”, al que el mismo Pereira nos acerca a través de un interesante recorrido por los usos y abusos de un discurso levantado bajo la visión clásica del “otro” como “bárbaro” o “buen salvaje”. De esta forma, los autores griegos y romanos daban el pistoletazo de salida a esa especie de cajón desastre que supone el “pueblo o pueblos celtas”.

³³ En este sentido y como afirma Juan Francisco M Corbí, “el franquismo no inventó nada, sino que adaptó lo anterior a sus necesidades, dando a esta interpretación de la historia y del pueblo español su versión definitiva y culminante” (2009: 3)

de la antropología y los análisis craneométricos popularizados por Peter Campel, Paul Broca o Samuel George Morton; ni que decir tiene que han quedado sobradamente reconocidas las manipulaciones misóginas y racistas que tales discursos presentaban³⁴. Así pues, se salvaría este pequeño desajuste esencialista, de la mano del fenómeno orientalizante norteafricano y las tesis iberizadoras del continente que alcanzarían sitios tan dispares como Dinamarca, Inglaterra o Alemania; de esta forma, se aducía la intervención de las culturas hispanas en el florecimiento del megalitismo continental, precursor de los futuros “pueblos celtas”³⁵. De nuevo se utilizaban las tesis celtistas, esta vez a través del panceltismo, paradigma de la primitiva unidad del pueblo español, ahora en concomitancia con el origen ario del “pueblo hispano”³⁶.

Personajes como César Morán y José Luengo Martínez retoman en la Meseta Norte los trabajos iniciados en los años veinte por el ahora exiliado Julián Sanz Martínez, para proseguir con las labores de catalogación y síntesis de las diversas etapas de “dominio romano”, así como la excavación y catalogación de los numerosos castros prerromanos de las actuales provincias de León y Zamora³⁷. La intención no era tanto la realización de un estudio pormenorizado de cada yacimiento, como la elaboración de secuencias cronoculturales asimilables a la dialéctica historicista del origen racial español. En esta misma línea, Antonio García y Bellido y Juan Uría Rúa centran la búsqueda del paradigma céltico en los alrededores de la asturiana Cuenca del Navia, excavando bajo este planteamiento los castros de Pendia, Coaña y La Escrita³⁸. Por aquel entonces, Antonio

³⁴ Sobre la craneometría y sus abusos *Vid.* el trabajo del paleontólogo, biólogo evolucionista e historiador de la ciencia, Stephen Jay Gould (2006).

³⁵ Sobre este tema da buena cuenta Juan Francisco M Corbí en su estudio sobre las relaciones que se dieron entre el franquismo y la arqueología (2009).

³⁶ Ejemplos como el de Manuel Murguía en Galicia, nos acercan a esa asimilación entre lo celta y la familia aria (Fernando Pereira, 2004). Entrecomillo “pueblo hispano” sobre la base de la argumentación que nos ofrece Martín Almagro en “Origen y formación del Pueblo Hispano”, según él “el nombre de hispánico es apelativo común para españoles y portugueses” (1958: 7). El contacto directo entre investigadores alemanes y españoles, acabarán provocando que “muchos conceptos aportados por esta arqueología serán bases de la nuestra hasta casi nuestros días. El paradigma étnico será aplicado desde entonces como base de trabajos en España durante toda la primera mitad del siglo XX, el concepto de “cultura” sigue hoy siendo utilizado sin saber hasta que punto tiene repercusiones éticas, ya que este concepto fue creado para responder a un esquema en el que un artefacto respondía a una “cultura”, una distribución de artefactos a una región cultural, una región cultural a un grupo de asentamientos y éste a un grupo étnico que era asimilable a un pueblo histórico” (Óscar López Jiménez, 2001: 77).

³⁷ Por aquel entonces, Luengo dedica sus esfuerzos tanto a la excavación del castro de Valderas como a la elaboración de una síntesis provincial sobre la cultura material correspondiente a la Edad de los Metales. Retoma, de esta forma, la temática castreña incorporando una mejora de la documentación en tanto en cuanto añade datos históricos, descripciones del entorno, de los hallazgos, etc. Sobre este tema *vid.* Ana Neira, Alfonso Gutiérrez y Luis Pérez (2000-2001).

³⁸ En opinión de Carlos Marín “Desde la excavación de Coaña se identifican los castros con los celtas...se fuerzan los datos para corroborar la celticidad de estos asentamientos” (2004, 84). Mas que forzar los datos, entiendo que deberíamos hablar de “interpretación” de los datos, siguiendo la argumentación de Joan Scott

García y Bellido se erguía como una de las figuras claves a la hora de entender, por un lado, la configuración de la Historia Antigua como disciplina académica dentro del esquema ideológico cultural “hispanocentrista” (Arce, 1991:209) y, por otro, el desarrollo y auge (tomando a Schulten como modelo), de toda una serie de estudios en los que se aunaban fuentes escritas y fuentes arqueológicas. Se trataba de dar sentido a lo escrito a través de lo excavado³⁹. En este mismo quehacer, encontramos al profesor Jose Manuel González y Fernández-Vallés, o al omañés César Morán, personalidades que contribuyeron, con sus continuas salidas de campo, tanto a la catalogación como a la descripción de innumerables yacimientos a un lado y al otro de la Cordillera Cantábrica. En general, se puede decir que, pese a la monolítica estructuración franquista impuesta sobre la investigación histórica y arqueológica, muchos han sido los que salvando las carencias y las manipulaciones conscientes o inconscientes, han supuesto y suponen un referente por “su papel de sintetizadores, recopiladores e informantes” (Mei *et al*, 2000-2001:199).

Antes de continuar, me gustaría detenerme, en lo que considero un factor básico para entender en qué medida “el traslado al pasado de la discusión sobre los nacionalismos, tanto de los Estados naciones como de las naciones sin Estado” (Prieto, 1998) acabarían integrando cuestiones tales como el celtismo o la romanidad regional (Fernández y Morillo, 2007:12). En ese sentido, desde el exilio, personajes como Sánchez-Albornoz ocuparían su tiempo en el desarrollo de un marco general para la conquista y configuración de la Hispania romana, y por extensión de la nación española; ahora bien, las peculiaridades esbozadas y desdibujadas por los textos clásicos, el recreado espíritu celta o la focalización del interés arqueológico hacia otros aspectos del pasado⁴⁰, cuestionaban el planteamiento de esa hipótesis aglutinadora. De esta forma, se comenzaban a plantear la escasa romanización que, en este caso, se podía apreciar en la llamada “zona transmontana”⁴¹. A tenor de dichas ideas, la representación de la realidad anterior a la conquista dejaba sus huellas en la imagen de la realidad posterior a la misma, permitiendo que el “tiempo” se atrincherara en una suerte de

“debemos desechar aquella idea de que los historiadores siempre describían algo que era objetivo, algo que estaba allí, algo objetivo dentro del mundo y que ahora ampliamos como parte artística, arqueológica, de los espacios o de cualquier otro tipo de representación válida. La cuestión no es que las representaciones como tales reflejan la realidad, sino que las representaciones nos producen una sensación de lo que significa la realidad; lo importante es la producción de significado, saber cómo se produce el significado” (2006, 99)

³⁹ Un ejemplo lo podemos encontrar en la figura de Joaquín González Echegaray y su compendio sobre el pueblo cántabro. Sobre este tema *Vid.* Ángel Morillo (1997).

⁴⁰ Se buscaba lo que interesaba en el momento. La elección del objeto de estudio es fundamental para entender cómo se pasa de un interés por lo clásico a un interés por lo prerromano.

⁴¹ A este respecto apuntar únicamente el continuismo en la identificación entre astures y asturianos. Posteriormente en un alarde reivindicativo, algunos autores leoneses reclamaron esa misma identificación “los leoneses somos Astures, llamados ‘Cismontanos’ o ‘Agustanos’...” (Manuel Abilio 1990, pp.11)

limbo terrenal astur, a la espera de la gloriosa configuración del Reino de Asturias como “embrión de España” (Fernández y Morillo, 2007:12). En estas circunstancias, se abre el camino hacia un nuevo debate en el seno de la configuración de los pueblos de Norte: indigenismo frente a romanización⁴². Un debate que persiste al día de hoy, como se deduce de las publicaciones recientes.

Por aquel entonces, términos como imperialismo o dominación, directamente relacionados con el devenir de una Europa ensimismada en sus políticas colonialistas, dejaban de plantearse dentro de la vieja dicotomía civilización frente a barbarie, para acogerse a un nuevo modelo interpretativo basado en la explotación económica y la búsqueda de los “particulares”⁴³. De esta forma, los años sesenta y setenta suponen un nuevo caudal de argumentaciones encaminadas a representar lo que en aquellos momentos constituía lo “políticamente correcto”. Se plantea así, por un lado, la resistencia de los pueblos conquistados y, por otro, se “justifica” la actitud del conquistador a partir de la implantación de una “superestructura que dejaría sin tocar la estructura y la cultura local” (Prieto, 1998: 149). Pese a los matices, en cuanto al planteamiento de esta superestructura económica, lo que realmente me interesa de autores como José María Blázquez es su decimonónica preocupación por lo étnico, que vendría a enfatizar y aclarar su “peculiar” visión del norte de Hispania⁴⁴. Se busca, de esta forma, lo propio frente al elemento invasor para dar a estas poblaciones una continuidad casi genética. No se trata tanto de enfatizar el elemento indigenista, que por el momento no aparece en escena, como de aclarar la continuidad prehistórica de estas poblaciones cuya evolución ha permanecido al margen de los cambios impuestos por el Estado romano. Lo clásico se traza desde el aire, en una suerte de esbozo dorado que toma como modelo lo literario, planteando las ausencias arqueológicas como la confirmación de lo escrito, de ahí la consolidación entre estos autores

⁴² Un ejemplo de este nuevo debate que alcanza el panorama actual de la investigación lo podemos observar en la enorme cantidad de publicaciones de las últimas décadas, dada la extensión únicamente citaré algunas de ellas (se recogen en la bibliografía): de Manuel Salinas de Frías “Indigenismo y romanización de Carpetania: Observaciones en torno al proceso romanizador en la Meseta meridional” (1986-87) o “Los vettones: indigenismo y romanización en el occidente de la meseta” (2001). M^a Paz García-Gelabert, “Indigenismo y romanización en Turdetania durante la República” (1993). María del Rosario Hernando Sobrino “Indigenismo y romanización del territorio abulense (s.V a.C- s.III d.C.)” (1995). Ricardo Olmos Romera “Indigenismo y romanización en la imagen ibérica de época republicana” (1998). Francisca Chaves Tristán “Indigenismo y romanización desde la óptica de las amonedaciones hispana de la Ulterior” (1998). Liborio Hernández Guerra “Indigenismo y romanización de la provincia de Valladolid” (2002). Mauricio Pastor Muñiz “La provincia de Granada en época romana. Indigenismo y romanización” (2005).

⁴³ Con el término ‘particulares’ hacemos referencia a aquellos trabajos en los que se buscaba la diferencia, lo particular de cada pueblo con la intención de derivar hacia el origen de la diferenciación cultural.

⁴⁴ Respecto a la preocupación por los orígenes étnicos, baste señalar el siguiente comentario de Jose M^a Blázquez “Al frente del primer volumen figura una cronología general, extraída exclusivamente de las fuentes de la Antigüedad. Como apéndice incluimos tres estudios monográficos, dedicados a los legados semitas e indoeuropeo y a los orígenes del cristianismo hispano” (1974, 11).

de mitos como el matriarcado⁴⁵. Manuel Abilio o Narciso Santos Yanguas, entre otros, han respondido y responden a este enfoque literario. Los textos clásicos se convierten así en el engranaje y la arqueología en un recurso que convenientemente usado facilitaría la escenificación material de lo escrito; es decir, si los datos confirman lo dicho se utilizan, sino es así simplemente se obvian.

Así las cosas, el desgaste del régimen iba a permitir la entrada de nuevas corrientes historiográficas. El materialismo histórico, de la mano de Abilio Barbero y Marcelo Vigil, supuso un soplo de modernidad frente a las, hasta el momento, hegemónicas visiones historicistas⁴⁶. Ahora bien, a pesar de la novedad que entrañaba el método utilizado, el norte se iba a seguir considerando una isla respecto al conjunto de Hispania. De esta forma, entraba en escena el enfoque indigenista, planteado como una reivindicación del elemento prerromano. En este sentido, “las indiscutibles perduraciones durante el periodo romano terminaron convirtiéndose en la propia relativización de la actuación de Roma, que no habría pasado de ser un interludio ‘foráneo’ y ajeno a la evolución local desde la protohistoria hasta los mismos orígenes del reino de Asturias” (Fernández y Morillo, 2007: 13). El eje a través del que giraban las distintas argumentaciones indigenistas, podríamos buscarlo en la ciudad, así como en la implantación y consolidación de la organización urbana clásica en suelo Hispano. Para ambos autores, este tipo de organización, clave a la hora de entender el alcance de la romanización en el norte peninsular, sería prácticamente nula y, por lo tanto, incapaz de transformar la vida indígena⁴⁷. Se puede observar, por consiguiente, como, por un lado, se acierta al identificar la ciudad como uno de los motores básicos para la implantación romana pero, por otro, se yerra dado que, “la designación jurídica de la ciudad por Roma no implicaba necesariamente la existencia física de una estructura urbanística” (Prieto, 1998:153), y menos desde la perspectiva clásica de *urbs*. A

⁴⁵ En esta línea Jose M^a Blázquez habla de los ártabros como uno de los pueblos situados “dentro del área de cultura fundamentalmente agrícola y matriarcal del Noroeste y Cantábrico” (1974:34). De la misma manera, aunque tamizado por paso del tiempo y su derivación hacia posturas, diríamos menos radicales respecto al poder de las mujeres, Narciso Santos habla de las estructuras sociales y económicas de los astures como la “base para una organización que concedía una preeminencia destacada a la mujer, como nos afirma Estrabón...de acuerdo con ello, en el marco de la sociedad castreña nos encontramos con una cuestión, todavía sin resolver por completo, relacionada con la existencia de matrilocalismo o matrilinealismo, a nuestro modo de ver identificada equivocadamente por parte de algunos investigadores de nuestro siglo con un régimen matriarcal” (2006: 279).

⁴⁶ Respecto a la obra de Manuel Abilio y Marcelo Vigil, Domingo Plácido opina que “coincide con un fuerte impulso de los estudios de Historia Antigua dado con presupuestos teóricos diferentes, menos renovadores en el plano metodológico, como son los de Blázquez, Presedo y Montenegro, valiosos como modo de hacer avanzar y aumentar los conocimientos...la renovación como el nuevo impulso intensivo se apoyaban en el desarrollo anterior” (1998:25).

⁴⁷ Marcelo Vigil afirma más concretamente que los núcleos urbanos en el Norte “son prácticamente inexistentes y no sirvieron para transformar la vida indígena” (1990: 254).

este respecto, los enfoques sobre la romanización, en Asturias, de Francisco Jordá y Juan Santos Yanguas van a suponer un acercamiento a las posturas que la arqueología, a partir de los años ochenta, iría planteando respecto a la romanización del norte peninsular. La transición democrática o el auge de las autonomías, entre otros factores, matizan las posturas entre quienes buscan en lo escrito los ecos del pasado, y quienes lo hacen a través del análisis material de ese pasado.

Junto a estas nuevas circunstancias políticas, las últimas décadas del siglo XX van a suponer la consolidación definitiva de la arqueología como disciplina autónoma. Nuevas corrientes e interpretaciones introducen una miríada de análisis destinados a llenar el vacío del pasado prerromano y romano, a un lado y a otro de la cordillera cantábrica. Ahora bien, el lastre que suponía el mentado servilismo ideológico provocó un enconado esfuerzo por alcanzar una total “desconexión y desvinculación del contexto social” (Marín, 2004:86) en el que se desarrolla la actividad científica⁴⁸. Sabiendo esto, resulta curioso observar, precisamente, como en la exorcización de viejos fantasmas, se recurre una y otra vez a la justificación del presente, enfatizando el carácter aséptico de las nuevas oleadas interpretativas⁴⁹; en concreto, el objetivo pasaba por desligarse de todo lo que olera a clientelismo político. De ahí, la puesta en escena del debate cronológico (castros romanos o castros prerromanos) como supuesta alternativa a las pasadas construcciones historicistas⁵⁰. De la misma manera, el “paradigma céltico” cedía protagonismo a la búsqueda de otro tipo de identidades (influencias atlánticas, meseteñas, etc.), en principio, más acordes con la “objetividad” de los nuevos tiempos⁵¹. Si bien se vuelve a caer, aunque veladamente, en el recurso étnico historicista, muchos son los que capean el temporal evitando, concienzudamente, “cualquier clasificación étnica e interpretación social, siendo su discurso

⁴⁸ A este respecto Beatriz Díaz Santana opina que “las ideologías dominantes de cada época, e el contexto de cada historiador, modelan las interpretaciones que se hacen a partir del registro arqueológico” (1994:182). Según los planteamientos de Almudena Hernando “los objetivos prioritarios de los estudios...constituyen la expresión de las preocupaciones de la clase media – en la que se incluyen los investigadores – en cada momento” (2002: 17).

⁴⁹ Comparto la visión de Beatriz Díaz Santana cuando señala, respecto a Galicia, que “había que luchar contra la asunción por parte de la vida académica centralista de que la investigación que se realizaba en Galicia era poco científica ya que estaba orientada hacia el nacionalismo, y en mi opinión esto se hizo rechazando desde dentro la manifestación más característica del mito nacionalista: el celtismo” (1994:195).

⁵⁰ En este sentido participo de la opinión de Carlos Marín (2004), cuando observa cómo la inclusión de nuevas teorías de la mano del mundo anglosajón responde a ese intento de romper con el pasado. Acercarse a las llamadas ciencias de la naturaleza ofrece un campo de acción digamos más alejado de la subjetividad de las llamadas ciencias humanas.

⁵¹ A este respecto, J. Luis Vello recoge las opiniones formuladas por investigadores como Jose Luis Maya o Delibes de Castro, lo cuales admiten, según él, “que las gentes de Cogotas I, de fuerte tradición meseteña, pudieron constituir el sustrato cultural del Bronce medio en la provincia de León. Por tanto serían, a su vez, base de formación cultural para los grupos posteriores, entre ellos estarían los propios astures los cuales pueden vincularse claramente a estos grupos culturales de Cogotas I y a las influencias atlánticas tal y como demuestran los puñales de Ardón” (1986:8).

arqueológico fuertemente descriptivo” (Marín 2004:91)⁵². Pero, de la misma manera que se niega lo anterior, se recurre a la compartimentación con el consiguiente peligro de olvidar la existencia de otras fuentes, así como otras disciplinas susceptibles de aportar, junto con la arqueología, un conocimiento mejorable de las sociedades del pasado. Será, pues, necesario “reflexionar y ser prudentes para no caer en el riesgo conceptual de convertir los métodos y técnicas en objetivos. Habrá que recordar una frase coloquial de M. Vigil: No confundir el telescopio con las estrellas” (Mangas, 2002: 51)⁵³. Si el objetivo es descartar las “particularidades” de las fuentes escritas, las conclusiones no serán menos parciales que las suscitadas desde el campo historicista. En ese sentido, resulta interesante observar como en el renovado horizonte objetivista, un amplio sector de la investigación ha caído, consciente o inconscientemente, en la “trampa del paradigma céltico”. De esta forma, reclamar que lo anterior, lo enraizado en el mágico oscurantismo celta, suponía un claro servilismo ideológico centrado únicamente en la búsqueda de la diferenciación étnica-cultura y que, por el contrario, la consolidación post-franquista de las renovadas libertades ofrecía un horizonte saludable en cuanto a autonomía científica se refiere, es, en mi humilde opinión, un ejemplo más de las ensoñaciones asépticas de aquellos investigadores e investigadoras que anulando su condición de sujetos, creen moverse al margen del contexto social en el que se desarrollan⁵⁴.

En este orden de cosas, el debate suscitado en las postrimerías franquistas, relacionado con la llegada romana y su influencia, continuaría en los años ochenta alimentado por las nuevas corrientes arqueológicas y el afán de investigadores que, como Alberto Balil Illana, Gerardo Pereira Menaut o Carmen Fernández Ochoa, alertan de la necesidad de revisar el concepto de romanización, en función de los modelos de implantación territorial⁵⁵. Esa misma necesidad, así como la proliferación de excavaciones en Asturias, Galicia o

⁵² En este caso se hace referencia a autores como Ángel Villa o Jorge Camino. En palabras de Stephen Jay Gould “la ciencia no es una persecución desalmada de información objetiva. Es una actividad humana creativa, en la que sus genios actúan más como artistas que como procesadores de información...” (1983: 145).

⁵³ A este respecto cabe mencionar la disyuntiva que plantea Carlos Marín respecto al tema de la etnicidad. Para este autor se hace necesario “dar el paso desde la definición paleoétnica usando exclusivamente las fuentes clásicas, cuyas categorías son ajenas a las realidades culturales que se definen, a hacerlo mediante los restos arqueológicos” (2002:91). Realmente no creo en ambas disciplinas como una polaridad, lo realmente interesante es aunar todas las fuentes posibles para, a través de las mismas, descender hacia el pasado.

⁵⁴ Con esto no quiero elevar un canto a la imposibilidad de aproximarnos al pasado, únicamente quiero dejar constancia de que deberíamos ser conscientes de los límites de este acercamiento. El contexto social implica algo más que la realidad política del momento. “¿Cómo pretender que nuestra observación es aséptica e inocente, si para realizar el propio acto de observación ya tenemos que haber sido entrenados en una determinada manera de comprender el mundo y relacionarnos con él? ¿cómo no darnos cuenta de que nuestra observación del mundo parte de una cierta idea que tenemos sobre él, es decir, de una subjetividad construida culturalmente y que se nos transmite al nacer?” (Almudena Hernández, 2002: 29).

⁵⁵ Sobre este aspecto ver el trabajo de Carmen Fernández Ochoa y Ángel Morillo (2007:14).

Cantabria, por poner algunos ejemplos, provocarían, junto con la revisión de las fuentes escritas, la asunción de un panorama totalmente esclarecedor con respecto a la presencia romana en los territorios más septentrionales de la península⁵⁶. En este sentido, el *mare externum* frente al *mare nostrum*, actuaría como el elemento aglutinador de la llamada “romanidad atlántica” (Fernández y Morillo, 2007:23). Al hilo de lo expuesto, resulta curioso observar, cómo desde el horizonte romano la elección de un elemento más o menos definidor, en este caso “la fachada atlántica”, no suscita los mismos recelos que su puesta en escena para cronologías anteriores; pese a esto, “los datos arqueológicos nos permiten verificar que, desde el 2000 a.C., y a lo largo del Bronce Antiguo, se producen contactos marítimos entre el norte y noroeste peninsular con diversas zonas del *ámbito atlántico*, en concreto con Irlanda (discos áureos, hachas tipo “barcelos”, alabardas metálicas), Bretaña (hacha de talón sin anillas, “gargantillas de tiras” y diversas áreas de los márgenes del Canal de la Mancha (puñales)...Ya en el Bronce Final, con una cronología para la zona de estudio comprendida entre los siglos XII-VII a.C., es cuando los testimonios del comercio atlántico se vuelven más frecuentes y variados, y muy especialmente a partir del IX a. C., encontrando una serie de materiales metálicos-espadas pistiliformes, puntas de lanza “tipo Vénat” y calderos de bronce que nos permiten incluir al Norte y al Noroeste peninsular dentro de las corrientes atlánticas” (Menéndez-Bueyes, 2000:96)⁵⁷. A este respecto, el grupo *Hiberus*, con Marco Simón a la cabeza, plantea un “nuevo” enfoque, apoyándose en la búsqueda de contactos culturales a través del análisis, entre otros, de la religión, la iconografía y la ideología, desde una posición geográfica alejada del foco arqueológico asturiano. A través de este alejamiento, el recurso celta se abre como una alternativa y no como un elemento descalificador atrapado en el folclore, los ambientes nacionalistas y el colorido místico de la *New Age*⁵⁸.

⁵⁶ Respecto a la revisión de las fuentes escritas *vid.* los trabajos que se citan en la bibliografía de Francisco Diego Santos, Sonia María Martínez, Gonzalo Cruz Andreotti, Francisco Marco Simón, Jose Carlos Bermejo y Marco Virgilio García entre otros.

⁵⁷ Se habla de contactos, pero se evita lo cultural “la idea subyacente de poblaciones en contacto y de que el mar no separa, sino une, no aísla sino comunica, no es barrera, sino puente, pues viene a contradecir la imagen, un tanto minimalista, de comunidades humanas cerradas, constreñidas en su capacidad de movimiento y comunicación por las limitaciones de su tecnología de transporte hasta la llegada de los navegantes y comerciantes de las grandes culturas del Mediterráneo...este movimiento de regalos y/o mercancías a larga distancia presupone la existencia previa de unos excedentes que permitan sustentar y manipular unas redes de contactos y obligaciones, mediante el establecimiento de pactos sociales que faciliten la circulación de personas, mercancías, información y conocimiento” (Marisa Ruíz-Gálvez Priego, 1993:11-12).

⁵⁸ Otros personajes destacados que estudian determinados aspectos del mundo celta serían Martín Almagro, Gonzalo Ruiz Zapatero, Alberto José Lorrio, entre otros. Cabe destacar el caso de Galicia donde varios investigadores gallegos han retomado lo celta desde la arqueología: Felipe Arias, Rosa Brañas, Marco García Quintela, etc.

Ahora bien, para el caso que nos ocupa: la incorporación del género como “categoría fundamental de la realidad social, cultural e histórica, y de la percepción y estudio de dicha realidad” (Bock, 1991: 60)⁵⁹; se puede observar su total ausencia en las alternativas teóricas propuestas que, en las últimas décadas, han puesto todo su énfasis en solventar el historicismo imperante en las etapas anteriores, provocando una confrontación directa entre la pretendida objetividad de la ciencia y los parámetros condicionados que planteaba la Historia Tradicional. Si bien es cierto que se han incluido trabajos relacionados con la presencia femenina en las comunidades castreñas, como reflejan los estudios de M^a Dolores Fernández-Posse, Sonia M^a García o M^a Cruz González, no es menos cierto que, en estos trabajos, se observa tanto la utilización forzada del término mujer, como la ausencia total de la categoría de género⁶⁰. A partir de esta situación, se podría hablar, desde una perspectiva social, de un intento por visibilizar a las mujeres que formaron parte de estas sociedades, resaltando el papel de lo cotidiano. Ahora bien, el primer objetivo planteado, en su momento, desde la Historia de las Mujeres con la llamada segunda oleada del movimiento feminista, en concreto, la necesidad de “recuperar a las mujeres del pasado y conocer el alcance de su protagonismo histórico” (Cid, 2002:11), se acometió, para el caso que nos ocupa, con la utilización de recursos que no escapaban del tradicional androcentrismo historicista⁶¹. Trabajos como los de Sonia M^a García o Henar Gallego responden a esta primera etapa y, pese a la importancia dada a la llamada de atención sobre la necesidad de incluir a las mujeres como objetos históricos, su posición como sujetos provoca la inclusión de sus análisis dentro de la llamada “Historia Contributiva” (Cid, 2006:23); es decir, sin crítica, sin reflexiones y sin autocrítica y, por lo tanto, basada en una historiografía acumulativa y aditiva (Olga Sánchez, 2008:55). Sirva como ejemplo el esbozo que Sonia M^a García (2002) realiza sobre la visión que el geógrafo griego Estrabón nos brinda de las mujeres que habitaban el norte peninsular. Trazos que no van más allá de lo escrito, de ahí la “escasa” información extraída, lo que serviría a la propia autora de apoyo para argumentar la

⁵⁹ A este respecto, Paloma González opina que “como mínimo en el caso español, me atrevería a decir que sigue prevaleciendo un acercamiento historicista y descriptivo de la arqueología, anclado tradicionalmente – de forma análoga a lo que sucede en otros países mediterráneos o en la tradición alemana- a las posiciones teóricas y epistemológicas anticuaristas y empiristas, y alejado tanto del debate en antropología y sociología como, de las discusiones historiográficas que se han desprendido, de forma mayoritaria, de los estudios de las sociedades posteriores al Imperio Romano” (2000:13).

⁶⁰ No es de extrañar esta situación dado que, como afirma Margarita Díaz-Andreu “si no se ha integrado el concepto de género en la arqueología en España es por el acercamiento historicista y descriptivo de ésta todavía anclada en posiciones anticuaristas y empiristas” (2005: 14).

⁶¹ En palabras de Erika Engelstad “el ímpetu original de la implicación feminista en la crítica a la ciencia fue la <<investigación del remedio>>, que trataba de incluir a las mujeres en el mayor número posible de los modelos científicos” (1999: 72).

necesidad de “valorar aún mas intrínsecamente el dato aportado por la epigrafía” (García, 2002:16)⁶²; de esta forma, encara esta visibilización desde una postura descriptiva, apostada en los márgenes del debate indigenista. No es de extrañar que la incorporación de las mujeres y lo cotidiano sirva, en última instancia, de apoyo cuantitativo a las distintas posturas enfrentadas, situación rastreable también en trabajos como los de Inés Sastre o M^a Cruz González. En definitiva, de este primer acercamiento podemos destacar el toque de atención puesto sobre el androcentrismo y la invisibilidad de las mujeres en el tiempo y el espacio ocupados por las comunidades castreñas del norte peninsular.

De la misma manera, la respuesta que en los años setenta dieron las mujeres al androcentrismo imperante en la arqueología fue, al igual que en el terreno de la historia, la necesidad de visibilizar a las mujeres como protagonistas de las sociedades del pasado. Ahora bien, como ocurrió con otras disciplinas, las mujeres se enfrentaban a toda una “tradición empírico-descriptiva asociada a los nuevos marcos de interpretación histórica” que apenas habían modificado, como ya vimos, los fundamentos epistemológicos de la arqueología española (González Marcén, 2000:13). De esta forma, surgen estudios globalizadores, enmarcados en esa primera aproximación social que propiciaría la inclusión de “la mujer en la cultura castreña Astur” (Fernández-Posse, 2000:143), como un difuminado complemento destinado a desbaratar o aplaudir los viejos interrogantes castreños: jeraquización, igualitarismo, matriarcado, matrilinealismo, etc.⁶³. No existe, por el momento, desde el punto de vista teórico, una transformación metodológica y epistemológica, lo que supondría “modificar y transformar los conceptos, las categorías y los paradigmas tradicionales” (Sánchez, 2008:44).

Los dominios de la arqueología procesual delimitaban un registro incapaz de superar la idea del objeto como dato empírico, de esta forma “cualquier arqueólogo o arqueóloga que deseara su aceptación por el contexto académico arqueológico occidental dejó de exponer argumentaciones explícitas sobre el papel de hombres y mujeres en cualquier ámbito de la

⁶² Sobre la relectura de los textos clásicos ver los trabajos de Ana Iriarte Goñi (1990, 2002) y Jose Carlos Bermejo (1982, 1986, 1994) entre otros.

⁶³ En el estudio realizado por M^a Dolores Fernández-Posse (2000) sobre la mujer en la cultura castreña astur se puede observar la inclusión de la mujer dentro del debate entre comunidades guerreras jerarquizadas o comunidades campesinas igualitarias. De esta forma, se observa cómo la responsabilidad de las mujeres en la unidad económica familiar (agricultura, ganadería, recolección, etc.), impide, según la autora, hablar de jerarquías, dado que no existe una distancia social que visibilice una verdadera desigualdad tanto de clase como de sexo. Reducir las relaciones establecidas entre las personas al ámbito familiar y del trabajo es, cuanto menos, peligroso. Uno de los problemas que plantean este tipo de argumentos, y que iremos viendo a lo largo de este trabajo, es la falta de una revisión crítica de las fuentes y los métodos aplicados. Lo que provoca que en general se ignoren “otros tipos de desigualdades también sociales, entre los que se encuentran el ‘sexo’ y el ‘género’, que además se relacionan estrechamente con la clase” (Sánchez Liriano, 2005:57).

vida prehistórica. Quienes se atrevían a discutir sobre el tema se autolimitaban a datos directos sobre diferencias de sexo, es decir, datos obtenidos de contextos funerarios o de esqueleto” (Trinigan, 1999:103). Al hilo de lo anterior, Ruth Trinigan planteaba la aceptación de que la “cultura material, incluyendo la arquitectura, podía desempeñar un papel mas destacado en la arqueología que no fuese el de simple reflejo pasivo del comportamiento humano” (1999: 105), lo que desde la arqueología posprocesual se asumiría como la “indecidibilidad del texto” (Engelstad, 1999:81); es decir, “el sentido de un objeto no reside en sí mismo sino en su lectura, es decir, en la conexión que se hace entre ese objeto y otros objetos, palabras y conceptos” (Hodder, 1989: 68). Con todo, debemos a M^a Dolores Fernández-Posse su labor como pionera en el único acercamiento, que desde la arqueología se ha hecho en relación a las mujeres del noroeste peninsular.

Pese a las carencias de estas primeras aproximaciones, el acercamiento propiciado desde el postestructuralismo, la crítica feminista a la ciencia, la historia social, la historia cultural, la antropología crítica, entre otras disciplinas; con trabajos como los de Joan Gero (1999), Ruth Trinigan (1999), Janet Spector (1984) Margaret Conkey (1984), Gerda Lerner (1990) o Joan Scott (1996), referentes inmediatos tanto para la historia como para la arqueología, han supuesto y suponen la base sobre la que ir trabajando con el afán de mejorar el conocimiento de las sociedades del pasado. De hecho, a partir de este momento, diríamos rupturista, es cuando realmente podemos hablar de un verdadero debate gestado en el seno de las discusiones teóricas que, desde la historia y la arqueología de las mujeres, se estaban empezando a acometer a partir de la categoría de género, la construcción de la feminidad y de la masculinidad, el orden social, el simbólico, las estrategias de poder, las actividades de mantenimiento y de reproducción social, los espacios, etc⁶⁴. Todas estas cuestiones que comienzan a tener un profundo calado en el panorama histórico y arqueológico español - véanse por ejemplo la cantidad de publicaciones, cursos, congresos, grupos de investigación, revistas, etc, surgidas en los últimos 20 años- por el momento, no han tenido la suficiente repercusión en el ámbito de los estudios sobre “cultura castreña”. Por ello, la intención que me ha movido a realizar esta tesis no es otra que la necesidad de llenar ese vacío, asumiendo desde la consciencia de mi propia identidad, la continua construcción tanto de la arqueología como de la historia. En estas circunstancias, no pretendo participar de la verdad absoluta, sino del acercamiento a unas realidades construidas tanto por el pasado como por el

⁶⁴ Sobre estos y otros aspectos véase el 1^{er} Encuentro Internacional de la UAM sobre Arqueología de Género, editado por Lourdes Prados y Clara Ruiz , y que se cita en la bibliografía; así como los trabajos, por poner algunos ejemplos de M^a Ángeles Querol, Paloma González Marcén, Margarita Sánchez Romero, Mar Zarzalejos, Almudena Hernando, M^a Encarna Sanahuja, también en la bibliografía.

presente. Por consiguiente, dos son los aspectos que me interesa destacar; por un lado el peligro que suponen, bajo mi punto de vista, las posturas aislacionistas o rupturistas (historia frente a arqueología) y por otro, la total ausencia de una visión de género en los estudios realizados hasta la fecha. Al constatar, de esta forma, la existencia de tales carencias, pretendo orientar mi investigación sobre las comunidades protohistóricas del Noroeste peninsular, desde el análisis de las relaciones de poder que se establecieron entre ambos sexos.

II. Las comunidades prerromanas del noroeste peninsular. Nuevos modelos de hábitat. La monumentalización de los espacios habitacionales.

II. LAS COMUNIDADES PRERROMANAS DEL NOROESTE PENINSULAR. NUEVOS MODELOS DE HÁBITAT. LA MONUMENTALIZACIÓN DE LOS ESPACIOS HABITACIONALES.

Desde nuestra perspectiva histórica, la demarcación espacial y temporal de un acontecimiento o una cultura, ha supuesto y supone el eje que articula el desarrollo del conocimiento científico. De esta forma, la cuestión romana o prerromana abría en los años ochenta, de la mano de personajes como Elías Carrocera (1987) o José Luis Maya (1988), entre otros, la discusión científica que retomaba el estudio de una serie de emplazamientos- Castelón de Coaña, Campa Torres, Mohías, etc.- con el objetivo de ampliar y mejorar el registro documentado. Bien es cierto que, por aquel entonces, los niveles alcanzados reflejaban secuencias claramente altoimperiales, de ahí que el profesor Elías Carrocera se decantase por una periodización que no excedía los marcos de la conquista armada, frente al posicionamiento de José Luis Maya que apoyaba sus argumentaciones en la aparición de una serie de objetos descontextualizados de “cronología indiscutiblemente prehistórica como hachas de talón y anillas, fíbulas acodadas en bucle o fragmentos de calderos con remaches” (Villa Valdés, 2002:150), pero que a la postre levantaban toda clase de suspicacias. Habría que esperar a la década de los noventa para, poco a poco, comenzar a ver diluido el horizonte romano, pasando a la configuración de un pasado anterior a la conquista. De esta forma, se irían alcanzando fechas que, al día de hoy, llegan a las postrimerías del Bronce en asentamientos asturianos como el de Caravia, San Chuis, Llagú, o Campa Torres, recogándose incluso dataciones anteriores en el caso del Chao Samartín (siglos IX-X a.C.), lo que permitiría, con todas la reservas, establecer una continuidad entre

las poblaciones del Bronce y las propiamente llamadas castreñas⁶⁵. Sobre este aspecto hablaremos más adelante. Por el momento, lo que me interesa destacar es la aparición de un nuevo enfoque alejado del rupturismo que implica la creación de modelos basados en el objeto y no en el contexto⁶⁶. En este sentido, el origen, desarrollo, abandono y/o reocupación, facilitan la crítica de esa aparente homogeneidad con la que popularmente se ha venido tratando a la llamada “cultura castreña”⁶⁷.

Habíamos señalado previamente que, al día de hoy, el estado de la investigación no permite, de momento, aventurar o delimitar con mayor exactitud la realidad espacial prerromana, sus relaciones o áreas de influencia, más allá de los estudios locales que se han llevado y se están llevando a cabo. De la misma manera, la realización de un estudio etno-arqueológico se vislumbra como aparentemente limitado a ese mismo marco, si consideramos la unidad castro como una entidad física/natural, estática y aislada en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, si como en los pioneros trabajos de la escuela gallega de arqueología del paisaje valoramos estos espacios como realidades de producción social y cultural, éstos se convierten, al menos hasta los momentos inmediatamente anteriores a la conquista romana, en el centro a partir del cual ir desentrañando el día a día de estas comunidades. Sabiendo esto, he apoyado mi estudio en el análisis de las actividades de producción y reproducción social, en los materiales derivados de dichas acciones y los espacios producidos por las mismas para observar en qué medida se puede inferir la realidad y el desarrollo de las relaciones de género aplicadas al marco cultural castreño.

⁶⁵ En esta línea Jorge Camino Mayor, Rogelio Estrada García y Yolanda Viniegra Pacheco comentan las posibilidades del llamado Castro de la Forca en cuanto al interés que emana del “estilo leptolítico de los pocos restos industriales encontrados, ya que refuerzan el vínculo con un estadio cultural propio de la inmediata necrópolis, pero no sabemos cómo deben interpretarse: ¿indican la contemporaneidad o, mejor, la continuidad cultural entre ambas expresiones arqueológicas? ¿acaso se trata sólo de ocupaciones residuales de los constructores de túmulos anteriores?” (2009:153).

⁶⁶ A este respecto, comparto la idea transmitida por Pastor Fábrega según el cual “un estudio sobre las sociedades castreñas nos plantea, en primer lugar, la definición de una sociedad a partir de la caracterización formal de su asentamiento. En segundo lugar, debemos señalar otra de las categorías frecuentemente repetida en las líneas siguientes: Edad del Hierro es un término empleado por su universalidad pero que designa únicamente una novedosa particularidad tecnológica de estas sociedades inscrita en una periodización (Edad); la empleo, por tanto, por convención y con la conciencia intranquila por contribuir aún más a la extensión de un término que creo incapaz de evocar una caracterización representativa de estas sociedades” (2004: 9). De esta forma, y como ya se apuntó, “los momentos de inflexión y cambio en una cultura no se corresponden necesariamente con la introducción de nuevos elementos materiales o nuevos instrumentos de producción” (Hernando, 1996:193).

⁶⁷ Sobre esta problemática, Jesús Fernández Fernández reivindica, siguiendo los estudios de Margarita Fernández Mier, para “este fenómeno cultural un variado conjunto de necesidades y pautas en un sentido espacial y cronológico, aunque se hayan mantenido unas similares características de localización” (Fernández, 2009: 9-10).

Dejando a un lado tanto las discusiones cronológicas, que llevadas a su extremo provocarían la creación de un panorama casi monolítico en cuanto a la intencionalidad científica, y la ya mencionada “obsolescencia de las periodizaciones tecnotipológicas que seguimos utilizando en prehistoria y que responden a la necesidad de estructurar el conocimiento del mundo a través del tiempo y el cambio, para dar legitimidad a los cambios que implicaba la modernidad” (Hernando, 2002:118); como los cuestionamientos funcionalistas de la arqueología espacial, he decidido plantear el acercamiento al desarrollo de estas comunidades a través del estudio del tiempo y el espacio, y de las relaciones que estos dos vectores de ordenación de la realidad generan dentro de los grupos humanos. He de decir que parto del substrato teórico con el que las nuevas corrientes post-procesuales se aproximan al conocimiento de los grupos humanos⁶⁸. No pretendo, con ello, poner en cuestionamiento la producción científica que deriva de otros modelos de investigación, sino simplemente dar cabida a las posibilidades que ofrecen las posturas que vendrían a relacionar el mundo material “con los sistemas simbólicos de representación de la realidad social en función de conceptualizaciones particulares de las referencias Espacio y Tiempo” (Gil, 2003:23).

⁶⁸ Respecto a la obsoleta o inapropiada periodización de la prehistoria, Almudena Hernando observa como “a medida que la perspectiva de análisis del calcolítico incluye el conjunto de los rasgos del periodo, parece más difícil establecer una separación entre lo que tradicionalmente se consideraba Neolítico Final y Calcolítico, lo que paradójicamente volvería a dar la razón a los hermanos Siret, que no consideraban que los inicios de la metalurgia hubieran significado ninguna transformación significativa del orden cultural del final del Neolítico” (2001:233).

II.A. TIEMPO Y ESPACIO.

“Qué es el conocimiento del mundo, y hasta qué punto
el pasado es cognoscible y a través de qué métodos”
(Hernando, 2009:208).

Partiendo de éstos y otros interrogantes, Almudena Hernando reflexionaba acerca de las aportaciones que la arqueología estructuralista, la postestructuralista y, en general, todas las teorías arqueológicas habían ofrecido y estaban ofreciendo a la comprensión de la cultura humana⁶⁹. Así mismo establecía la necesidad de levantar puentes y no barreras, en la medida en que la crítica teórica, viniera de dónde viniera, podía mejorar la comprensión sobre “la verdad del pasado”⁷⁰. De esta forma, Almudena Hernando argumentaba la posibilidad de construir el conocimiento a través de la universalidad que el tiempo y el espacio adquieren como categorías de ordenación de la realidad y, por tanto, como parámetros de representación del mundo experimentado. Y hablamos de universalidad dado que “la mente humana no puede comprender ningún fenómeno que no esté ordenado a través del tiempo y el espacio. Lo que no está ordenado es caos y, por tanto, no puede recordarse, ni incluirse en un en un sistema de pensamiento” (Hernando, 2006:85). Es en ese orden, en esa realidad representada, dónde los grupos humanos construyen sus propias identidades. Sabiendo esto, la cuestión pasa por analizar las posibilidades que ofrece ésta línea argumentativa para el caso que nos compete. En ese sentido, los trabajos de Almudena Hernando Gonzalo y Elías Norbert suponen un claro referente a los que me remitiré a partir de ahora, con la finalidad de poder aclarar la intencionalidad que me ha llevado a incluir, como objeto de análisis, el desarrollo de las identidades y su puesta en relación con la categoría de género

⁶⁹ En este sentido, resulta curioso observar, en relación a los análisis espaciales en arqueología, el determinismo geográfico presente en la arqueología tradicional, el funcionalismo ecológico de la Nueva Arqueología y la inclusión de las relaciones simbólicas y las construcciones culturales en el desarrollo de las arqueologías post-procesuales.

⁷⁰ Con “la verdad del pasado” hago referencia tanto al título del artículo de Almudena Hernando (2008), como a la propia reflexión que la autora plantea acerca del concepto de “verdad” y los problemas que genera “de difícil solución, pues el conocimiento científico es positivista por definición; es decir, parte de la convicción de que el conocimiento no se construye, sino que se valida. Lo único que hacen las ciencias, de acuerdo a esta posición, es descubrir las relaciones que existen en la naturaleza...; es decir, el investigador positivista está seguro de que la realidad funciona tal y como él cree que funciona. De esta forma, al no diferenciar como dos instancias distintas el mundo y el modo como él entiende ese mundo, piensa que todos los grupos humanos lo han debido entender igual que él. Con ello, establece un error fatal, pues atribuye a los grupos de otras sociedades y culturas la forma de entender la realidad y de relacionarse con ella propia de la sociedad moderna occidental” (Hernando, 2001:218). De la misma manera, plantea la crítica a la hermenéutica representada por el postestructuralismo, que aplica la imposibilidad del conocimiento por el relativismo del mismo.

Parto de la base de que el espacio es algo producido y construido socialmente. En este sentido, en 1974, Lefebvre decía que “el espacio no es sólo una propiedad (localización, distancia, etc.) o un contenedor de la actividad social, sino que ha de ser conceptualizado como una dimensión de la acción social y, por tanto, como la posibilidad social de realizar una acción. Las acciones sociales existen porque están inscritas en el espacio y, por tanto, producen espacio. Pero este espacio, como producto material de un proceso social, actúa de nuevo sobre procesos sociales limitando, constriñendo o favoreciendo ciertas acciones”⁷¹. Teniendo en cuenta esta argumentación, la construcción del espacio y, por lo tanto, la relación que los grupos humanos mantienen con éste debería producir algo más que un conocimiento puramente físico⁷². En este sentido, nos enfrentamos a la vieja dicotomía naturaleza/cultura, para romper con las posturas que observaban la naturaleza “como algo exterior a la percepción humana, cuando en las prácticas sociales forma un continuo con la acción y la vida del conjunto de los seres que pueblan un entorno determinado” (García Quintela y González 2009:44). Por tanto, el entorno físico es la materia base sobre la que la racionalidad humana opera mediante su transformación, a través, entre otras cosas, de la monumentalización, generando un producto cultural destinado a ser percibido social e ideológicamente, como parte del entramado que da sentido a la apropiación e identificación, individual y/o colectiva, con un lugar determinado, lo que llamamos o concebimos como territorialidad. De esta forma, surge la idea de territorio, vinculada tanto al espacio geográfico como al desarrollo de una ideología capaz de ofrecer un discurso de control y seguridad sobre dicho territorio. De una manera muy resumida, se podría decir que estaríamos pasando de la expresión material a la cultural, lo que nos llevaría a plantear la necesidad de incluir en nuestros estudios categoría tales como poder, identidad, percepción o visibilización, entre otras, para ponerlas en relación con el paisaje. En consecuencia, y por poner un ejemplo de lo que a continuación trataremos con mayor profundidad, el estudio de los elementos arquitectónicos debería reparar tanto en lo útil como en lo simbólico, dado que, como productos de una acción social, estos elementos forman parte de una racionalidad (cultura) y, por lo tanto, expresan una forma particular de concebir el Tiempo y el Espacio, así como una determinada manera de percibir y experimentar lo construido (Criado, 1993).

⁷¹ En opinión de María Pallarés, “Desde una perspectiva orientada al estudio de la organización espacial de las actividades deberían superarse los rígidos estudios sobre la división sexual del trabajo...En este sentido, los estudios de género deberían dirigirse a la búsqueda de diferencias o similitudes en la concepción, diseño, organización y uso del espacio entre los diferentes agentes sociales, la localización de estas áreas de actividad social en el espacio y el tiempo, y como estas actividades se interrelacionan con el resto de acciones y relaciones sociales” (2000, 63).

⁷² De esta forma, el espacio se convierte en “un referente tan importante para el ser humano que la comprensión de la realidad sin éste resulta imposible” (Fábrega, 2004: 9).

En consecuencia, “no habría que perder de vista la voluntad de hacer que los procesos sociales y/o sus resultados sean más o menos visibles o invisibles a nivel social; del mismo modo que las condiciones de visibilidad de estos resultados de acciones sociales son de hecho la objetivación de la concepción espacial vigente dentro del contexto cultural en que se desarrolla dicha acción” (Gil, 2001:67).

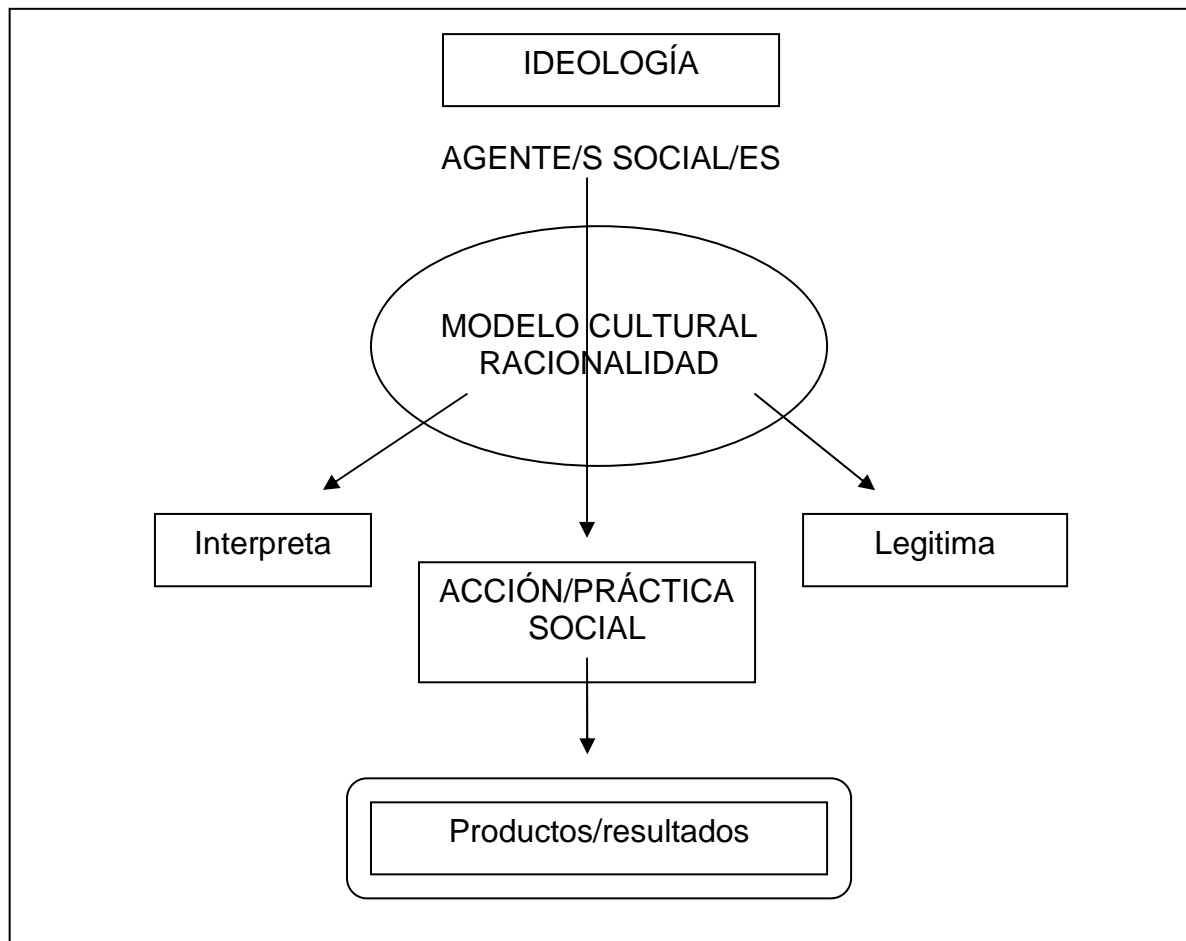


Fig.1. Modelos culturales e ideologías. Mónica González Santana 2011.

Volviendo sobre las nociones de territorio y de ideología, decíamos que esta última respondía a las necesidades de control y seguridad presentes en los grupos humanos, pero es además el recurso explicativo de una realidad construida, articulada y determinada socialmente. Lo que vendría a componer una salida legitimadora, una herramienta justificativa de las relaciones de poder; por lo tanto, y siguiendo el análisis de Paul Ricoeur (1999), tendríamos un proceso de conformación ideológica, basado en los conceptos lacanianos de lo simbólico, lo real y lo imaginario, que iría de la deformación a la

legitimación e integración social de dichas relaciones. Sabiendo esto, hemos de intentar averiguar en qué medida podemos rastrear en el espacio la expresión material de dicha conformación ideológica, lo que nos permitiría acercarnos a la “emergencia, desarrollo y resultado adaptativo” de la misma (Gil, 2001: 69). Desde esta posición y para el caso que nos ocupa, proponemos la necesidad de profundizar en la existencia o no de una ideología patriarcal capaz de articular una salida simbólica a un supuesto desequilibrio social basado en el sexo. Lo que nos lleva a plantear el estudio de la construcción del paisaje social a través de los espacios, la arquitectura y los restos de la cultura material, desde los siguientes supuestos básicos que incluyen el género como categoría de análisis:

1. Si existe una división de espacios y si podemos definir lo público a través de los restos arqueológicos.
2. Si se puede hablar de apropiación del espacio público por parte de un sector de la población ya sea a partir del sexo, la edad o estatus.
3. Cómo se construyen las fronteras o límites de los distintos espacios. Teniendo en cuenta que “the type of space a boundary partitions depends on the culture and time period it occurs and can range from inner-outer and public-private space to sacred-profane and to ours-theirs” (Kent, 1993:2)

De esta forma, intentaré abordar, a través del análisis constructivo y formal, el estudio del significado y la lógica social operante en dichos productos/resultados sociales (Ayán, 2003).

En cuanto al tiempo, partimos de la utilización de éste como escenario de control social e individual. Los calendarios agrícolas, ganaderos, religiosos, los tiempos de ocio o de trabajo, “se muestran como el medio de orientación que los hombres elaboran para dominar tareas sociales” (Elías, 1989:94-95). En ese sentido, se trata de analizar si con “hombre” el autor se refiere a humanidad o si, y esa es la hipótesis que manejaremos en este trabajo, el control del tiempo recae en manos masculinas, siendo el tiempo de las mujeres, un recurso que ha ido poco a poco desapareciendo. De esta forma, el propio desarrollo social unido al nivel de complejidad socio-económica, determinará la capacidad de ordenación, control y representación de la realidad, tanto a nivel comunitario como a nivel individual. La potenciación de ese nivel de seguridad y control permitiría la creación de distintas estrategias, encaminadas al establecimiento y posterior mantenimiento de posiciones privilegiadas basadas en el conocimiento-dominio del espacio y el tiempo. En definitiva, se

trata de demostrar cómo a través del análisis de las relaciones de género, del tiempo y del espacio como mecanismos de control y representación de la realidad podemos, por un lado, situar a las mujeres en el mapa de la investigación protohistórica asturiana y, por otro, mejorar el conocimiento que de éstas comunidades teníamos hasta el momento.

II.B. HÁBITAT CASTREÑO. GÉNESIS Y DESARROLLO.

Como veíamos, son varias las voces que, al día de hoy, plantean la necesidad de profundizar, para el caso asturiano, en la posibilidad de que existan huellas que permitan establecer una conexión entre las poblaciones del y las de los primeros poblados fortificados. En esta línea, se han obtenido resultados más que reveladores en suelo gallego, apuntando hacia la gran variabilidad en cuanto a las estrategias de ocupación, lo que se traduciría en la no existencia de “un paisaje del Bronce en Galicia, sino en distintos paisajes del Bronce que, en algunos casos, vienen dados por distintas combinaciones de aspectos diferentes” (Méndez, 1993: 77). De la misma manera se explican las tesis continuistas, alejadas de la visión rupturista que implica el estudio de estas poblaciones desde una óptica de compartimentación cronológica. Para el caso asturiano, la investigación por el momento no permite aventurar resultados más allá de las aproximaciones presentes en los trabajos de Jorge Camino Mayor, Yolanda Viniegra Pacheco y Rogelio Estrada García (2009) o Ángel Villa (2007), entre otros y otras; en sus obras, se sugiere la idea de una posible conexión espacial o al menos coincidencia más que sospechosa, entre una serie de castros como los de La Forca, el Chao Samartín o San Chuis, varias necrópolis tumulares y la existencia de asentamientos no fortificados o abiertos.⁷³ Sabiendo esto, sería deseable abrir una nueva línea de investigación, que repare en “la coincidencia existente entre los territorios económicos y políticos de las comunidades autoras de ambas realidades” (Camino, Viniegra, Estrada, 2009: 155), al menos para los primeros momentos de formación. Pero, por el momento, ésta es toda la información que se puede recoger del origen de las poblaciones que ocuparon el suelo astur antes de la configuración del llamado paisaje fortificado. Al igual que el caso galaico, esa génesis es “sin lugar a dudas, un proceso de

⁷³ Sobre esta cuestión plantean que “seguramente no convenga descartar que la distancia cronológica entre los epígonos del fenómeno tumular y el surgimiento de lo castreño pueda ir estrechándose en un futuro, considerando el continuismo de tradiciones funerarias que se observan en otras áreas peninsulares” (Camino, Estrada y Viniegra, 2009:153). En este orden de cosas, Alberto de la Peña opina que “este cambio en los modelos de asentamiento es, lógicamente, gradual...junto a los primeros poblados estables seguirán existiendo dependiendo del grado de desarrollo económico, los asentamientos temporales característicos de la etapa anterior. A este respecto encontramos restos relacionables con esta época en supuestos niveles antiguos de ciertos castros” (1992:378). En relación a esto, los “indicios de ocupaciones antiguas se vieron ampliamente confirmados al reconocerse una secuencia que remonta los orígenes del Chao Samartín, como recinto fortificado, al fines del siglo IX a.C” (Villa Valdés, 2007: 123). A esta situación apuntaban, aunque con toda las reservas posibles, Miguel A. de Blas y J Fernández cuando hablaban de la situación contextual de ciertos hallazgos del bronce “un aspecto que no debe ser soslayado reside en la relación al menos espacial entre ciertos productos y algunos asentamientos castreños” (1992: 402).

muy larga duración, pero cuyo desarrollo más evidente, corresponde al último milenio a. C. y va a estar directamente relacionada con el surgimiento y evolución del fenómeno castreño” (de la Peña, 1992:373)⁷⁴.

La intensificación de las relaciones atlánticas, atestiguadas a partir del siglo XII a. C., a través del intercambio de objetos como las hachas de tope con anillas, va a suponer un revulsivo en cuanto a los contactos culturales y las nuevas posibilidades económicas. En este sentido, el desarrollo de las poblaciones neolíticas vendría marcado por la variabilidad en cuanto a las formas de asentamiento elegidas, de ahí la documentación, entre otros ejemplos, de hábitats en cueva conviviendo con las llamadas Áreas de Acumulación de Puntos Arqueológicos (AAs), como el caso de la sierra de O Bocelo (Galicia). Variabilidad que iría aumentado con la aparición de poblados abiertos y/o cerrados mediante el uso de cierres perimetrales de madera, tal es el caso de el yacimiento conocido como “Monte de Os Remedios” en Moaña, Pontevedra, espacio en cuyo nivel natural se documenta la existencia de una zanja fundacional perimetral del cuarto milenio (Bonilla, Vila y Fábregas, 2006). De la misma manera, y para los inicios del Bronce, se atestigua la existencia de pequeños poblados abiertos o cerrados mediante empalizadas, de carácter semiestable, lo que se traduce en una movilidad poblacional alrededor de las cuencas húmedas, con una agricultura de roza ligada al cultivo extensivo en ladera. En estos poblados, vinculados a las líneas de desplazamiento, se documentan cabañas de materiales perecederos, con estructuras de cierre para el ganado y una incipiente división, mediante de zanjas, de las zonas domésticas y las de cultivo. O fixón y A Lagoa ejemplifican, en suelo gallego, los cambios operantes en esta nueva forma de relacionarse con el paisaje. Relación que irá adquiriendo una mayor complejización según avance el tiempo, llegando a finales del Bronce a observarse la convivencia de dos modelos de hábitat. Por un lado, los mencionados poblados abiertos. Ejemplos como el de Portecelo, Chan dos Carris u O Casil, prueban la existencia, en este

⁷⁴ En una postura enfrentada a estas consideraciones, César Parcero opina respecto a la ruptura que se da entre el Hierro I y la Edad del Bronce que “este cambio, por encima de cualquier continuidad en aspectos menores del sistema socio-cultural (que existen como veremos), implica la necesidad de reconocer que estamos ante una nueva forma de concebir no solo las relaciones entre el ser humano y el paisaje sino de estructurar y gestionar a las propias comunidades” (2000:86). Cabría preguntarse en primer lugar por lo que el autor considera ‘aspectos menores’. Dicho esto, comparto la idea general, dado que como ya vimos se va configurando una nueva forma de entender la realidad, no en vano el propio autor matiza a pesar de los términos utilizados, ‘quiebra’, ‘ruptura’, que “esta vinculación de los castros tempranos con las zonas sujetas a ocupación y explotación en la Edad del Bronce se confirma si examinamos cuáles son las zonas más accesibles a ellos” (2000: 87). En realidad, la propuesta supone observar los cambios que paulatinamente se van sucediendo hasta llegar a la contraposición que “ten sido resaltada por algúns autores, como consecuencia, entre outros factores, dos diferentes niveis de tecnología agrícola, ao ocupar os asentamentos do mundo megalítico preferentemente planaltos de solos lixeiros, mentras que no mundo castrexo os poblados localízanse esencialmente no val, nas proximidades de solos moi pesados, pero potencialmente moito máis productivos” (Carballo, 1996: 312).

periodo, de asentamientos con carácter estacional, vinculados a la explotación agrícola de carácter extensivo e itinerante⁷⁵. Por otro lado, la aparición de los primeros poblados fortificados, relacionados con una agricultura rotativa de carácter intensivo, que incluiría la explotación de cereales junto con el cultivo de leguminosas. Este, podríamos decir, modelo de convivencia, surge en un periodo en el que los contactos comerciales se ven incrementados, situación que ha quedado materializada en el aumento del número de hachas de tope de anillas documentadas, así como en la aparición de espadas de hoja pistiliforme y un variado elenco de objetos de adorno personal. Ésta tendencia dinamizadora adquiere su máximo apogeo a partir del siglo IX a.C., momento en el que surgen grandes depósitos de Bronce (hachas tubulares, lanzas largas, calderos, hoces tipo británico, espadas de hoja de lengua de carpa, brazaletes, etc.) asociados a la potenciación de los tratos comerciales⁷⁶. En este orden de cosas, y como ya se señaló, yacimientos como el del Chao Samartín muestran una imagen que vendría a corroborar, para el caso asturiano, la existencia de “indicios de ocupaciones antiguas...confirmados al reconocerse una secuencia que remonta a los orígenes del Chao Samartín, como recinto fortificado, a fines del siglo IX a.C” (Villa Valdés, 2007:123).

El bosquejo de este panorama, nos acerca a la certidumbre de que, efectivamente, algo está cambiando, en el sentido de transformación y no de ruptura; y la máxima expresión material de ese cambio va a ser precisamente la fortificación del paisaje a partir, dependiendo de la zona, del siglo IX a. C. Sabiendo esto, ha de plantearse la forma en la que se articula ese cambio y cómo podemos trasladarlo al terreno de lo social y lo cultural.

⁷⁵ Sobre el yacimiento del Portecelo *Vid.* los trabajos de José Manuel Vázquez Varela (1987 y 1988).

⁷⁶ Para el caso asturiano “la abrumadora mayoría de las hachas de talón con asas y el limitado espectro tipológico en las restantes producciones, proviene no sólo de la propia tendencia a la ocultación de esos materiales (tan común en el NO)...Señala, al mismo tiempo, el éxito de un producto local que pudo haber tenido o no, un uso inmediato como instrumento” (de Blas y Fernández, 1992: 401).

II.B.1. EL ESTUDIO DE LOS PAISAJES FORTIFICADOS. UNA NUEVA PROPUESTA DE INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA.

Apuntábamos como las características de los poblados, el entorno escogido y la acción social fueron poco a poco variando en un sentido tanto físico como simbólico⁷⁷. Uno de los rasgos más significativos de esta transformación va a ser la incorporación, a nivel constructivo, de un gran entramado defensivo que estas comunidades levantan, asumiendo para ello un incuestionable esfuerzo, tanto socio-político como económico, destinado a perdurar en el tiempo⁷⁸. Y es en esa voluntad de trascender dónde se manifiesta la creación o configuración de un entramado ideológico que, entre otras cosas, “se ajusta a un orden perceptivo intencional” (Mañana, 2003:177). Una intencionalidad que implica lo que Tomeu Vidal plantea como “modelo dual de apropiación” (Vidal, 2005), basado en los procesos de acción/ transformación, por un lado, y de identificación simbólica, por otro⁷⁹. De manera que el estudio de la transformación del paisaje social nos permitirá acercarnos tanto al desarrollo simbólico como a la construcción del discurso de identificación y legitimación social. En este sentido, la estrategia que planteamos de cara a averiguar en qué medida interactúan lo humano y el espacio natural, conlleva la incorporación del género al estudio de los espacios público y doméstico, haciendo uso para ello tanto de la caracterización que establece Pierre Bourdieu (*cit. in* Gil, 2001:83) respecto a los tipos de capital, como del análisis dimensional que César Parcero (2002) propone en relación a la interacción humana con el espacio natural.

⁷⁷ Entiendo acción social, entre otras cosas, como la capacidad humana, intencional o no, de influir sobre el medio. Sobre este aspecto véase entre otros el trabajo de Felipe Criado (1993).

⁷⁸ A este respecto, Jorge Camino Mayor opina que “no cabe duda de que las obras de fortificación constituyen, ya sea por sí mismas, ya por lo que repercuten en la elección de los emplazamientos, quizá el elemento más definidor de los asentamientos castreños, al menos desde una interpretación histórica como la nuestra” (1995:154). En este sentido, y poco a poco, “el sistema de comunidades semi-móviles vigente a lo largo de toda la Edad del Bronce, es reemplazado, por primera vez, por poblados que se fijan de forma permanente en el territorio. Por primera vez se asiste a la inversión masiva de trabajo colectivo en la construcción de un poblado, que incluye la alteración sustancial del paisaje” (Parcero, 2000: 86).

⁷⁹ A través de la acción sobre el entorno, las personas, los grupos y las colectividades transforman el espacio, dejando en él su “huella”, es decir, señales y marcas cargadas simbólicamente. Mediante la acción, la persona incorpora el entorno en sus procesos cognitivos y afectivos de manera activa y actualizada. Mientras que, por medio de la identificación simbólica, la persona y el grupo se reconocen en el entorno, y mediante procesos de categorización del yo, las personas y los grupos se autoatribuyen las cualidades del entorno como definitorias de su identidad. La acción-transformación es prioritaria en estadios vitales tempranos como la juventud, mientras que en la vejez prepondera la identificación simbólica. Otro tanto ocurre en función del tipo de espacio, ya que en el privado es más posible la transformación, mientras que en el público suele ser más habitual la identificación (Vidal, 2005: 283).

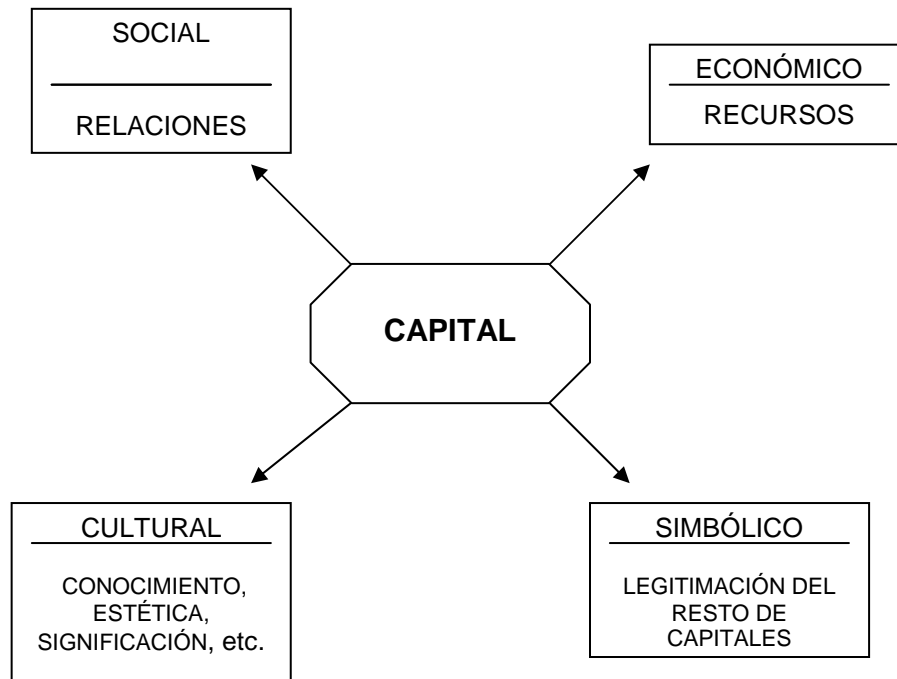


Fig 2. Tipos de capital según Pierre Bourdieu (1986). Mónica González Santana 2011.

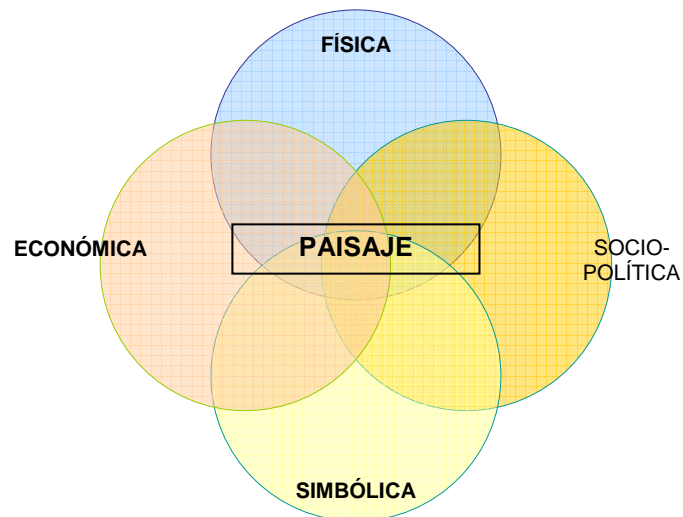


Fig.3. Interacción entre el ser humano (acción social) y el espacio natural. A partir de Cesar Parcero (2002).

Soy consciente y hago, por tanto, especial énfasis, “en la necesidad de que el análisis arqueológico se debe aplicar en los distintos ámbitos en los que un fenómeno cultural se significa en sus distintas dimensiones” (Criado y Mañana, 2003: 104), y esto, pese a los ya mencionados problemas que plantea, para la realización de este estudio, el acercamiento al análisis de la acción humana dentro de su dimensión socio-política. Una situación extensiva al nivel simbólico y que emanaría, entre otras cuestiones, de la ausencia de textos escritos. De esta forma, la incorporación a este trabajo de los pasajes clásicos obliga a la realización no sólo un acto de construcción, sino y como ya dijimos, al análisis reflexivo del discurso del dominador, en este caso el estado patriarcal romano, a través de las teorías de la alteridad propuestas por Nicole Loraux, Jean Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet, entre otros y otras. Por ello, considero que a través del conocimiento de la sociedad clásica, podemos tratar de atisbar y reconocer la realidad social “bárbara” que el mito disfraza entre lo escrito⁸⁰. De ahí, que la pretensión de realizar un acercamiento al horizonte cognitivo de estas comunidades, se haga a través de nuestro propio posicionamiento como sujetos, con la determinación de “encontrar una metodología subjetiva de representación del mundo que se pueda aplicar objetivamente” (Criado, 2006: 252)⁸¹.

Con todas las reservas hacia las limitaciones que presenta el estudio de las sociedades prehistóricas, parto de la suposición, como no podría ser de otra forma, de que se puede, a través de los restos materiales, inferir la construcción de un paisaje íntimamente ligado a la transformación e intensificación de la complejidad social⁸². Desde esta óptica y como ya vimos, “la ocurrencia de todos estos fenómenos y transformaciones, implicó, de un modo u otro, un cambio en el patrón de racionalidad espacial de estas sociedades, que habría implicado asimismo la emergencia de nuevas formas de conceptualización del tiempo y el espacio como correlatos básicos de las nuevas estrategias sociales de construcción del paisaje y de la realidad social” (Criado, 1993:40). Es decir, los humanos, a través de la acción social y de estrategias tales como la visibilización o la producción, originamos toda una gama de productos y efectos en el medio que, ya sean intencionados o no, provocan una serie de resultados susceptibles de ser analizados. Se trata de averiguar cómo se articulan

⁸⁰ Sobre estos aspectos sobre los que volveremos más adelante *vid.* los trabajos de Ana Iriarte (2002) y Mónica González (2009)

⁸¹ Al hilo de esta problemática, Victoria Villoch opina sobre el trabajo con elementos tales como la percepción que “para ello habría que descubrir los sistemas sociales que guían, orientan y predeterminan la percepción del individuo y no la actitud individual ante las percepciones...el estudio del patrón de emplazamiento de los monumentos, de sus condiciones de visibilidad, nos permitirían reconocer las regularidades que muestran la voluntad y la estrategia intencional para hacer perceptible un monumento, remarcar su presencia y provocar efectos visuales en relación con él” (2001: 34).

⁸² Respecto a los fenómenos de complejidad social y su puesta en relación con los conceptos de tiempo y espacio *vid.* los trabajos de Almudena Hernando (1999, 2001,2002) o Felipe Criado (1993, 2006), entre otros.

esas cuatro dimensiones, con las prácticas sociales y en qué medida nos pueden acercar al desarrollo de las relaciones de género.

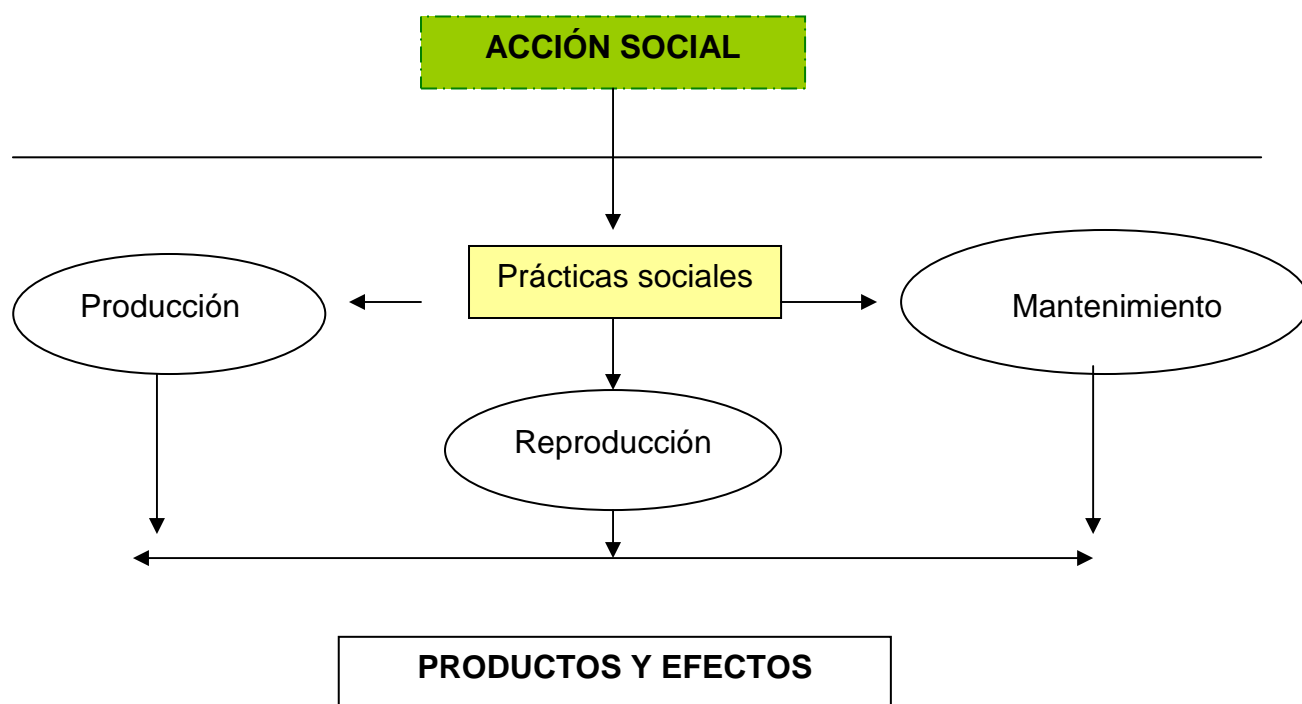


Fig.4. Mónica Glez Santana (2011). Basado en los gráficos de Felipe Criado (1993)

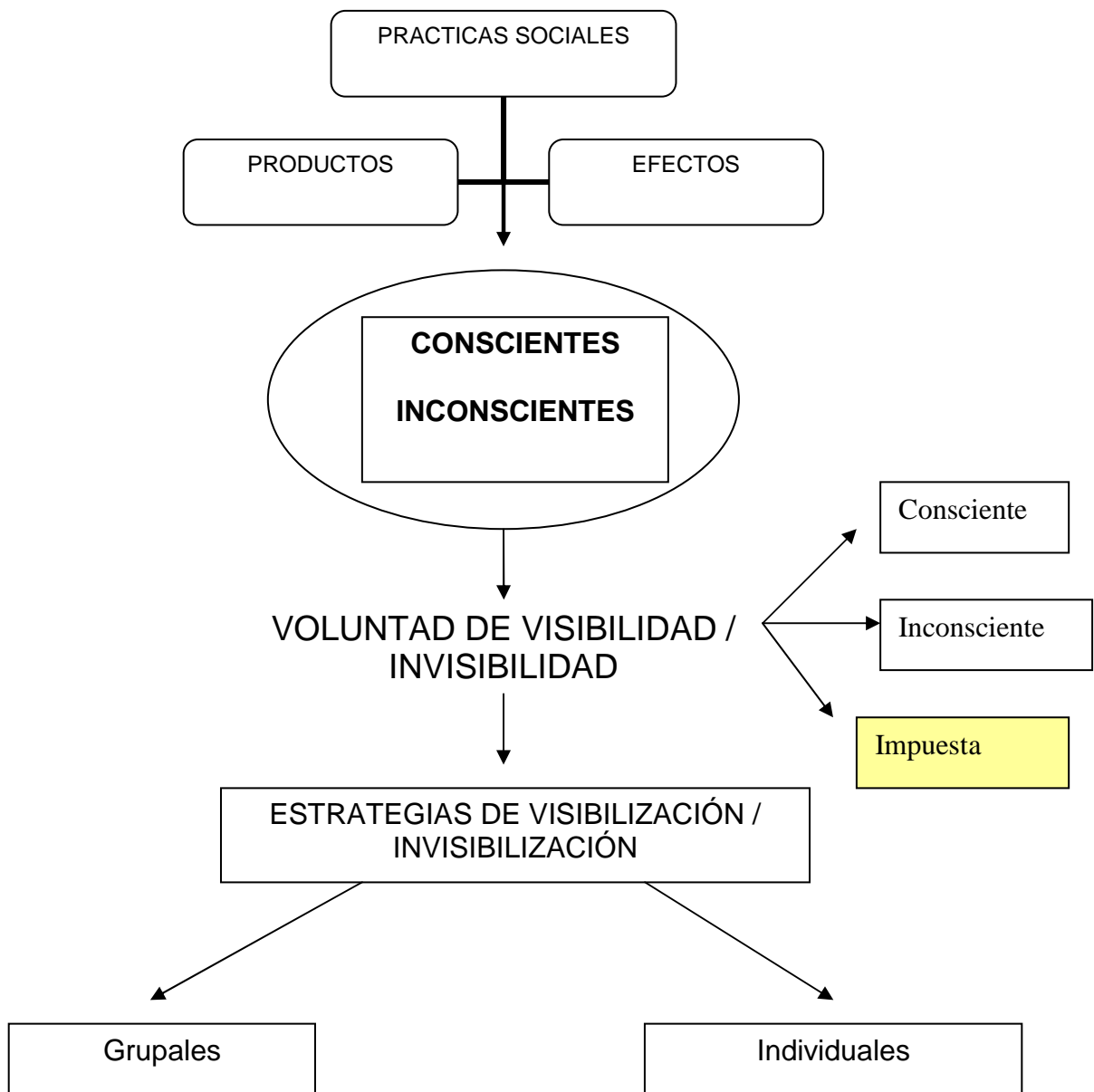


Fig.5. Prácticas sociales y estrategias de visibilización e invisibilización. Mónica Glez Santana (2011), según los gráficos de Felipe Criado (1993)

De manera que el estudio de la acción-transformación del paisaje social nos permitirá acercarnos al desarrollo simbólico de esa sociedad, a través del ya mencionado “modelo dual de apropiación” (Vidal, 2005). Según este modelo y teniendo en cuenta lo visto, tendríamos dos niveles de apropiación espacial que se retroalimentan:

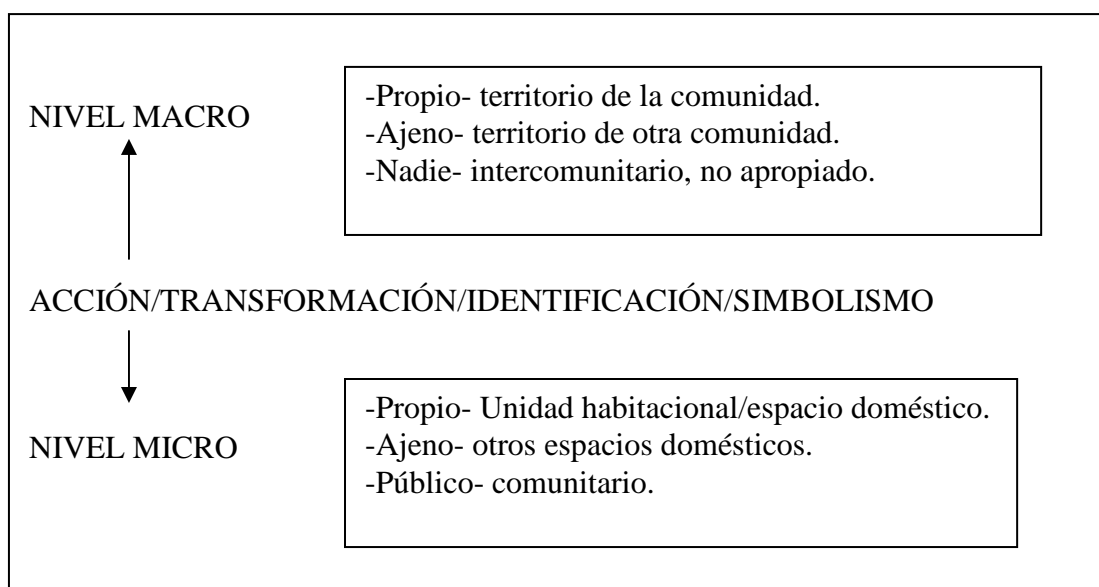


Fig.6. Mónica González Santana 2011.

A través de este modelo, me propongo observar si existe realmente una diferenciación de espacios público, doméstico o ajeno; y, si es así, si se puede hablar de una apropiación del espacio público, lo que nos llevaría a averiguar quién o quiénes tienen el suficiente poder como para generar un discurso de legitimación de las acciones y transformaciones emprendidas, con el afán de crear modelos de identificación y control del simbolismo a nivel comunitario y/o a nivel grupal (ciertos sectores o grupos de la población).

Tras estas consideraciones, comenzamos con el estudio del nivel macroespacial, trasladándonos a la concepción física del paisaje, dado que, como veremos a continuación, ésta constituye “la base o materia prima sobre la cual el ser humano se realiza, ejerciendo sobre ella un control y un grado de explotación crecientes”⁸³. De esta forma partimos de los trabajos de inventariado y catalogación que nos ofrecen, pese a las limitaciones, una imagen más o menos ajustada de la distribución geográfica de los emplazamientos⁸⁴. Teniendo en

⁸³ Personalmente hubiese obviado hablar de ‘crecientes’, una concepción que implica, en un sentido evolucionista, hablar de progreso desde el presente.

⁸⁴ Teniendo en cuenta la metodología aplicada, tanto en prospección extensiva como en intensiva “el registro construido está caracterizado por aquellos yacimientos visibles y que resultan más evidentes en el paisaje, en el

cuenta tal distribución, pero sin caer en el determinismo que implica el análisis tradicional geográfico, propongo la elaboración de un estudio que, como apuntaba en el apartado de espacio y tiempo, centre su análisis en el desarrollo de los espacios público y doméstico, y en la ruptura que el estudio y reconocimiento de su existencia supuso respecto a las tesis tradicionalistas, dado que la visibilización de ambos espacios suponía la puesta en valor del género como categoría de análisis.

De esta forma, intentaremos abarcar no solo las cualidades físicas de un determinado entorno, sino “la experiencia-en-el-espacio” (Gil, 2002:74); es decir, la capacidad y determinación por la que los humanos creamos códigos sociales y culturales, encaminados a dirigir esa experiencia. Una experiencia materializada en el paisaje a través, como veíamos, de las distintas estrategias de visibilización de los productos y los efectos sociales, de ahí la importancia que cobrarán a partir de ahora el estudio de los modelos de ocupación, la arquitectura y los restos materiales de las actividades productivas y reproductivas.

caso de estas sociedades, por los castros o poblados fortificados...conocemos ese espacio doméstico pero prácticamente casi nada conocemos de otros espacios como aquellos relacionados con la muerte, la subsistencia,...” (Fábrega, 2004:13).

II.B.2. MODELOS DE OCUPACIÓN. MODELOS DE APROPIACIÓN.

A lo largo de la Edad del Bronce (principios del II milenio hasta los siglos IX-VIII a.C) veíamos como las comunidades sitas en el horizonte atlántico peninsular participaban de una tradición ocupacional basada en una economía itinerante, que facilitaba modelos poblacionales de pequeño tamaño, casi imperceptibles en el paisaje. Serán, entre otras, las necesidades agropecuarias, las que incidan en la búsqueda de cuencas húmedas que procuren la proximidad a brañas, montes y líneas de comunicación de mayor o menor importancia. Por el momento y teniendo en cuenta el “modelo dual de apropiación” propuesto por Tomeu Vidal (Vidal, 2005), tendríamos una transformación espacial basada en los capitales que Pierre Bourdieu (1986) identifica como económicos, funcionales y culturales, estando el simbólico aparentemente ausente en unos poblados estacionales más o menos imperceptibles en el paisaje⁸⁵. Con la sospecha de esta ausencia, me preguntaba cuál sería la fórmula con la que estas poblaciones solventaron la necesidad de crear un discurso capaz de legitimar el control sobre los recursos sociales, culturales y económicos de estas comunidades. La respuesta la encontraba precisamente en el análisis de los paisajes sagrados.

De la misma manera, señalaba como los asentamientos documentados aparecen o buscan cierta cercanía y relación visual con los pasos o líneas naturales de tránsito (Parcero y Ayán, 2007). Pues bien, será en estos lugares dónde se manifieste, a partir del quinto milenio a.C, la utilización del espacio y el tiempo como discursos legitimadores que vendrían a justificar la creación, uso y disfrute de un territorio. En este orden de cosas, túmulos, megalitos, monumentos naturales tipo Peña Tú (Asturias) o petroglifos, van a constituir el reflejo de esa voluntad de trascender en el tiempo y el espacio mediante la visibilización, la monumentalización y la perdurabilidad del paisaje domesticado. Se crea así todo un entramado constructivo relacionado con la articulación de nuevas formas de entender el entorno como espacio humanizado, como territorio. En este sentido, el mundo funerario constituye un claro ejemplo de la transformación operante. Se mantiene el uso de los enterramientos en cueva, pero se van incorporando y desarrollando novedosas soluciones arquitectónicas como soporte autorizador para la ocupación de un territorio. Se genera, de

⁸⁵ En la teoría de campos de Pierre Bourdieu, éste introduce el concepto de capital, que identifica con los recursos invertidos con el objetivo de obtener ciertos beneficios en los distintos campos: económico, cultural, social y simbólico. Este último consiste en ciertas cualidades inmateriales que parecen inherentes a los individuos; es decir, naturales y, por tanto, estimables socialmente: autoridad, carisma, entre otras, pero que, en realidad, necesitan del reconocimiento de los otros individuos para cobrar verdadero crédito.

esta forma, un tipo de discurso en el que los antepasados y antepasadas se convierten en el aval legitimador de las acciones y transformaciones del presente, predeterminando la percepción del individuo tanto si está dentro (identificación simbólica) como si está fuera del grupo (Vernant, 1982: 5-9)⁸⁶. El resultado, por lo que a este estudio compete, será la demostración pública de un concepto: el de territorio, considerando éste como “la expresión de la espacialización del poder y de las relaciones de cooperación o de conflicto que de ella se derivan” (Montañez y Delgado, 1998: 120). Entraríamos, entonces, en el terreno de la apropiación a nivel macro, es decir; estaríamos hablando del territorio como espacio de la comunidad capaz de trascender el Tiempo⁸⁷. Espacio con el que los individuos se van a relacionar simbólicamente a través de la experiencia funeraria y los usos rituales. Un ejemplo del calado de esta relación simbólica va a ser la dispersión, el gran desarrollo y la variabilidad del tratamiento espacial funerario que observamos, entre otros, en suelo asturiano: túmulos sin cavidades o cámaras internas como los de Piedrafita IV y I (Les Regueres) o Monte Deva V (Gijón), túmulos con presencia de estructuras de madera como los de Campiello 18 (Tineo) o Monte Areo XII (Carreño), estructuras tumulares con pseudocámara como los de La Llaguna A y D (Villaviciosa), o los más reconocibles monumentos megalíticos asociados a la utilización de la piedra como base para el levantamiento de cámaras mortuorias que presenciamos en tumbas como la de Monte Areo VI (Carreño) o Santa Cruz (Cangas de Onís).

En su momento, atendiendo a modelos evolucionistas, esta gran variedad de soluciones arquitectónicas fue anotada como un continuo de mejora dentro de las sociedades megalíticas, pasando así de las primeras construcciones sin cámaras hacia la complejidad de los dólmenes propiamente dichos⁸⁸. De esta forma, el paso al calcolítico supondría la desaparición de este fenómeno funerario como reflejo de la ruptura marcada por la existencia de una crisis tanto a nivel poblacional como en cuanto a disponibilidad de recursos, lo que influiría directamente en el “empobrecimiento” de las tumbas: arquitectura, tamaño, ajuares, etc. Sabiendo esto, la pregunta o las preguntas que podríamos formular implicarían el cuestionamiento de esta visión para encarar nuevas posibilidades. Considerar

⁸⁶ A este respecto Vázquez Varela añade la capacidad de estas poblaciones en cuanto a la inversión de trabajo. Una inversión que según el autor tendría una clara dimensión humanista, dado que la creatividad y el esfuerzo colectivo rinde homenaje a las personas, lo que supone una actitud hasta el momento desconocida (Vázquez, 1993).

⁸⁷ A este respecto Francisco.M. García señala que “los ritos funerarios, más allá de su variabilidad formal, se constituyen en el fenómeno sociocultural encargado de ratificar el arraigo de la sociedad en la continuidad del Tiempo. Refuerza además los comportamientos prescritos y justifican la existencia del grupo a fin de mantenerlo y reforzarlo (2002: 60).

⁸⁸ Personajes como Cartailhac (1886), Bosch Gimpera (1965) o Aberg (1921) admitían en sus estudios esa evolución desde los tipos simples a los complejos.

el porqué de esa variedad y la coincidencia o no en el tiempo, no solo a nivel formal y funcional sino en clave social y cultural, resulta necesario a la hora de reformular el panorama dibujado por la “ausencia” de evidencias habitacionales (de Blas, 2004). Para solventar esta necesidad, pero también consciente de la brevedad que exige este recorrido por los usos funerarios que llegarán a las postrimerías del Bronce, he optado por la recogida de los resultados obtenidos en Monte Areo (Carreño), una de las estaciones que más evidencias ha aportado al conocimiento del mundo funerario dentro del territorio asturiano, con la intención de ofrecer un modelo hipotético que explique las relaciones sociales que dieron pie a la transformación de un paisaje con el fin de crear un espacio de identificación con un determinado sistema simbólico o simbólico-religioso.

II.B.2.1. EL TIEMPO COMO ELEMENTO LEGITIMADOR IDENTITARIO. LA APROPIACIÓN DEL PASADO A PARTIR DE LA EXPERIENCIA FUNERARIA: EL CASO DE MONTE AREO.

La sierra plana de Monte Areo se ubica en el prelitoral del principado, concretamente en la región de Peñas, actuando como elemento articulador entre la costa y la cuenca sedimentaria central asturiana. Este peculiar enclave orientado en dirección SO-NE, destaca por su acentuada presencia en el paisaje. En realidad, este sería el primer elemento a señalar: la notoriedad que adquiere este espacio natural, en tanto aporta centralidad y control visual sobre el entorno para ver y ser visto. Se añade además la singular morfología que presenta esta sierra, conformada por dos grandes aterrazamientos con altitudes de 175m., al norte y 200m., al sur, unidos mediante un corredor, configurando dos áreas de enterramiento claramente diferenciadas. Esta primera aproximación nos permite aventurar la existencia de un interés claro en cuanto a la elección y articulación del paisaje funerario que se manifiesta en la búsqueda de un lugar central, destacado, que facilite la visibilidad y la visibilización. Esta voluntariedad implica, a su vez, la existencia de unas estrategias básicas encaminadas al ejercicio del poder/control territorial⁸⁹. Observamos cómo la elección de un enclave natural responde, entre otras cosas, a la configuración del entramado territorial, apareciendo el concepto de frontera que separaría el espacio ocupado y explotado por una comunidad (lo propio-privado), del perteneciente a otras comunidades o los lugares públicos (lo ajeno o intercomunitario).

Una primera aproximación nos revela lo que, en principio, parecen dos grandes áreas de enterramiento: la zona conocida como El Llanu, al sur, y Les Huelgues de San Pablo, al norte. Ambas llanadas asumen la casi totalidad de los monumentos, exceptuando la presencia de túmulos que, como el Monte Areo XXII, se sitúan en posiciones más periféricas (De Blas, 1995). Esta primera gran distribución no acaba ahí, dado que una observación más ajustada nos permite aventurar la existencia de agrupaciones o subgrupos formados por dos, tres e incluso cuatro monumentos. La posibilidad de argüir una vinculación u organización microespacial con unidades diferenciadas dentro del entramado general, fue planteada en su momento por Luis César Teira (1994). El problema al que nos enfrenta este tipo de aproximaciones va a ser precisamente el número de túmulos excavados,

⁸⁹ En psicología ambiental y social, se observa como ese control se apoya en los vínculos que se generan entre las personas y los espacios, entendidos éstos como construcciones sociales de lugares, en los que se destaca lo simbólico, la identidad y por tanto el apego a ese lugar (Vidal y Pol, 2005)

situación que no nos permite alcanzar unas conclusiones plenamente documentadas para este tipo de agrupamientos. Pese a las dificultades derivadas de esta situación, podemos observar, basándonos en los trabajos realizados por el profesor D. Miguel Ángel de Blas, cómo en la planicie norte se constatan las fases más tempranas del conjunto tumular costero. Los monumentos catalogados como Monte Areo V y VI, junto con Monte Areo IV (sin excavar), que forman un grupo bien diferenciado, confirmarían una cronología entre el V y el IV milenio. Para el caso de El Llanu, los monumentos excavados Monte Areo XVI y Monte Areo XV, constatan una cronología centrada en el tercer milenio. Por consiguiente, tenemos dos áreas, con lo que parecen dos espacios marcados, en principio, por la cronología. De la misma manera, podríamos apuntar a la variabilidad presente en la arquitectura tumular, así Monte Areo V presenta en su interior lo que se reconoce por los investigadores como un pseudomuro (de Blas, 1999), con una orientación W-E, en cuya base se documenta la existencia de una hoguera y un hoyo con lo que parecen restos de madera, lo que lleva a plantear la posibilidad de que se tratará de un agujero de poste. En ese mismo grupo se encontraría Monte Areo VI, con un anillo pétreo a modo de contenedor perimetral, que albergaría en su interior lo que se catalogaría como cámara simple. Por su parte, los monumentos Monte Areo XVI y XV responden plenamente a los usos megalíticos tradicionales.

Sabiendo esto, qué posibles respuestas podríamos apuntar para lo expuesto teniendo en cuenta tanto el arco temporal que acoge Monte Areo como las soluciones constructivas que se reflejan en el mismo. Con toda la cautela que este tipo de aproximaciones merecen, se observa, en primer lugar, un uso continuado del espacio, en este caso una sierra, que actúa de límite y, a la vez, de lugar centralizado de un amplio sector de la geografía asturiana. Esta situación privilegiada habría favorecido una utilización tan alargada en el tiempo. En segundo lugar, recogemos la existencia de una gran variabilidad, tanto sincrónica como diacrónica, en las soluciones constructivas escogidas. Por eso nos planteamos si esa variabilidad respondería a las salidas arquitectónicas empleadas por una misma comunidad, o si estamos ante una zona que, actuando de frontera, pudiera también identificarse con un lugar de encuentro en el que se vertebrarían las relaciones entre varias comunidades a través del culto a los antepasados⁹⁰. Que varias comunidades participaran de este enclave podría, entre otras cosas, acercarnos a un uso del mismo como respuesta y/o salida a las tensiones

⁹⁰ En este sentido, Bellido y Ascensión Gómez consideran que “los megalitos se investirían de este especial significado como centros territoriales, posiblemente al ser la única referencia fija para los grupos humanos con hábitats de escasa entidad y construcciones ligeras, que desarrollarían un poblamiento disperso o una vida nómada o relativa” (1996: 142).

sociales, para lo cual crean un punto cero, tierra de nadie y de todos, destinado a legitimar y avalar la configuración territorial aplicable a las comunidades participantes. En este sentido, resulta curiosa la puesta en escena que las comunidades indígenas de Los Grandes Lagos, al norte de los Estados Unidos, mantuvieron respecto al desarrollo funerario. “Cada diez o doce años todas las tribus de un área concreta celebraban una gran ceremonia de los difuntos en una de sus aldeas. La frecuencia con que se desarrolla la celebración se ligaba a la duración de las aldeas, que se mantienen fijas sólo durante unos pocos años hasta que se agotan los recursos del entorno y es entonces, al dejar el poblado, cuando se prepara el enterramiento. Los restos de todos los fallecidos dentro de ese periodo de tiempo se recogen en sacos y se llevan todos a una sola aldea, donde se enterrarán, junto a diversas ofrendas, en un gran hoyo cubierto por una cabaña de madera situado a las afueras de la aldea” (Bellido y Ascensión, 1996:144). Salvando las distancias, este tipo de actitudes rituales, pueden ayudarnos a entender las relaciones mantenidas por estas poblaciones. Sobre esta cuestión, el estudio antropológico realizado por Claudio Albisu en el dolmen de Aizibita (Cirauqui, Navarra) certifica que, en el nivel correspondiente a los lechos 1 y 2, “se encuentran enterrados sin distinción individuos de todas las edades y sexos; con la particularidad de encontrar individuos de dos ‘tipos’ diferentes. No entramos a valorar si pertenecen a dos ‘razas’, o a dos líneas genéticas distintas” (Albisu, 2007).

De esta forma, se observa la existencia de una clara voluntad, consistente en visibilizar y dar relevancia a un espacio ritual, lo que se traduce en la necesidad de delimitar y diferenciar a nivel intercomunitario lo privado de lo público. A su vez, los trabajos constructivos podrían funcionar como elemento aglutinador destinado a crear lazos de solidaridad ajustables a la convivencia y las relaciones positivas entre las distintas poblaciones participantes⁹¹. Se trata de dar una salida más a los posibles conflictos sociales. Sea o no éste un espacio intercomunitario, lo que realmente me interesa destacar es la carga simbólica de esa territorialización y por lo tanto, la conceptualización de lo público y lo

⁹¹ Según Bellido y Ascensión Gómez se puede rastrear a nivel etnográfico la utilización de los enterramientos como vertebradores socio-territoriales, de esta forma señalan que en “los Merina de Madagascar la escasa disponibilidad de tierras agrícola-mente productivas —limitadas a los valles— obliga a una concentración de la población y a la asociación permanente de los grupos humanos a las mismas tierras. Para evitar cualquier intento de movilidad, se forman grupos cerrados de descendencia —‘deme’— sobre la base de prácticas endogámicas y el establecimiento de firmes lazos con los ancestros mediante tumbas monumentales que acogen los restos de todos sus miembros y se sitúan en las tierras del ‘deme’. Un mismo asentamiento reúne varios ‘deme’ y son las distintas tumbas de cada uno, dispersas en su entorno, las que marcan la propiedad de la tierra” (1996: 142-143).

privado a nivel grupal⁹². En este sentido, se ha señalado también el cambio operante en los enterramientos, que van pasando del uso colectivo a la selección de ciertos personajes. Ahora bien, la falta de restos óseos hace difícil configurar una interpretación basada en este tipo de evidencias, a lo que se une la expoliación milenaria que han sufrido este tipo de monumentos. Las posibles respuestas, siempre con la cautela en nuestro horizonte, podrían focalizarse en el análisis de las prácticas sociales derivadas de la actividad funeraria, en este caso: arquitectura y ajuar.

En el caso de las primeras construcciones sin cámara pétreo (Monte Areo V, o el Túmulo I del conjunto tumular de La Xorenga en Grandas de Salime), parece que se procedió al sellado de la tumba tras el uso de la misma, ya sea para uno o varios enterramientos. Con la aparición de las cámaras megalíticas y la disposición de corredores, se facilitaría el acceso al interior, lo que podría traducirse en un uso continuado del recinto, permitiendo el enterramiento de varios individuos. El sellado se convierte, de esta forma, en un claro determinador del concepto temporal asociado a estos monumentos. Teniendo en cuenta esta situación, se nos plantean varios interrogantes. ¿Serían todos y todas enterrados? Si no es así, ¿quién o quiénes serían los “merecedores” de tal reconocimiento social? ¿Quién o quiénes formarían parte del entramado del poder legitimador que reflejaría, a través del reconocimiento postmortem, la capacidad gestora que tuvo o tuvieron en vida? Si tenemos en cuenta estos tres conceptos: tiempo, espacio abierto/cerrado y poder, y los ponemos en relación, tal vez las prácticas sociales derivadas de los cambios anteriormente expuestos manifiesten algo más que un producto y unos efectos⁹³.

Tomando como ejemplo el monumento guipuzcoano de Larrarte, dónde una sencilla cámara acoge los restos de unos 12 individuos, entre ellos varios infantes, podemos aventurar un uso más o menos reconocible en el ejemplo expuesto de las tribus de Los Grandes Lagos. La pregunta que destila este panorama es si realmente podemos traducir esta situación en un uso no diferenciado: sexo, edad o status, de los monumentos referidos. Para el caso asturiano, este objetivo presenta no pocos inconvenientes. La falta de muestras óseas, dada la acidez de los suelos, impide, *a priori*, aventurar conclusiones respecto a los individuos allí depositados. Pese a ello, una opción a este vacío la encontramos en el propio ritual, y en la posibilidad de establecer paralelismos, con todas las reservas del mundo, con

⁹² A este respecto resultan interesante las aportaciones de Fábregas respecto a los usos intercomunitarios y la delimitación o demarcación de las áreas de ocupación mediante el uso de piedras inscultradas (Fábregas, 1998).

⁹³ De las relaciones de los espacios, el tiempo y el poder, *vid.* entre otros los trabajos de Celia Amorós (1994) o Ruth Falcó (2003).

otras áreas mejor documentadas. De esta forma, observamos en el lugar conocido como “Cementerio de los Moros”, en Soria, un túmulo sin cámara en el que se contabilizaron un total de 15 individuos, tres de ellos depositados en horizontal sobre los restos amontonados de los demás⁹⁴. La pregunta que nos podemos formular es si responde esta composición a una deposición secundaria de los huesos en acumulación al estilo “Los Grande Lagos”, o más bien estaríamos hablando de un uso continuado, lo que implicaría la remoción y acumulación de los restos más antiguos para dar paso a los nuevos fallecidos.

Una situación parecida la encontramos en El Redondil (Sanzoles, Zamora), dónde se conservaron los restos acumulados de unos diez individuos bañados en un polvo rojizo, lo que parece apuntar a una deposición secundaria una vez descarnados los huesos. En esta línea, el túmulo funerario del cuarto milenio de San Quílez, en San Martín del Zar (Burgos), nos acerca a la presencia de unos seis u ocho individuos, en posición secundaria que se manifiesta en el “realojo de fracciones de esqueletos ya descarnados” (Alday y otros, 2008:153), con la posibilidad de una deposición simultánea que vendría corroborada por el sellado del panteón una vez depositados los huesos. Por su parte, el conocido como Dolmen de Aizibita en Navarra (III mil a.C.), albergaba en su interior una gran cantidad de restos óseos, con un total de unos cien individuos contabilizados y un uso continuado del recinto a lo largo de más de un milenio. En un principio, el equipo encargado de la excavación del monumento funerario, dirigido por M^a Amor Beguiristain, alertaba de la imposibilidad, a falta de pruebas más concluyentes, de aproximarnos a cualquier trato igualitario o discriminatorio por razón de sexo o edad en el disfrute de este espacio, dada la gran cantidad de niños y la presencia notable de restos femeninos documentados en el interior de la cámara dolménica. Ahora bien, apuntaban también a la concentración en ciertos individuos de elementos asociados con el adorno personal, personajes de los que desconocemos el sexo (Beguiristain, 2007). A este tipo de consideraciones, podría añadirse el trato funerario que se observa en los lechos tres, seis y siete, dónde se atestigua la presencia de cráneos ocultos bajo lajas, actitud que según la propia autora, se documenta en yacimientos próximos como el de La Peña de Marañón. Sabiendo esto y atendiendo a los resultados obtenidos en otras zonas de la Cuenca Hidrográfica del Ebro, dónde realmente se observa una reducida presencia femenina e infantil como en La Cabaña o San Quince (comarca de La Lora), podemos pensar en distintas salidas (tanto sincrónicas como diacrónicas) a los usos por parte de las comunidades relacionadas con estos monumentos: diferenciación en el tratamiento, el

⁹⁴ Sobre los túmulos no megalíticos de la Meseta *vid.* también el trabajo citado en la bibliografía de Catalina Galán (1985).

ajuar o la posición. Estaríamos ante un uso comunitario, pero con un marcado carácter diferenciador, lo que se traduce en el hecho de que no todos los allí depositados gozaran del mismo status, situación que repercutiría en el tratamiento de los huesos, los ajuares y, por qué no, en la probabilidad de que la apertura y el cierre de tales monumentos se realizara en el momento en el que uno de estos individuos pasaba a “mejor vida”.

De esta forma, el sellado acababa simbólicamente con el poder que se había tenido en vida, traspasando esa potestad a la propia comunidad, de ahí el uso colectivo del espacio funerario. Ahora bien, qué significado podemos extraer del tratamiento diferenciado de cuerpos y ajuares. Probablemente, esta costumbre esté señalando la inversión de poderes que se estaba llevando a cabo; es decir, que ese supuesto traspaso de autoridad a la comunidad, en realidad, fuera un enmascaramiento o disimulo (Bourdieu, 1977) del acceso y la consolidación en el poder de ciertos individuos con unas determinadas funciones. Unas funciones que los diferenciarían del resto de la población y que podemos relacionar con el control y la defensa territorial, dada la sistemática relación de los ajuares con instrumental tanto ofensivo como defensivo, lo que bien pudo provocar, fruto de esa especialización, una reformulación y apropiación del discurso legitimador que, como decía, anteriormente tendría toda la comunidad. Tal vez, la variabilidad en la forma o el tamaño, entre otras características, presente en muchas de las estaciones documentadas, y que son ejemplo de la convivencia en un mismo momento de túmulos de gran potencia rodeados de túmulos con una traza menor como en Cotobasero en Bizkaia, (Yarritu y Gorrotxategi, 1995), podría responder, precisamente, a esa estructura social piramidal: jefe/es, grupo de iguales (protectores y defensores), resto de la población. En este sentido, cabe destacar también la presencia de megalitos que, en su momento, sufrieron lo que se asemeja a una destrucción ritual, pudiendo plantear un paralelismo con los ya mencionados recintos de madera que, según parece, fueron sometidos a la acción devastadora del fuego. La “condena” de una tumba suscita, a su vez, múltiples interrogantes: podría tratarse de una destrucción direccionada hacia la caída en desgracia de ciertos personajes o simplemente señalaría el cese, sin más, de su uso, entre otras posibles argumentaciones.

En líneas generales, esta situación revelaría no solo el nivel de complejización social que estas comunidades irían adquiriendo con el paso del tiempo, sino el surgimiento de ciertos segmentos sociales capaces de dominar e imponer su propio capital simbólico⁹⁵.

⁹⁵ En este sentido Pierre Bourdieu habla de la capacidad de hacer ver y de hacer creer, de la utilización del pasado para la reafirmación o la transformación del presente. El poder simbólico vendría a legitimar una determinada situación social, penetrando en la totalidad del cuerpo social para ocultar precisamente el ejercicio de ese poder, dando lugar a una visión totalmente regulada de la realidad: así fue, es y será (Bourdieu, 1991).

Resulta curioso observar como en su mayoría, los ajuares funerarios documentados se corresponden, como ya señalé, con hachas, instrumental directamente relacionado con el avance de la deforestación y la domesticación de la tierra; por lo tanto, con la expansión y posible confrontación con otros grupos por el control territorial. Los registros paleoambientales indican una fuerte incidencia antropizadora a partir del 3000 a. C., lo que se materializa en el clareo de los bosques y la apertura continuada de pastos en las montañas asturianas (López Merino, 2009). Sería pues este registro el que nos permitiría hablar de la importancia cobrada por este tipo de instrumentos, relevancia que acompañaría a los personajes enterrados con los mismos.

Retomando la cuestión del territorio, éste, poco a poco, va a ir generando todo un entramado discursivo, destinado a afianzar ese mensaje capaz de trascender a los individuos para incorporarse a la tradición y los usos culturales. Y, en este entramado, los elementos naturales que, por sus características (forma, proximidad o visibilidad, entre otros), han supuesto y suponen un referente visual van a intervenir, directa o indirectamente, en la configuración de ese paisaje simbólico encargado de legitimar y dar coexistencia al concepto territorial. A este tipo de manifestaciones se unen el número de piedras insculturadas que parecen mantener una estrecha relación, al menos en el área gallega, con los asentamientos y los monumentos funerarios catalogados (Valcarce, 1998). Excepcionalmente, se ha preservado en lo alto de la Sierra de Carondio (Asturias), en el túmulo conocido como “A tumba el Castellin”, una laja de pizarra de unos dos metros de altura con grabados de meandros y semicírculos, que vendría a poner en conexión este tipo de manifestaciones artísticas con los monumentos funerarios y el desarrollo del entramado social y territorial. No me voy a detener, por el momento, en el estudio exhaustivo del desarrollo de este tipo de demostraciones, solo apuntar a esa relación directa que mantienen con el entramado territorial. Retomaremos, por tanto, el análisis de ese periodo fronterizo que supone el Bronce, como estadio previo al desarrollo habitacional monumentalizador, para poder observar de manera conjunta: recintos habitacionales y espacios rituales.

II.B.2.2- EL TIEMPO COMO LEGITIMADOR TERRITORIAL. DEL PASADO QUE NO SE “OLVIDA”, AL PRESENTE MONUMENTALIZADO.

El registro arqueológico muestra, tanto al sur de Galicia como al norte de Portugal, la convivencia, en los momentos epigónicos del Bronce, de dos modelos de organización habitacional. Por un lado, los ya mencionados poblados abiertos que, poco a poco, parecen ir decantándose hacia una sedentarización favorecida por la bonanza económica provocada por un sistema de producción agropecuario capaz de generar excedentes. La aparición de yacimientos como los del Monte Buxel (Galicia) de carácter semipermanente, dan testimonio, a través del conjunto de fosas-silo recuperadas, del punto excelsa de productividad y acumulación excedentaria que estas poblaciones experimentaron. Por otro lado, la emergencia de poblados que, en su esencia, mantienen en el interior los mismos modelos arquitectónicos, pero que incorporan de cara al exterior, un entramado defensivo monumentalizador. Testimonios como el de la Península de Barbanza (A Coruña) ejemplifican, además, el uso continuado, a lo largo del tiempo, de un mismo espacio, en este caso el promontorio conocido como “Os Pericos”, área de ocupación en la que se acumulan restos calcolíticos, un recinto fortificado de finales del Bronce y un asentamiento castreño de la segunda Edad del Hierro (Vilaseco y Fábregas, 2008). En general, se puede observar como a partir del tercer milenio, se va produciendo un incremento de la inversión social en los espacios habitacionales a través de la monumentalización de los mismos. De igual modo, incidimos en la heterogeneidad, como una de las características poblacionales de los momentos epigónicos del Bronce. Consciente de esta situación, me propongo averiguar qué es lo que se puede decir de las fórmulas funerarias empleadas, y qué se puede extraer del estudio de los espacios generados al calor de los rituales que acompañaron el día a día de esas comunidades.

Un primer acercamiento al estado de la cuestión arroja una visión que podríamos llamar “efecto tijera”: antes del fenómeno castreño la investigación se centraba en el mundo de los muertos, dado el vacío de asentamientos documentados. Tras la aparición de los primeros poblados fortificados, la investigación se vuelca en el interés por los vivos (Barroso, Camino, Bueno y Balbín, 2007). De esta forma, se señalaba la existencia de un periodo de crisis o recesión que comenzaría en el último tercio del tercer milenio, momento en el que se favorece la individualización de las tumbas y su ocultación en el paisaje. Esta invisibilización, sería la que marcaría el declive del fenómeno tumular del Noroeste,

comenzando posteriormente una recuperación, cuya manifestación más evidente iba a ser la puesta en marcha del entramado monumentalizador habitacional. Esta visión, diríamos, acomodada por la tradición, comienza a fracturarse en función de los avances que, como veíamos en el caso de los asentamientos, hacen plausible la entrada de nuevas interpretaciones, más allá del horizonte homogeneizador megalítico-tumular. Por consiguiente, la diversidad ya mencionada para el mundo de los vivos, empieza a documentarse en las soluciones constructivas mortuorias. Precisamente, la reutilización de túmulos constatada en ejemplos como los de Aizibita y Carracadía, ambos en Navarra, Ausokoi I en Guipúzcoa o Cabritos 1 en Amarante (Oporto), vendrían a confirmar la larga pervivencia de este tipo de estructuras como recinto funerario. Pero también ejemplos como los del Túmulo 5 de Piedrafita (Orense) o Monte Deva V en Asturias, nos pondrían en antecedente de la fundación *ex novo* de estos elementos, eso sí, con lo que parece una preferencia por las soluciones “paramegalíticas”, que irán, poco a poco, ganando terreno (Fábregas, 1993). Finalmente, se unen a este panorama el levantamiento de *cairns*, cistas, fosas y el continuado uso de cuevas a modo de panteón e incluso la amortización de las galerías propias de la explotación cuprífera como atestigua la Sierra del Aramo en Asturias, en asociación con la necrópolis tumular de La Cobertoria, espacio en el que los usos megalíticos serían sustituidos por monumentos dirigidos al enterramiento individual (de Blas, 1996).

En algunos casos, resulta curiosa la relativa presencia de cistas en lugares próximos a dólmenes, lo que vendría a demostrar la asociación entre ambas estructuras y la convivencia de ritos diferenciados como respuesta a distintas “necesidades”. Yacimientos como los de Agro de Nogueira o Mandón, en Galicia, reflejan, asimismo, la existencia de distintos ambientes y tratamientos funerarios durante el Bronce Inicial “incluyendo cremación e inhumación, en cistas o en fosas, acompañadas de escaso o nulo ajuar” (Fábregas y Bradley, 1995: 155). Probablemente tengamos que buscar la respuesta a esta heterogeneidad funeraria, en la individualización y la propia dinámica social encaminada hacia una mayor complejización. Comentábamos, al hilo de la aparición de los primeros megalitos, cómo posiblemente lo que se buscaba era una salida arquitectónica a un uso continuado en el tiempo. Respuesta que podría relacionarse con el poder adquirido por ciertos sectores de la población, y que vendría a reflejarse en el control y la explotación del entramado simbólico que acompañan las estrategias de apropiación territorial. La cuestión es que en el desarrollo de esas estrategias, la acción-transformación del paisaje social va a cobrar especial relevancia.

En efecto, al margen de la variabilidad que ofrece el registro funerario en los momentos finales del Bronce, lo que me interesa destacar, por un lado, es la voluntad de continuidad (reutilización y construcción de túmulos) y, por otro, la invisibilización que, *a priori*, acompaña a los enterramientos no monumentalizados⁹⁶. Como plantean numerosos autores y autoras, “el hecho de que algunos personajes concretos sean depositados en megalitos ya existentes y en muchos casos semi-arruinados debe obedecer por tanto a algún motivo” (Álvarez Vidaurre, 2006:132). Este tipo de argumentaciones vendrían a plantear, como ya se expuso anteriormente, la existencia de “élites” que buscarían la reafirmación de su posición social mediante la vinculación a un pasado mitificado⁹⁷. Tenemos por tanto, en primer lugar, un continuismo respecto al tradicional uso de los espacios funerarios monumentalizadores, un producto social que destaca y perdura (Criado, 1993). En segundo lugar, observamos que ese uso no repercute en un disfrute común para toda la población como última morada, dada la presencia de otro tipo de expresiones funerarias. Se trata de averiguar si se puede plantear un uso diferenciado de los recursos funerarios basado en el sexo y la edad.

De nuevo nos encontramos con la barrera que supone la ausencia de hallazgos para el caso asturiano, a excepción de casos aislados que muy poco pueden decir al respecto (de Blas, 2004). Ante esta situación no podemos dejar pasar por alto los planteamientos que, desde otras zonas peninsulares y extrapeninsulares, se están haciendo al respecto. Interesantes resultan los casos, ya mencionados, de Agro de Narón o Nogueira e Galicia, dónde, parece, se da una clara diferenciación entre inhumaciones e incineraciones; a este respecto y salvando las distancias, los rituales practicados en Wessex I, para los que la investigación apunta hacia la incineración femenina y la inhumación masculina, podrían acercarnos, al menos hipotéticamente, a un uso diferenciado, basado en el sexo, del ritual mortuario (Brandherm, 2007). En esta dirección segregatoria, al menos sobre la base de la edad de los individuos identificados, parece atestiguar, en numerosos poblados navarros del Bronce y del Hierro, como Bargota o Las Eretas, la existencia, tras una excavación sistemática, de numerosas inhumaciones infantiles en contextos domésticos, pese a la documentación de verdaderas necrópolis extramuros. Llama la atención, además, como muy bien apunta Beguiristain (2004) respecto a los resultados antropológicos derivados de las excavaciones realizadas en Las Eretas, la desproporción de restos femeninos atestiguados, lo

⁹⁶ A ese respecto Pierre Bourdieu plantea cómo las formas sociales del pasado son reproducidas, apropiadas, desplazadas y transformadas desde el presente, en las prácticas y las interacciones de la cotidianidad social (1991).

⁹⁷ Sobre la creación de un pasado mítico resultan fundamentales las aportaciones de Polignac (1989).

que hace sopesar tanto la probabilidad de que estemos ante una mayor mortandad femenina infantil provocada por la omisión de cuidados (femicidio), como una entrada en la categorización de sujeto social mucho más tardía en las niñas que en los niños, práctica muy difundida en sociedades tanto prehistóricas como históricas a lo largo y ancho del planeta (Wicker, 1998). La cuestión es si esta segregación, que incidiría directamente en los y las infantes, podría hacerse extensiva al sexo femenino cómo parece apuntar lo visto para el caso de Wessex I, lo que llevaría a un tratamiento diferenciado ligado a la segregación de espacios. Yacimientos como el de Castejón de Arguedas en Navarra, aportan interesante valoraciones respecto, y, pese a pertenecer a cronologías posteriores al Bronce, también plantean un uso diferenciado tanto de los ajuares como del espacio en función del sexo (Bienes y Castiella, 2002; Faro, Cañada y Unzu, 2006).

En general, podemos decir que este panorama pone de manifiesto la existencia, ya apuntada, de un sector o grupo social, bien cohesionado y diferenciado del resto, que utiliza la representación pública funeraria como estrategia legitimadora de su poder. Es decir, la diferencia con respecto al pasado estriba en el control, por parte de un grupo, de un espacio de representación pública que, decía, simbolizaba el dominio y la identificación territorial. Pasamos, pues, del discurso legitimador comunitario al discurso legitimador de unos pocos. Los antepasados, como ancestros de la comunidad, pasan a un segundo plano, para dar acceso a la creación de un modelo vinculante (genealogías míticas) que justificaría el que “sus descendientes”-las personas encargadas del control y la defensa territorial- se apropiaran de ese espacio, entre otras cosas, mediante el dominio que ejercen sobre el Tiempo. Es decir, sólo unos pocos compartirán espacio con los ancestros, lo que supone que el control del pasado se plantea desde el dominio del presente. Un dominio que necesita de la existencia de un grupo, lo suficientemente fuerte y cohesionado como para ser capaz de formular, un entramado simbólico que legitime tanto esa apropiación del pasado como los usos y privilegios que, desde el presente, se proyectan de cara al futuro. Hemos pasado de un espacio de representación comunitaria e intercomunitaria, a un espacio de representación en el que sin obviar lo anterior se añade un factor nuevo, la visibilización y perdurabilidad de los privilegios de unos pocos respecto al resto.

La respuesta a la creación y aceptación social de este grupo la encontramos precisamente en el planteamiento de dos necesidades ligadas al concepto de territorio: legitimación y control. Ambas exigencias provocan la emergencia de una serie de figuras especializadas que, mediante un pacto social, asimilan la legitimación y el control de ese

territorio⁹⁸. La aplicación de ese poder pasaría por el dominio del ritual (defensa mágico/religiosa) y de la guerra (defensa armada). Como ejemplo de esa aceptación y de la acumulación de capital simbólico por parte del mencionado grupo (Bourdieu, 1986), son numerosos los grabados en los que aparecen armas (puñales, alabardas, etc.), insculturas que, en el caso Gallego, parecen asociarse “con los límites superiores de las áreas de asentamiento” (Bradley y Fábregas, 1999: 105). Situándose, de esta forma, en posiciones que ejercen un gran control visual sobre el entorno y que se vinculan, según numerosos autores y autoras, con el poder masculino⁹⁹. En ese sentido, resulta curiosa la asociación que se da en determinados emplazamientos, entre este tipo de representaciones y la aparición de depósitos de armas ritualizados. Como afirman Richard Bradley y Pastor Fábregas “podríamos incluso observar algunas semejanzas entre depósitos y petroglifos respecto a la ergología metálica presente: así en el ayuntamiento de Rianxo (Coruña) aparecen muy próximos entre sí una piedra con grabados (Foxa da Vella) y el depósito de Monte Lioira, encontrándose en ambos yacimientos alabardas y puñales. Aún más revelador, en ciertas estaciones como la de O Rarnallal (Campolameiro, Pontevedra), las armas representadas (aquí sólo puñales) parecen estar dispuestas en posición de almacenaje” (1995: 155). Al hilo de lo expuesto, merecen especial mención las representaciones realizadas en Peña Tú (Sierra Plana de la Borbolla, Llanes), en concreto el grabado conocido como “Ídolo de Peña Tú”, escena en la que aparece un personaje, real o no, ataviado con lo que podría ser la indumentaria característica de un guerrero (de Blas, 2003). En esta misma línea, cabe destacar las figuras representadas en el “Abrigo del Ganado”, Fresnéu (Teverga), escenografía en la que aparecen una serie de guerreros portando espadas.

Resumiendo, en ese periodo fronterizo entre la monumentalización funeraria y la monumentalización habitacional, se observa un cambio fundamental: el espacio como territorio de un colectivo humano pasa de la legitimación en función del pasado (antepasados) a la justificación mediante el presente (élites masculinas); de ahí la progresiva derivación del trabajo colectivo monumentalizador hacia el espacio residencial de los vivos. Sabiendo esto, me planteaba lo que considero una cuestión clave para entender, desde el

⁹⁸ Entiendo pacto social en términos de poder, cuando un sector se legitima a sí mismo como autoridad sirve de referencia y/o modelo social, actúa desde su posición de especialista y/o experto, mantiene una capacidad compensatoria (redistribución de bienes, recompensas económicas, promoción social, etc) y ejerce métodos coercitivos en la delgada línea que separa el temor del miedo (tiranía). Esta formulación responde a la teoría propuesta por John French y Bertram Raven (1959).

⁹⁹ A este respecto, Jose M. Vázquez Varela plantea la existencia de un conjunto de atributos que parecen reflejar ciertas coincidencias entre los modelos de grupo o cofradías guerreras del mundo céltico continental e insular, y las características que se pueden rescatar del estudio de algunos de los grabados del noroeste (Varela, 1999). En numerosos estudios, el mismo autor reconoce la existencia de claras vinculaciones entre este tipo de grabados y el poder masculino (2000).

género, el estudio de la cotidianidad de estas comunidades: sí las relaciones de poder gestadas desde el neolítico habrían ido dejando a las mujeres en una posición subordinada. Y si esto era así, tendría que averiguar cómo podría haber afectado esta situación a los usos, costumbres y relaciones sociales mantenidas dentro de estas poblaciones.



Fig.7 “Ídolo de Tabuyo del Monte”, sobre placa de esquisto (1800 a.C), Museo de León. Mónica González Santana (2011).

II.C. LA ARTICULACIÓN DEL PAISAJE CASTREÑO.

Dentro del Noroeste peninsular, en general, observábamos como los patrones de asentamiento seguidos por las poblaciones del Bronce mostraban una dinámica regular basada en la “ocupación-abandono-reocupación”, lo que conformaba a la postre, modelos estables dentro de un territorio bien definido a través de los usos funerarios y cultuales (Parcero y Ayán, 2007: 7). Y en la definición de ese territorio, en el poder sobre el mismo y en la puesta en funcionamiento de los mecanismos que legitimaban ese poder, veíamos como se había pasado del control comunitario a la apropiación por parte de un sector de ese dominio, en este caso las élites masculinas encargadas de la defensa y control de ese territorio, bien mediante el uso de la fuerza en el caso de los guerreros, o a través de los recursos mágico-religiosos. A partir de lo expuesto, el modelo hipotético que planteamos implica averiguar si serán esas élites las promotoras, a partir de los siglos X-IX a. C, de una nueva estrategia de poblamiento que “dará lugar a la eclosión del mundo castreño” (Peña, 1992: 377) y, si esto es así, averiguar qué modelos sociales, en los que se incluyan las relaciones de género, podemos deducir a partir del análisis de estos yacimientos.

De una manera muy general, podemos decir que en el mapa de poblamiento humano castreño se observa la existencia de amplios vacíos ocupacionales, frente a lo que podríamos llamar áreas de concentración de la población. Ahora bien, como plantea Alfonso Fanjul esta situación nos lleva a ampliar nuestras miras para argumentar que “parece materialmente imposible, que en la Asturias de la Edad del Hierro se viviese solo en castros” (2004: 47). El mismo autor basa sus consideraciones en la probada existencia, ya apuntada en este trabajo, “de fuertes tradiciones materiales y económicas anteriores, provenientes de una Edad del Bronce, donde el poblamiento era mucho más extenso, incluyendo aquellas áreas que hoy carecen de castros” (Fanjul, 2004: 48). De la misma manera, como ya se comentó, la presencia documentada de asentamientos no fortificados a lo largo de toda la fachada atlántica, y la existencia atestiguada de hábitats en cuevas o granjas, entre otros; ponen en evidencia la necesidad de explorar y abrirse a nuevas consideraciones¹⁰⁰.

Dejando a un lado este tipo de reflexiones, lo que si parece claro es que tenemos, para el caso asturiano, unos territorios dónde resulta evidente que la acción humana ha generado unas determinadas estrategias de visibilización. En este sentido, podemos apuntar, salvando

¹⁰⁰ Sobre la existencia de otro tipo de asentamientos *vid.*, para el caso de Euskadi, entre otros, el trabajo de Xavier Peñalver (2001)

las distancias cronológicas que posteriormente analizaremos, a una concentración poblacional ubicada en los territorios del “bajo Eo, litoral occidental, medio Navia, alto Aller, valle de Turón, valle del Caudal-Lena, vertiente occidental de Gozón, alto Nalón, Colunga y el sector de Oviedo en el medio Nalón” (Fanjul, 2004: 48). Lo que se traduce, de un modo muy general, en una preferencia por los valles costeros e interiores de montaña, así como la línea de costa¹⁰¹.

De la misma manera, se puede recabar tras la lectura de los trabajos que han llevado a cabo investigadores e investigadoras como Xulio Carballo Arceo, Jorge Camino Mayor, César Parceró Oubiña, Carmen Fernández Posse o Felipe Criado Boado, entre otros y otras, los modelos de ocupación que nos ponen sobre la pista de la existencia, al menos de una forma muy resumida, de dos vías interpretativas, que sin ser literalmente opuestas, sí que plantean diferencias en cuanto a la importancia dada a los factores económicos o a los defensivos, tales como las necesidades básicas a la hora de plantear las distintas estrategias ocupacionales. De esta forma podemos resumir ambas posturas en:

- La de Xulio Carballo, con una primera fase (Hierro I) en la que se buscaría principalmente el encastillamiento y la visibilización, escogiendo para ello espolones o cerros muy marcados. Una segunda fase (Hierro II) en las que se escogen áreas más bajas, pero manteniendo su posición privilegiada respecto al entorno. Una tercera fase, que vendría a coincidir con la llegada de Roma, en la que las condiciones de visibilidad topográfica ceden con respecto al llano.
- La de Carmen Fernández-Posse no varía en estructura, observando también esas distintas fases, pero dando mayor relevancia a las consideraciones de índole social y económica. De esta manera, el emplazamiento elegido correría de la mano no sólo de la defensa, sino también de la *individualización en el contexto espacial* (Carmen Fernández-Posse, 1998:212) y la proximidad de los medios productivos.

De ambas posturas se infiere la inclusión de una serie de variables que inciden directamente tanto en la elección del emplazamiento como en la propia configuración espacial, y que podemos ver resumidas en el siguiente esquema.

¹⁰¹ En este sentido y para el caso gallego Xulio Carballo apunta a que “os castros non se distribuen uniformemente polo territorio galego, senon que se agrupan esencialmente nas zonas litorais e nos vales do interior, e diminuen ou desaparecen nos vales encaixonados e nas serras de alta montaña” (1996:311).

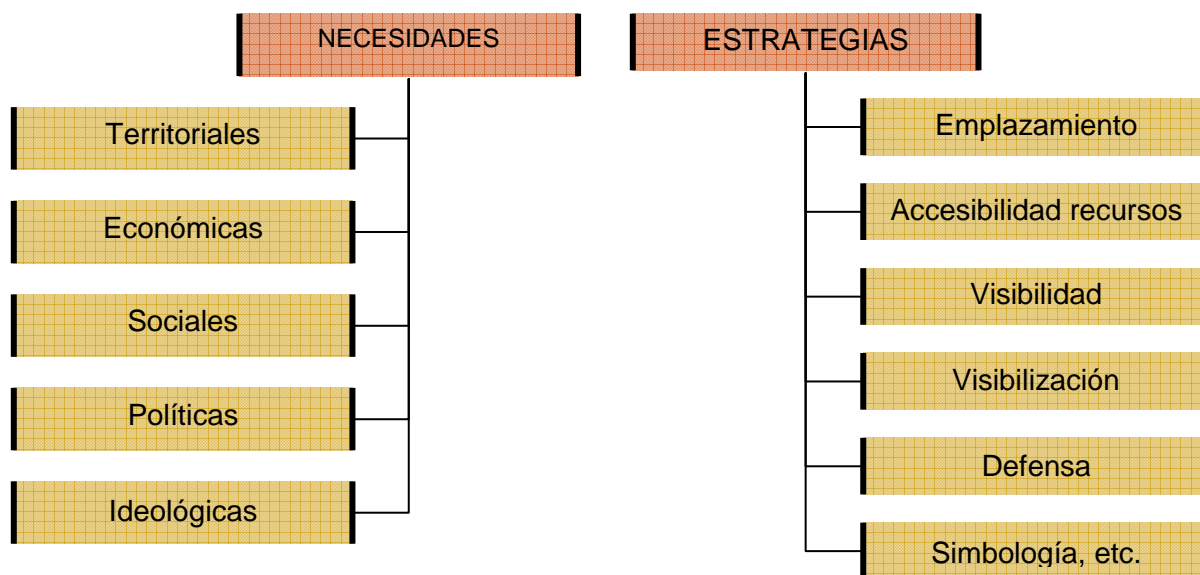


Fig.8. Mónica González Santana (2011)

Con esto se pretende manifestar que, en el desarrollo humano, los distintos grupos se han venido enfrentando a una serie de necesidades básicas (obtención de comida, búsqueda de abrigo, de seguridad, etc.), que han ido poco a poco ganando en complejidad (dominio territorial, diversificación de recursos, regulación de las relaciones sociales, legitimación ideológica¹⁰², etc.), generando una serie de estrategias que equilibraran y facilitarían la mejor de las soluciones posibles. Un ejemplo de lo expuesto lo veíamos en la legitimación ideológica de los derechos sobre un territorio que, en el caso de las sociedades megalíticas, se establecía a través de la representación simbólica de los y las antepasadas, como se reflejaba en la monumentalización del espacio mortuario.

El caso es que este primer acercamiento nos va a servir como punto de partida para iniciar el desarrollo de un estudio pormenorizado, que incluya la revisión de las estrategias propuestas como motores en la elección y posterior puesta en marcha de los distintos modelos de ocupación observables. De esta forma, “el estudio del patrón de emplazamiento de los monumentos, de sus condiciones de visibilidad, nos permitirán reconocer las regularidades que muestran la voluntad de y la estrategia intencional para hacer perceptible

¹⁰² Incluyo la legitimación ideológica como estrategia encaminada a justificar el resto de las necesidades y las soluciones dadas a las mismas. En esta línea, Almudena Hernando plantea respecto a las relaciones mantenidas en los primeros grupos de campesinos que “hay que legitimar una relación de desigualdad...esta legitimación tiene que ser ideológica, habiendo tomado en la mayor parte de los procesos históricos la forma de sistemas religiosos organizados y/o <<ideologías heróicas>>” (Hernando, 2002:149).

un monumento, remarcar su presencia y provocar efectos visuales en relación a él” (Villoch, 2001:34). Para el caso que nos ocupa y a falta de cronologías precisas en la mayoría de los yacimientos, se puede aventurar, siguiendo los trabajos de Jorge Camino y Alfonso Fanjul principalmente, una voluntad clara en cuanto a la potenciación de los criterios propuestos en la figura 6, en lo que se refiere al desarrollo y la intención de cubrir las necesidades operantes en cada comunidad. De esta forma, se observa una preferencia por las áreas bajas de relieve suave, tipo valle o “paisaje cóncavo” (Parcero, 1995), lo que se traduce en una vinculación con las zonas de mayor potencialidad económica (agricultura, ganadería, minería, agua, etc.). Esta situación provocaría el desinterés por el control visual y la accesibilidad a las zonas de escaso o nulo aprovechamiento económico o de movilidad reducida, las llamadas por César Parcero “zonas marginales” (1995)¹⁰³. De igual modo, podríamos pensar que la voluntad presente en la búsqueda del lugar idóneo de habitabilidad incluiría la necesidad de cubrir otros aspectos básicos para la vida, como son el acceso a los recursos acuíferos, las vías de comunicación, entre otros. Para el territorio asturiano, Alfonso Fanjul (2005) plantea además dos cuestiones; por un lado, habla de una concentración de asentamientos y, por otro, de la existencia de castros de mayores dimensiones que guardan una mayor proximidad con los terrenos más aprovechables. Ahora bien, los problemas que suscitan este tipo de explicaciones se manifiestan, en principio, en la escasez de datos, lo que incide directamente en nuestro conocimiento de la relación existente entre los emplazamientos, y si su ubicación así como su tamaño responden, como apunta Alfonso Fanjul (2005), a modelos distintos temporal y/o funcionalmente hablando¹⁰⁴. En definitiva, de lo que se trata, llegados a este punto, es de averiguar o establecer “una interpretación factible del comportamiento locacional de los poblados castreños en el área de estudio” (Fábrega, 2004:42). Para ello, utilizaremos como referencia los trabajos realizados

¹⁰³ A este respecto Jorge Camino habla de “una ubicación a media ladera de las formaciones orográficas o extensiones pleniplanizadas que normalmente se mueven entre uno y dos centenares de metros, y suelen coincidir con espolones en ladera o pequeños cerros perfectamente resaltados con amplio dominio del entorno inmediato...su emplazamiento a media ladera facilita la interrelación de los aprovechamiento agrícolas, supuestamente vinculados a los fondos de valle o pié de montes, con los ganaderos, asociados a los pastizales de ladera y serranos, sin olvidar los recursos forestales” (2002:142).

¹⁰⁴ En esta línea Pastor Fábrega se plantea “si cabe la posibilidad de interpretar los modelos de modo secuencial o por el contrario debemos identificarlos como representativos de funciones diferenciadas. La primera opción conduce a otras como la ruptura, evolución o continuidad de los modelos locacionales durante la Edad del Hierro y su cronología. Sin embargo la opción anterior no niega otra de tipo funcional que podría plantearse para uno a o varios momentos” (2004:45). Sobre el papel de los yacimientos respecto al territorio que ocupan y la relación que mantienen con poblados de su entorno, Xabier Peñalber opina que su estudio presenta algunos riesgos, dada la falta de cronologías precisas (Peñalver, 2001).

por Jorge Camino para la Ría de Villaviciosa, y por el equipo encabezado por Luis Berrocal-Rangel, que llevó a cabo los trabajos sobre el tristemente célebre castro de Llagú.

II.C.1.LA RÍA DE VILLAVICIOSA.

En líneas generales, se puede decir que el origen de la Ría de Villaviciosa está en la regresión marina provocada por la glaciación Würn. Es entonces cuando los ríos excavan y dan calado a sus cauces, modelando profundas cuencas en sus tramos finales. Con la retirada de los hielos, el mar recupera terreno formando los denominados estuarios de valle sumergido, tipo el caso que nos ocupa. Respecto a su situación, el estuario de Villaviciosa se ubica en la Cuenca Mesozoico-Terciaria de Asturias y más concretamente en la llamada Cuenca de Gijón-Villaviciosa, orientándose en dirección SO-NE con un claro predominio en extensión de la margen derecha, zona en la que, como veremos se concentra la población protohistórica. Además, y desde el punto de vista morfosedimentario, el geólogo German Flor Blanco (2009), señala la existencia de cuatro unidades: desembocadura, bahía arenosa, llanura fangosa y canal superior; siendo las dos últimas las unidades que mas interés suscitan de cara al nivel de antropización que presentan, dado que su mayor extensión y su conformación de limos, arenas y materia orgánica, las dota de una gran productividad.

Con lo visto, observamos una concentración de asentamientos siguiendo una “distribución lineal” (Camino, 2002:142), en la vertiente derecha de la Ría, correspondiente con las zonas de mayor nivel productivo. En esta primera aproximación, se aprecia sobre todo la determinación en la búsqueda de la cercanía y la accesibilidad a lo que parecen las mejores áreas de explotación agropecuaria¹⁰⁵. Por eso, se demanda el control sobre los fondos de valle, situándose en las laderas medias de las estribaciones geográficas, en espolones o pequeños cerros dominantes. Esta misma disposición la observamos en los ya mencionados poblados abiertos de finales del Bronce. Casos como el de Bouça do Frade (Porto-Portugal) vendrían a ejemplificar el desarrollo de una concepción espacial íntimamente ligada a la sedentarización de la población y al desarrollo de una economía agropastoril, que va ganando en complejidad, al incorporar, entre otros, sistemas rotativos o nuevos cultivos. Esta situación condicionaría la preferencia por las alturas relativas, con el

¹⁰⁵ Este tipo de apreciaciones plantean numerosos interrogantes respecto a si realmente podemos trasladar al pasado la productividad actual, a partir de las supuestas mejores tierras. Dar respuesta a estos interrogantes supone “en general una tarea tan difícil como engañosa” (Fábrega, 2004:25) de ahí la necesidad, tomando como ejemplo los trabajos de Díaz Fierros y Gil Sotres, citados por Fábrega (2004), de acercarnos en términos comparativos a los datos actuales sobre la capacidad productiva de los suelos asturianos.

objetivo de dominar pero a la vez facilitar la accesibilidad tanto a los fondos de valle como a los inestimables pastos de ladera y sierra (Parcero y Ayán, 2007).

En general, podría decirse que estas poblaciones buscaban un dominio efectivo sobre el fondo de la Ría, lo que provocaría una clara predilección por los asentamientos en altura, puntos destacados en los que poder hacerse visibles, pero que a la vez favorecieran la intervisibilidad con otros poblados.¹⁰⁶ No en vano las distancias que median entre unos y otros permite, precisamente, una comunicación visual, sino entre todos, sí al menos de forma indirecta; es decir, la intervisibilidad cobra sentido en la medida en que los distintos asentamientos ejercen de mediadores entre unos y otros. Un ejemplo de lo que queremos decir lo encontramos en el caso descrito por Xúlio Carballo para la Comarca de Trasdeza en Pontevedra; en esta zona, la posición estratégica de cada uno de los espacios habitacionales dibujaría un mapa de “visibilidad solidaria”¹⁰⁷ destinado a ejercer un mayor control sobre el territorio, lo que posibilitaría “comunicacions ópticas entre os castros da comarca, e destas coas veciñas, a través de sinais nocturnos de lume ou diurnos de fume...estas transmisións, realizadas de forma temporal, estan testemuñadas no mundo antigo polas fontes clásicas” (Carballo, 1986: 66). Los modelos propuestos por Pastor Fábregas (2004) para la comarca de Ortegal (Coruña) apuntan también a la singularidad de ciertos castros, en este caso el de Ladrado (Ría de Ortigueira), del que el autor habla como un poblado con una funcionalidad “no tanto orientada a su propia defensa (accesibilidad media-baja; Modelo dos) como a la integración y control del grupo (visibilidad) así como la formalización de un referente del mismo (altitud relativa y visibilización) (2005: 145). En la misma línea, César Parcero argumenta la distinción del recinto de A Sividá (área de Campolameiro-Pontevedra), tanto por su tamaño como por la monumentalidad que presenta respecto al resto de los poblados del área de Campolameiro. De ambas argumentaciones, se infiere la existencia de un poblamiento jerarquizado, con unos patrones de racionalidad claramente identificados con el control y el poder territorial. Para el caso de la ría de Villaviciosa podemos aventurar, siempre desde la prudencia dada la falta de un estudio en profundidad que apunte en esta línea -no es nuestro cometido, simplemente dejamos abierta la propuesta-, un primer poblamiento (siglos VIII-VI a.C.) caracterizado por los poblados de El Campón del Olivar y el Castillo de Camoca (siglos VIII-VI a.C.). Ambos recintos se encuadrarían dentro del Hierro I, etapa en la que predomina un modelo de poblamiento caracterizado por la

¹⁰⁶ Este tipo de distribución obedece a la adaptación a los cursos fluviales y en el caso que nos compete a la bocana de la ría.

¹⁰⁷ Utilizo esta expresión con el fin de reflejar la compleja realidad social a la que nos enfrentamos, la cual supera los marcos del castro para elevarnos a la complejidad de las relaciones territoriales.

ocupación de zonas altas (altitud relativa), cuyo entorno inmediato permite un cultivo intensivo leve (en general cultivos extensivos como herencia del Bronce pero con una clara tendencia hacia la explotación intensiva), con grandes posibilidades defensivas naturales y un gran control visual. En cuanto al tamaño, observamos una clara diferencia entre el Castillo de Camoca, de grandes dimensiones y El Campón de tamaño medio (60x70 aprox)¹⁰⁸. Ambos se sitúan en una posición estratégica respecto a la ría, pero el Castillo además se sitúa en una posición céntrica respecto al valle, ocupando el sector inicial y, por lo tanto, controlando las vías de comunicación de entrada y salida. Pero, además, presenta otra notoriedad como es la proximidad, concretamente en el lugar de Breceña, de menas metalíferas de cobre, cuya posible explotación plantea Jorge Camino dado que “en la pequeña superficie excavada se han constatado talleres metalúrgicos..., vasijas-horno, escorias, probables lingotes, moldes, bebederos de moldes, chatarra para reciclaje-y de azabache- tabletas provenientes de mina subterránea y desechos de piezas frustadas” (2003: 166). Estos datos podrían situarnos tras la pista de un posible centro de producción y redistribución metalífera. Del conjunto de lo expuesto podría extraerse la posibilidad de que Camoca, dentro de una jerarquización territorial, actuara como centro de control, en la misma línea que los castros de Ladrido y A Sividá.

Otro factor a tener en cuenta es el abandono que sufren tanto el Campón como El Castillo a lo largo del siglo VI a.C. La respuesta a este abandono y posterior levantamiento de castros como el de Moriyón, sin que medien actos violentos por el medio, parece responder, según Jorge Camino (2003), a una crisis superestructural que precedería a la etapa conocida como Hierro II, y que implicaría, al menos para los casos gallegos aludidos, un cambio en la racionalidad del poblamiento: mayor interés por la accesibilidad a las mejores tierras de cultivo en detrimento de la defensa natural (si se pueden aunar ambas cosas mejor, sino se recurre a la mejora de la defensa artificial), menor visibilidad a larga distancia (problema solventado por la articulación, como ya vimos, de los distintos poblados a través de la intervisibilidad) y mayor monumentalización artificial (fosos, contrafosos, murallas, antecastros, etc.).

En resumen, el dominio visual directo o indirecto ya no solo de los castros vecinos, sino también de los terrenos de explotación, así como de los ríos, rías o vías de comunicación, entre otros; respondería precisamente a la necesidad de articular y controlar un territorio claramente demarcado desde la posesión y su conceptualización como espacio privado. Pero

¹⁰⁸ Seguimos la clasificación de Alfonso Fanjul (2004): castros pequeños (30x30 y 50x50), castros medianos (50x100) y castros grandes (> 50x100).

no solo se trata de ver, sino de ser vistos. Esto nos conduce a dos cuestiones claves para entender las relaciones que se establecen entre el espacio y el género: la visibilización o la invisibilización social, cultural o política de hombres y mujeres. En efecto, la exaltación del poder a través de su representación pública va a generar determinados espacios y estrategias sociales de exclusión, y serán precisamente esas estrategias sociales las que deriven en la falta de protagonismo público y, por tanto, en la “feminización de la invisibilidad” . Sobre esta cuestión profundizaremos más adelante.

II.C.2. LA CUENCA DE OVIEDO.

En el caso del sistema central de la región asturiana, hemos escogido, por el nivel de la información rescatada, el conocido como Castro de Llagú o Cellagú, que se ubica a una cota máxima de 282 m, ocupando un cerro de planta alargada. Su situación, al borde de la llamada cuenca de Oviedo, en la orilla norte del río Nalón, aprovecha las ricas vegas que conforman los meandros fluviales, lo que parece evidenciar que no sólo la defensibilidad o la visibilidad operarían como factores claves a la hora de buscar el asentamiento idóneo, sino que la proximidad a los mejores terrenos revelaría la importancia dada al control y accesibilidad sobre los mejores recursos económicos. Esta situación la vemos repetida en la orilla sur del Nalón, dónde castros como el “Castiellu de Boanga”, a unos dos kilómetros de Perlavia, en la parroquia de Trubia, aprovechan la fertilidad de las terrazas formadas por la confluencia del Trubia con el Nalón. La propia orografía de la zona, con formaciones alomadas que contrastan con el carácter agreste del relieve de la mayor parte del sistema central, explica la antropización histórica de este valle, alimentada por la buena disposición que la suavidad del terreno confiere a la creación de vías de comunicación.

Si bien es cierto que la falta de excavaciones impide, en principio, la sistematización de un análisis poblacional capaz de proporcionar modelos ajustables a un marco cronológico preciso, creemos necesario proponer modelos hipotéticos que sirvan, al menos, de aproximación teórica a las características territoriales de estas poblaciones. Por ello y sin ánimo de caer en la reiteración de lo ya escrito, retomamos los trabajos efectuados por Luis Berrocal, Paz Martínez y Carmen Ruiz (2002), en lo relacionado con su propuesta de definición del territorio de Llagú y los castros de su entorno inmediato. Ante todo, lo que se pretendía era la realización de un estudio aproximativo de la accesibilidad, el dominio visual, la orografía, los recursos disponibles y los límites de los concejos afectados. Para ello, tomaron como criterio inicial la capacidad visual humana estimada en unos cinco kilómetros, lo que según el equipo equivaldría al límite del control visual. Se incluyeron, además, diez castros, distantes una media de 6,5 kilómetros lineales de Cellagú, y sumaron a esta variable, las líneas de cordillera, los ríos, vías de comunicación, divisiones territoriales históricas, etc. El resultado permitió establecer una “distribución teórica lineal de continuidad en forma de una traza curvilínea, orientada del SE al NW y del SW al NE” (Berrocal, Martínez y Ruiz, 2002:38). Como muy bien señalan, no se puede hablar de una contemporaneidad de esta distribución; sin embargo esta propuesta nos sirve para obtener

una idea bastante ajustada del esquema de poblamiento seguido, independientemente del sincronismo de los distintos recintos, dado que de una manera muy general se puede afirmar una intención común clara en cuanto al dominio visual, la búsqueda de los mejores recursos, de las pendientes atenuadas y la proximidad a las vías de comunicación. De todas formas, y como hicimos para el caso de la Ría de Villaviciosa, intentaremos completar este planteamiento con los modelos propuestos para el área gallega, pese a la falta de cronologías.

En general, podemos distinguir un modelo dual de comportamiento respecto a la visibilidad, la accesibilidad y el control de las mejores tierras para el cultivo intensivo y su situación respecto al territorio en el que se ubican, lo cual además vendría a coincidir con el tamaño de los recintos en valoración. De esta forma, los catalogados como grandes castros: Llagú, La Planadera, Cotomonteros y Serandi se sitúan formando un eje de control sobre la vía prehistórica que conectaría la Sierra del Aramo con el centro regional. Su ubicación topográfica y centralidad respecto al territorio que ocupan les permite tener un perfecto dominio visual del entorno, incluyendo una amplia diversificación de recursos, así como un perfecto control de las vías, con una buena accesibilidad a los mejores terrenos de cultivo intensivo, supliendo las carencias defensivas naturales con la implementación de recursos constructivos de los que da buena cuenta Llagú a través de sus torreones, murallas y antecastros¹⁰⁹. Acompañando a los mencionados castros, se sitúan una serie de recintos de menor tamaño que los autores del estudio prospectivo llevado a cabo en el entorno del cauce medio del Nalón, Pedro García y Miguel A. López denominaron en su momento “centros de control del entorno” por su excelente cobertura visual (en Berrocal, Martínez y Ruiz, 2002: 230). A esta particularidad, se une el carácter periférico que ofrecen respecto al territorio en el que se ubican, incluyendo en su entorno inmediato terrenos de carácter mixto: pastizales y cultivos¹¹⁰. En este punto se podría apuntar, siguiendo la propuesta de Pastor Fábrega (2004), a la posibilidad de incluir al primer grupo en el Modelo 3 de ocupación y al segundo en el Modelo 1. Ahora bien, insistiendo en la falta de cronologías, exceptuando las fechas apuntadas para el asentamiento de Llagú (siglos VI.V- época castreño-romana), que

¹⁰⁹ Siguiendo la propuesta de Pastor Fábrega (2004) para la comarca de Ortegal, estaríamos hablando, en el caso que nos ocupa, de recintos que podrían ubicarse en el modelo 3 caracterizado por: accesibilidad mayor a un entorno propicio para el cultivo intensivo, a medida que nos alejamos las tierras pierden en riqueza. Posición central respecto al territorio que ocupan y una priorización del control visual inmediato. Menor potencialidad defensiva natural.

¹¹⁰ Probablemente estemos ante una serie de poblados que bien podrían ubicarse en el modelo 1 propuesto por Pastor Fábrega (2004), que vendría a agrupar a aquellos castros que presentan un mayor aislamiento natural en cuanto al acceso a los mismos, por tanto con grandes posibilidades defensivas naturales. Con un gran dominio visual y un entorno inmediato caracterizado por la imposibilidad de las tierras de cara al cultivo intensivo.

encajaría en el modelo 3, tendríamos que encajar la posibilidad de hablar también de un desarrollo poblacional sobre la base de la especialización: espacios mineros, puestos de control territorial, entre otros, y la jerarquización. Esta situación finalmente se ajustaría a la centralidad que adquieren los grandes poblados y su relación directa con las vías principales, los centros mineros y las mejores tierras como máxima expresión del control territorial ejercido.

En general, observamos como los distintos modelos de poblamiento castreño responden a la puesta en escena de las estrategias encaminadas a dar solución a las distintas necesidades que el día a día de estas comunidades plantea. Lo que supone responder, desde la planificación del hábitat, a las demandas sociales que buscan una mejora de la conectividad, la interacción o la intervisibilidad; las políticas que se apoyan en un mayor control social y territorial; las económicas que, por ejemplo, exigen una mejora en la accesibilidad a una mayor diversidad de recursos; sin olvidar las necesidades simbólicas que, a través de la monumentalización o la visibilización, intentan crear un discurso legitimador que justifique la puesta en marcha de las diferentes estrategias encargadas de cubrir las distintas necesidades grupales. Ésta sería una imagen general que nos permite un primer acercamiento, pero que necesita de una mayor profundización para poder plantear un análisis de género. Del estudio de los recintos habitacionales, de los objetos encontrados en ellos, de la puesta en común con los textos clásicos y los restos epigráficos, intentaremos extraer precisamente las relaciones sociales y culturales que generaron el desarrollo de distintas identidades en función del sexo¹¹¹.

¹¹¹ Sobre la construcción social de la realidad y el desarrollo de las identidades ver el trabajo de Almudena Hernando “Arqueología de la Identidad” (2002).

II.D. ESPACIOS DE PODER. DE LO REAL A LO SIMBÓLICO.

En los últimos años, la red de obras lineales¹¹² realizadas en Galicia han permitido establecer un acercamiento más o menos ajustado de los espacios en los que se desarrollaron las comunidades de la prehistoria reciente gallega, haciendo más que evidente la existencia de “comunidades polarizadas por diferentes intereses económicos daría lugar a un sistema de interdependencias que derivó en una realidad social heterogénea, con múltiples estrategias de poblamiento, de organización interna del hábitat, de cooperación interregional” (Parcero y Ayán, 2007:11). Este panorama esclarecedor, por el momento, sigue sin poder trasladarse a territorio asturiano, más allá de los recintos fortificados que, como ya apuntábamos, son la prueba más visible del desarrollo humano a partir del siglo IX a. C. Será, este, el momento a partir del cual se comience a detectar un cambio fundamental: la inversión del trabajo colectivo de cara a la monumentalización de los recintos habitacionales o los espacios comunitarios. Este cambio respecto a periodos anteriores marca la consolidación de un proceso que veníamos advirtiéndolo, pero que, a partir de estos momentos, se hace totalmente notorio: la jerarquización en el seno de estas sociedades. Y es en ese proceso, dónde vamos a poder observar el uso del espacio como discurso legitimador de la configuración de estas comunidades con una doble función: la justificación del poder de los hombres sobre las mujeres y la del poder de ciertos hombres sobre el resto de la sociedad. En función de lo dicho, mi propuesta pasa, precisamente, por intentar acercarme a ese doble discurso a través del análisis del interior de los recintos castreños.

Anteriormente señalaba como la creación de un territorio traía como consecuencia la demarcación espacial de lo que pertenecía a la comunidad; de esta forma lo privado, a nivel comunitario, iba cobrando sentido. De la misma manera, estas poblaciones habrían ido generado una serie de espacios de representación -petroglifos o áreas tumulares, entre otros- de ese territorio y del poder que ejercían sobre el mismo. La comunidad y los ancestros, que en un principio se habían convertido en los depositarios de ese poder, poco a poco, irán perdiendo protagonismo ante el empuje de ciertos sectores que se van a ir haciendo con determinados privilegios, entre otros métodos, mediante la creación de las ya mencionadas genealogías míticas. De esta forma, el pasado colectivo reelaborado en “una reserva de imágenes, de símbolos, de modelos de acción; permite emplear una historia idealizada,

¹¹² En referencia a las obras de construcción lineales que incluye la realización, entre otros, de gaseoductos, oleoductos y autopistas.

construida y reconstruida según las necesidades y al servicio del poder actual. Un poder que administra y garantiza sus privilegios mediante la puesta en escena de una herencia” (Balandier, 1994:19). Serán estos encumbrados personajes los que a partir del siglo X a.C. (dependiendo de las zonas y por tanto de la evolución poblacional), necesiten formular nuevas estrategias de visibilización encaminadas a dar mayor solidez a sus propios privilegios. Entre estas nuevas estrategias el espacio, como intentaremos demostrar, pasará a vincularse, por un lado, con lo masculino-dominante, y por otro, con lo femenino-dominado.

Un ejemplo de que quiero decir, respecto a los espacios, lo encontramos en algunos de los escritos formulados por Estrabón, en lo que el autor nos acerca a un tipo de celebraciones protagonizadas por hombres, en las que situados según la edad y la dignidad, comen y beben sentados en bancos corridos¹¹³. Esta noticia, en la que por el momento no vamos a profundizar, más allá de la referencia en sí a una celebración o festín, nos sitúa ante la posibilidad de acercarnos a una manifestación que excede el ámbito de lo doméstico, para convertirse en un acto de representación social colectiva y pública. Si esta interpretación es correcta, hemos de considerar la posibilidad de acercarnos a los espacios que alojarían este tipo de celebraciones y, por tanto, al “how domestic buildings took on special qualities” (Bradley, 2005:41).

Recientes investigaciones han proyectado, para suelo asturiano, un conocimiento más profundo del origen de determinados asentamientos como el Chao Samartin (Grandas de Salime) o Cellagú (Oviedo). En ambos casos se describe la existencia de una zona destacada en altura, la acrópolis, con una funcionalidad que se escapa a la meramente residencial¹¹⁴, confluyendo, al menos en el caso de Chao, una serie de factores: un cierre perimetral, una roca en cuya base se documentaron los restos de una hoguera, una cista con los restos de una calota craneal -probablemente femenina- que da acceso al recinto y una cabaña de grandes dimensiones con un ajuar realmente singular que posteriormente analizaremos¹¹⁵. Todo este conjunto ha permitido probar “la fundación entre el 801 y 778 a.C., de un establecimiento fortificado de carácter no residencial sobre la explanada que corona el yacimiento” (Villa,

¹¹³ “Beben zythos, y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume enseguida en las grandes festines familiares. En lugar de aceite usan manteca. Comen sentados sobre bancos contruidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según las edades y dignidades; los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben, danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión....” (Estrabón, *Geografía* 3,3,7).

¹¹⁴ Según el equipo encargado de llevar a cabo el proyecto de excavación sobre Llagú, “el sector norte, definido por la pequeña plataforma superior que a modo de acrópolis domina visualmente el resto de la superficie del castro...pudo albergar, ciertamente, edificios de funciones singulares” (2002: 66).

¹¹⁵ La singularidad de este tipo de cabañas es un hecho reconocido y documentado en toda la fachada atlántica. Casos como el del castro de Torroso, dónde además aparecen restos de calderos de remaches, responderían precisamente a esta singularidad manifiesta tanto en la ubicación, como en la factura y el tamaño.

2003:149). Próxima a esta zona bien delimitada, se irían situando posteriormente la entrada al poblado y una serie de edificios cuyas ruinas delataban un uso que no encajaba con el residencial¹¹⁶.

El caso de Llagú plantea numerosos problemas de interpretación dado el estado de conservación en el que se encontraba esta parte alta del yacimiento. De todas formas cabe destacar, pese a la escasa potencia estratigráfica, la confluencia en los sectores norte y nordeste de lo que parecen los restos de una estructura muraria sencilla de materiales perecederos en la parte más elevada, un posible edificio termal del que “restan testimonios de la talla del lapiaz” (Berrocal et al. 2002:120) y dos cabañas de grandes dimensiones de las que han sido interpretadas como edificios comunales, pero sin detallar más acerca de su funcionalidad y la entrada principal prerromana. Por consiguiente, tenemos lo que parecen dos áreas no residenciales, por lo que debemos averiguar a qué y a quiénes responden estos espacios.

El análisis que propongo a continuación se fundamenta en la consideración del espacio y la arquitectura como una “herramienta básica para la reproducción social, un catalizador y a la vez producto de la acción social, una herramienta cultural que construye el paisaje social” (Ayán, 2003: 17). Bajo esta perspectiva, el estudio del espacio y la arquitectura incorpora tanto el análisis descriptivo de las estructuras y sus relaciones espaciales, como el estudio de la significación social a través del propio ordenamiento del espacio; esto es el nivel de accesibilidad y relación entre lo exterior y lo interior, el grado de visibilidad-privacidad (lo oculto como privado) y, por último, los circuitos creados o la circulación dentro y fuera de las unidades habitacionales¹¹⁷.

En el caso de las ruinas del Chao Samartin, éstas revelan la existencia de un área bien definida por un cinturón defensivo, a través de una empalizada y un foso, en cuyo interior se documentó la presencia de un gran edificio construido en lo que constituyó el nivel de ocupación más antiguo del poblado. Este peculiar recinto abría sus puertas hacia el oeste, fijando la circulación mediante “una amplia avenida que, rebajada en la base rocosa, se orienta hacia el área central de la Acrópolis” (Villa, 2005:124). Nos encontramos, entonces, ante una empalizada como primer elemento delimitador y limitador en cuanto a accesibilidad y control visual, provocando una clara diferenciación entre el espacio exterior

¹¹⁶ Según Ángel Villa se trataría de dos edificios, uno elíptico acorde con las grandes cabañas comunales estudiadas en otros castros como Coaña o Pencia, posteriormente remodelado para acoger la gran plaza levantada en el siglo I. a.C. y otro que vendría engrosar el listado de las famosas saunas castreñas del noroeste peninsular (2005).

¹¹⁷ En este caso el concepto de lo privado se utiliza desde su conexión con lo visible o lo invisible y, por lo tanto, lo que todo el mundo puede ver o lo que solo unos pocos pueden visualizar (Ayán, 2003).

(abierto, accesible y visible) y el espacio interior (cerrado, inaccesible e invisible). En este orden de cosas, la puerta, en cuya base se encontró la cista con los restos humanos, cumpliría a su vez con una doble función; por un lado fijar la circulación y la entrada al recinto, por otro servir de espacio liminal mediador entre lo exterior y lo interior. Éste carácter separador pero a la vez integrador, supone, según Silvia Alfayé (2009: 107) “un lugar donde se concentran una gran cantidad de significados y donde entran en contacto esferas diferenciadas y en ocasiones opuestas, lo que lo convierte en un espacio de ansiedad para la comunidad, especialmente notable en sus puntos de ruptura (vanos, entradas)...percibidos como una amenaza por su imaginario, y por ello, como espacios idóneos para- y necesitados de- la práctica ritual”, en este caso la deposición de una calota craneal femenina¹¹⁸. Hacemos especial énfasis en este último dato, dado que en la Campa Torres aparecen también restos femeninos, lo que por el momento abre, más que cierra, interrogantes. De esta forma, nos preguntamos si estamos ante un sacrificio o ante una amortización de los huesos y, si es así, qué llevó a optar por el sexo femenino; quizás la relevancia del personaje en sí o sencillamente se había hecho una elección en función del género, cuestión en la que no vamos a entrar, solo apuntar que si en la mayoría de las sociedades campesinas, el concepto cultural de mujer como madre implica fertilidad, estabilidad, hogar y seguridad, entre otras; qué mejor que escoger este sexo como aval ritual de la seguridad y continuidad de la comunidad. Además, el vano en sí actúa de canalizador visual, enfocando la percepción hacia el centro, lugar en el que se elevaba la gran cabaña de planta rectangular y esquinas redondeadas; un edificio que a su vez mantenía un contacto visual directo, a través del vano de entrada occidental, con el cretón cuarcítico en cuya base se identificó la presencia de los restos de una hoguera. Con lo expuesto se puede apreciar la existencia de un orden coherente dentro de la configuración espacial que exalta y enmarca lo público, con un hipotético sentido ritual.

¹¹⁸ Se ha constatado la aparición de otro fragmento craneal femenino y de sendas inhumaciones infantiles en la muralla de la Campa Torres (Gijón, Asturias) (Maya y Cuesta, 1999^a), “estos hallazgos —que cuentan con paralelos en el resto del mundo antiguo— revelan que la manipulación y conservación post-mortem de huesos humanos —especialmente craneales— y su depósito en espacios sobre-significados, debieron ser prácticas rituales frecuentes entre las sociedades de la Edad del Hierro del NW, que pudieron servir para sacralizar, proteger y ancestralizar los espacios en los que se enterraron esos huesos” (Alfayé, 2009: 108).

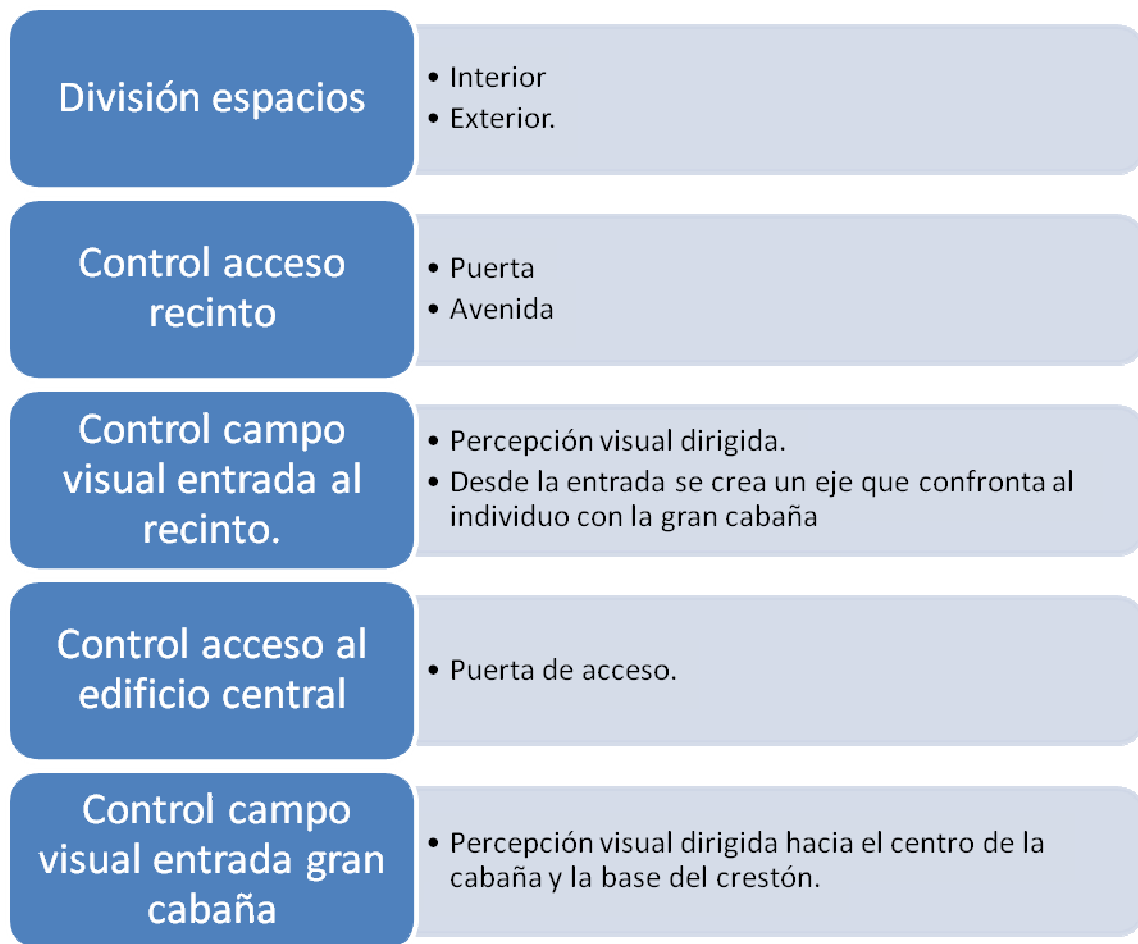


Fig.9. Mónica González Santana (2011).

Nos encontramos, por lo tanto, ante un circuito claramente marcado, entre otras cosas, por la accesibilidad y la visibilidad, estando el ámbito de lo público definido, en este supuesto, por una mayor exposición visual y su proximidad a las áreas de acceso. Sabiendo esto, cuando analizamos los casos citados nos encontramos con lo que podría considerarse una doble estrategia de cara a la organización de esos espacios. En este sentido, observamos, por un lado, la búsqueda de cierta proximidad con las entradas de los recintos habitacionales, lo que los hace más accesibles y visualmente destacados y, por otro, la limitación de acceso y visibilidad al interior de los mismos, lo que en definitiva nos lleva a considerar la posibilidad de estar ante un ambiente con proyección pública, pero claramente restringido. Y es precisamente en esa exclusividad, en la que queremos indagar, para averiguar si es posible trasladar lo espacial al terreno de lo social.

Apuntaba, anteriormente, la singularidad de los objetos recuperados en la gran cabaña anteriormente descrita. El conjunto de piezas se corresponde, por lo general, con fragmentos cerámicos de factura tosca y pastas porosas de gran ligereza hechas a mano. Se documentan, así mismo, una gran muestra de materiales metálicos fabricados en bronce, que se corresponden con los fragmentos de un gran disco de unos 1,15m de diámetro, con alma de madera, planchas y tiras circulares de bronce¹¹⁹. Aparecieron también los restos de calderos de remaches, y sítulas, elementos ampliamente reconocidos y relacionados con el consumo cárnico y los banquetes rituales¹²⁰.



Fig.10 Carruaje solar de Trundholm, 1400.a.C. Museo Nacional de Dinamarca(Copenhague)
[.http://es.wikipedia.org/wiki/Carro_Solar_de_Trundholm](http://es.wikipedia.org/wiki/Carro_Solar_de_Trundholm)

¹¹⁹ Incluimos a continuación una imagen del famoso “Carruaje solar de Trundholm”, no con el ánimo de caer en comparaciones que escapan a este trabajo, sino con la intención de resaltar la simbología presente en el objeto, escena que podemos rastrear en el megalitismo gallego de la mano del famoso petroglifo situado en la localidad de Louro, cerca de Muros (La Coruña) (Alberro, 2004).

¹²⁰ Por acotar diferencias, en líneas generales “los calderos de remaches son recipientes de bronce de fondo curvo y forma cónica o semiovoidal más o menos achatada; están elaborados mediante chapas unidas con vistosos remaches alineados y presentan un sistema de suspensión que consiste en un par de anillas móviles que cuelgan de sendas armellas o piezas rígidas fijadas al borde del caldero” (Armada, 2008: 128), por su parte las sítulas se corresponde con pequeños recipientes en forma semicúbica, midiendo en general de 20-30 cm, presentando en su mayoría cuatro franjas horizontales decoradas. A menudo se plasmaba en ellas escenas importantes de la vida de las élites como banquetes, cacerías o procesiones.

Los contextos en los que aparecen este tipo de objetos “nos sugieren la existencia de ceremonias de clara connotación ritual, que tendrían lugar en cuevas y quizás asociadas a momentos iniciáticos. En paralelo, las grandes cabañas podrían actuar como lugar de reunión y banquete de grupos amplios, con motivos muy distintos que irían desde la exhibición de riqueza y el reforzamiento de los lazos de clientela hasta las ceremonias de guerra o los actos de hospitalidad. En las sociedades del momento existía, sin duda, una vinculación relevante entre la ideología de la guerra y los banquetes, que podrían relacionarse también con la movilización de fuerza de trabajo” (Armada, 2008: 153)¹²¹. Existe, probablemente, una clara vinculación entre determinados espacios, ciertos objetos, los banquetes y la guerra. De ahí podemos extraer que el rol social jugado por estos objetos que excedía lo común, constituyéndose en claros referentes del valor social atesorado por los mismos. Este valor tomaba fuerza ya desde el mismo momento de la fabricación, dado que su elaboración “requería una inversión de tiempo y esfuerzo muy superior a la que observamos en otros objetos del período, como hachas, lanzas o espada. Estas piezas serían creaciones de artesanos con habilidades superiores a las del bronceista común, actuando la complejidad tecnológica como una componente fundamental del rol social del objetos” (Armada, 2008:139). Y en esta línea de convergencia entre lo material y lo simbólico, los famosos bronce sacrificiales del Instituto de Valencia de Don Juan, del Museo Arqueológico Nacional o el depositado en el Museo de Pontevedra, entre otros, así como la más que reconocida diadema de Moñes (Piloña, Asturias) nos trasladan mediante su iconografía precisamente a un mundo ritualizado en el que se funden los elementos anteriormente expuestos, dando como resultado la expresión plástica del poder masculino¹²².

¹²¹ Cabe hacer especial énfasis en el hecho de que la mayoría de los hallazgos de calderos peninsulares, aparecen en contextos poblacionales, siendo su estado fragmentario lo que podía responder a un troceado intencional bien como chatarra, bien para su reciclado. De todas formas, parece clara su vinculación con espacios rituales, así un fragmento de caldero con remaches, proveniente del poblado de Satinha (Amares, Braga, Portugal), se localizó en una cabaña siendo interpretada ésta última como un espacio de carácter ritual. De la misma manera los fragmentos hallados en Hío (Cangas do Morrazo, Pontevedra) correspondiente a un depósito ritual, o el famoso caldero de Cabárceno sugieren esa vinculación entre objeto y ritualización. Sobre el carácter ritual de éstos y otros objetos como los asadores o los ganchos de carne *vid.*, entre otros, los trabajos de Richard Bradley (2005), Xosé-Lois Armada (2002) o Alfredo González Rubial (2007).

¹²² Sobre los bronce rituales *Vid.* Xosé Lois Armada y Óscar García (2003).

Representación
de caldero con
decoración en
sogueado. Alt. 1,8
cm

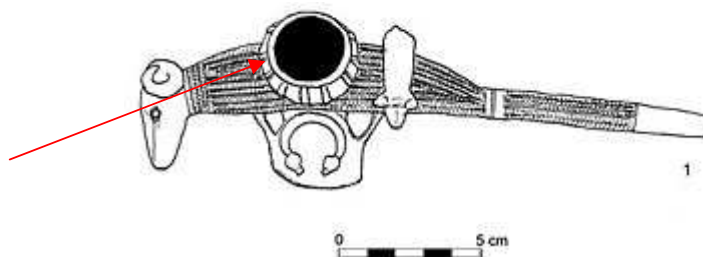


Fig. 11. Bronce sacrificial de Lalín (Pontevedra). www.elgrancapitan.org

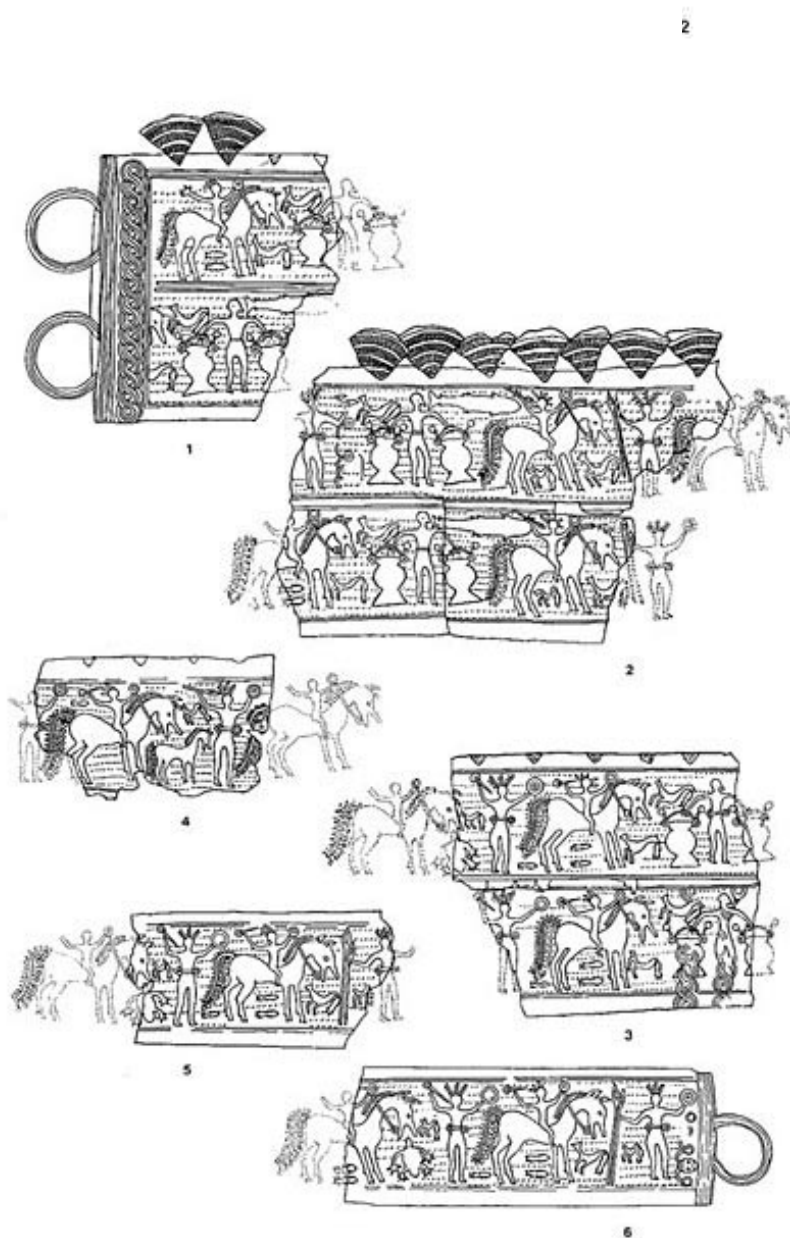


Fig.12. Diadema de Moñes (según Pingel, 1992).

Al margen de los debates cronológicos, lo que me ha llevado a incluir el análisis de esta pieza (Diadema de Moñes) ha sido, precisamente, la necesidad de acercarnos, desde la perspectiva del género, a la importante carga simbólica de la misma¹²³. Sin ánimo de caer en la repetición de lo ya publicado, he creído conveniente realizar un breve recorrido por la iconografía de la diadema, para tratar de situarnos en el discurso iconográfico presente en la misma. De esta forma y de modo muy general, se puede observar, a través de los fragmentos conservados, una ambientación acuática con representación de distintos animales (Fig.13), con una serie de personajes y de posibles cabezas impresas, en este caso, en el extremo distal del fragmento conservado en Saint Germain-en-Laye, viniendo a representar la concepción de la cabeza como depositaria del alma¹²⁴.

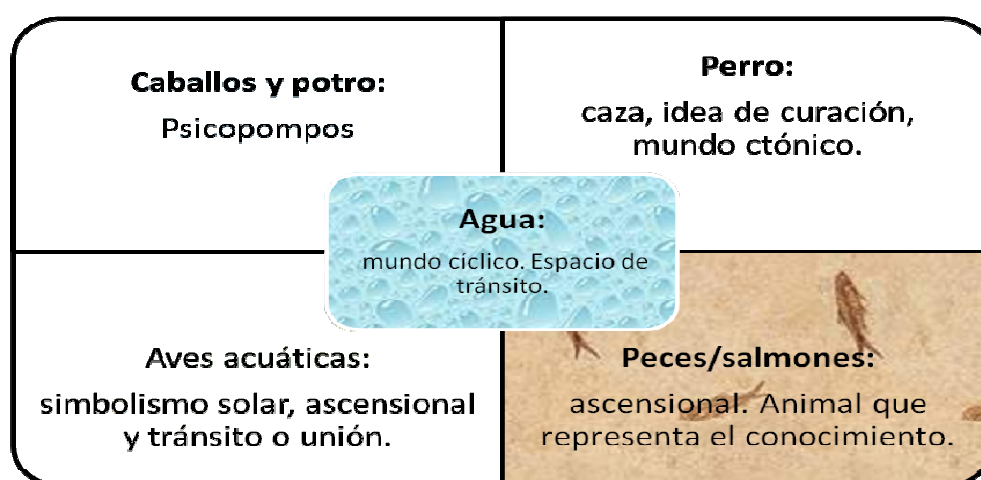


Fig.13. Diagrama que muestra la interpretación de la ambientación acuática de la diadema de Moñes con representación de distintos animales.
Mónica González Santana (2011).

Por las características, la indumentaria y los objetos que portan estos personajes, podemos decir que estamos ante la representación de lo que parece un grupo jerarquizado de hombres, por un lado, armados (caballería-infantería), lo que exalta el poder de la guerra y, por otro lado, portando una serie de objetos culturales, lo que evidencia el control del ritual.

¹²³ Los aspectos morfológicos y simbólicos de esta pieza han sido magistralmente tratados por Alicia Perea (1995) y Marco Simón (1994) respectivamente.

¹²⁴ Sobre la concepción del alma entre los celtas y los pueblos galaicos, ver los trabajos de Blanca García Fernández Albalat (1990) y Jean Markale (1992).

La escenografía se incluye, como decía, en un ambiente acuático, con claras connotaciones simbólicas respecto al tránsito al Más Allá y los ritos de paso. Esta atmósfera nos estaría trasladando a un contexto en el que se aúna el mundo de la guerra, con la formación y el destino del guerrero, mediante la representación de su apoteosis¹²⁵.

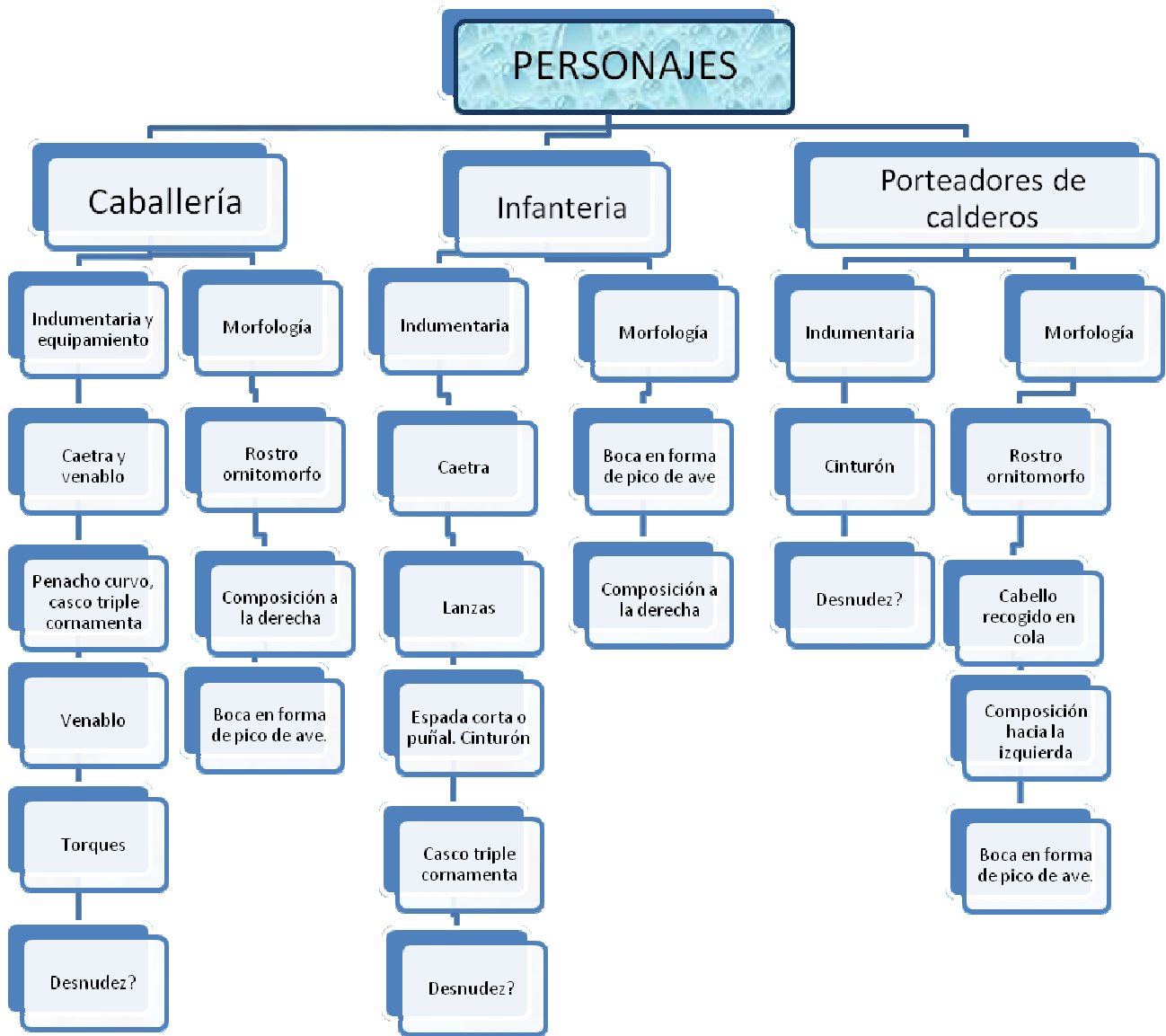


Fig.14. Diagrama de personajes de la diadema de Moñes. Mónica González Santana 2011.

¹²⁵Sobre este aspecto ver los trabajos de Marco Simón (1994) y M. Virgilio García Quintela (1999).

La concepción del Más Allá, de la inmortalidad y la resurrección que observamos, tanto en la iconografía de la diadema como en la decoración presente en una amplia mayoría de las estelas consideradas como vadienses u orgenomescas (caballos, ciervos, torques o medias lunas, árboles, esvásticas, tetrapétalas, etc.), nos permiten alcanzar un mayor acercamiento al desarrollo ideológico de estas comunidades. Una vez más, soy consciente de los inconvenientes que provoca el hecho de estar ante poblaciones ágrafas, sin embargo, y como afirma Bóveda “o seu valor histórico transcende a propia peza converténdoa nun vehículo de comunicación directa co mundo antigo” (1992:12). En este sentido, hemos de averiguar en qué medida podemos trasladar el discurso presente en esta pieza, a la realidad social de unas comunidades que, repetidamente, han sido consideradas como comunidades igualitarias¹²⁶. Atendiendo a la investigación de Marco Simón, la existencia de grupos de guerreros se plantea como un hecho, siendo las diademas “la expresión del prestigio de una élite principesca, del tipo de la reflejada en la estela de la Pedreira (Vegadeo)” (Simón, 1994:327). Ahora bien, cabe también la posibilidad de cuestionarnos si tanto el objeto en si, como la escenografía presente en el mismo, son un fenómeno único y aislado que, de ningún modo refleja la construcción de la realidad social con la que se relacionó, o si, por el contrario, y pese a constituir una pieza excepcional, podemos encontrar paralelos en otro tipo de representaciones y soportes, permitiéndonos de esta forma rastrear el rol social jugado por estos objetos. En este sentido, la aparición de otras diademas a lo largo de la fachada atlántica, así como de torques, arracadas o adornos tipo keftiu, entre otros, y la constatada explotación aurífera de los placeres fluviales en época prerromana revelan la importancia, difusión y desarrollo de una artesanía autóctona, itinerante o no, claramente especializada. Un artesanado que respondería a la acumulación de material aurífero y, por tanto, a la demanda del mismo de cara a su posterior transformación. Si tenemos en cuenta esta situación, y el hecho de que, como afirma Francisco J. Sánchez Palencia, la realización de un torque como el de Burela implica el trabajo de al menos unas 150 personas, no resulta descabellado pensar que el trabajo de esos individuos vendría acompañado de un

¹²⁶Esta teoría vendría a basarse tanto en el registro arqueológico como en la compilación de los materiales epigráficos y la lectura de las fuentes clásicas. Estas dos últimas fuentes de información incorporarían a su vez el elemento femenino al mundo castreño, incidiendo en la importancia del mismo en función de un pasado matriarcal que el tiempo iría desarticulando, pero que sería rastreable a través de los usos matrilinealistas de estas comunidades. De la interpretación de las poblaciones castreñas como comunidades campesinas de base igualitaria, destacan, entre otros, los trabajos de Carmen Fernández Posse (1996, 1998) e Inés Sastre Prats (2001). Especial mención merecen al respecto las consideraciones de Alfredo González Rubial, cuando se cuestiona si realmente existen sociedades igualitarias, asumiendo que “probablemente no. Incluso en las sociedades isonómicas se constatan diferencias entre sus miembros, fundamentalmente por razones de género. Cuando hablamos de sociedades igualitarias debemos ser conscientes (...) de que estamos omitiendo una forma de desigualdad que afecta a la mitad de la población humana” (2003: 90).

poder de convocatoria tal, que permitiera la apropiación por parte de un sector, grupo o familia del esfuerzo acometido y los resultados obtenidos, dado que no toda la población disfrutaría del privilegio que supone el uso y disfrute de este tipo de objetos. Dejando a un lado la importancia de este tipo de bienes suntuarios, y volviendo a la iconografía ya comentada, observamos que su existencia no es un caso aislado. Estatuas de guerreros han aparecido en Capeludos, Quintela, Lezenho, Sao Juliao, Sanfins o Meixedo, todos ellos en el *Conventus Bracaraensis*. No voy a entrar en la polémica suscitada por la cronología de tales manifestaciones. Simplemente traigo a colación su existencia en función de la simbología que las acompaña: el poder y los guerreros. En esa misma línea, la cerámica de Cogotas, o la de Numancia, por poner algunos ejemplos, nos muestran también un mundo con claras similitudes iconográficas con la diadema de Moñes (tocados de triple cornamenta, figuras ornitomorfos, caballos etc.), en el que quedan asociados, y nadie pone en tela de juicio, lo masculino y la guerra. Por otro lado, e independientemente del soporte utilizado, observamos un propósito final, común a la ejecución de este tipo de manifestaciones artísticas, la transmisión y difusión de un sistema de valores en el que prima la guerra y las actividades bélicas como fórmulas de acceso al poder. En ese sentido, la cerámica griega constituye un magnífico ejemplo de la transmisión y difusión de ideas, con una temática más que recurrente y un mensaje fácilmente reconocible: la división social entre hombres-guerreros y mujeres-madres¹²⁷.

Así las cosas en un momento de la exposición, hacía referencia a aquellas teorías que, basándose, entre otras fuentes, en la epigrafía, resolvían la existencia de sociedades igualitarias, por un lado y de usos matrilinealistas, por otro. Aunque las cuestiones epigráficas las trataré posteriormente con mayor profundidad, por el momento, simplemente mencionar la existencia de distintos personajes con el cargo de *princeps* (vid. Anexos III), que nos muestran la presencia, al menos en época romana, de una serie de individuos con un poder real sobre la población. Véase el caso de *Vecius* (CIL II 2585), de *Doviderus* (HEp 7, 1997, 380) de *Nicer* (AE 1946, 121) o el nombrado como precepto, *Cornelius Maternus* (HEp.2, 1990:449)¹²⁸. Hemos de tener en cuenta que, como señala Inés Sastre, en “la epigrafía latina las inscripciones no estaban pensadas para ser leídas o, tal vez mejor dicho, no estaban pensadas solo para ser leídas” (Sastre, 2005:15). En necesario partir de la base de

¹²⁷ El hecho de que estemos ante sociedades ágrafas fomenta el uso de otros recursos como medios capaces de difundir determinada ideología. En este caso, la que establece unos privilegios en función del hecho de ser varón y guerrero. Sobre la división de funciones en función del sexo y el rol social de madres al que las mujeres griegas se veían abocadas. Sobre estos temas *vid.* los trabajos de Ana Iriarte (2002) o Nicole Loraux (2004) entre otros.

¹²⁸ Sobre estos epígrafes ver la tabla de Anexos III.

que, entre los objetivos de los textos epigráficos, el que fueran efectivamente leídos y entendidos era una cuestión secundaria. La comprensión del texto propiamente dicho daba lugar a un nivel de comunicación que no era el único ni el más importante, convirtiéndose en fundamentales también otras cuestiones como su inserción en la monumentalización de los espacios públicos y en los programas iconográficos destinados a cargar de contenido simbólico la propia existencia de la pieza. De este modo, lo escrito formaba parte de la representación política de los grupos dominantes. Cabe recordar, también, la eficaz organización de la que dieron notable muestra los habitantes de estos lugares, a la hora de enfrentarse con el invasor, en este caso el imperio romano. Teniendo en cuenta estas circunstancias, todo parece apuntar hacia la posibilidad de que la epigrafía nos esté remitiendo a la existencia prerromana de una serie de personajes o grupos con un poder fáctico sobre la población. Situación que Roma sabría aprovechar, a la hora de poner en marcha sus propios intereses estratégicos y administrativos (pactos, traiciones, comercio o explotación minera), antes y después de la conquista armada (Rodríguez Neila, 1998).

Con lo expuesto, parece más que evidente que la asociación que se da entre ciertos espacios -su factura, funcionalidad y carácter simbólico- y los objetos hallados en los mismos, nos traslada a una escenificación de actividades más o menos apreciables en el referido texto de Estrabón; es decir, la celebración de banquetes o reuniones que consagrarían determinados actos sociales¹²⁹. Podemos hablar, a modo de hipótesis, de verdaderas élites masculinas formadas al calor de la acción bélica, la defensa territorial y el control del ritual. Esas élites que, como vimos, parecen venir gestándose desde el megalitismo, están buscando la reafirmación de su posición social mediante la vinculación a un pasado mitificado¹³⁰. Estaríamos hablando de posibles jefaturas con un dominio real sobre la población. Un poder que buscará su legitimación, entre otros, en el discurso espacial, reproduciendo determinados ámbitos de escenificación pública en los que el grupo de los privilegiados se vería ampliamente representado y visibilizado, lo que vendría a vincularse, como intentaremos demostrar a continuación, con la sacralización del poder masculino.

¹²⁹ “Este recinto no muestra indicio alguno de uso residencial. Si en principio, su localización en altura justificó el uso del término acrópolis en una acepción estrictamente topográfica, con el avance de las excavaciones y la documentación de un ambiente ajeno a todo uso doméstico, esta denominación se ha ido aproximando a la acepción clásica de *temenos* o espacio de carácter sacro” (Villa, 2005:31).

¹³⁰ En palabras de Almudena Hernando “la legitimación tiene que ser ideológica, habiendo tomado en la mayor parte de los procesos históricos la forma de sistemas religiosos organizados y/o ‘ideologías heroicas’ (2002: 149).

II.E. LA SACRALIZACIÓN DEL PODER MASCULINO.

En 1990 Janet Slatzman reflexionaba sobre la desigualdad de poder entre los sexos, argumentando como "las ideologías sexuales se definen como sistemas de creencias que explican cómo y porqué se diferencian los hombres de las mujeres. Sobre esa base, especifican derechos, responsabilidades, restricciones y recompensas diferentes e inevitablemente desiguales para cada sexo y justifican reacciones negativas ante los inconformistas" (1990: 44). La religión y los mitos se configuraban, desde esa explicación, como un discurso justificador, constituyendo "desde una perspectiva histórica, el instrumento más extendido, y al mismo tiempo, más efectivo de legitimación social" (Berger, 1999: 56). La religión o religiones, incluían, además, lo que Peter Berger definiría como "teodicea" (1999), es decir, la parte que explicaría los fenómenos anómicos (sufrimiento, maldad y desastres naturales, entre otros) como castigos divinos. De esta forma, desde el orden de lo sobrenatural se sancionaba cuando se incumplía o se rompía con el orden establecido. En función de lo dicho, la teodicea no implicaría felicidad, sino sentido de ese orden y, dentro de ese sentido, se incluiría la explicación y la justificación al porqué de las desigualdades, la existencia de poderes y de privilegios. En este sentido, puede plantearse si es posible acercarnos a través de la religión, tanto a la construcción y definición de lo femenino y lo masculino como a la naturalización de las relaciones mantenidas entre ambos sexos¹³¹.

De nuevo trabajamos desde la desventaja que supone la ausencia de un corpus literario que nos presente la experiencia cultural de estas comunidades, no desde la visión del conquistador, sino desde la mirada de los pueblos conquistados¹³². Este vacío limita, pero no impide cierto acercamiento. Para ello se hace imprescindible el uso de distintas fuentes, ya sean las arqueológicas, las epigráficas, las literarias, los estudios lingüísticos o los antropológicos, siempre desde la prudencia que implica el tratamiento de una documentación que, en la mayoría de los casos, no se corresponde con la época a tratar. De todas formas, parto de la hipótesis de que estamos ante un modelo patriarcal, y éste, como *sistema metaestable* (Amorós, 2005) que se va adaptando a distintos contextos históricos, sociales, políticos y económicos, entre otros; debería facilitarnos la posibilidad de rastrear el discurso religioso indígena a través

¹³¹ Si tenemos en cuenta, como afirma Yolanda Beteta que "los mitos recrean e idealizan algunos de los rasgos definitorios de las sociedades patriarcales para naturalizar y legitimar una cultura normativa tendente a perpetuar la dicotomía masculino-femenina en términos de dialéctica hegeliana" (2009:166), podemos pensar que es posible acercarnos al modelo de sociedad al que nos enfrentamos a través del análisis del pensamiento religioso imperante en la misma.

¹³² Intencionadamente utilizo el masculino dado que, en la actualidad, únicamente contamos con los relatos que los varones aportaron de cara a la justificación de la barbarie de estas comunidades.

de su adaptación al modelo patriarcal romano. A partir de este supuesto y sin pretender establecer un análisis pormenorizado de todo el panteón indígena, me he planteado como objetivo el estudio de las relaciones de género que dieron origen al mismo, a través de la observación de lo divino y lo humano, de la figura de los dioses y las diosas de las que ha quedado constancia, de la escenografía religiosa, de su simbología y de la más que probable existencia de personajes especialistas relacionados con el poder que supone el control sobre el discurso religioso.

De la relación de deidades rescatadas a través de la epigrafía y la toponimia, se ha destacado la multiplicidad de teónimos, lo que, en un principio, llevó a numerosos autores a plantear la existencia de una marcada fragmentación religiosa, como respuesta a la segmentación política habida entre estas comunidades, así como una inexistencia de un poder centralizado o una clara jerarquización social¹³³. Esta situación se vería reflejada en unas divinidades virtualmente igualadas, entre las que no existiría una estructura piramidal de relaciones de poder. Pero no vamos a entrar en las distintas argumentaciones expuestas a la hora de justificar esta aparente horizontalidad divina, dado que lo que pretendo es demostrar, precisamente, lo contrario: la existencia de un panteón claramente jerarquizado basado, entre otras cosas, en el género. Para ello he establecido un análisis que nos llevará de la acción y transformación sobre el entorno (arquitectura, arte y objetos, entre otros), a la identificación simbólica con el mismo.

¹³³ Sobre este tema ver los trabajos de Juan Ramón Sanz Villa (1996) o Narciso Santos (1985), entre otros.

II.E.1. ESPACIOS CULTUALES.

Anteriormente, habíamos reflexionado acerca del carácter que parecía poseer algunos de los petroglifos documentados en el Noroeste de la Península Ibérica. En esta línea, “resulta plausible la idea de que uno de los papeles del arte al aire libre fuese el de señalizadores de diferentes partes del paisaje, así como de los derechos que un grupo particular reclamase sobre éstas” (Bradley y Fábregas, 1999: 105). De la misma manera, hacía alusión a las líneas temáticas utilizadas: antropomorfos, útiles y figuras geométricas, entre otros; haciendo especial mención a los grabados en los que aparecían armas, apuntando su localización en la periferia de las áreas de explotación o en los caminos que unen distintos focos de asentamiento¹³⁴. Desde esta perspectiva, se estarían marcando y cargando los límites de un territorio de un determinado contenido simbólico, conectado directamente con el control territorial del espacio a través de las armas. A esta propuesta, habría que añadir la presencia de una serie de personajes, de vital importancia de cara al estudio de éstos grabados prehistóricos: la persona o personas encargadas de su realización. En opinión de José Manuel Vázquez Varela, resulta más que probable “la existencia de especialistas religiosos que en el transcurso de un rito graban (...), el poder de los especialistas en el arte les viene de su relación con el dominio de lo religioso que tratan en beneficio propio y de la comunidad” (1999: 79). Nos encontramos, entonces, ante un individuo que emerge como una figura diferenciada en función del control que ejerce sobre un determinado ritual que escenifica, entre otras posibles manifestaciones, a través del arte del grabado.

Al hilo de lo expuesto, y retomando los trabajos de Blanca Fernández Albalat (1991) y José Manuel Vázquez Varela (1999), ambos plantean la posibilidad de observar, en las comunidades del Noroeste peninsular, ciertas similitudes con las cofradías de guerreros descritas para el mundo indoeuropeo¹³⁵. Éstos serían grupos “autónomos o integrados en la tribu que a menudo tienen un carácter marginal y practican la caza y la guerra. Esta suele ser de pillaje y ostentación para adquirir estatus. Están vinculados con una divinidad guerrera a la que ofrecen sacrificios, a veces en lugares sagrados específicos como grandes rocas en zonas marginales, en

¹³⁴ Cabe mencionar aquí, aunque más adelante volvamos a incidir en ello, el hecho de que son “numerosas las inscripciones votivas encontradas en áreas montañosas” (Sanz Villa, 1996:43).

¹³⁵ De la existencia de élites y costumbres guerreras dan muestra nombres como el de *Ambatus* que reflejarían la existencia de una terminología propia para los individuos hechos prisioneros o esclavizados (Sevilla, 1977). De la misma manera, el nombre de los orgenomescos vendría a significar “ebrios de matanza” (Peralta, 2003), y en ese sentido, los dioses Teutatis y Taranis, éste último, con presencia en la toponimia asturiana, vendrían a representar la unidad y la defensa tribal, como protector de la tribu y dios guerrero, asociado también a las fratrias guerreras y sus ritos de iniciación (Sanchís y Almagro, 1993).

la tierra de nadie, en los límites de las comunidades dónde se celebran asambleas, fiestas religiosas, ritos iniciáticos y, a veces, reuniones sociales, administrativas, jurídicas y económicas” (Varela, 1999: 77)¹³⁶. Semejanzas que pasan por la confluencia de determinados factores:

- Presencia de grandes rocas cargadas con una determinada simbología.
- Búsqueda de áreas marginales no productivas.
- Ubicación en zonas de paso.
- Utilización como lugar de encuentro y celebración.

Claro está, resulta arriesgado establecer analogías entre una descripción, la de estas cofradías, perteneciente al Hierro Europeo Occidental, y la de los petroglifos, en su mayoría, cronológicamente anteriores. Teniendo en cuenta esta matización, debemos averiguar en qué medida las características anteriormente señaladas nos pueden ayudar a perfilar esa conexión entre lo masculino, el poder y la religión.

Con anterioridad, apuntaba la existencia de ciertas singularidades detectables en estos grupos de guerreros, y me preguntaba si la famosa roca situada en la acrópolis del Chao Samartín (801-778 a.C.) podría responder a este tipo de consideraciones, dado que no presenta manifestaciones artísticas, pero se hace más que evidente su dominio sobre el asentamiento y el paisaje. En este sentido, resulta curioso observar el número de castros en los que aparecen rocas grabadas formando parte de las construcciones, bien ocultas bajo la cimentación o reutilizadas como bloques como paramentos. De la misma manera, se documenta un notable número de petroglifos que conservan su posición original y que forman parte destacada tanto en el interior como en el exterior de los recintos poblacionales. De ambas manifestaciones podemos destacar el sobrado interés que los habitantes de estos parajes pusieron ante tales manifestaciones pétreas, incorporándolas a su entorno. Dentro de esta integración, podemos subrayar lo que suponen tres actitudes o maneras de considerar el objeto¹³⁷:

¹³⁶ Destacar el pasaje de Diodoro de Sicilia sobre los lusitanos "Una práctica peculiar tiene lugar entre los iberos y especialmente entre los lusitanos. Cuando sus jóvenes alcanzan la plenitud de su fuerza física, aquellos que son los más pobres entre ellos en bienes materiales pero son excelentes por su vigor y audacia, se equipan sólo con su valor y sus brazos y se retiran a las montañas. Allí forman bandas de considerable tamaño con las que bajan hasta Iberia reuniendo riquezas mediante el pillaje" (V, 34, 6). Somos conscientes de las críticas que la inclusión de este texto puede suscitar en cuanto a contextualización, pero lo hemos incluido por analogía dado que, si en el análisis de los recintos y espacios habitacionales veíamos ciertas similitudes en cuanto al desarrollo de las comunidades sitas en el noroeste peninsular, no parece tan descabellado pensar en un desarrollo similar a nivel social y cultural.

¹³⁷ Respecto a la aparición de petroglifos en castros y su posible interpretación, algunos autores y autoras plantean, para el caso de Santa Tegra que “resulta evidente el desinterés que para los constructores castrexos

1. Como benefactor y protector a nivel privado. El famoso Castro de Santa Tegra (A Guarda, Pontevedra) aportó numerosa información al respecto, documentándose varios gravados formando parte de la cimentación de algunas viviendas.
2. Como benefactor y protector a nivel comunitario. Formando parte del entramado de las murallas. Un buen ejemplo lo tenemos en Castro Rupario (Rois, Brión, A Coruña). Sería interesante averiguar si este tipo de manifestaciones aparecen en las entradas a los recintos, lo que podría acercarnos a los casos mencionados del Chao y La Campa Torres (Alfayé, 2009).
3. Como hito que probablemente podamos emparentar con el citado caso del Chao Samartin. En el conocido como “Castrino de Conxo”(Santiago de Compostela, A Coruña), se localiza una roca en la parte más elevada del castro, en la que aparecen insculturadas un grupo de alabardas, puñales y/o espadas cortas, así como un conjunto de figuras interpretadas como posibles máscaras o escudos, entre otros. (Peña y Vázquez Varela, 1979).

A la vista de lo expuesto, podríamos aventurar una más que posible conexión entre el este tipo de rocas, ya sean insculturadas o no, y la relevancia de determinados espacios que pudieran haber partido de anteriores tradiciones, transformándose bajo las nuevas necesidades sociales y culturales, lo que nos lleva a situarnos ante una nueva hipótesis que relacionaría esa metamorfosis con la representación de las nuevas relaciones de poder:

ESPACIOS DE REPRESENTACIÓN MASCULINA	
MEGALITISMO	BRONCE
LUGAR DE ENCUENTRO EXCLUSIVO	LUGAR DE ENCUENTRO EXCLUSIVO
ESPACIO DE CELEBRACIÓN	ESPACIO DE CELEBRACIÓN
SOCIALIZACIÓN	SOCIALIZACIÓN
ZONA DE TRÁNSITO (vías, caminos, etc)	ZONA DE TRÁNSITO (acceso al poblado)
RITUALES APARTADOS	RITUALES “INTEGRADOS”
ESPACIO SEPARADO DEL ÁREA DE ASENTAMIENTO	ESPACIO “INTEGRADO” EN EL ÁREA DE ASENTAMIENTO

presentaban estas figuras, (ó el interés por enterrarlas) ya que parece no existir duda alguna de que las conocieron, dado que sus construcciones las levantaron encima de ellas” (Pereira, Costa e Hidalgo, 1999:808).

La cuestión, entiendo, está en la integración o separación de los espacios rituales y en el papel que los defensores juegan en este proceso. Consideraciones a las que hemos de añadir tanto la posibilidad del origen ceremonial de ciertos asentamientos, como la probabilidad de que no toda la población viviese dentro de estos recintos, dada la virtual jerarquización que, según parece, mantienen entre sí determinados enclaves poblacionales. Teniendo todo esto en cuenta, parece que se establece una clara conexión entre los espacios de representación masculina y el lenguaje simbólico del poder (Balandier, 1994)¹³⁸. De esta forma, observamos cómo se pasa de una clara segregación de ambientes –espacios rituales relacionados con la defensa, por un lado, y recintos habitacionales, por otro-; a su integración - espacios rituales a los que se van incorporando unidades domésticas, eso sí, claramente diferenciados y separados- dentro del poblado. Tenemos, por tanto, a un grupo, los defensores, con un espacio ritual de representación propio al que han ido sumado lo habitacional, tal y como ocurre en los castros. Este nuevo modelo de ocupación, creo, respondería, entre otros, a una serie de mecanismos de representación, encaminados a legitimar y justificar el orden social, a través de la incorporación a la vida “cívica” -no en el sentido clásico, sino en el de comunidad-, de ese poder. De esta forma, las actividades religiosas o rituales de los hombres defensores quedaban integradas en lo comunitario, garantizando, por un lado, su normalización y, por otro lado, el afianzamiento de la doble diferenciación social que se establecería entre los hombres y las mujeres, y entre los defensores y el resto de la población¹³⁹. El discurso religioso, y el control de éste mediante el ritual y la simbología, se presentan como premisa básica a la hora de perpetuar esa doble diferenciación. Y en la garantía de preservación del orden, surge la necesidad de incorporar el género al discurso ideológico, por lo que el poder se encargará de dejar bien claro quiénes son los que dirigen: los hombres, y quiénes permanecen en posición subordinada: las mujeres.

¹³⁸ En este sentido Alfredo González Rubial señala citando como fuentes a Peebles y Kus (1977), ciertos rasgos que podrían caracterizar a las jefaturas “1) presencia de rango adscrito en las personas; 2) jerarquía de tipos de asentamiento y tamaños (en la que se incluyen centros ceremoniales); 3) asentamientos con un considerable grado de autosuficiencia; 4) evidencia de actividades productivas organizadas que trasciendan a la unidad doméstica básica (lo que se puede ver en la existencia de monumentos, que requieren labor colectiva, y de centros de producción especializados, como alfares); 5) mecanismos de equilibrio y prevención (si hay sequías, almacenaje y gestión de excedentes; si hay guerra, organización defensiva)” (2003: 93). El mismo autor advierte de que no necesariamente la aparición de uno de estos factores debe considerarse como indicio de un sistema jerárquico, pero de igual modo afirma que no puede pasarse su existencia por alto.

¹³⁹ Sobre la manipulación que el poder ejerce sobre la arquitectura ver los trabajos, entre otros, de Alfredo G. Ruibal (2003).

Sabiendo esto, he decidido incluir en este trabajo uno de los temas más interesantes de cara a la detección y análisis de la organización del dominio masculino: el sistema de creencias como pieza clave que nos ayudará a comprender el entramado ideológico de estas sociedades. Es así, como trataré de averiguar si esa apropiación de la que hablábamos se refleja a nivel religioso; es decir, si estamos o no ante un panteón patriarcal que vendría a justificar, entre otras cosas, el entramado social y cultural de estas comunidades. Soy consciente de la problemática que entraña este tipo de acercamientos a unas sociedades de las que desconocemos, al menos hasta la llegada de Roma, cualquier tipo de relato, cosmogonía o panteón que nos pueda constatar fehacientemente la consistencia religiosa de estas poblaciones sin el tamiz que supuso la presencia romana¹⁴⁰. El caso es que pese a la escasez de fuentes, y más en el caso de Asturias, si consideramos el patriarcado como un sistema “metaestable” (Celia Amorós, 1992), quizás podamos rastrear, a través del entramado religioso que se origina tras la conquista, los vestigios del panteón prerromano superviviente en su adaptación al modelo patriarcal romano, al menos en los momentos previos a la ocupación.

Decíamos que el caso asturiano ofrece, si cabe, mayores impedimentos, dado el escaso número de aras recuperadas que muestren el horizonte cultural prerromano. Por ello, he decidido ampliar el marco de esta investigación, para incorporar los epígrafes recogidos en el resto del territorio que conformaría el llamado *Conventus Asturum*, con el fin de observar posibles similitudes o diferencias que nos ayuden a concretar el modelo religioso al que nos enfrentamos.

¹⁴⁰ En opinión de Francisco Marco Simón “la religión de los pueblos de la Hispania indoeuropea no podemos llegar a conocerla sino de forma imperfecta debido al propio carácter de la información, puesto que se trataba de pueblos sin escritura, que no nos han dejado textos sino en una época muy avanzada y como consecuencia del proceso del proceso de contacto cultural con el mundo urbano mediterráneo. Huelga decir que en esa persistencia de los sistemas religiosos tradicionales jugó un papel absoluto, en ausencia de la escritura, la tradición oral, de cuya función podemos hacernos una idea a partir de las alusiones de César y otros autores grecolatinos hicieran sobre el aprendizaje y las enseñanzas de los druidas galos” (1999: 33).

II.E.2. DIVINIDADES PRERROMANAS.

En su momento, comentamos la escasez de fuentes con las que contamos a la hora de aproximarnos y reconstruir el panteón con el que se encontraron las tropas invasoras romanas. Situación que convierte el estudio de las religiones prerromanas del noroeste peninsular en una ardua tarea a la que, dado el carácter de este trabajo, me he enfrentado en parte. Y digo esto, porque lo que me interesa observar, de cara a la realización de este apartado, no es una valoración en sí del entramado religioso astur transmontano, sino su vinculación al discurso patriarcal y, por lo tanto, su utilización dentro de la teatralización que vendría a justificar “la desigualdad en la instauración de las divisiones sexuales” (Balandier, 1994: 77). En ese sentido, he dejado a un lado los textos clásicos, que utilizaré posteriormente, para centrarme en el estudio de las aras votivas recogidas a lo largo del territorio conventual; en concreto se trata de 35 epígrafes, de los que se puede extraer, en función de las divinidades y las personas dedicantes, el siguiente cuadro:

Nº (anexos I)	DIOSES	DIOSAS	DEDICAN		
			Hombres	Mujeres	Comunidad
1	AEGIAMUNIAEGUS		Antistius Placidus Cili f		
2	DEUS AERNUS ¹⁴¹				Ordo Zoelarum
3	DEUS AERNUS		Marcus Placidius Placidianus		
31	DEUS AERNUS		Lucretius Valens		
4	ATILAEUS		Lucius Cornelius Placidus (miles)		
5	AUGUS		Crescens Aro?		

¹⁴¹ Pese a que Jose M^aBlázquez (1984) recoge la presencia de “Deus” o “Dea” como casos de sincretismo, he preferido, en este caso, incluir este tipo de menciones en el listado de dedidades prerromanas, considerando que la utilización de este término latino se hace para reforzar el carácter divino de la deidad prerromana.

	PROPEDDIS?		Craro?		
6	DEUS BODUS		Veicius		
7	CARAEDUDIS-US?		Fronto Reburri f		
8		DEA CENDUEDIA			Castellani
9	COSSUA NEDOLEDIUS		Flavinus Flavi f		
10	COSSUS Tue(...)ae(o) Pa(...)mei(...)		Titus Flavius		
11	COSSUE		Locius Pacatianus		
12	COSI				
13	COSSUE? UDUNNAECUS		Iunius Silanus		
14	COSSUE UDUNAEUS ITILIENUEUS		Marcus Iulius Paternus		
15	DEI? COSSUE CALVICELAE ¹⁴²		Delaesus Sonelaius		
16	DEUS DOMINUS COSSUAE SEGIDIAECUS		Lucius Aurelius Fronto		
32	COSSUE S(.)?		Flavius Turoni f		
17	COSIOVIUS ASCANUS				
18	COSSUE NIDOIEDIUS		Pabinus Klasa?		
19	CONSUS		Publius Arquius Clemens		
20		DEA DEGANTIA		Flaviae Flavi f (sacerdotisa	

¹⁴² Ara hallada entre los parapetos y taludes del asentamiento conocido como Castro de Villasumil (Ayuntamiento de Candín-León).

				?)	
21	DENSUS		Marcus P(...) S(...) Caii f		
22	DULOVIVS TABALIAENUS				Luggoni Arganticaeni
23	EVEDUTONIUS BARCIAECUS		Lucius Servius Secundus		
24	MADARSUS BLACAENUS		Burrilus Avelci f (Abaniciorum)		
25		MANDICA	Lucius Pompeius Paternus		
26	DEUS MENTOVIACUS		Marcus Atilius Silonis f		
27		NAVIA			
28	NIMMEDUS SEDDIAGUS		Gaius Sulpicius Africanus		
33	REA PECIUS PARAMECUS		Cadabri?		
34	TILLENUS		Quintus Iulius		
29	DEUS VACUS CABURIUS				
30	DEUS VAGUS DONNAEGUS ¹⁴³				Res Publica Asturica Augusta
44	BANDUA		Cornelius Oculatus		

Fig. 16. Mónica González Santana 2011. Vid. Anexos I.

¹⁴³ Apareció entre pavimentos, restos de mosaicos y estructuras en La Milla del Río (Ayuntamiento de Carrizo de la Ribera).

Especial mención merecen los casos de sincretismo documentados a un lado y al otro de la Cordillera Cantábrico. Así tenemos:

Nº (anexos I)	DIOSES	DIOSAS	DEDICAN		
			Hombres	Mujeres	Comunidad
35		Nymphae Fontis Amevi	Cnaeus Lucius Terentius Homullus		
36		Tutela Calubrigensi	Flaccus Aviti f		
37	Genius Asturicaensium		Caesinius Agricola		
38		Matribus Cosuenae			
39		Tutela Bolgensi	Claudius Capito		
40		Tutela Paemio Brigensium	Lucius Flavius		
41	Mars Tilenus				
42	Iuppiter Candamius				

Fig. 17. Mónica González Santana 2011. Vid. Anexos I.

Resulta curioso observar, en este último cuadro, la total ausencia de mujeres dedicantes, frente a una presencia masculina caracterizada por su onomástica latina, estando tres de ellos directamente relacionados con el ejército romano. Esta situación podría ponernos sobre la pista de la instrumentalización que supuso la adopción de divinidades indígenas por parte de Roma. De esta forma, el poder romano aparentaba respetar las costumbres anteriores, ofreciendo una imagen bondadosa destinada a acabar con los ecos de la conquista y su papel dominador (Bourdieu, 1977). Sin ánimo de profundizar sobre estas cuestiones, ya que retomaremos el

tema en el siguiente apartado, lo que me interesa averiguar es cómo podemos poner en relación este panteón con las relaciones de poder imperantes.

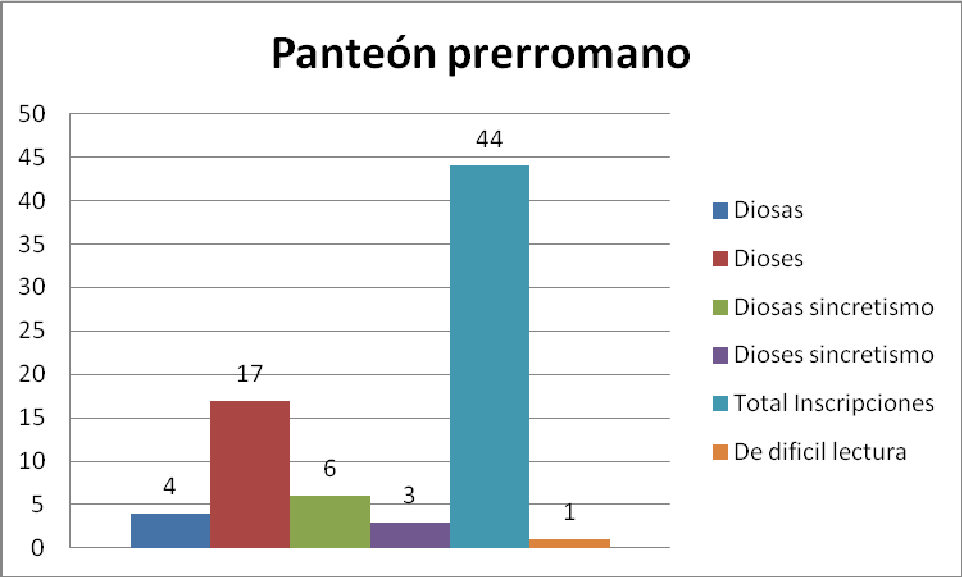


Fig.18. Mónica González Santana. 2011.

Lo primero que salta a la vista es que el número de divinidades masculinas representadas es ampliamente superior a las femeninas. Así mismo, del listado de dioses y diosas, anteriormente expuesto, podemos establecer el siguiente cuadro basándonos en las atribuciones de cada una de las deidades señaladas.

DIOSES/AS	ATRIBUCIONES
AEGIAMUNIAEGUS	Sin precisar ¹⁴⁴
AERNUS	Protector/benefactor local. Relacionado con la fertilidad. ¹⁴⁵

¹⁴⁴ Para esta deidad Mauricio Pastor (1981) se hace eco de la opinión vertida por otros autores como Jose María Blázquez, considerando que *Aegiamuniaegus* sería un dios del lugar, pero sin precisar las atribuciones que tendría. De esta forma se habla en general de dioses y diosas protectores, benefactores, etc.

¹⁴⁵ Según Juan Carlos Olivares (2000: 103) que cita a Sarmento, este dios tendría carácter protector respecto al *Ordo Zoelarum*, aunque reconoce que dadas las características de las inscripciones se hace difícil concretar el carácter de esta divinidad.

ATILAECUS	
AUGUS PROPEDDIS?	
BODUS	Protector /benefactor guerra ¹⁴⁶ .
CARAEDUDIS	
CENDUEDIA	
COSSUS	PROTECTOR/BENEFACTOR COMUNIDAD (Estructuración social, política, económica, relacionado con la guerra, etc) ¹⁴⁷ .
DEGANTIA	Protectora/benefactora agua.
DENSUS	
DULOVIVUS/COSIOVIVUS/LUCOVIVUS TABALIAENUS ¹⁴⁸	Protector/benefactor grupo familiar.
EVEDUTONIUS BARCIAECUS	
MADARSUS BLACAU	
MANDICA	
MENTOVIACUS	
NAVIA	Protectora/benefactora de las aguas. Relacionada con el tránsito al Más Allá ¹⁴⁹ .
NIMMEDUS SEDDIAGUS	Protector/benefactor del bosque (vegetación y fauna salvaje) ¹⁵⁰ .

¹⁴⁶ Juan Carlos Olivares (2000)

¹⁴⁷ Francisco Marco Simón (1999).

¹⁴⁸ Para la interpretación de este epígrafe optamos por las consideraciones realizadas por Juan Carlos Olivares respecto al teónimo más ajustable al epíteto antroponímico recogido *Tabaliaenus*, que según él podría ser *[Luc]ouius*, dado que “ninguno de los demás teónimos propuestos, Júpiter indígena, *Cosus* o el galo *Dullovius* aparece relacionado con epítetos antroponímicos” (2002: 100).

¹⁴⁹ Juan Carlos Olivares (2000)

¹⁵⁰ Blanca Mª Prósper (2002)

REA PECIUS PARAMECUS	
TILLENUS	Protector/benefactor vegetación. Relacionado con Marte ¹⁵¹ .
VAGO DONNAEGUS ¹⁵²	Protector /benefactor familiar Relacionado con las aguas.
VACO CABURIUS	Protector del ganado
BANDUA	Protector comunidad. Dios directamente relacionado con la guerra.

Fig. 19. Mónica González Santana 2011.

Para la realización de este cuadro nos hemos basado en los estudios de Juan Ramón Sanz (1996), Mauricio Pastor (1981), Juan Carlos Olivares (2000), Blanca María Prósper (2002) y Blanca García Fernández-Albalat (1990), entre otros y otras. Respecto al trabajo de Blanca M^a Prósper resulta curiosa la disparidad presente respecto a los trabajos realizados desde la llamada “Historia de las religiones”. Un ejemplo lo constituye su análisis de la divinidad *Cossus*, al que resta toda relación con el mundo de la guerra, hablando de un culto a las confluencias. Probablemente la falta de una contextualización histórica lleve a una “interpretación primitivista” y localista (Marco Simón, 1999:34), que ignora cuestiones claves como la ya señalada presencia de petroglifos en zonas de paso o en la confluencia de caminos, la actuación de los ríos como fronteras, los depósitos de armas arrojados a medios acuáticos y la significación de los mismos. Y, de la misma manera que la autora critica el exceso de celo que autores como Blanca García Fernández-Albalat, Jose Carlos Bermejo o Rosa Brañas ponen en la funcionalidad guerrera y por lo tanto en la trifuncionalidad Dumeziliana, se puede señalar la descontextualización y el discurso “monolitista” que la creación de cotos de conocimiento provoca. En palabra de López Cuevillas “muchas veces los nombres de divinidades no son más que nombres” (1989:200).

Resulta curioso observar, además, como las relaciones que se crean entre lo humano y lo divino parecen concretarse en función de la garantía que éstos últimos ofrecen como protectores y benefactores. De la misma manera, éste panorama resulta mucho más revelador si observamos el mapa de distribución de los epígrafes recogidos, sólo de esta forma la supuesta

¹⁵¹ José Carlos Bermejo (1986).

¹⁵² Apareció entre pavimentos, restos de mosaicos y estructuras en La Milla del Río (Ayuntamiento de Carrizo de la Ribera).

incoherencia del entramado religioso prerromano comienza a cobrar sentido (fig.20)¹⁵³. En esta primera figura, podemos observar la distribución de cada uno de los epígrafes recogidos. Soy consciente de que la mayoría no se encuentran en el lugar original, dada su reutilización, pérdida o traslado. Dicho esto, lo primero que llama la atención es el innegable dominio numérico de la divinidad conocida como *Cossus*, presencia que vendría acompañada de la amplia dispersión geográfica que manifiesta dicha divinidad, y que se puede observar con mayor detalle en el siguiente mapa.



Fig.20. Mapa distribución epigrafía Conventus Asturum realizado a través del programa Google Earth. 2011.

¹⁵³ En opinión de Blanca Mª Prósper “un vistazo a la religión romana permite entrever la incoherencia interna, la falta de acabamiento que puede darse en un sistema, o mejor en una amalgama de creencias: éste difería probablemente de unos estratos sociales a otros, había asimilado en mayor o menor medida influencias extrañas, itálicas o no; conocía manifestaciones diferentes según hablemos de culto urbano o rural; el culto organizado y el sistema establecido de sacrificios y rituales debe distinguirse de los actos y concepciones de la religiosidad privada. Naturalmente las divinidades no son patrimonio de los pueblos desde que éstos nacen hasta que sucumben...” (2002: 436-437).



Fig. 21. Mapa distribución epigrafía dioses *Cossus*, *Bandua* y *Aernus*. realizado a través del programa Google Earth. 2011.

En esta segunda imagen hemos resaltado, en primer lugar, a los dioses *Cossus* y *Bandua*, y en segundo lugar al dios *Aernus*. Esta especial atención se debe, en principio, a la explicación que ofrecen, entre otros y otras, Blanca Prósper (2002) o Juan Carlos Olivares (2002). Para ambos, salvando diferencias en las que nos vamos a entrar, existe una clara geografía religiosa consistente en el establecimiento de zonas o territorios de actuación de determinados dioses. En el caso de *Cossus* o *Bandua*, su presencia testimonial en un amplio marco geográfico nos lleva a plantear que estamos ante dos dioses con un nivel de actuación que supera ampliamente lo local (García Quintela, 1999). Por el contrario, *Aernus* se circunscribiría a un ámbito de actuación, diríamos, más reducido, en este caso el *ordo zoelarum*. Si a esta situación, unimos la posibilidad apuntada por Juan Carlos Olivares respecto a la conexión que se da entre determinado teónimos y lo que podrían ser agrupaciones familiares -véanse los ejemplos que el autor cita respecto a dioses como “Araco Arantoniceo relacionado con el antropónimo Arantionius, Arentio Tanginiciaeco vinculado a Tanginus, los Lares Gapeticorum gentilitatis y los Lubanci Douilonicorum, los Lares Cernaecis, con posible vinculación a Cereaecius; Lugubo Arquienobo y Lucoubu Arquieno, relacionados con el antropónimo Arquius o Mentouiaco, epíteto cuyo teónimo desconocemos que guarda relación con el gentilicio Mentouiequum” (1999: 334-335);

podemos argumentar la existencia de una serie de dioses/diosas, con distintos niveles de actuación en función del espacio (supra-locales, locales, domésticos) . La pregunta que nos formulamos es si el mayor o menor espacio “ocupado” se asocia a la cota de poder divino, y si esto es así, en qué medida podemos hablar de jerarquización y masculinización del panteón¹⁵⁴.

Como decíamos, retomamos la cuestión del poder para identificar no solo elementos de subordinación, sino la implantación de un sistema que regule las relaciones humanas horizontales y verticalmente, estableciéndose jerarquías desde el propio ordenamiento divino. De esta manera, la creación de un modelo religioso partiría de la necesidad de ejercer un control seguro sobre los distintos capitales (Bourdieu, 1986), lo que implicaría a la postre la configuración de un discurso capaz de defender la bondad de un sistema ordenado; o lo que es lo mismo, la asimilación del poder desde la óptica de la protección y la bondad, cuestión que hemos venido considerando a lo largo de esta primera parte, y que poníamos en relación con la territorialización¹⁵⁵. Es decir, si la configuración de un territorio -a nivel social, cultural o económico, entre otros- conlleva el control sobre el mismo, y si ese control, apuntábamos, parece estar en manos de un sector que se ocupa precisamente de su mantenimiento mediante el dominio de las armas y la autoridad, podemos pensar que será justamente en lo concerniente al culto dónde veamos reflejado la potestad territorial ejercida, de ahí la necesidad de crear un dios que, como *Cossus*, personifique la benignidad del propio sistema¹⁵⁶. De esta forma *Cossus* legitimaría la jerarquización existente en relación a su propia funcionalidad como defensor/protecor/benefactor del territorio, de ahí el carácter guerrero, señalado por Juan Carlos Olivares (2002) o Blanca Gª y Fernández-Albalat (1990); pero también su asociación con las confluencias, que ya sean fluviales (Prósper, 2002) o no, podrían actuar de frontera, con lo que sería totalmente lógico que sea justamente en estos sitios dónde la divinidad se manifieste de una manera especial. En este sentido, las distintas divinidades parecen reflejar la organización

¹⁵⁴ Hemos preferido dejar a un lado la polémica Dumeziliana y por lo tanto no hablar de funcionalidad, pero compartimos la opinión de Marco Simón en referencia a la aceptación del interés de las categorías ideológicas dumezilianas, lo cual no nos debería llevar a “a tratar de aplicarlas en su conjunto al <<panteón>> de los celtas hispanos, clasificando de acuerdo a una ideología trifuncional a unas deidades tan insuficientemente conocidas” (1999: 34).

¹⁵⁵ El ejercicio del poder como garante del orden y por tanto de un mundo con sentido “en el que uno pueda saber cómo continuar (o, lo que es lo mismo, en el que uno sabe dejar al descubierto-y con seguridad- cómo continuar), en el que uno sabe cómo calcular la probabilidad de un suceso y cómo aumentar o disminuir esa probabilidad” (Bauman, 2005).

¹⁵⁶ En esta línea, se habían valorado las estrategias de configuración del paisaje castreño, dado que éstas supusieron la creación de un entramado poblacional capaz de gestionar desde la diversificación, la visibilización o la monumentalización, distintas salidas a las necesidades territoriales, sociales, culturales, simbólicas, etc. que estas poblaciones iban planteando. El estudio de esa configuración nos ponía sobre la pista de la existencia de una organización espacial jerarquizada que, proponíamos, sería el reflejo, entre otras cosas, de la estructuración social en la que el factor del género parecía jugar un papel fundamental.

espacial planteada por estas poblaciones, que se desenvolvería en varios niveles: supra-local, local y familiar. Se podría argumentar que, si como vimos, estamos ante la transferencia de la legitimidad de la comunidad al grupo de los defensores, sus dioses patronos podrían haber pasado a constituirse como los protectores de la comunidad, lo que derivaría en su integración e hipervisualización a nivel comunitario. En palabras de George Balandier “tan pronto la dramaturgia política traduce la formulación religiosa, el escenario del poder queda convertido en réplica o manifestación del otro mundo” (1994: 19). Y en ese sentido, lo que hemos visto, hasta el momento, nos lleva a pensar que estamos ante un ejercicio del poder masculinizado, a nivel divino y a nivel humano, con un ámbito de representación que se maneja a través del espacio público¹⁵⁷. No extrañan, pues, los casos de sincretismo documentados, situación que, hemos de plantearnos, difícilmente hubiese tenido lugar si los dos sistemas enfrentados no se hubiesen regido desde el orden patriarcal.

¹⁵⁷En este sentido "el objetivo de todo poder es el de no mantenerse ni gracias a la dominación brutal ni basándose en la sola justificación racional. Para ello, no existe ni se conserva sino por la transposición, por la producción de imágenes, por la manipulación de símbolos y su ordenamiento en un cuadro ceremonia" (Balandier 1994:18).

II.E.3. DEDICANTES.

En el apartado anterior reflexionábamos acerca del contraste que se da entre el número de dioses y diosas atestiguados en el territorio conventual. Pues bien, esta misma situación la hemos observado en cuanto a los y las dedicantes atestiguadas, dado que, únicamente tenemos constatada la presencia de una mujer como dedicante, una tal Flavia, hija de Flavio, que va a actuar como intermediaria entre la diosa *Degantia* y los Argaelos¹⁵⁸. He decidido poner un mayor énfasis sobre esta cuestión, ya que resulta curioso el contraste que parece darse entre el área geográfica que nos ocupa y el resto de la actual provincia de Castilla-León. Hago esta puntualización, porque en el estudio realizado en su momento por Henar Gallego (2004), la autora comentaba, por un lado, como el “carácter y las peculiaridades de las distintas divinidades que son objeto de consagraciones en la documentación recogida manifiestan que las mujeres se vinculan preferentemente al sustrato religioso prerromano, frente a los nuevos cultos y divinidades introducidas en nuestro territorio por Roma” (2004:72) y, por otro, como las mujeres solían expresarse minoritariamente, pero que cuando aparecen “lo hacen en su propio nombre...como dedicante única... Sólo en casos excepcionales comparte la consagración del voto con un hombre, presumiblemente su esposo, ya que no se indica la relación de parentesco, o bien aparece asociada a la dedicación por un varón de su familia, normalmente el padre o el esposo” (2004:71-72). Pues bien, para el caso que nos ocupa tenemos efectivamente una dedicante, *Flavia*, que aparece sola, se expresa en nombre de una comunidad y hace un homenaje a una divinidad indígena, *Degantia*. El problema surge cuando analizamos el resto de la epigrafía religiosa, un total de 96 aras (*Vid.* Anexo. I), y observamos como para el *Conventus Asturum* los datos se invierten, apareciendo más mujeres que vendrían a compartir voto junto a un hombre o que sencillamente constan mencionadas como parte de la familia del dedicante (Fig 22 y 23). De esta forma, tendríamos, por un lado, menos mujeres que dedican en solitario y, por otro, mayor número de féminas relacionadas con las divinidades extranjeras.

¹⁵⁸ Estela hallada en Cacabelos (León). Vid tabla nº1 de los anexos. Se ha especulado mucho acerca de esta inscripción, llegándose a plantear la posibilidad de que estemos ante una mujer que ejerce como sacerdotisa, hipótesis planteada entre otros y otras por Manuel Abilio Rabanal y Sonia M^a García (2001).

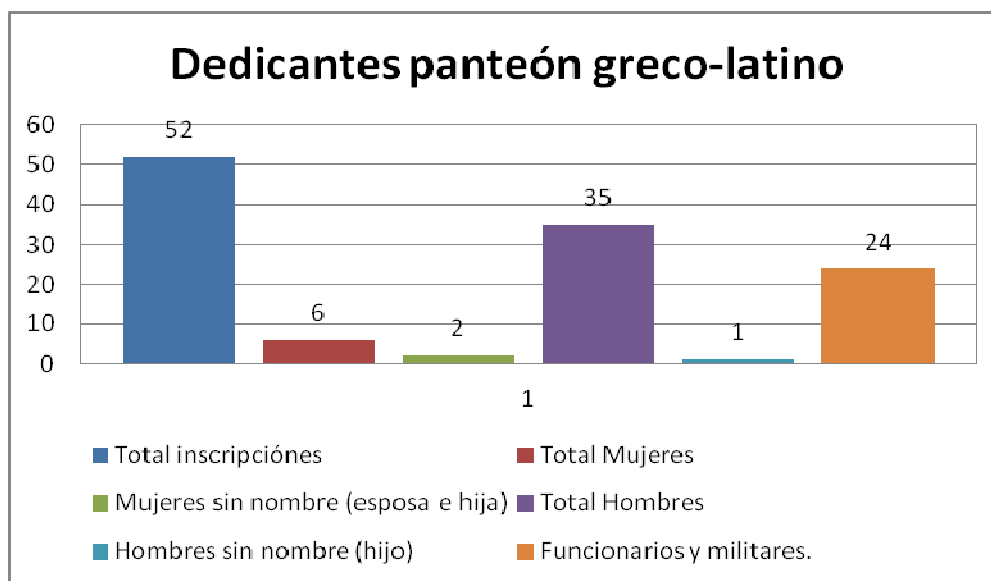


Fig.22. Mónica González Santana 2011. Vid tabla de anexos I.

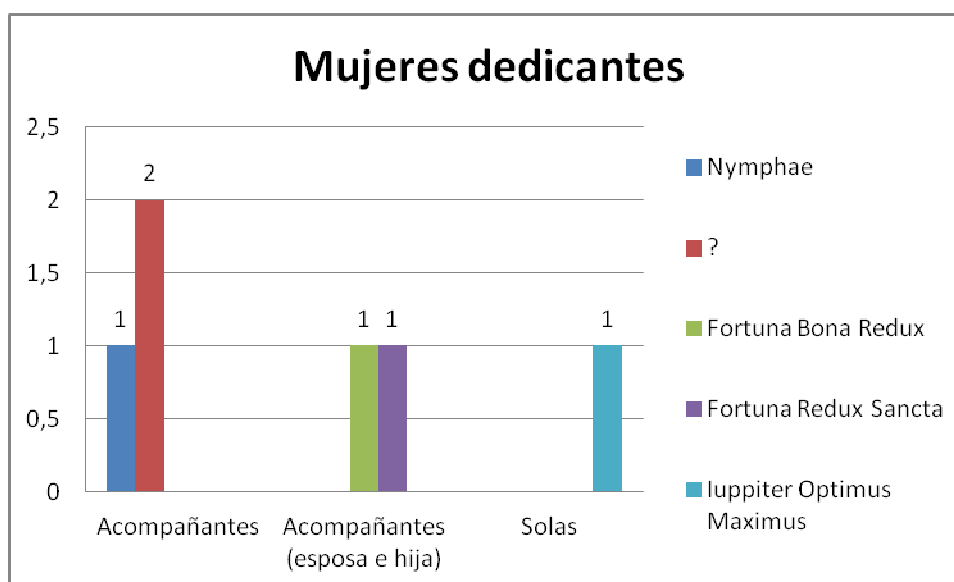


Fig.23. Mónica González Santana 2011. Vid tabla de anexos I.

Sí, como plantea Henar Gallego, las mujeres que dedican en solitario lo hacen dentro del contexto del culto doméstico, mientras que la participación femenina como acompañantes “es mucho más secundaria, primando en el mismo la iniciativa masculina: precisamente este tipo de integración de la mujer en la epigrafía votiva de nuestro territorio resulta propia de monumentos con un carácter más público, estrechamente ligados al ámbito oficial administrativo” (2004:72), debemos plantearnos qué posibles respuestas podemos dar a lo

expuesto dado que, entre otras cosas, la única representante femenina que dedica en solitario a una divinidad prerromana no lo hace dentro de un contexto doméstico, sino que ejerce de intermediaria entre la divinidad y el pueblo al que representa en la inscripción. Esta mujer además presenta *cognomen* latino, lo que muestra el grado de asimilación y convivencia entre lo prerromano y lo romano. Como decíamos, esta inscripción plantea numerosos interrogantes, entre otros, si estamos o no ante una sacerdotisa o, si dado el contexto arqueológico en el que fue descubierta esta inscripción, concretamente el yacimiento conocido como “La Edrada” (Cacabelos, León), *Flavia* respondería a una mujer que habría emigrado hacia las zonas mineras y que, acordándose de su lugar de origen, manda erigir un ara votiva dedicada a la diosa *Degantia* en honor de los Argaelos. Del resto de las mujeres atestiguadas podemos decir que únicamente una de ellas lo hace en su propio nombre, en este caso *Lovesia* que dedica su voto al padre del panteón romano *Iuppiter Optimus Maximus*¹⁵⁹. Sería pues una fémina indígena, que presenta una forma antroponímica prerromana y que parece dirigirse a una divinidad romana, y decimos “parece” dado que, como plantea Francisco Marco Simón, podría ocurrir que “parte de las menciones teonímicas latinas [...] estén reflejando la existencia de cultos a dioses prerromanos asimilados por parte de los indígenas a una divinidad ‘análoga’ del sistema religioso romano” (1999: 35-36)¹⁶⁰. Recogemos ésta cuestión, abordada en su momento por Francisco Marco Simón (1996), precisamente, porque como planteamos al principio, esa “adaptación” no supone un cuestionamiento del esquema patriarcal religioso romano, lo que nos pondría sobre la pista de esa “metaestabilidad” señalada y la existencia de un sistema androcéntrico previo.

En cuanto a las mujeres que aparecen en compañía de un varón, todas ellas serían ciudadanas romanas que, como esposas, compañeras (*Faustina*, *Octavia Prócula*, *Consumma*, etc) o hijas (anónima), actuarían de acompañantes de funcionarios y militares romanos asentados en el territorio conventual y que, en una posición secundaria, se ligarían a la devoción pública. Resulta realmente curiosa esa diferencia que, en principio, observamos entre el *conventus cluniensis* y el *conventus astur*. Probablemente una de las respuestas sería la adopción entre los sectores indígenas con poder de las nuevas costumbres de representación pública a las que las mujeres no serían ajenas, dado que ellas mismas actuarían como nexo de unión visible entre la familia y la *civitas*. Probablemente el carácter rural del territorio que nos

¹⁵⁹ Vid inscripción en los anexos. Tabla I.

¹⁶⁰ Como señala Marco Simón, “al igual que sucede con el proceso de contacto cultural que llamamos <<romanización>>, también el de la *interpretatio* es un mecanismo de doble sentido: es decir, que además de la tan repetidamente citada *interpretatio* romana existe otra, más importante si cabe y probablemente más antigua, que cabría denominar *interpretatio* indígena, en la que el agente de la traducción del nombre no es colonizador, sino en el indígena” (1999:36).

competen, la actual Asturias, derivó en una actividad pública femenina, digamos, menos notoria¹⁶¹. Destacar también el carácter de las divinidades representadas en este último grupo, deidades que, como las ninfas o la diosa Fortuna, se relacionarían con el mundo de la salud o la buena suerte, entre otras. Por lo tanto y a modo de resumen, observamos que las mujeres, en comparación con los varones están infrarepresentadas, tanto a nivel de los cultos públicos como de los domésticos, ya sean éstos prerromanos, romanos u orientales, curiosamente éste último sin presencia femenina.

De la misma manera, las mujeres aparecen directamente relacionadas con aquellas divinidades, principalmente femeninas, que tienen un carácter protector, tanto a nivel individual o familiar, como a nivel comunitario. Por el contrario, los hombres que aparecen en los epígrafes analizados, lo hacen relacionándose con un elenco de dioses y diosas con un abanico de acción mucho más amplio, lo que refleja la transversalidad del marco de actuación masculino frente al encasillamiento femenino.

En general, podemos decir que el estudio de los restos epigráficos documentados a lo largo del territorio conventual, muestran la existencia de una clara masculinización del escenario religioso, hecho que se puede rastrear tanto en las divinidades representadas como en las personas oferentes¹⁶².

¹⁶¹ Somos conscientes, como plantea Sonia María García, de que respecto a los epígrafes “no todos los individuos tuvieron el poder adquisitivo para realizarlo o quisieron hacerlo, y por supuesto, no todos los realizados se nos han conservado” (2002:17).

¹⁶² En relación a la finalidad de este apartado, en el que no pretendíamos hacer un análisis exhaustivo de la experiencia religiosa de estas comunidades, no hemos incluido los estudios toponímicos puesto que, únicamente nos planteamos realizar una valoración que nos permitiese constatar si efectivamente se podía trasladar lo visto a través de los espacios al entramado ideológico de estas comunidades.

II.F. CONSTRUYENDO FRONTERAS: ESPACIOS MASCULINOS Y FEMENINOS EN EL IMAGINARIO CASTREÑO.

A lo largo de esta primera parte, hemos intentado establecer un acercamiento al desarrollo de estas comunidades en función de las relaciones de poder operantes y su manifestación a través de la construcción, función y usos del espacio vivido y percibido. Anotábamos, desde la inquietud que sugieren los caminos abiertos, el alejamiento de toda actitud que intentase la incorporación de “verdades” absolutas y concluyentes a la edificación de este trabajo. De esta forma, observábamos una serie de cambios fundamentales que tendrían entre sus orígenes la propia conceptualización del espacio como territorio. No en vano las distintas poblaciones sitas en el noroeste peninsular habrían ido articulando un discurso capaz de legitimar y justificar la transformación y uso del espacio desde la óptica de lo territorialización. Justificación que, en ese periodo fronterizo entre la monumentalización funeraria y la monumentalización habitacional, habría ido pasando de los y las antepasadas al mundo de los vivos. En ese proceso, nos planteábamos cuáles serían las respuestas a la variabilidad ocupacional, y la relación que veíamos se iba gestando entre los humanos y el territorio ocupado. Monumentos funerarios, petroglifos, recintos habitacionales o las líneas de paso, por poner algunos ejemplos, se ponían en conexión para revelar, bajo nuestro planteamiento, la existencia de un sector o grupo social que desde la cohesión y la diferenciación habría utilizado la representación simbólica -funeraria y religiosa, entre otras-, como estrategia legitimadora que vincularía su propia existencia con la conservación del orden territorial a través del poder sobre el mismo. Poder que emanaba del dominio del ritual (defensa mágico-religiosa), la guerra (defensa armada) y la soberanía (gestión asuntos públicos). De esta forma, el control de ese espacio de representación pública -visible, entre otras estrategias a través de la monumentalización-, que en un principio habría sido comunitario, quedaba bajo el control de un grupo que se identificaba directamente con el dominio de ese territorio a través de la creación de genealogías míticas.

Una de las claves de nuestra exposición consistía precisamente en el análisis de esa representación simbólica del poder que se facturaba con la monumentalización de ciertos recintos habitacionales. Habíamos visto a través del desarrollo y la variabilidad de los posibles usos habitacionales conservados: áreas de acumulación, poblados abiertos o recintos fortificados, entre otros.; lo que parecía ser la incipiente construcción de esa diferenciación simbólica entre lo doméstico, lo privado y lo público. De esta forma

observábamos como se había pasado de los espacios de representación del poder próximos pero no incluidos en las zonas habitacionales, a la integración simbólica de los mismos con los poblados. Probablemente se pueda ver en esta actitud, por un lado, la necesidad de vincular el poder con la cotidianidad, y por otro, el reflejo de la normalización de ese poder; entre otras cosas, porque precisamente de la definición y delimitación de lo público como espacio ritualizado se pasa a su incorporación a nivel comunitario, lo que ya de por sí constituye un elemento de legitimación social de esa diferenciación. Ahora bien, si esto era así, teníamos que averiguar quién o quiénes serían los allí representados, y por tanto, qué personas harían uso de esos espacios desde la identificación simbólica con los mismos como agentes activos. De ahí la conexión que, señalábamos, podría haberse establecido entre el desarrollo del concepto de territorio, el poder y la identidad masculina. Y decíamos esto, en relación al análisis de estos supuestos espacios de representación pública y su contenido. Los resultados obtenidos apuntaban hacia lo que parecía ser la existencia de un grupo asociado directamente con el control del ritual y el dominio territorial. En esta línea, los textos clásicos referidos, con todas las reservas que se quiera, vendrían a completar esta interpretación que sintonizaría de igual modo con el análisis del *corpus* epigráfico que, como testigo directo del encuentro entre los dos modelos religiosos, nos marcaría más que una confrontación, la adaptación y simbiosis que se da entre ambos sistemas. Lo que vendría a refrendar esa fusión entre lo masculino, el territorio y la organización religiosa. En esta línea, veíamos como los datos observados para el actual territorio asturiano, con una clara masculinización tanto del panteón como de las personas representadas, se podían trasladar al resto del espacio conventual, apreciándose esa ausencia femenina y su presencia como elemento secundario subordinado que revelaría precisamente quiénes son los que dominan y quiénes las dominadas, situación que se hace más visible en los ámbitos de concentración epigráfica que vendrían a corresponderse con las zonas de mayor proyección cívica y urbana (León, Astorga, o las zonas mineras). No se aprecia, pues, el choque que hubiese tenido lugar si estuviéramos hablando de un sistema socio-cultural igualitario difícilmente asimilable al modelo patriarcal romano.

III.AUTOSUFICIENCIA DOMÉSTICA, PRÁCTICAS COTIDIANAS E IDENTIDAD FAMILIAR.

III. AUTOSUFICIENCIA DOMÉSTICA, PRÁCTICAS COTIDIANAS E IDENTIDAD FAMILIAR.

El enfoque de la problemática de las relaciones humanas ha sido y es una constante en los estudios que incluyen el género como categoría de análisis. En relación a ello, la primera parte de esta exposición derivó en el cuestionamiento de la visión de las comunidades del Noroeste Peninsular prerromano como poblaciones estructuradas desde la igualdad. En virtud de dicho planteamiento, se aventuró una aproximación al estado de la cuestión a través de lo que consideré dos factores claves para entender el desarrollo de las relaciones humanas: el Tiempo y el Espacio. A través de ambos conceptos se intentó relacionar la articulación del paisaje humano con la creación de una identidad territorial que vendría definida, entre otras cosas, por las necesidades que plantean la conservación y la defensa de dicho territorio. Tareas que no van a recaer en toda la población y que van a inferir en la creación de un grupo organizado desde la base de una identidad en función del sexo y la especialización: hombres-defensores. Todos estos supuestos permitían sugerir cómo la identificación con un territorio había llevado a estas comunidades a procurar su definición y legitimación, a través, entre otros medios, de la monumentalización del paisaje. Una estrategia que determinaría la materialización de determinados espacios como lugares de representación del poder que los especialistas en la defensa asumían en nombre de la comunidad. La justificación de cara a la normalización de ese poder, decíamos, implicaría la implantación de una ideología capaz de sustentar los procesos de desigualdad social. Lo interesante es que la consecución de esta primera parte nos ha permitido visibilizar, desde los nuevos modelos de hábitat planteados por las comunidades castreñas, el desarrollo de

una topografía simbólica en la que la “teatrocracia” (Balandier, 1994: 17) ponía en escena la necesidad de las diferencias¹⁶³.

Este recorrido se focalizó en los aspectos más reconocibles a nivel espacial. De esta forma, la monumentalización de lo público, con una mayor proyección de cara a la perdurabilidad material, nos permitía acercarnos al espacio de los iguales, de los hombres. Lugar de excelencia, de prestigio y de reconocimiento, en el que lo masculino representaba el poder, siendo unos fuente de autoridad y el resto posibles sujetos subordinados (Amorós, 1994). El problema es que en esta realidad, los espacios categorizados ideológicamente como privados desaparecen¹⁶⁴, y con ellos la existencia de “las idénticas” (Amorós, 2005). De ahí la necesidad de observar si los restos materiales reservados a la vida privada familiar son el reflejo de la teatralización (Balandier, 1994) que dirigiría, desde lo público, la “protectocracia” masculina¹⁶⁵. De esta forma, si en un primer momento tratamos de las relaciones sociales desde la organización del poder, en esta segunda parte lo intentaremos desde la estructuración de lo cotidiano.

¹⁶³ En su libro “El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación”, George Balandier analiza la “teatrocracia” como el modo en el que el poder político se representa y actúa. Una puesta en escena de todo un entramado de símbolos, imágenes, ceremonias o ritos en los que el poder dramatiza su propia legitimidad.

¹⁶⁴ Entiendo el carácter ideológico de la distinción entre público y privado. De ahí la peligrosa asociación que se establece, cuando hablamos de mujeres, entre lo privado y el espacio doméstico (Soledad Murillo, <http://www.e-mujeres.net>). En el caso de los hombres, este concepto queda definido desde el Tiempo como privacidad. Por eso cuando hable del ámbito doméstico lo haré como ámbito privado familiar, no como espacio de privacidad femenina.

¹⁶⁵ He escogido esta denominación siguiendo conceptos tales como “meritocracia”, en referencia al gobierno dirigido directamente por las personas especializadas en la defensa del Territorio.

III.A. EL PODER MASCULINO COMO ARTICULADOR DEL PAISAJE SOCIAL. LOS CAMBIOS DE IDENTIDADES¹⁶⁶.

Partiendo de los estudios realizados, entre otros, por Xullio Carballo (1996), Xurxo M. Ayán (2001) planteaba una síntesis diacrónica de las características arquitectónicas que acompañaban el registro documental de los principales castros excavados en el área gallega (fig. 24). Éste sería el punto de encuentro, a partir del cual, el autor comenzaba una primera aproximación “al problema de la arquitectura y la organización del espacio doméstico en la cultura castreña del NW” (2001: 5). De esta forma, se intentaba abarcar no solo el establecimiento de distintas fases, sino la recreación de posibles diferencias territoriales, de modelos de organización social y, en consecuencia, de la interpretación sociológica de los restos exhumados¹⁶⁷. No en vano “el espacio doméstico y la arquitectura constituyen, en las sociedades ágrafas, el mejor libro en el que plasmar ideas sobre el orden, la familia, la sociedad, el poder y el cosmos: así se explica la lentitud de los cambios en ese ámbito” (González Ruibal, 2003: 105).

Ahora bien, de las publicaciones consultadas para el caso asturiano, se puede extraer una opinión común que apunta hacia la dificultad, por el momento, de establecer un análisis profundo del espacio social prerromano, debido, entre otras cosas, a la deficiente conservación de los restos exhumados, al propio tratamiento de la información –consistente en una recogida de la misma meramente formalista, separación de ajuares y construcciones, por citar algunos ejemplos-, o la excavación parcial de los yacimientos. Consciente de esta situación y de los objetivos a cumplir, intentaré retomar la propuesta de Xurxo M. Ayán, con la finalidad de intentar reconocer en el espacio, la capacidad que el poder tiene para exhibir, visibilizar o invisibilizar (Foucault, 1984).

Así las cosas, en las últimas décadas, las campañas de excavación llevadas a cabo en asentamientos como el Chao Samartín (Villa Valdés, 2002) han sacado a la luz la existencia de restos habitacionales que, estando fuera del recinto reconocido como “acrópolis”, se emplazarían alrededor del mismo, presentando una cronología que se situaría en los albores del siglo VIII a. C. Estaríamos ante un modelo de ocupación cuyas huellas revelan el uso de materiales constructivos perecederos. En esta línea, yacimientos como el de A Santinha

¹⁶⁶ Terminología aplicada por Felipe Criado en referencia a la existencia de pautas comunes de organización como respuesta espacial a la existencia de un código o una ideología subyacente (1991).

¹⁶⁷ Pese a la necesidad de identificar posibles diferencias territoriales que nos permitan establecer modelos socio-culturales, de momento, la investigación insiste más en la homogeneidad que se puede percibir en el interior de los poblados, que en las diferencias (Fernández-Posse, 2001).

(Portugal) plantean la presencia, a finales del Bronce, de un entramado poblacional organizado alrededor de una plataforma o recinto superior que fue interpretado por Ana M.S.Bettencourt (2001) como espacio de uso comunitario en función, entre otras cosas, de la localización, en la misma, de una gran cabaña que sirvió de área de almacenaje y centro de actividades metalúrgicas. En ambos casos tendríamos un antecedente, a grandes rasgos, de la “Fase Antigua” descrita por Xurxo M. Ayán (2001), etapa en la que las tareas de monumentalización de las estructuras defensivas, según la opinión tradicionalmente aceptada, vendrían a representar la máxima expresión de los cambios operantes¹⁶⁸. Asimismo, se observaba cierto continuismo en el interior de los poblados –predominio de espacios abiertos de uso colectivo, cabañas separadas y dispersas siguiendo la línea de fortificaciones-, pero también marcadas diferencias respecto a etapas anteriores, como la ausencia de estructuras de almacenamiento a gran escala (Parcero y Ayán, 2007: 12).

En líneas generales, podríamos decir que estamos ante una serie de regularidades espaciales (Criado, 1993a) que, a partir del s. IV a. C, se manifiestan en la reducción de los espacios abiertos, la multiplicación de unidades domésticas complejas (diversificación de espacios), la ampliación de la superficie de ciertas unidades, la proliferación en el uso constructivo de materiales pétreos y la complejización del sistema defensivo. Cabe destacar, también, la curiosa presencia, en algunos castros gallegos (Castro Grande de Neixón o Castrovite), de grandes estructuras de almacenamiento. Por el momento, y después de este pequeño recorrido, vamos a centrarnos en dos cuestiones que considero claves para entender la conexión directa que se establece entre el espacio, la identidad y el poder (Nielsen, 2001); me refiero al papel que juegan esas estructuras de almacenamiento y los espacios domésticos que se detallan en el siguiente cuadro.

¹⁶⁸ Respecto al significado de los sistemas defensivos, *vid.* entre otros, los trabajos de Maria Dolores Fernández Posse (2002), Jorge Camino (2000), Ángel Esparza (1986) César Parcero (2005) o Luis Berrocal y Pierre Moret (2007).

	Fase antigua (s. IX a. C.- s. VI a. C.)	Fase media (s. V a. C.-fines s. II a. C.)	Fase final (fines s. II a. C.-mediados s. I d. C.)
Superficie	Menor a 1 Ha		Aumento en el tamaño de alguno de los recintos.
Sistema defensivo	Único recinto defendido por una muralla (de tierra, de bloques irregulares de piedra, aterrazadas) y parapetos/fosos.	Distintas soluciones: murallas aterraplenadas, dos lienzos de muralla paralelos, muralla térrea, proliferación de fosos y parapetos	Mayor complejización del sistema defensivo. Por lo general utilización de murallas pétreas.
Materiales constructivos unidades domésticas	Tanto materia vegetal, como barro o piedra, ya sea exclusivamente o combinándose en distintas partes de las edificaciones (zócalo de piedra en la cimentación y paredes de barro, p. e.)	Pervivencia y convivencia de construcciones domésticas de barro (con estructura interna de palos y maderas entrelazados) con edificaciones en piedra	
Técnicas constructivas	Material vegetal entrelazado revestido de barro	Dualidad de edificios de mampostería y en otras zonas de pallabarro y postes, constatándose una progresiva introducción del aparejo pétreo	
Plantas	La más frecuente es la circular.	Predominio de las construcciones de planta circular; con menor frecuencia se registran construcciones de planta ovalada, cuadradas y rectangulares de esquinas redondeadas.	Construcciones de planta circular, ovalada, cuadradas y rectangulares de esquinas redondeadas. Aparición de vestíbulos y agrupaciones “casas patio”.

Fig 25. Cuadro con las características arquitectónicas del área gallega. que recoge Xurxo. M. Ayán (2001: 18). Mónica González Santana. 2011.

III.A.1 LA FICCIÓN COMUNAL COMO MODELO SOCIAL. DE LAS ESTRUCTURAS DE ALMACENAMIENTO COLECTIVO A LA AUTOSUFICIENCIA FAMILIAR.

Hace unos años, en el Congreso sobre “Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares” celebrado en Cuenca, Rosario García Huerta y Javier Morales señalaban, cómo “la identificación de estructuras de almacenamiento en sociedades preindustriales presenta considerable trascendencia a la hora de plantear modelos interpretativos sobre dichas sociedades, dado que el desarrollo de sistemas de almacenamiento provoca importantes cambios en la mentalidad y la organización de los grupos humanos” (2009: 167). En este mismo congreso, Xurxo Ayán y César Parcero hacían partícipes, a las personas presentes, del estado de la cuestión en la comunidad gallega. De esta forma, y como ya se señaló, ambos autores presentaban un registro arqueológico que evidenciaba el desarrollo de lo que parecían tres modelos de almacenamiento:

1. Finales del Bronce (ss. IX-VIII a. C): grandes fosas de almacenaje.
2. Primera Edad del Hierro (ss. VIII/VII-IV/III a C): ausencia de fosas de almacenaje¹⁶⁹.
3. Segunda Edad del Hierro (ss. IV/III-I a.C): presencia en algunos castros de estructuras de almacenamiento de gran capacidad.

Para el caso asturiano, la situación, por el momento, imposibilita el planteamiento de un estudio más o menos detallado sobre el tipo de estructuras inmuebles destinadas a tal fin. Evidencias como la unidad de ocupación de finales del Hierro (estructuras 3,4, 5A y 5B), de San Chuís, en la que aparece un posible almacén (5B), interpretación sustentada por “la alta concentración de contenedores en esa zona” (Marín, 2007: 157); facilitan, junto con la comparación, la traza de potenciales modelos hipotéticos. Sabiendo esto, lo que realmente me interesa es la posibilidad de rastrear, en los diferentes usos y cambios de actitud con respecto a la organización y el consumo de los recursos disponibles, las transformaciones

¹⁶⁹ A la “desaparición” del almacenaje a gran escala durante los primeros momentos del Hierro responden que “o bien la producción no permitía superar el umbral de la subsistencia o el excedente se gestionaba por medio de estructuras singulares apropiadas comunitariamente y situadas en zonas de los poblados aún no excavadas” (Ayán y Parcero, 2009: 13), a lo que yo añadiría “o no identificadas”. De momento, no vamos a entrar ni en esta problemática ni en la multitud de sistemas y técnicas de almacenaje (Rovira, 2007).

sociales que acabarán “por trascender la mera necesidad de control de recursos para pasar a constituir un mecanismo con el que consolidar un liderazgo” (García Huerta y Morales, 2009: 167)¹⁷⁰. De ahí la intención de poner de nuevo en conexión el espacio con el poder y la identidad.

Así, en la primera parte de esta investigación se señalaba la diferenciación simbólica que se iría articulando entre lo privado, lo doméstico y lo público¹⁷¹. De esta forma, veíamos como los hombres se habían hecho con el poder, a través, entre otras cosas, del control de los espacios de representación pública y de los rituales de cohesión e identificación comunitaria. Tal dominio implicaba una doble diferenciación: la de los hombres con respecto a las mujeres y la de ciertos hombres frente al resto de la sociedad. Ahora bien, el carácter igualitario que se aplica a estas sociedades, basándose en la arquitectura doméstica, los ajuares o los sistemas de almacenamiento (Sastre, 2004), vendrían a chocar, en principio, con esa doble diferenciación. ¿Cómo explicar esta situación? En mi opinión, la respuesta la podemos encontrar en la consideración de este tipo de prácticas, no como un freno a las élites o como un refuerzo de la identidad comunitaria, sino como el enmascaramiento del acceso al poder de los “iguales”: los hombres protectores (Hernando 2002: 161).

Para continuar con esta línea de argumentación, hemos de retrotraernos al concepto de territorialidad con el que se ha venido trabajando, dado que éste incluía la capacidad de controlar, gestionar y proteger un espacio social definido¹⁷², entre otras cosas, por un modelo subsistencial concreto de base agrícola (Fernández-Posse y Sánchez Palencia, 1998). Teniendo esto en cuenta, se puede plantear la posibilidad de incluir dentro de las labores de “protección”, el control y la defensa de los productos que aseguraban el futuro, por un lado, de la comunidad y, por otro, del grupo de los iguales. Esto pudo dar lugar, en un principio, a

¹⁷⁰ En este sentido Almudena Hernando habla del ciclo productivo estacional, éste exige “almacenamiento durante parte del año, y esto da la posibilidad de acumular y esto de restringir el acceso al alimento, y antes o después, la necesidad de arbitrar métodos de distribución y reparto, tanto de la tierra como de los productos que de ella se obtienen” (2002: 114).

¹⁷¹ Insistir en el carácter simbólico, pero también en la regulación de ese espacio mediante un código flexible, “puesto que en la práctica los individuos las observan empleando estrategias que les permiten transformarlas o incluso no acatarlas” (Díaz-Andréu en Sánchez Romero, 2005: 31).

¹⁷² Entiendo que “todas las sociedades se presentan como espacios sociales, es decir estructuras de diferencias que sólo cabe comprender verdaderamente si se elabora el principio generador que fundamenta estas diferencias en la objetividad. Principio que no es más que la estructura de la distribución de las formas de poder o de las especies de capital eficientes en el universo social considerado —y que por lo tanto varían según los lugares y los momentos. Esta estructura no es inmutable, y la topología que describe un estado de las posiciones sociales permite fundamentar un análisis dinámico de la conservación y de la transformación de la estructura de distribución de las propiedades actuantes y, con ello, del espacio social. Es lo que pretendo transmitir cuando describo el espacio social global como un *campo*, es decir, a la vez como un campo de fuerzas, cuya necesidad se impone a los agentes que se han adentrado en él, y como un campo de luchas dentro del cual los agentes se enfrentan, con medios y fines diferenciados según su posición en la estructura del campo de fuerzas, contribuyendo de este modo a conservar o a transformar su estructura (Bourdieu, 1997:48-49).

la puesta en común de los productos cosechados, pero bajo el control de un sector –los protectores– que se encargaría de su redistribución, con la carga simbólica que ello comporta. De esta forma, las estructuras de almacenamiento colectivo entrarían, en la escena del Bronce, a través del modelo de “ficción de lo comunal” (Martínez y Afonso, 2003: 84). Para ello, se pondría en práctica lo que Gabriel Martínez y Jose A. Afonso llaman “solución de contradicciones” (2003: 84); es decir, la capacidad para conseguir justificar, mediante su papel protector, el control sobre la distribución de los bienes comunales. Estrategia que procuraría a los procesos de consolidación de las élites masculinas, una vía de ocultación o disimulo.

Sin duda, uno de los aspectos fundamentales de esa competencia legitimadora, como ya vimos, reside en la capacidad para captar y generar capital simbólico (Bourdieu, 1997). En ese sentido, resulta fundamental el dominio sobre la funcionalidad de los ritos¹⁷³. La relación que se establece entre la alimentación y la cohesión social nos ayuda a entender esa importancia. No en vano en el caso de los festines masculinos, “la alimentación constituye un sistema de comunicación en la medida en que ésta no sea tan sólo una colección de productos, susceptibles de estudios estadísticos o dietéticos, sino que constituya también en un complejo sistema de signos, un cuerpo de imágenes, un protocolo de usos, de situaciones y de comportamientos propios” (Maury, 2010:2). Por eso, no resulta extraño observar como “ciertas ciudades de la Grecia Arcaica hicieron del banquete en común una institución, un elemento de su *politeia*, una de las señales del paso a la edad adulta y del acceso a la ciudadanía” (Reyero, 2000: 228). La capacidad significativa de los alimentos explica el interés puesto por parte de las élites en el control de los mismos, tanto en la producción como en la distribución y el consumo. De ahí, la utilización de los rituales de redistribución como ficción de lo comunal (Hernando, 2002). Ahora bien, si esto es así, qué respuesta podemos dar a la supuesta desaparición de esas estructuras colectivas a partir del Hierro. En ese sentido, las excavaciones llevadas a cabo en el Castrelín de San Juan de Paluezas (León) pueden ayudarnos a entender no tanto esa desaparición o ausencia, como el significado de la incorporación a los recintos poblacionales de un tipo de estructuras de almacenaje centradas en la producción familiar.

En general, los estudios realizados en la “Zona Arqueológica de Las Médulas” han puesto al descubierto, en un sector de el Castrelín, lo que parece ser “un núcleo apiñado de

¹⁷³ En palabras de José Enrique Finol “el rito cumple diversas tareas. Entre ellas, las más conocidas son las de canalización y resolución de conflictos, las de promoción de la solidaridad social, la del establecimiento del sentido de pertenencia e identidad, las de organizadores del cambio de status, las de legitimación y transmisión del poder” (2006: 35).

construcciones que se disponen en una banda paralela a la muralla en sus flancos sur y oeste” (Fernández-Posse, 2001: 11), manteniendo una fase de ocupación que iría desde el s.III a.C hasta la ocupación romana del territorio berciano. La evolución de los trabajos ha permitido identificar una serie de unidades domésticas caracterizadas, entre otras cosas, por su insularización con respecto a la articulación del poblado. Esta independencia espacial, en la que de momento no voy a entrar, y la aparición de una serie de edificios, reconocidos como almacenes familiares, han llevado al equipo investigador a plantear su actuación como “granjas aisladas” (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998: 135). Un modelo que se asume como síntoma del freno puesto a la desigualdad y, por lo tanto, de su estructuración como comunidades aldeanas sin significativas diferencias sociales (Fernández-Posse, 1998). En este sentido, consideran que “existe un tope de almacenaje y por tanto de producción, supeditándose el tamaño de los almacenes a lo estrictamente necesario para cubrir las necesidades subsistenciales familiares sin que tenga demasiada cabida el excedente” (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998: 135)¹⁷⁴. Ahora bien, si esto es así, qué sentido podemos dar a la aparición de unidades domésticas carentes de los mismos. De la misma manera, qué podríamos decir del sistema de fosas-silo aparecido en Laias o Castro Grande de Neixón, ambos en Galicia. Comencemos por esta última cuestión.

Cuando hablábamos de la posible jerarquización territorial que, a partir de la segunda Edad del Hierro, podría haberse gestado entre unos asentamientos y otros, poníamos como ejemplos los casos de la Comarca de Ortegal, en La Coruña (Carballo, 1986) o la de Trasdeza en Pontevedra (Fábregas, 2004). Estas tesis apuntaban hacia la posibilidad de observar, entre otras cosas, en la posición, el tamaño o la monumentalidad, la importancia de ciertos recintos respecto a otros; es decir, la existencia de centros de control y poder territorial. En esta línea, las consideraciones sobre Laias o Castro Grande de Neixón apuntan precisamente hacia esa jerarquización, dado que, a su posición, tamaño y monumentalización, se une la aparición de zonas de almacenaje colectivo, no en un sitio cualquiera, sino en un espacio con un simbolismo directamente relacionado con el afianzamiento de las élites, lo que nos llevaría de nuevo a hablar de esa posible gestión redistributiva (Ayán y Parceró, 2009)¹⁷⁵. Se hace necesario también averiguar si estamos

¹⁷⁴ Hemos de tener en cuenta, antes de continuar, que “el hecho de que se practique un almacenaje de recursos vegetales, con la finalidad de conservarlos y utilizarlos más adelante, no implica necesariamente la existencia de un excedente absoluto, entendido como una acumulación de recursos por encima de las necesidades subsistenciales del grupo”(Nuria Rovira, 2007: 498).

¹⁷⁵ Insistimos en lo ya visto en la primera parte respecto a las estrategias de configuración territorial, compartiendo por lo tanto las opiniones vertidas, entre otros y otras, por Ramón Fábregas cuando señala respecto al área de Morrazo (Pontevedra) que “algunos yacimientos gallegos del III milenio (Outeiro das

ante un almacenamiento que no supera el nivel subsistencial del grupo residente, o si, por el contrario, podemos hablar de un excedente absoluto, lo que podría trasladarnos a la creación de “obligaciones prescritas por quienes detentan el poder político y económico” (Shanin, 1983: 276).

Los trabajos realizados sobre la capacidad productiva de los suelos: aplicación de análisis paleontológicos, antracológicos o paleobotánicos (García Sánchez, 2009, Camino, 1995 o Fábrega, 2004) y los avances en la propia metodología arqueológica, han permitido reconstruir un panorama sintetizado a través del modelo de “paisaje cóncavo” definido por Felipe Criado (1992: 250). En ese sentido, comienza a asumirse no solo el uso del arado, el abonado y la tracción animal, sino el acondicionamiento del terreno mediante aterrazamientos o sistemas de drenaje, poco a poco verificados a través del registro arqueológico (Criado, 1988). Interesantes son los datos expuestos por Jorge Camino respecto a la Ría de Villaviciosa. Según el autor “en los poblados de la primera Edad del Hierro los cereales están monopolizados por el trigo, y los restos de consumo cárnico apuntan a una ganadería abundante y variada. Por el contrario, en el interior de las cabañas de Moriyón el cereal es cuantioso y consta de una mezcla ternaria a base de trigo, cebada y avena, en tanto que escasean más los desechos faunísticos. En consecuencia, esta documentación, inevitablemente fraccionaria, invita a considerar un fuerte impulso de la agricultura ceralística durante la segunda Edad del Hierro que, salvando las distancias, no deja de asemejarse a lo ocurrido en el área celtibérica” (1999: 157).

En resumen, lo que me interesa resaltar es la capacidad real que tuvieron estas comunidades para generar excedente, más allá de las necesidades mínimas subsistenciales (Zapata, 2005/2006). En este sentido, la presencia en el Castrelín de San Juan de Paluezas de una serie de unidades que carecían de almacén, denominadas como especialistas, nos acerca precisamente a la dependencia de éstas con respecto al excedente generado por las demás entidades domésticas. En relación a esto, quizás la finalidad de las estructuras exhumadas en Neixón puedan ponerse en relación con el desarrollo de la especialización y la funcionalidad de determinadas unidades habitacionales, de algunos “barrios” (segundo recinto de Castrelín al que se traslada la producción de hierro o la zona artesanal de Saceda

Minas, Castelo de Chas, entre otros) muestran una pauta de emplazamiento que parece salirse de la estricta vocación productiva doméstica, para entrar en consideraciones de control estratégico del territorio circundante, al seleccionar lugares con fuerte control visual que, además, poseen buenas características defensivas y, tal vez, obras con dicha finalidad, algo que para esa época tenemos certificado en el vecino Portugal (...) por ello hemos sugerido la posibilidad de un poblamiento jerarquizado en el que un asentamiento en altura (Mesa de Montes) jugaría un papel preeminente en esa zona, frente a otros hábitats más modestos y ubicados en cotas muy bajas (Lavapés y As Forcadas)” (Fábregas, 2006:258).

en Ourense) y/o de ciertos asentamientos conocidos como “castros-torre” (Fanjul, 2004). Si esto es así, estamos ante un nuevo escenario social en el que los lazos de dependencia serán fundamentales a la hora de justificar la creación de obligaciones o tributos, en la medida en la que se había pasado de la identificación del producto del trabajo como un bien comunal, al entendimiento de éste como bien familiar (propio de la unidad doméstica) con ciertas “obligaciones” para con la comunidad.

En definitiva, según César Parcero se pueden establecer “dos caracteres fundamentales como son el campesino y el guerrero” (1993: 185)- a los que yo añadiría las categorías de hombre y mujer-, para el estudio de las comunidades de la Edad del Hierro en Galicia. En relación a este supuesto, hemos comenzado a indagar en el tipo de relaciones de poder que se establecen a partir de dichas diferenciaciones y, en consecuencia, en las fórmulas que fueron utilizadas para dar salida a los posibles “desbarajustes” sociales (Balandier, 1994). En ese sentido, utilizaba los sistemas de almacenamiento como ejemplo a través del cual se veía el paso de lo colectivo a lo familiar. Ahora bien, cómo podemos profundizar en el significado social de ese cambio, y en esta línea, qué consecuencias tuvo para la estructuración de las relaciones de género. Creo que la respuesta la podemos encontrar en el análisis de los espacios domésticos y los grupos familiares.

III.A.2. VISIBILIZACIÓN Y MONUMENTALIZACIÓN DE LOS ESPACIOS DOMÉSTICOS.

Desde la Arqueología tradicional, el interés que suscitaba el desarrollo urbanístico de los poblados del noroeste peninsular no superaba el marco de lo meramente descriptivo, centrando sus esfuerzos en la creación de tipologías destinadas a señalar el camino que, desde el evolucionismo, guiaba el paso de lo primitivo a la reforma civilizadora romana. En ese sentido, análisis como los del profesor José Luis Maya proponían el uso de modelos anteriores al auge castreño, por lo que, en los primeros asentamientos, la planta redonda evocaba viejas tradiciones que, poco a poco, serían sustituidas por la introducción de plantas cuadradas, más acordes con los modelos mediterráneos (Maya, 1983a). En esa misma línea, los trabajos de Carlos Alberto Ferreira de Almeida recababan, con mayor profundidad, esa preocupación por el establecimiento de periodizaciones acordes con ese proceso evolucionista que desembocaría en la trama urbana de la época flavia (Ferreira de Almeida, 1984). De esta forma, al problema de las plantas se añadía el de la petrificación o la compartimentación, como condicionantes de la mayor o menor antigüedad de los restos estudiados. Señalaba así, el mismo autor, la existencia, para el Norte de Portugal, de cuatro etapas o periodos en los que el sistema constructivo se iría transformando paulatinamente¹⁷⁶. En el siguiente cuadro se recogen, a modo de resumen, las principales características apuntadas por Almeida:

¹⁷⁶Uno de los problemas derivados de tales consideraciones pasaba precisamente por la controversia que suscitaba la puesta en escena del elemento pétreo como definidor de la cultura castreña, no en vano el mismo Almeida se referiría a ésta con respeto al noroeste peninsular como “a cultura que mostra, pela primeira vez, casa feitas em pedra (...). E esta é a sua característica mais notoria e creio que também a mais essencial. Habitados a percorrer castros e a ter notícias sobre suas características e sobre as suas escavações, fica-nos a convicção de que podemos definir a cultura desse tempo, nesta região, como a ‘primeira civilização de pedra’ e ‘a dos primeiros poboados petrificados’ (1984: 35).

Periodo	Castreño antiguo (ss III-I a.C)	Castreño medio (s.I.a.C)	Castreño reciente (cambio de era)	Castreño final (época flavia)
PLANTA	Redonda	Redonda	Redonda y cuadrangular	Redonda y cuadrangular
APAREJOS	Perecederos	Pétreos	Pétreos	Pétreos
COMPARTIMENTACIÓN INTERNA	No	No	No	Si
VESTÍBULO	No	Si	Si	No

Fig 26. Evolución espacios domésticos según Carlos A. Ferreira de Almeida (1984). Mónica Glez Santana. 2011.

Independientemente de la polémica suscitada por la búsqueda de periodizaciones más o menos ajustadas, y teniendo en cuenta el valor inherente a las propuestas anteriores, en la primera parte de este trabajo veíamos como, a lo largo del IV milenio, la presencia de yacimientos como el de O Regueiriño en Moaña (Pontevedra) nos acercaba al uso de los que podrían haber sido campamentos temporales, cuyos niveles de ocupación evidenciaban un ralo registro tanto a nivel constructivo como instrumental. Una situación provocada probablemente por el uso de materiales perecederos (fibras vegetales, pieles o madera). Con el paso del tiempo, y pese a ser conscientes de la variabilidad, en cuanto a las fórmulas de habitabilidad utilizadas, se detecta la carga de una mayor inversión constructiva, estrategia que vendría a cubrir, entre otras, las necesidades provocadas por una mayor estabilidad de los poblados (Fábregas, 2006). Este proceso que, decíamos, formaba parte de la configuración territorial de estas sociedades, planteaba no solo la continuidad de ciertos patrones espaciales, como en el caso de Os Pericos (Ribeira, A Coruña), sino el desarrollo de una ocupación estable que se caracterizó, entre otras cosas, por la variabilidad de asentamientos, la especialización y la jerarquización de los mismos (Vilaseco y Fábregas, 2008).

El caso es que se pasa de la creación de estructuras que prácticamente no dejan huella a la consolidación tanto de los poblados como de los espacios domésticos. De esta forma, y centrándonos en el marco cronológico que nos corresponde, se puede apreciar cómo a finales de la Edad del Bronce (siglos IX-VIII a.C), y dentro del continuismo del que

hablábamos, emergen en el actual territorio asturiano los primeros poblados fortificados y, con ellos, la preferencia por las cabañas de planta circular alzadas con materiales perecederos y sin compartimentaciones interiores (Jorge Camino, 2003). Se mantiene, asimismo, un modelo de organización en el que la dispersión y la separación entre estructuras generarían amplios espacios abiertos de socialización, sociabilidad y uso colectivo. Ambientes fronterizos entre los ámbitos de representación pública, como marco de la excelencia, y los ambientes domésticos, como esferas de lo ordinario o cotidiano (Sardá, 2010). La cuestión es que, con el tiempo, estos lugares abiertos fueron perdiendo terreno al calor de la multiplicación y la complejización de las unidades doméstica: diversificación de espacios, utilización de distintas plantas o convivencia en el uso de materiales perecederos y elementos pétreos, entre otros (Marín, 2007)¹⁷⁷. En definitiva, al igual que en el análisis de las estructuras de almacenamiento, los procesos de construcción de la espacialidad doméstica permiten reconocer la pérdida de espacio colectivo frente al privado. Un beneficio que ponemos, de nuevo, en relación con la desestructuración del modelo de ficción comunal a través del reforzamiento de la unidad familiar. En este sentido, voy a intentar demostrar el porqué de ese proceso y cómo a través de la capacidad reproductora y la institución familiar, las mujeres quedaron definitivamente asociadas al terreno de lo doméstico, un espacio en el que se producirá la socialización del sexo femenino. Para dar salida a esta hipótesis de trabajo, considero imprescindible retrotraernos de nuevo a las reflexiones practicadas acerca del igualitarismo de estas sociedades (Sastre, 2004), para ponerlas en relación con la familia, la especialización femenina y el desarrollo de las identidades.

¹⁷⁷ En ese sentido Susan Kent señala como “a medida que una sociedad se hace más compleja socio-políticamente, su cultura, comportamiento y uso del espacio y de la cultura material o la arquitectura presentan un mayor grado de segmentación espacial” (1998: 80).

III.A.2.1 POLÍTICAS DE CONSOLIDACIÓN FAMILIAR Y DISCURSO MATERNAL.

Como ya dijimos, el desarrollo de las tareas de protección del territorio, habrían permitido a los hombres desvincularse de la identidad relacional, a través de la generación de un mayor dominio sobre el Tiempo y el Espacio, comenzando, de esta forma, a definirse tanto por las diferencias con el resto, como por las semejanzas con el grupo de los iguales (Badinter, 1993). De las posibles tensiones sociales que surgirían al calor de estos procesos de diferenciación, nacería la necesidad de legitimar ese nuevo orden social. Situación que resolverían, entre otras cosas, mediante la apropiación del pasado colectivo como sanción de la desigualdad¹⁷⁸. En definitiva, se trataba de sustentar un poder capaz de garantizar los privilegios de unos pocos “mediante la puesta en escena de una herencia” (Balandier, 1994: 19). Una tradición apropiada a través de la creación de genealogías míticas y el dominio sobre el ritual, que se convertían, por un lado, en “una herramienta de control social” (Carbó, 2010: 321), y por otro, en el relato atemporal que los connexionaba directamente con el Territorio. Las consecuencias de este proceso: fractura del modelo de ficción comunal, reforzamiento del sistema de parentesco genealógico y ascenso de lo familiar frente a la colectividad incidirán directamente en la situación femenina¹⁷⁹.

De esta forma, cuando hablábamos de la suficiencia productiva de estas comunidades, señalábamos la capacidad real que habían generado en cuanto al aumento de población. En ese sentido, la producción y control sobre la vida humana pasaría a considerarse un elemento fundamental en la planificación de una economía excedentaria. Lo que obligaría a establecer una regulación de las relaciones sociales implicadas mediante el control de la reproducción biológica. Dominio que se vería reforzado tras el establecimiento de los sistemas de parentesco. Sabiendo esto, resulta curioso el desinterés mostrado por la investigación hacia la primera función especializada humana: la reproducción (Hernando, 2002)¹⁸⁰. Una ocupación que va a superar lo estrictamente biológico para inmiscuirse en el terreno de lo socio-cultural, gracias a la construcción de un discurso, el de la maternidad,

¹⁷⁸ Esta misma situación se ha estudiado ampliamente para el caso griego. Ver los trabajos, entre otros, de Jose Carlos Bermejo Barrera (1980) o Jean -Pierre Vernant (2003)

¹⁷⁹ Lo que me hace pensar, retomando el tema de los sistemas de almacenamiento, que no resulta tan descabellado aventurar que ese reforzamiento gestionado a través del ritual permitiera a las élites y a sus familias mantener una capacidad real de crear obligaciones dado que “la extracción de tributos forma parte del don para la celebración de un/os ritual/es de cohesión e identificación de la formación social” (Gabriel Martínez y Jose A. Afonso, 103).

¹⁸⁰ En realidad más que desapercibida debería decir ignorada, y esto es así por el desinterés que para la investigación tradicional provocan todas las actividades femeninas que, en principio, quedan fuera del nivel productivo (Ruth Falcó, 2003).

capaz de provocar modelos de comportamiento diferenciados (Beauvoir, 2005)¹⁸¹. En este sentido, el problema surge cuando de la diferenciación se pasa a la desigualdad y su justificación, a través de la sanción mítica del rol maternal como destino femenino, en el que el refuerzo de la identidad relacional frente a la individual va a jugar un papel fundamental de cara al sometimiento femenino. De esta forma, tendríamos una primera diferenciación basada en la capacidad reproductora femenina reconvertida en desigualdad a través de la maternidad.

En esta línea, el reforzamiento de las unidades domésticas, en mi opinión, sería un buen ejemplo de ese control ejercido mediante la manipulación social de los sistemas de parentesco, sobre este tema volveremos más adelante. Así, los cuerpos femeninos, en tanto “medios de producción”, se convierten en objeto de control familiar. De ahí la necesidad de conectar, al menos en teoría, lo femenino con la cotidianidad familiar -lo privado y/o lo doméstico-, quedando lo masculino asociado al destino de la excelencia pública. Situación que, pese a la carga ideológica, podemos intentar rastrear en la literatura clásica.

¹⁸¹ Como obra clave del pensamiento feminista, “El segundo sexo” de Simone de Beauvoir supuso la primera reflexión, el reconocimiento y la denuncia sobre construcción social de la maternidad.

III.A.3. EXCELENCIA MASCULINA Y COTIDIANIDAD FEMENINA.

Cuando Estrabón se volcó en la creación de un relato capaz de argumentar los beneficios de la conquista armada de Iberia, puso en marcha todo un entramado discursivo, en el que la “experiencia del otro” (Ruibal, 2003) quedaba definitivamente anulada en beneficio de la propia percepción mítica de la “piel de toro”. Se articulaba así un relato legitimador en relación a la jerarquización que el pensamiento dicotómico grecolatino establece entre lo superior y lo inferior, lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo (Loraux, 2004)¹⁸². Un sistema de contrarios en el que el hombre se asocia a lo superior, lo bueno y lo positivo, pasando las mujeres a representar lo opuesto, definidas como el *summum* de la otredad (Iriarte, 2002). No extraña, entonces, la utilización, por parte de los autores clásicos, del mejor recurso para construir esa imagen antagónica de “los otros”: la feminización de los pueblos bárbaros (González Santana, 2010). Es decir, subvertir el orden para poner en escena un panorama en el que los roles y espacios que la mentalidad clásica asignaba a cada sexo se habían invertido¹⁸³. De esta forma, y por poner algunos ejemplos, las mujeres pasarían a ocupar el espacio público, entre otras fórmulas, a través del trabajo de la tierra (relaciones económicas) o buscando esposas a sus hermanos (relaciones políticas). Se observa, de esta forma, cómo el autor utiliza específicamente a las mujeres, dado que, en general, únicamente las menciona con el fin de hacer hincapié en esa inversión, enfatizando la barbarización extrema en la que vivían estas poblaciones, antes de la conquista. El resto de la “descripción” pasa por ser un relato androcéntrico a la par que etnocéntrico, en el que el autor, más que mentir, escoge los datos que interesan a su propósito. En este sentido, lo

¹⁸² Como señala Ana Iriarte, “en la mirada estraboniana hacia Iberia, constatamos una estructura piramidal que jerarquizada de positivo a negativo la Península en general, los pueblos del Norte a continuación y, entre estos últimos, los cántabros como *summum* de la otredad” (2002, 168). En ese sentido Lloyd señala la existencia de “reiterada alusión a pares opuestos de diversos tipos, tanto en doctrinas cosmológicas generales como en exposiciones de fenómenos naturales concretos” (1966, 13). De esta forma se observa la continua alusión, dentro de esta polaridad, a las oposiciones macho/hembra, luz/oscuridad, derecha/izquierda, público/privado, caliente/frío, etc.; hemos de tener en cuenta en todo momento que en estas parejas no existe paridad, siendo atribuido pues al primero de los elementos a principios positivos y el segundo a negativos.

¹⁸³ En este sentido Manel García Sánchez, en Carmen Alfaro ed. (2002), expone respecto a la sociedad persa, como “en el imaginario griego, cuando se construye y se piensa la alteridad, se recurre constantemente a la inversión. Si la moral helena está vertebrada por el *ethos* patriarcal, la sociedad persa se desarrolla en un escenario en el que los hombres son marionetas en manos de sus mujeres, tramoyistas por antonomasia de desvalores...la imagen de los autores griegos sobre la mujer persa impregnará también la construcción de la alteridad en época romana” (2002: 46). En esta línea Domingo Plácido afirma que “la sumisión doméstica afecta primeramente a las mujeres. Se elabora así la construcción ficticia de la división de funciones, que repercutirá en el imaginario de la construcción de lo femenino en el clasicismo” (2005: 28).

que realmente me atañe es el cómo, el cuándo y el porqué menciona a las mujeres, para averiguar qué es lo que “olvida” o simplemente calla.

En relación a lo expuesto, no resulta raro que el geógrafo de Amasia solo se haga eco del hecho de que las mujeres trabajen la tierra, olvidando mencionar a los hombres (Estrabón, III, 17), o que nos hable de la indumentaria diferenciada de hombres y mujeres, pero sin señalar cuál sería el sexo encargado de su elaboración (Estrabón, III, 7)¹⁸⁴. En mi opinión, el autor avanzó sobre dos cuestiones; por un lado, la necesidad de cubrir un relato legitimador y, por otro, la creación de un perfil ambiguo en el que los límites entre lo femenino y lo masculino no estuvieran del todo definidos, dado que, no convenía apostar por una imagen totalmente feminizada de los montañeses, que pudiera sembrar la duda acerca del honor puesto en una conquista que no había resultado nada fácil. Por eso, intenta plantear esa inversión desde la propia incapacidad de los hombres del Norte para ejercitar un dominio pleno sobre el espacio público. De ahí los continuos giros utilizados por el autor: “quizás poco civilizadas, no son sin embargo salvajes” o “especie de ginecocracia” (Estrabón, III, 8).

En definitiva, Estrabón no menciona a las mujeres más que en contadas ocasiones porque sencillamente no le interesan. Y justamente, desde esa falta de interés por todo lo femenino, considero, podemos acercarnos a un relato en el que, más allá de los recursos míticos, aparece un trasfondo básico donde “todos los hombres pueden hacer, y hacen, las cosas que son propias del hombre y todas las mujeres las cosas que son propias de la mujer” (Marshall, 1961: 243). En ese sentido, y como veremos a continuación, no son de extrañar las alusiones, más o menos intencionadas, a ciertos espacios y rituales públicos de representación, socialización y sociabilidad masculina (fig.27). No podemos decir lo mismo para el caso femenino, dada la total ausencia de referencias más allá de las destinadas a enfatizar su carácter masculino.

¹⁸⁴ En un relato de inversión, ver a un hombre enarbolando un huso, constituye una de las mejores imágenes de feminización/barbarización, de ahí que me cuestione el porqué no hizo uso de este recurso (Mirón, 2005).

PRÁCTICAS MASCULINAS		RITUALES
Sacrificios a Ares	[Estrabón (III, 7)]	Propiciatorios
Hecatombes.	[Estrabón (III, 7)]	Propiciatorios
Competiciones gimnásticas, hoplíticas e hípicas	[Estrabón (III, 7)]	Agones
Festines ¹⁸⁵	[Estrabón (III, 7)]	Comensalidad
Música y danza	[Estrabón (III, 7)]	
Bandidaje ¹⁸⁶	[Estrabón (III, 8)]	Territorialidad

Fig. 27. Mónica González Santana (2011)

Consciente, como decía, de la carga ideológica y la intencionalidad de lo relatado, pero también del poso de realidad que se advierte en las medias verdades o las exageraciones que agita el autor (González Santana, 2010), he recogido, en el cuadro anterior, una serie de rituales que, en esencia, señalan la necesidad de estructurar, cohesionar y reforzar la identidad de los participantes, además de fomentar la fidelidad y la confianza entre los miembros del grupo de los iguales (Moya, 2007:209). Rituales que exceden el ámbito de lo cotidiano y en los que el autor muestra un mayor interés, dada su directa conexión con el espacio público y el desarrollo de la masculinidad¹⁸⁷. En ese sentido, Pierre Bourdieu plantea cómo “los hombres, al estar situados del lado del exterior, de lo oficial, lo público, la ley, lo seco, lo alto, lo discontinuo, se arrogan todos los actos breves, peligrosos y espectaculares que, como el degüello de una res, la labranza o la cosecha, por no hablar

¹⁸⁵ Respecto a los banquetes en la Grecia Arcaica, Susana G. Reyero recoge las teorías de Pauline Schmitt alegando como “antes de disponerse de unas instituciones públicas diferenciadas, diversos factores influían en las decisiones para el conjunto de la comunidad: el prestigio, la autoridad, el ascendiente, los honores, etc. Aún no existía la distinción de épocas posteriores entre el poder social y el político, puesto que eran los mismos hombres –siempre un pequeño número- quienes ejercían ambos” (Reyero, 2000: 229).

¹⁸⁶ No voy a entrar en el análisis pormenorizado de esta clase de rituales, temática tratada ampliamente por autores como Jose Carlos Bermejo (1982, 1986, 1994). Solo mencionar las palabras de Pedro R. Moya respecto a las *fratrias* guerreras y su relación con el Territorio: “Los enfrentamientos e invasiones de territorio forman parte, por tanto, del juego o de las relaciones vecinales cíclicas y simbólicas pero que a la vez manifiestan cierto sentimiento de pertenencia a un territorio más amplio” (2007:198).

¹⁸⁷ Me refiero a los rituales incluidos en el cuadro. No quiero decir con ello que los rituales públicos sean únicamente los de la socialización masculina.

del asesinato o la guerra, marcan rupturas en el curso ordinario de la vida” (2000: 7). Y es, ciertamente, esa faceta, la que fluye en el relato, reproduciendo una realidad comprobable en el registro arqueológico. De esta forma, la ritualización de la excelencia surge como estrategia de control, con el fin de gestionar, entre otras cosas, el Tiempo y el Espacio. La monumentalización, los usos espaciales o las representaciones iconográficas serán algunos de los resultados más visibles de esa situación. El poder intentaría así mantener el orden de lo cotidiano mediante el control de lo público y lo privado como modelos de comportamiento social.

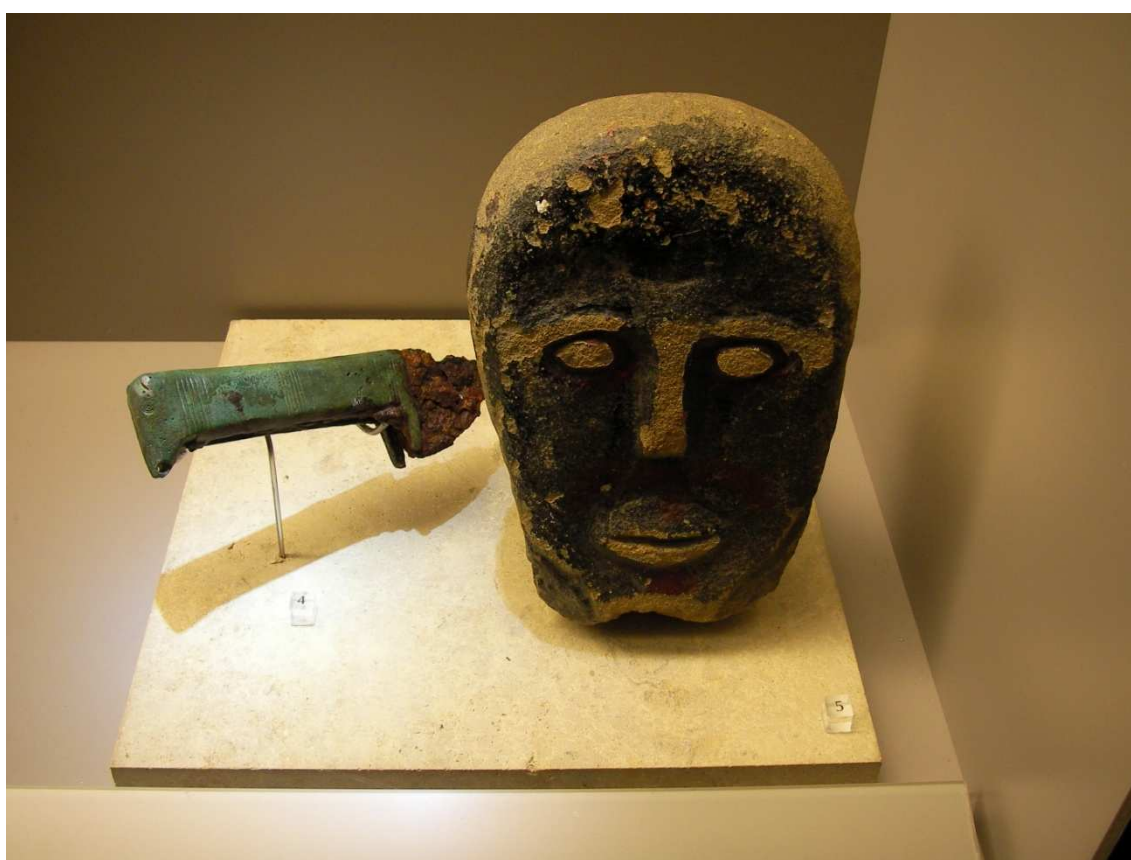


Fig.28. Cuchillo ritual de hoja de hierro con mango de prótomo de bóvido, en Bronce (Corporales, León) y cabeza de rasgos esquemáticos en piedra arenisca (Bárcena del Bierzo, León). Museo de León. Mónica González Santana (2011)

Ahora bien, en el ambiente de lo solemne las mujeres parecen ausentes, desdibujadas en el genérico de una investigación tradicional poco interesada en la “polisemia de valores” (Maffesoli, 1983: 65) que encierra la vida cotidiana (Conkey y Spector, 1984), pero también en la proyección pública de lo femenino (luchas, estrategias, etc.). A este respecto, Henry

Lefebvre plantea como “la historia de un día engloba la del mundo y la de la sociedad” (1972:11). Un escenario concretado en el tiempo y el espacio, que posibilita la inmersión en el conocimiento de los comportamientos, costumbres, vivencias y/o experiencias del género humano. De ahí la necesidad de rescatar, en esa parte “perdida” en los textos, las costumbres o actividades a las que el autor no presta mayor atención, precisamente por estar asociadas, en el mundo clásico, a la *infirmas sexus*. En el siguiente cuadro recojo alguna de las tareas que se pueden leer entre líneas y que ocuparían el día a día de las mujeres.

Transporte de agua	[Estrabón (III, 7)]	Espacio extra-doméstico
Recolección	[Estrabón (III, 7)]	Espacio extra-doméstico
Procesado de alimentos (pan, mantequilla, etc.)	[Estrabón (III, 7)]	Espacio doméstico y/o extra-doméstico
Cuidado de enfermos	[Estrabón (III, 7)]	Espacio doméstico
Trabajo de la tierra	[Estrabón (III, 8)]	Espacio extra-doméstico
Procesado de la sal	[Estrabón (III, 7)]	Espacio doméstico y/o extra-doméstico
Tratamiento del cuero	[Estrabón (III, 7)]	Espacio doméstico y/o extra-doméstico
Elaboración de vestidos	[Estrabón (III, 7)]	Espacio doméstico y/o extra-doméstico
Producción de vida humana	[Estrabón (III, 8)]	Espacio doméstico

Fig.29. Mónica González Santana (2011)

Como se puede observar, no todas las actividades parecen responder a la supuesta rigidez del modelo clásico por el que las labores masculinas, asociadas al exterior, asumirían el carácter de públicas, quedando las actividades femeninas directamente relacionadas con el interior y lo privado. Y digo, aparente rigidez, porque en mi opinión, lo exterior y lo interior, lo público y lo privado, forman parte, como ya dijimos, de un modelo ideal sustentado en el grado de excelencia social atribuible a las actividades allí realizadas. De ahí la gestación de espacios fronterizos en los que se supera el marco de lo doméstico, pero no se llega al reconocimiento público. Por eso no resulta extraño ver a las mujeres en el campo (Demóstenes, 57,40-45) o vendiendo sus productos en el mercado (Aristófanes, *Lisístrata*, 458).



Fig.30. Emblema de vendedora de frutas y animales sacrificados procedente de Ostia. S.II d.C.
www.ghis.ucm.es

Esta situación fronteriza, nos ayuda a comprender la existencia, en determinados asentamientos como Castrovite (A Estrada, Pontevedra), de una zona de procesado de cereal de carácter no doméstico, asociado al trabajo colectivo femenino¹⁸⁸. La cotidianidad no presenta una coreografía estructurada desde la inflexibilidad; es más, las fuerzas participantes presentan una mayor capacidad de resistencia pasiva a esa rigidez (Maffesoli, 1977). De ahí la distancia entre lo ideal y lo real, entre la apropiación familiar de la productividad femenina y la necesidad “colectiva” de esa productividad. Por ello, podemos ver ejemplos en los que lo ordinario se rompe mediante la tributación de trabajo, con lo que se facilitará la sociabilidad femenina, más allá de la esfera doméstica. La cuestión es que esa “salida” necesaria, pero no deseable, requiere de una regulación. De ahí que las actividades señaladas, estén o no contenidas en el espacio doméstico, comiencen a transformarse, mediante la ritualización, en una producción cultural directamente relacionada con el control de la socialización femenina. En definitiva, práctica y teoría van a generar un modelo

¹⁸⁸ Situación parecida, salvando las distancias, es la descrita por Paloma Marcén y Marina Picazo para el área ibérica del nordeste peninsular. En este caso, señalan el incremento y la posible centralización de la producción de tejidos y alimentos en determinadas zonas de algunos poblados (en Sanchez Romero, 2005).

centrado en los espacios familiares y fronterizos, como contenedores de las ocupaciones menos valoradas: las actividades relacionadas con la “producción de vida social” (Sanahuja, 2007: 23)¹⁸⁹. En ese sentido, si queremos acercarnos a los procesos de socialización femenina de estas comunidades, debemos ampliar nuestro conocimiento sobre la producción y mantenimiento de los cuerpos y objetos sociales. No en vano las llamadas “actividades de mantenimiento también influyen en cómo se organiza el espacio doméstico, cómo se ordena el tiempo, e incluso forma parte de la creación de identidades” (Sánchez y Aranda, 2005: 77).

¹⁸⁹ En ese sentido, Elena Beltrán (1994) señala la permeabilidad de los espacios, advirtiendo cómo la exclusión de las mujeres del espacio público no se ha dado a un nivel absoluto; de hecho, se ha permitido su entrada pero desde su posición en la vida privada.

III.B. ESPECIALIZACIÓN FEMENINA. PRODUCCIÓN Y MANTENIMIENTO DE LA VIDA SOCIAL.

“La mujer háyase menos metida que el hombre en el movimiento civilizador, participa menos, saca menos provecho, recuerda ciertos rasgos de naturaleza primitiva” (Durkheim, 1987: 157).

Movimiento civilizador y naturaleza primitiva, dos de los rasgos que Emile Durkheim vendría a destacar en relación a la “lógica” evolución de la división sexual del trabajo social. En ese sentido, la ciencia tradicional apoyaba su displicencia en el convencimiento de que “los trabajos que se desarrollan en la vida cotidiana no cambian, así como tampoco lo hacen las funciones económicas o las dinámicas sociales que las acompañan, es decir que permanecen estáticos e independientes de los otros movimientos sociales y económicos que afectan a las sociedades” (Sánchez Romero y Aranda, 2005: 74). Esta indiferencia se centraba además en la asociación que se establecía entre lo cotidiano, las mujeres y lo natural, de ahí la adopción de terminologías que desde el pensamiento androcéntrico confrontaban lo masculino: producción, trabajo, especialización o tecnología, con lo femenino: reproducción, labores, instinto o artesanía¹⁹⁰. Será esta inquina la que denuncie el feminismo, proponiendo, para el caso que nos ocupa, la creación de una teoría socio-arqueológica que no excluya a las mujeres. Con esta premisa, surgía el “Proyecto Gatas” que, en España, se convertiría en uno de los primeros esfuerzos por dotar de un soporte teórico a las prácticas encaminadas a producir vida social (Castro *et alii*, 1996). De esta forma, comenzaba a perfilarse el camino, consiguiendo, en un tiempo relativamente corto, enraizar distintas propuestas, aproximaciones y/o líneas de investigación, que no han hecho más que enriquecer el debate de cara al anclaje teórico¹⁹¹.

¹⁹⁰ En ese sentido se expresan Margarita Sánchez y Gonzalo Romero cuando señalan que “mientras que en el estudio de las sociedades prehistóricas es usual encontrar la palabra tecnología unida a conceptos como metalurgia, lítica o cerámica es más difícil encontrarla ligada a productos alimenticios, cestería o textil, cuando se está hablando de procesos similares por los que determinada materia prima se transforma mediante una serie de técnicas, conocimientos y habilidades hasta conseguir un producto elaborado”(2005: 76).

¹⁹¹ Sobre este florecimiento ver, entre otros, los trabajos citados en la bibliografía de Margarita Sánchez (2005, 2006, 2007, 2008, 2010), Laia Colomer (1996, 1999), Paloma González Marcén (1998, 2000, 2005, 2008), Sandra Montón (2010), Marina Picazo (en Laia Colomer, 1999), M^a Encarna Sanahuja (2002, 2006, 2007), Trinidad Escoriza (2008), Gonzalo Aranda (Sánchez Romero, 2005b) o Almudena Hernando (1999, 2001, 2002, 2006b).

En este orden de cosas, se pueden definir las actividades de producción y mantenimiento social como “el conjunto de prácticas cotidianas que comprenden todas aquellas actividades básicas y necesarias para el sostenimiento y el mantenimiento del conjunto de los grupos sociales” (Alarcón, 2010: 196). Actividades que incluyen, por poner algunos ejemplos, el cuidado de los individuos dependientes, el almacenamiento, procesado, distribución y consumo alimenticio, los trabajos especializados en la producción y mantenimiento de todos aquellos objetos relacionados con la tecnología cerámica, lítica o textil (Sánchez Romero 2002: 279; 2008a). Y, en general, un largo etcétera de ejercicios que, pese a estar directamente relacionados con el *management* diario de las comunidades humanas, han sido eficazmente contruidos desde el orden de lo natural, para obviar, de esta forma, la experiencia femenina. Se hace, por lo tanto, totalmente necesario recuperar, teniendo en cuenta que “el trabajo es, sin lugar a dudas, uno de los factores más importantes en la formación de identidad de los sujetos, en la diferenciación entre los sexos, en la construcción de los géneros y en el establecimiento de jerarquías sociales” (Todaro, en Todaro y Yañez, 2004: 15), esa gestión diaria que nos permita intentar un mayor acercamiento al desarrollo de estas comunidades. Para ello, no voy a realizar un análisis conjunto de todas las posibles tareas femeninas, sino que voy a centrar el estudio, por un lado, en la alimentación a través de su puesta en escena en relación a la obtención de recursos, su transformación y presentación; y, por otro lado, en el papel jugado por las mujeres en los procesos de socialización de las nuevas generaciones.

III.B.1 “A PEDIR DE BOCA”. LA TECNOLOGÍA CULINARIA EN EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD FEMENINA: RECURSOS, PROCESADO Y PRESENTACIÓN.

En la obra “Contra la falsificación del pasado prehistórico”, el equipo dirigido por Encarna Sanahuja señalaba como “los parámetros válidos para medir el trabajo invertido socialmente por los distintos colectivos solo pueden ser la duración y la intensidad, y no el tipo de actividad realizada, la eficiencia tecnológica de los procedimientos seguidos o la calidad de los productos logrados” (Sanahuja, 2006: 16). En ese sentido, se considera el tiempo y la intensidad, no en un sentido cuantificable y por lo tanto reduccionista, sino como factores a través de los cuales se puede valorar las diferencias existentes entre la inversión de trabajo y el beneficio/consumo final. Factores a los que he añadido la propia valoración social de esa inversión y ese beneficio. Se trata de averiguar, mediante el estudio de la elección, la transformación y la presentación alimenticia, si realmente se observa un incremento en tiempo e intensidad, es decir una mayor dedicación; y si esto es así, sí se puede apreciar un aumento del beneficio y de la valoración social de las actividades desempeñadas al respecto, con las repercusiones que esta situación crea de cara al desarrollo de la identidad femenina. En otras palabras, si existen o no cambios con respecto a las actividades señaladas: disponibilidad y elección de recursos alimenticios, transformación y presentación; y, si es así, cómo afectan estas modificaciones a las relaciones de género y la construcción de los modos de ser hombre y ser mujer.

- **DISPONIBILIDAD Y ELECCIÓN DE RECURSOS ALIMENTICIOS**

Las técnicas de muestreo utilizadas en las últimas décadas; tales como los análisis de polen, la paleocarpología, los restos antracológicos o faunísticos, entre otros, han permitido, poco a poco, aumentar el conocimiento que teníamos sobre los patrones alimenticios de las comunidades prehistóricas. En ese sentido, César Parcero y Xurxo M. Ayán señalaban como la sedentarización gestada a lo largo del Bronce se relacionaba con la incorporación de “una economía agropastoril compleja, pautada por una agricultura rotativa de cereales y leguminosas” (2007: 9). Precisamente en las figuras 31 y 31 podemos observar, a través de los análisis practicados en distintos asentamientos del Cantábrico, la complejización del sistema agrícola y la incorporación de nuevos cultivos.

CULTIVOS		Neolítico	Bronce	Hierro
Trigos				
<i>T. dicoccum</i>	Escanda	✓	✓	✓
<i>T. aestivum/durum</i>	Trigo común		✓	✓
<i>T. spelta</i>	Espelta			✓
Cebadas				
<i>Hordeum vulgare</i> <i>indet.</i>	Cebada	✓		✓
<i>Hordeum vulgare</i> <i>nudum</i>	Cebada desnuda			✓
Panicáceas				
<i>Setaria italica</i>	Panizo		✓	✓
<i>Panicum / Setaria</i>	Mijo/Panizo		✓	✓
Leguminosas				
<i>Pisum sativum</i>	Guisante			✓
<i>Vicia faba</i>	Haba			✓

Fig.31 Cultivos documentados durante la Prehistoria en Bizkaia y Gipuzkoa (Zapata 2005/2006).

	PRIMERA EDAD HIERRO		SEGUNDA EDAD HIERRO	
	CAMOCA	OLIVAR	MORIYÓN	INTXUR
Trigos				
<i>T. dicoccum</i>	✓	✓	✓	✓
<i>T. aestivum/durum</i>				
<i>T. spelta</i>				
Cebadas				
<i>Hordeum vulgare</i>			✓	✓
Panicáceas				
<i>Panicum / Setaria</i>			✓	✓
Leguminosas				
<i>Pisum sativum</i>	✓		✓	✓
<i>Vicia faba</i>			✓	✓
Avenas				
<i>Avena Sativa</i>	✓		✓	✓
Bellota	✓		✓	

Fig. 32 Cuadro comparativo de los restos vegetales analizados en algunos yacimientos del Cantábrico (Barroso *et alii* 2008).

De la misma manera, los trabajos practicados en la Campa Torres nos acercan a la llamada “reserva estratégica” (Torres, 2003: 174), dando testimonio de la recogida, almacenaje, procesado y consumo de bellotas, así como de la recolección de otros productos como avellanas y nueces (Juan y Maya, 2001: 373), frutos a los que se han de sumar los restos de cerezas registrados en Moriyón y de serbas en Camoca (Camino, 1999), así como las trazas de polen de coles y berzas testimoniados a lo largo del noroeste peninsular (Barroso *et alii*, 2007). Este sería, a grandes rasgos, el panorama a destacar respecto a los estudios arqueológicos destinados a rescatar la dieta vegetal practicada por estas poblaciones. Por el momento, y dada la escasez de los mismos, se hace necesario explorar otros caminos, como el practicado desde la etnoarqueología, con la finalidad de aproximarnos a los recursos que pudieron completar las pautas alimenticias de estas poblaciones: frutas blandas como manzanas, peras o guindas, bayas como frambuesas, moras o grosellas, vegetales como los berros, el diente de león, el tomillo o la manzanilla, hongos y tubérculos, y un largo etcétera de recursos no constatables, por el momento, arqueológicamente hablando.



Fig.33 Muestra de restos vegetales aparecidos en distintos castros asturianos. Museo Arqueológico de Asturias. Fotografía Ramiro Menéndez Méndez (2011).

Por lo que respecta a los restos de fauna documentados, se observa, en general, el alto porcentaje de la cabaña doméstica (ovicápridos, bóvidos, equinos y, en menor medida, la cabaña porcina) frente al consumo de animales salvajes, señalando además la creciente importancia que irán cobrando los bóvidos en la triple estrategia: carne, lácteos y fuerza de trabajo (Liseau y García, 2005). De la escasa representación de fauna salvaje podíamos extraer, a modo de apunte, ya que no corresponde a este trabajo una mayor profundización, la posible relación que pudo darse entre la caza (protección del territorio contra el mundo salvaje) y las élites masculinas (al menos en la comúnmente conocida como caza mayor) como prácticas de cohesión social y acceso al grupo de los iguales; las élites masculinas. Se genera así una actividad ritual destinada a solventar una necesidad cultural y no nutricional, con lo que de nuevo nos encontraríamos ante una acción caracterizada por la especialización, la excepcionalidad y la excelencia de lo masculino que, dentro de la dramatización y la consciencia del acto, se sale de los usos cotidianos, aunque se relacione directamente con éstos (Dietler, 2010). Ha de incidirse también en los vacíos de material respecto a las especies menores cazadas que, muy probablemente, completaron la dieta de una manera más estandarizada que las grandes piezas, dado que, como demuestran los estudios etnográficos, este tipo de caza podía ser practicada a lo largo de todo el año por cualquiera de los miembros del grupo, entrando a formar parte de las actividades cotidianas.

Igualmente, los estudios realizados, entre otros, por José M^a Vázquez, Carlos Rodríguez y Jorge Camino (2005) revelan la importancia de la explotación de los recursos fluviales y marinos en su doble faceta, marisqueo y pesca. No extraña, pues, la ubicación cercana de los asentamientos a corriente fluviales o el elevado número de poblados documentados a lo largo de la línea de costa e incluso la existencia de castros especializados, aunque con una cronología romana, en la explotación de ciertas especies como la ostra o la púrpura en los casos de Fazouro y Punta do Castro, ambos en la costa lucense. Esta situación podría ponernos sobre la pista de una explotación excedentaria con miras al comercio con el interior (Rodríguez, Varela y Camino, 2005).

En general y para acabar con este pequeño recorrido, solo decir que, de momento, “no es posible evaluar el peso real en la dieta de cada uno de los recursos señalados, pero sí destacar lo que debió ser una constante en su alimentación, los productos vegetales, como claro contrapunto a la versión tradicional que daba hegemonía absoluta al patrón de

consumo de carne ligado a las economías pastoriles” (Barroso *et alii* 2008: 177)¹⁹². Un ejemplo a lo expuesto lo encontramos en los estudios practicados sobre los restos óseos de la mujer enterrada en Fuentenegro (Sierra de Cuera, Asturias). De los análisis químicos realizados, se deduce un consumo frecuente de cereales, vegetales verdes y frutas, a los que se añade la importancia de las carnes rojas y el pescado, con una presencia reducida de los productos lácteos, moluscos, crustáceos o miel. En resumidas cuentas, la mujer de Fuentenegro vendría a completar una visión que, en general, apunta hacia la existencia de un tipo de economía que presenta una gran variabilidad en cuanto a la utilización de recursos, situación que vendría gestándose, como ya vimos, desde el Bronce, y que, planteábamos, se había visto materializada en las estrategias económicas generadas por estas poblaciones: diversificación y capacidad excedentaria. Los cambios introducidos serían una manifestación más de los procesos de complejización socio-cultural, situación que, como veremos a continuación, intentaré rastrear a través del análisis material, en su relación con el procesado y la presentación de los alimentos¹⁹³.

- DEL CAMPO A LA COCINA. LOS ÚTILES LÍTICOS Y EL INSTRUMENTAL CERÁMICO EN EL PROCESADO Y LA PRESENTACIÓN DE ALIMENTOS.

Las posibilidades que ofrecían los cereales, de cara al aporte calórico diario, los habían convertido, como vimos, en el eje central de la dieta de estas poblaciones. Ahora bien, su consumo directo, sin transformación, resulta sumamente indigesto, de ahí la necesidad de abrir nuevas estrategias para el consumo de los mismos. Observamos, de esta forma, un primer cambio en la búsqueda de fórmulas que facilitaran su ingesta; entre éstos, probablemente, el remojo, el cocido o la transformación del grano por molturación en harina. Un método ampliamente documentado a lo largo de la cornisa cantábrica, a través de la aparición de morteros, molinos planos, naviculares y circulares.

¹⁹² Por “versión tradicional” los autores hacen referencia a aquella que bebía de las fuentes clásicas como únicos relatos capaces de acercarnos el pasado de las comunidades prerromanas. En este caso concreto las noticias referidas por Estrabón respecto a las costumbres de los “montañeses del Norte” (Estrabón, III, 7).

¹⁹³ Considero que los objetos “son una representación de cómo se percibe esa sociedad a sí misma y de cómo quiere ser percibida desde fuera” (Prieto e Irujo, 2005: 4), convirtiéndose así en contenedores de una realidad, que trasciende lo funcional para inmiscuirse en el terreno de lo simbólico como transmisores de un código cultural, con unos usos y unos significados condicionados por el contexto en el que se generan. De ahí la importancia de un factor que considero fundamental a la hora de identificar esos códigos: la voluntad a la hora de representar y hacer visible la cultura material (Criado, 1991) y, con ella, de las relaciones humanas que la hicieron posible.



Fig. 34 Molino de mano plano y molino circular. Museo Arqueológico de La Coruña. Mónica González Santana 2011.

De la presencia de morteros, poco o nada se dice, incluyendo su estudio en las series inventariales o en las memorias de excavación, a través del elenco lítico en su asociación con los procesos metalúrgicos. Cabría preguntarse si realmente en todos estos supuestos han aparecido restos de metal que confirme su uso como tal, dado que recientes estudios, practicados en el noreste (Alonso 1999) y el centro peninsular (Blasco, Baena y Ríos, 2007-2008), han demostrado la utilización de estos instrumentos también en el procesado del cereal. En esta línea, los trabajos experimentales realizados desde la etnoarqueología vendrían a ampliar nuestro conocimiento sobre la tecnología del procesado cerealístico, apuntando hacia la mejora que los grupos humanos irían buscando tanto en el rendimiento (reducción de la pérdida del producto) como en la calidad de las harinas. Para ello, se combinaba el uso de morteros para el descascarillado y molinos para el triturado, señalando además la más que probable existencia de morteros de madera, dado que éstos ampliaban las ventajas ofrecidas por este doble proceso (Foxhell y Forbes, 1982). La búsqueda de esa mejora, como ponen de relieve los estudios paleopatológicos dentales, no era baladí (Ruiz-Gálvez, 1998). De hecho, el desgaste oclusal, asociado a dietas de alto contenido abrasivo (fitolitos), se veía reforzado por el propio sistema de molturado en el que se incorporaban al alimento materiales que contribuían a la pérdida de tejido dental (Polo y García, 2009). De esta forma, no extraña, la documentación en el yacimiento madrileño de “Las Yeseras”, de un combinado de materiales en los que se observa “una clara intencionalidad en la selección de materias primas orientada a la búsqueda de las más eficientes para el procesado de las

diferentes texturas y alimentos (Blasco, Baena y Ríos, 2007-2008:766). De la misma manera, la captación de materiales como el granito o el pórfido, en el mismo yacimiento anteriormente señalado, atestiguan por un lado la captación extralocal y con ella la búsqueda de materiales más ventajosos (ganar en tamaño y calidad) y, por otro, el carácter simbólico asociado a este tipo de bienes mueble, de ahí su presencia en contextos funerarios. Con lo expuesto, podemos avanzar, en primer lugar, la existencia de una clara labor de experimentación y mejora tecnológica en relación a los procesos de molturación alimenticia¹⁹⁴. En segundo lugar, la posibilidad de observar, en la convivencia de materiales autóctonos y alóctonos o en la incorporación de nuevos recursos (Domene, 2009-2010), la existencia de diferencias sociales en relación al acceso a esas materias primas, dada la excepcionalidad de estos materiales que no alcanzarían a toda la población.

Pese a todo lo expuesto, los estudios dedicados al instrumental de molienda, decíamos, son realmente escasos para el ámbito cantábrico, reduciendo casi su interés a la descripción y el debate cronológico. De esta forma, los molinos giratorios entraban en escena, dentro de los procesos de romanización, como elementos claramente relacionados con la introducción de una economía agrícola, que dejaba atrás la vocación ganadera de las comunidades conquistadas. Poco o nada se apunta, tras la verificación de su aparición en contextos prerromanos (Berrocal *et alii*, 2002), sobre usos, tamaños, convivencia, técnica o simbolismo; no en vano, su utilización pudo haber estado en un principio restringido a ciertas personas, haciéndose poco a poco extensivos al resto de la población, como podría explicar la convivencia con los molinos planos o barquiformes. De ahí la importancia de incorporar en futuras intervenciones el estudio de unos elementos olvidados precisamente por su relación con el mundo femenino, pero que, como se ha expuesto, podrían aportar luz a cuestiones tales como las diferencias sociales o los procesos tecnológicos asociados a la molturación. A este respecto, y como ya se apuntó en el estudio de la espacialidad castreña, resulta fundamental para los estudios de género, la ubicación dada a este tipo de elementos. Es decir, si el descubrimiento de los primeros poblados del bronce final en el área gallega ponía al descubierto la existencia de áreas de concentración de actividades al aire libre (hogares, útiles molederos, etc.), con el desarrollo de los primeros asentamientos fortificados, esta tendencia comienza a revertirse a favor de la espacialidad doméstica. De ahí que Carlos Marín (2008) se haga eco, por un lado, de la ocultación y/o invisibilización

¹⁹⁴ En relación a esta mejora, hay que dejar constancia, por un lado, de la aparición de molinos planos en el asentamiento portugués del Bronce inicial, Lavapés; y, por otro, de la documentación de molinos barquiformes en Bouça do Frade, también en Portugal. Hago mención de este dato, precisamente por su posible relación con esa búsqueda de la mejora técnica.

de las tareas femeninas, dada la posición, en el interior de las viviendas, en la que aparecen los útiles de molienda, en casos como los del Castro de Arancedo (El Franco, Asturias) y por, otro, de los usos semipúblicos (patios o calles) de asentamientos como el de San Chuís (Allande, Asturias). El mismo autor apuntaría, como posible respuesta a esta situación, el hecho de que “las relaciones e identidades de género dentro de la misma área cantábrica fueron variadas, pese a que algunos quieran seguir hablando de la “mujer celta,” homogeneizando no solo al sector asturiano sino a todo el arco atlántico europeo” (Marín, 2008: 305). Dejando a un lado el debate sobre la homogeneidad celta, resulta curiosa esa convivencia entre la invisibilidad y la semi-invisibilidad. Quizás podamos observar en este tipo de actitudes los mismos procesos de consolidación familiar, con unos trabajos femeninos que irían pasando del beneficio colectivo (más visibles) al familiar (menos visibles). Sabiendo esto, resulta necesario averiguar si estas cuestiones se hacen extensibles a la tecnología cerámica y, si esto es así, qué significado social, en cuanto al desarrollo de las relaciones de género y la identidad femenina, podemos dar a todo lo observado, desde la elección y explotación de recursos, su transformación y consumo, hasta las estrategias de visibilización, ocultación, monumentalización o inhibición, practicadas al respecto¹⁹⁵.

Del vacío documental denunciado con respecto a la macrolítica, pasamos a la amplia cobertura dada al desarrollo de la tecnología cerámica. Ahora bien, los estudios practicados en suelo asturiano para el horizonte prerromano siguen siendo escasos en relación a los realizados sobre la CTO (cadena tecnológica-operativa¹⁹⁶) de las cerámicas romanas; si bien es cierto, han de mencionarse los trabajos de Carlos Marín Suárez (2007 y 2008), sobre los castros de San Chuis (Pola de Allande) y Arancedo (El Franco), y los practicados en la Campa Torres por José Luis Maya y Francisco Cuesta (2000), por poner algunos ejemplos. No es éste el lugar, ni el momento, para intentar profundizar sobre el desarrollo de las CTO prerromanas, para ello esperamos, entre otras, la publicación o la entrega del inventario de las piezas recuperadas en las sucesivas campañas llevadas a cabo en los castros pertenecientes al llamado “Plan Arqueológico de la Cuenca del Navia”; sin duda, uno de los

¹⁹⁵ He de volver a insistir en la carga intencional puesta sobre la percepción como construcción cultural y social y, por tanto, sobre la inhibición, ocultación o la visibilización de ciertas prácticas sociales, y su más que posible observación a través de la cultura material (Prieto e Irujo, 2005).

¹⁹⁶ Utilizo el concepto de “cadena tecnológica-operativa” como herramienta teórica y metodológica que incluye no solo lo formal, sino lo conceptual del objeto u objetos estudiados (Cobas y Prieto, 2001). En ese sentido, se considera “que dicha secuencia tiene su origen no sólo en la manipulación acertada de las materias primas, sino en las decisiones técnicas, conscientes e inconscientes, que se toman para cada instante del proceso de manufactura en relación primero a la visualización del metal que tiene el artesano u la artesana del objeto final, al conocimiento y la experiencia técnica que posee y aplica, a la capacidad que se tiene de innovar patrones técnicos y, finalmente, al bagaje social y cultural que influye en la organización del trabajo artesanal” (Colomer, en Sánchez Romero eds., 2005: 179).

mejores proyectos acometidos en las últimas décadas por el equipo dirigido por Ángel Villa Valdés. Sabiendo esto, desarrollar un análisis exhaustivo del material cerámico que en este momento se encuentran accesible me llevarían al estancamiento en una fase clasificatoria que, pese a ser necesaria, me desviaría de los objetivos planteados: acercarnos a la tecnología femenina como método de aprendizaje, especialización y creación que va mas allá de lo material, para inmiscuirse en el terreno de lo socio-cultural. En general y como veremos a continuación, las distintas autoras y autores coinciden en presentar unas líneas comunes dentro de la CTO prerromana, a las que van a ir añadiendo diferenciaciones en función del tiempo y los distintos territorios. De esta forma, podemos hablar de un estilo castreño en el que existen una serie de “aspectos que pueden seguirse sin interrupción a lo largo de todo el período y que marcan puntos de continuidad identificadores de un patrón de racionalidad concreto” (Cobas y Prieto, 1999: 44).

En primer lugar, puede destacarse el origen local de la materia prima utilizada, empleando, como desgrasantes, granos finos o gruesos que pueden ser cuarcíticos, micáceos o graníticos. Respecto al modelado, éste se hace manualmente mediante la técnica del enrollado, siendo muy difícil constatar, como afirma Pepa Rey (1991) el uso del torno no así la calidad y el dominio que varía de unos conjuntos a otros. En segundo lugar, se puede plantear, respecto a las formas, un dominio de los recipientes cerrados sobre los abiertos, observándose pocos cambios en relación a los perfiles simples y cierta continuidad en el uso de los perfiles compuestos aristados. En tercer lugar, se pueden apuntar también una serie de rasgos comunes en la decoración: la reiteración de motivos geométricos, con una orientación en la que destaca la verticalidad y la distribución con una parcelación de las distintas partes del objeto, en especial la parte superior de las piezas, y el carácter visible de los motivos ejecutados, en su mayoría acanalados, que dan unidad a las tres fases de las que ahora hablaremos. En cuarto lugar, en lo que se refiere al acabado, lo más habitual es el bruñido (Marín, 2008), aunque también adquieren relevancia los alisados, espatulados o cepillados. En general, se puede decir que dominan los cacharros cerrados de perfil compuesto (Cobas y Prieto, 1999), con labio exvasado y fondo plano (Maya y Cuesta, 2000), de superficies bruñidas y motivos acanalados. Todos estos serían los rasgos comunes que permitirían hablar, en principio, de un código socio-cultural, un estilo como expresión de identidad, gestado, por un lado, para igualar y, por otro, para diferenciar (Prieto, 1999). De ahí el interés que suscitan esas pautas de ruptura que se van a ir incorporando a nivel temporal y territorial, de cara a la búsqueda de patrones que, dentro de la aparente homogeneización, están reforzando la separación con “el otro”, ya sea en función del sexo, la edad, el poder o

el territorio, por citar algunos ejemplos. A continuación veamos que quiero decir con esto a través del ejemplo concreto de la Campa Torres.

Del estudio de la cerámica perteneciente a niveles prerromanos, José Luis Maya y Francisco Cuesta señalan la existencia de “productos exóticos” griegos (2000:154) como una base de *kylix/krátera* ático, un fragmento de crátera de los talleres del Mediterráneo occidental o la parte del cuello de una jarra de barniz negro. De igual forma, indican la presencia de cerámica campaniense, ánforas greco-italicas o cerámica ibérica, en concreto nueve vasijas, algunas de ellas identificadas por los autores como jarritas, ungüentarios o *kalathoi*, éstos últimos de procedencia catalana. Dejando a un lado la documentación de productos exógenos, la cerámica prerromana habitual se corresponde con la producción castreña. Ésta es, muy a *grosso* modo, aquella fabricada mediante modelado, de coloración negra en su mayoría (cocción reductora, en menor medida oxidante), de texturas granulosas y acabados predominantemente bruñidos, de paredes gruesas o medias, con un alto porcentaje de formas cerradas, con bases planas y diversos procedimientos decorativos, entre los que destaca el acanalado. Ahora bien, dentro de esta generalización, los autores plantean una “evolución tipológica” (2000: 159), que he recogido en la fig. 34 para poder compararlo con el modelo hipotético planteado por M^a Isabel Covas y M^a del Pilar Prieto (1999), respecto a los “puntos de ruptura”.

Evolución tipológica según José Luis Maya y Francisco Cuesta

(2000: 159-165).

FASE INICIAL (VI-V a.C.) Pocas piezas recuperadas	FASE MEDIA (IV-III a. C)	FASE FINAL (II-I a. C)
<ul style="list-style-type: none"> • Ollas de grandes o medianas dimensiones. Con cuellos cortos y rectos o ligeramente estrangulado. Labios planos engrosados. • Tinajas de borde vuelto y plano por arriba. • Bordes rectos o con ligera curvatura al exterior, de labios redondeados. • Pieza decorada de cuello cilíndrico y cuerpo globular. • Bases planas. • Asas cilíndricas. • Decoración: muy parcas, mediante incisión o punzón con temas de espiga o espina de pescado. Punción oval y un caso de retícula bruñida. 	<ul style="list-style-type: none"> • Formas más desarrolladas. • Tinajas de borde vuelto y plano por arriba, con cuello troncocónico y cuerpo ovoide. • Bordes rectos o con ligera curvatura al exterior, con cuerpos de superficie cepillada o espatulada al exterior. • Escasos los recipientes de bordes planos por arriba y ensanchados. • Vasijas con perforaciones protegidas por un receptáculo cónico. • Bases planas, pero también algún pie anular. • Asas acintadas o cilíndricas. • Diversificación decorativa: incisión con temática en zig-zag, con formación de triángulos que pueden rellenarse o no de rayas, así como de pintura roja. Se combina con temas de espina de pescado. Se decora todo tipo de cacharros. Líneas bruñidas con la clásica retícula o en bandas con rellenos de rombos, triángulos o líneas. <p>Aparición de bordes decorados incisos o impresos.</p> <p>Aparición de pezones a modo de imitación de clavos.</p> <p>Impresiones en los cuellos en forma de herradura. Bandas con pequeñas impresiones en diagonal.</p> <p>Piezas con decoración impresa compleja, con metopas que albergan diagonales incisas o bruñidas y pequeñas líneas en zig-zag impresas.</p> <p>Continúan apareciendo piezas decoradas con aspecto arcaizante.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Mayor diversificación de formas y decoraciones. • Peso de la tradición y algunas innovaciones. • Formas tipo Soto. • Jarros con asa/s acintadas y cuello cilíndrico, decorados con retícula bruñida. Aparecen también sin decoración. • Urnitas bicónicas con carena y borde plano. • Cuencos con borde moldurado o borde ensanchado por la cara interna, con asa horizontal. • Platos con bruñido exterior. • Gran representación de bordes vueltos. • Vasijas con perforaciones protegidas por un receptáculo cónico. • Decoración: incisiones gruesas y finas, con espina de pescado, temas en zig-zag, cuyos triángulos de base se rellenan de rayas. Se decoran todo tipo de recipientes, grandes, medianos y pequeños. Abundan las líneas bruñidas

Fig. 34 Cuadro con la evolución tipológica propuesta por José Luis Maya y Francisco Cuesta (2000). Mónica González Santana 2011.

Del cuadro anterior, en el que recogía lo escrito acerca de la cerámica a mano documentada en los niveles prerromanos de la Campa Torres, se pueden extraer una serie de rasgos que nos pueden ayudar a observar, de una forma más concreta, esa evolución señalada.

FASE INICIAL (VI-V a.C)

FORMAS Y TAMAÑOS: grandes y medianos. Simples y compuestas.

BORDES: vueltos, rectos o con ligera curvatura.

LABIOS: planos engrosados, redondeados.

CUELLOS: cortos y rectos, ligeramente estrangulados, cilíndricos.

CUERPOS: globulares.

BASES: planas.

SUSPENSIÓN: asas cilíndricas.

DECORACIÓN:

Técnica: incisión, acanalado bruñido.

Elementos: espiga o espina de pescado, ramitas con hojas agudas, retícula.

Morfología: decoración zonal.

FASE MEDIA (IV-III a.C)

FORMAS Y TAMAÑOS. Complejización.

BORDES: vueltos, planos por arriba, rectos o con ligera curvatura. Escasos los bordes planos ensanchados.

LABIOS: planos engrosados, redondeados.

CUELLOS: troncocónicos.

CUERPOS: globulares y ovoides.

BASES: planas, algún pie angular.

SUSPENSIÓN: perforaciones y asas cilíndricas o acintadas.

ACABADO: bruñido, espatulado y cepillado.

DECORACIÓN: diversificación.

Técnica: incisión, impresión, bruñido, plástica.

Elementos: espiga o espina de pescado, ramitas con hojas agudas, retícula. En zig-zag.

Triángulos rellenos o no con rayas o pintura roja. Líneas bruñidas, retículas o bandas

rellenas con rombos, triángulos o líneas. Pezones. Impresiones en herradura o diagonales. Metopas.

Morfología: decoración zonal, pero se amplían las zonas: bordes, labios, panza.

FASE FINAL (II-I a. C)

FORMAS Y TAMAÑOS: aparecen tipo Soto.

BORDES: planos, ensanchados, vueltos.

CUELLOS: cilíndricos.

SUSPENSIÓN: acintadas, horizontales, perforaciones.

ACABADO: bruñido, espatulado, cepillado.

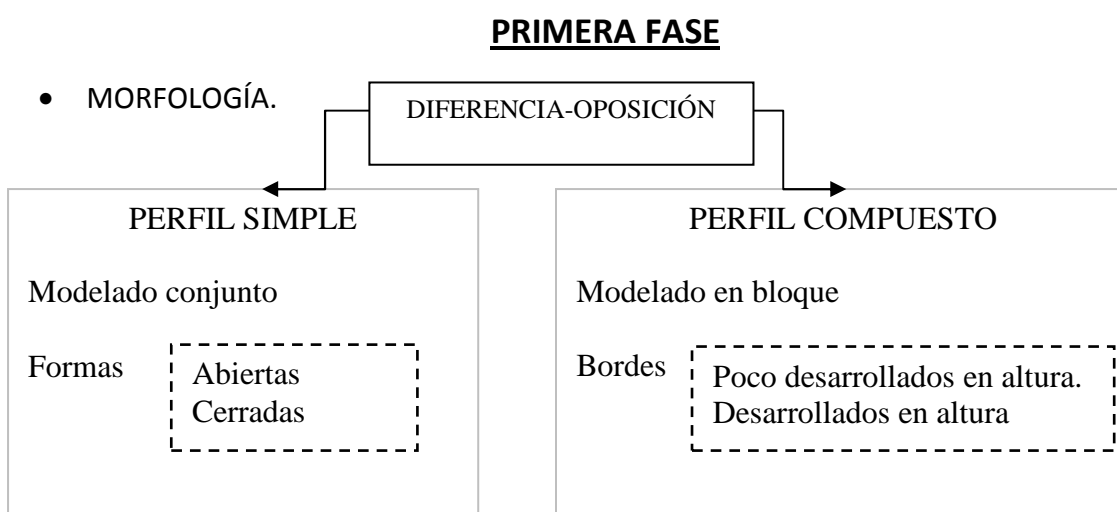
DECORACIÓN:

Técnica: incisiones gruesas y finas. Bruñido.

Elementos: espina de pescado, temas en zig-zag, cuyos triángulos de base se rellenan de rayas.

Se decoran todo tipo de recipientes, grandes, medianos y pequeños.

En cuanto al “modelo hipotético” propuesto por M^a Isabel Covas y M^a del Pilar Prieto (1999), y concretamente a lo que ellas llaman “Categorías en el estilo. Puntos de ruptura en la CTO” (1999: 45), las autoras observan una serie de modificaciones que dan contenido y sentido a la división de estilo castreño en tres fases:



- DECORACIÓN. Cacharros lisos / cacharros decorados

Distribución zonal en el perfil.

Oposición entre zona decorada-visible y no decorada-invisible.

DIFERENCIAS ENTRE:
Decoración delimitada y no delimitada
Decoración simple y decoración
compuesta.

SEGUNDA FASE

NOVEDADES que rompen con el tratamiento tecnológico anterior: cacharros de perfil compuesto flexionado y el estampillado (modelos metálicos).

- Morfología. La oposición formas simples/formas compuestas, se hace más compleja.

Formas simples / simples con borde reforzado
Formas compuestas aristadas / compuestas flexionadas.

- Decoración. La oposición cacharro lisos / decorados se hace más compleja.

Cacharros lisos / decorados / determinadas decoraciones

La oposición zona decorada visible / invisible se hace más compleja.

Zona visible /invisible/ visibilidad relativa
(se decora zona superior-interior bordes)

La oposición zona decorada / zona no decorada se hace más compleja.

Decorada / no decorada / integral (pero que también resalta ciertas zonas del cacharro)

La oposición decoración simple / compuesta se hace más compleja.

Decoración simple / compuesta / compuesta mixta.

TERCERA FASE

Los cacharos de **perfil compuesto flexionado** de la fase anterior dejan de ser excepcionales, ocupando su lugar los **cacharos de perfil compuesto aristado**.

- Morfología. Se caracteriza por el eclecticismo. Los cacharos de perfil compuesto muestran rasgos de los cacharos de perfil simple y viceversa. Dentro de los cacharos de perfil simple prevalecen los abiertos. Igualdad en las formas de los cacharos lisos y decorados.
- Decoración. Se tiende a la simplificación. Menos visible.

Fig.35 Esquema con las fases propuesta por Isabel Covas y M^a Pilar Prieto (1999). Mónica González Santana 2011.

Con lo visto, considero que se pueden aventurar una serie de cuestiones comunes entre las fases de la Campa Torres y las propuestas para la cerámica protohistórica de Galicia. Así, para la etapa inicial, se observan, de manera generalizada, ciertos rasgos que enlazan con la cerámica del Bronce final (siglos IX-VIII a. C). Las nuevas aportaciones se superponen al sustrato bronceo sin alterarlo sustancialmente, dando cierto carácter continuador en cuestiones tales como la oposición entre cacharos abiertos y cerrados, el uso de desgrasantes, los acabados, la cocción, la coloración o la decoración (zonal, lectura

vertical, delimitación ambigua, visible, elementos rectilíneo, patrón simple, impresión e incisión, etc.). De esta forma, y a pesar de las diferencias, las conexiones que se establecen parecen desmentir, de nuevo, ese ambiente rupturista que se suponía entre las “imperceptibles” comunidades del Bronce y la fortificada espacialidad castreña. Esa misma tradición actuará, como veremos a continuación, de poso identitario entre los cambios operantes destinados a homogeneizar y los que reflejan a la vez la necesidad de diferenciar. Sobre estas cuestiones volveremos más adelante, por el momento, lo que me interesa es destacar esos rasgos comunes y la complejización tecnológica como resultado del desarrollo social y la experiencia femenina. En ese sentido, tanto en la Campa Torres como en Galicia, se apunta hacia la multiplicación de variantes en cuanto a la morfología, la decoración o el acabado de las piezas, entre otras; es decir, se señala la existencia de una segunda etapa que vendría a recoger una mayor diversificación en cuanto a la CTO y, por lo tanto un grado de ruptura sin parangón en el resto de las fases. Ahora bien, qué significado social podemos dar a lo expuesto, y en consecuencia, qué grado de relación podemos establecer entre estos cambios, las modificaciones observadas en cuanto a la disponibilidad y elección de recursos, su procesado, los usos del espacio, la especialización femenina y el desarrollo de una identidad basada en la familia.

- DE LA COCINA A LA MESA. ÉLITES FAMILIARES Y DISCURSOS CULINARIOS.

De las actividades señaladas y los cambios introducidos, tengan o no lugar en el espacio doméstico, podemos aventurar una mejora clara que, consciente o inconscientemente, responde al conocimiento y la experiencia técnica aplicada por las mujeres, desde la selección de las materias primas hasta el acabado del producto. De esta forma, cuando hablábamos de las especies cultivadas en época prerromana, señalábamos la incorporación de nuevos cultivos al elenco agrícola de estas comunidades. De la misma manera, hacíamos notar el aumento de la cabaña ganadera frente a los recursos obtenidos mediante la caza. En ese sentido, considero, al igual que Teresa Chapa y Victorino Mayoral, que “las decisiones sobre lo que se cultiva, cuándo y en qué cantidad, o los animales que se crían y las necesidades de cualquier tipo de producto, dependen también de la organización social” (2007: 33). Hablamos, por tanto, de sociología de la alimentación y no solo, como se señalaba desde la arqueología estructuralista, de una cuestión natural –biológica y/o ecológica-. Por ello, Ana Delgado (en Mata *et alii* 2010) hace hincapié en la variabilidad del

mundo culinario (ingredientes, técnicas, instrumental y presentación) como una respuesta, entre otras cosas, al gusto de cada grupo humano que se ajusta a una determinada cultura, ideología, género o identidad. Con esto quiero resaltar que tanto la obtención de recursos alimenticios como el procesado de los mismos son construcciones sociales y por lo tanto, actividades que no se corresponden con la visión de inmovilidad e inoperancia social con la que investigación tradicional las había etiquetado (Sánchez y Aranda, 2005)¹⁹⁷.

En esta línea de argumentación, los estudios realizados por Elizabeth M. Brumfiel (1991) sobre las mujeres aztecas, y en concreto sobre el hilado y la cocina como producciones femeninas, hacían constar la relación mantenida entre la organización del trabajo, la producción y la elaboración culinaria. En ese sentido, la autora planteaba cómo, en la transición entre el periodo pre-azteca y la dominación, se podía observar un cambio fundamental en la cocina: de la elaboración principal de productos líquidos se había pasado a la preparación mayoritaria de alimentos sólidos. De la misma manera, observaba la relación que se había establecido entre el arte del hilado y el status social, ya que pese a ser una actividad practicada por todas las mujeres, su significado social variaba. Y si en un principio las mejores telas las elaboraban las mujeres de alto rango, la entrada del sistema de tributación azteca y el auge de los mercados abrieron la producción textil de calidad al resto de las mujeres, pero bajo unas circunstancias y un significado distinto (Brumfiel, 2007). Lo que me interesa destacar de estas teorías, salvando la distancia temporal y espacial, es la puesta en escena de esa conexión entre las actividades de mantenimiento y los cambios sociales. Una conexión que cobra sentido, en nuestro caso, a través del atestiguado auge poblacional, proliferación de asentamientos o aumento del tamaño de los mismos, que sufren las comunidades del Noroeste peninsular y que podemos dibujar como el resultado “of a successful household economy, and women’s work was essential to it” (Brumfiel, 1991:226). En ese sentido y retomando el tema de los cambios, considero que existe un proceso de diversificación e intensificación que podemos poner en conexión con el afianzamiento de las élites y la institución familiar.

En el caso de los estudios sobre productividad, sistemas de almacenaje y espacialidad, destacábamos la más que probable creación de excedentes y el reforzamiento de las

¹⁹⁷ Una catalogación que, sin embargo, abrazaba la excepción. Me refiero a que de sobra nos es conocida la diferenciación que se establece entre cocina y *cuisine*; es decir, entre lo supuestamente natural, cotidiano, doméstico y el arte excepcional de la cocina que salta al estrellato. La primera permanece en la tradición –ya nadie cocina como nuestras abuelas-. La segunda exige “innovación” y, de paso, recibe reconocimiento público. Sin ánimo de divagar, realizo este guiño a la actualidad para limar diferencias, ya que sin la innovación y la experiencia de la primera no existiría la segunda. Innovación y experiencia que transforman la tradicional estabilidad en una actividad viva, productiva y artesana, sujeta a constantes cambios introducidos por todos los agentes sociales implicados.

unidades familiares. Dos situaciones que, veíamos, se habían venido gestando desde el Bronce, planteando el modelo de ficción comunal no como un freno a las élites, sino como el enmascaramiento del poder que éstas iban articulando. En ese sentido, la presencia y visibilización en los espacios colectivos de ciertas actividades como la molturación, y su traslado, junto con el almacenaje, hacia lo privado, dónde se procede a su ocultación, nos ayuda a comprender cómo las mujeres contribuyeron a definir un modelo que priorizaba la familia frente a la colectividad. Este proceso, que incluye la adopción de nuevos roles y estatus como “parámetros sociales básicos que delinean la estructura social y afectan el comportamiento y la percepción del mundo de cada individuo” (Assandri, 1999:10), hubo de generar una serie de tensiones sociales solo resueltas a través, entre otras medidas, de la continua negociación, el disimulo, la justificación y la legitimación (Balandier, 1975).

En este orden de cosas, la vía de la negociación y el disimulo quizás pueda explicar el hecho de que en la primera fase del Hierro tengamos, en relación a la tecnología cerámica, cierta “homogeneidad formal” (Prieto, 2001: 130), así como una escasez de recipientes decorados, armonizando con la cerámica del Bronce Final (1300/1200 a 800/700 a.C). En mi opinión, este ambiente continuista respondería a la necesidad de solventar las tensiones generadas por los procesos de diferenciación que se estaban llevando a cabo, creándose un *corpus* cerámico con un mensaje homogeneizador que reforzaría la identidad grupal, mientras ocultaba los procesos de consolidación de las élites y sus familias¹⁹⁸. De esta forma, la selección, el procesado y la presentación de la alimentación diaria actuarían, dentro de la ficción de lo comunal, como elementos de cohesión y no de diferenciación. La cotidianidad generaba así un espacio de negociación, en el que las mujeres intentaron solventar, mediante distintas estrategias, las tensiones producidas por las relaciones de poder que se estaban gestando¹⁹⁹. Por ello, la cerámica pudo haber servido, a nivel doméstico, para disfrazar las diferencias que en la esfera pública marcaban, entre otros, los espacios y objetos rituales: sítulas, calderos o bronce votivos, entre otros (Armada, 2008). Se ofrecía así una imagen de equilibrio que iría calando en la sociedad.

La cuestión es que sí, en un primer momento (siglos. IX-V a.C), observábamos como las élites habían conseguido desligarse del resto de la población, articulando para ello un

¹⁹⁸ Habíamos visto previamente cómo para justificar el dominio, las élites masculinas habían recurrido al pasado para legitimar su posición a través de la creación de genealogías míticas. De esta forma, el sistema familiar servía tanto para garantizar el acceso al poder como para limitarlo.

¹⁹⁹ Entiendo la cotidianidad como “espacio vivencial y simbólico donde las personas articulan y ordenan su itinerario entre la vida privada y los espacios públicos” (Guzmán, 2002: 8). De la misma manera, considero que la construcción cotidiana de la realidad se encuentra en constante negociación, permitiendo que los equilibrios de poder permanezcan o se modifiquen (Elías, 1982).

tipo de identidad diferenciada capaz de generar y consolidarse en el poder, a partir de ahora vamos a ver, precisamente, esa consolidación, a través, entre otras cosas, del entramado simbólico que las mujeres van a manejar. Estamos ante una nueva realidad en la que los espacios domésticos asumen la simbología del poder. De este modo, sí antes se había disimulado el proceso, ahora se visibiliza, se exhibe, incorporando la ritualidad del poder al espacio familiar. El reforzamiento de las élites y sus familias trasciende el espacio de la excelencia para normalizarse a través de la realidad cotidiana. De ahí los procesos de monumentalización espacial doméstica o el crecimiento de unas unidades frente a otras, por poner algunos ejemplos. Las élites familiares ya no disimulan, al menos es lo que se aprecia a nivel material, probablemente porque ya no solo los protectores se mostraban y se percibían como los garantes del porvenir de las comunidades, ahora sus familias se hacían con las mismas prerrogativas. Ahí es donde encontramos de nuevo a las mujeres utilizando sus actividades y su tecnología, ya no sólo cómo reflejo del cambio, sino como participantes del mismo. A este respecto, resulta curioso observar el desarrollo de una mayor especialización cerámica: diversificación en formas, tamaños, enriquecimiento de la decoración y mejora en la calidad de las pastas. En este caso, podemos hablar de una verdadera transformación y una intencionalidad clara con respecto a la monumentalización de ciertos cacharros, su visibilización²⁰⁰. Así tenemos todo un elenco alfarero asociado al instrumental ceremonial metálico, pero también una continuidad respecto a los tipos no especializados, frente a los cambios que se introducen, por ejemplo, en la vajilla asociada a la presentación de los alimentos, constatándose un auge de las formas abiertas (Cobas y Prieto, 1999). Cuestión que me sugiere una intencionalidad respecto a la presentación culinaria: consumo de alimentos sólidos frente a líquidos, con una mayor visibilización del producto cocinado y la probabilidad de que se esté incorporando a la espacialidad doméstica la ingesta de bienes asociados a la ritualidad pública como la carne de determinados animales (fig.36).

²⁰⁰ No debemos de olvidar, como señala, entre otros, Miguel A. de Blas (2004), que muy probablemente el ajuar se completaba con el uso de utensilios de madera, aún hoy utilizados en ciertas zonas de Asturias, y que podrían asociarse no solo con tradiciones anteriores, sino con la existencia de un ajuar diario y otro para las grandes ocasiones, pero a nivel familiar.



Fragmento de sítula en bronce decorado (Museo de León). Mónica González Santana 2011.



Cerámica de tradición castreña
(Viladonga, Lugo). Fotografía de Marta
Cancio <http://ceres.mcu.es>

Fig.36.Mónica González Santana 2011.

Esta situación, en general, permite proponer la existencia de “nuevos métodos de cocinado y cambios en las prácticas de consumo de alimentos tanto en el desarrollo de la vida diaria, a una escala por tanto doméstica, como en el desarrollo de prácticas de comensalidad” (Sánchez Romero y Aranda, 2005: 82). Las mujeres incorporarían de esta forma el discurso ritual público al desarrollo de la identidad familiar (Hernando, 2002). La comida ya no es una mera cuestión biológica, sino que comienza a considerarse un distintivo social, como demuestran, aunque fuera del ámbito de nuestro estudio, “las diferencias de altura media (1,698 frente a 1,6644 m) entre las tumbas masculinas ricas y tumbas masculinas pobres de las necrópolis austriacas del Bronce Antiguo. Esa diferencia, por el contrario, no es apreciable entre tumbas femeninas ricas y tumbas femeninas pobres lo que demuestra que la diferencia de la calidad en la alimentación va ligada a la categoría, pero también al sexo del individuo” (Ruiz-Gálvez, 1998:131). La aparición de cerámica de importación (griegas, campanienses, ibéricas, etc.) en la mayoría de los castros excavados, véase el caso de la Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001), seguramente esté relacionado con la incorporación a la dieta de productos diferenciadores, situación que se exhibe no solo a través de la presentación en la mesa, sino en la propia capacidad simbólica del contenedor, en este caso la cerámica de importación.

De la misma manera observamos cómo a los motivos decorativos que seguían tradiciones anteriores (reticulados o sogueados, por poner algunos ejemplos) se unieron nuevos temas, que muy bien pudieron responder a las necesidades sociales de diferenciación en relación tanto a las élites como a sus familias. Es decir, los motivos decorativos utilizados en esa primera fase, como vimos, facilitan la creación de una imagen sólida del grupo, diluyendo así la realidad que suponía el afianzamiento de las élites familiares. Un afianzamiento que en la segunda fase ya no se disimula, generando un doble discurso capaz, por un lado, de fortificar la cohesión interna con el resto de la comunidad, y por otro, forjar la creación de vínculos entre las élites de las distintas poblaciones a través de la expresión simbólica compartida de su estatus (Stothter, 2006)²⁰¹. La relación que se establece entre los motivos decorativos cerámicos y la indumentaria atestiguada a través de la escultura o la orfebrería (Balseiro, 2003-2004) podría ponernos sobre la pista de esta doble identidad: como comunidad y como élite (Fig.37 y 38)²⁰². Y es ahí donde encontramos de nuevo a las

²⁰¹ A este respecto, y de nuevo asumiendo las diferencias espacio temporales, Elizabeth Brumfiel planteaba el uso de los mismos motivos decorativos en la cerámica y la indumentaria azteca.

²⁰² No voy a entrar en la polémica suscitada al calor de la temporalidad de dichas estatuas (Redentor, 2009 o Pena Graña, 2001). Lo que me interesa es destacar el carácter de las mismas como transmisoras del poder, y en

mujeres participando activamente en la visibilización de las nuevas identidades. En este sentido, podemos decir, en general, que a través de la indumentaria o del discurso culinario, en todas sus facetas, las féminas incorporaban a la cotidianidad su propia identidad, la de sus familias y la del grupo. Y en esa articulación las mujeres posibilitaron, a través del entramado doméstico, la incorporación cotidiana de la desigualdad.

Nos situamos ante el desarrollo de una nueva realidad, expresada y percibida a través del orden simbólico. Un orden que, como vimos para el caso de la cerámica, supera el marco local pudiendo atestiguar una serie de rasgos comunes que podrían haber funcionado de conexión entre las distintas comunidades. Y son, precisamente, esas conexiones, las, que, considero, pueden ayudarnos a profundizar en la participación de las mujeres como generadoras de redes sociales (familiares, locales o extralocales), a través, entre otras cosas, del cuidado de las nuevas generaciones, la influencia familiar o la emigración gracias a la vía del matrimonio. Redes que, por lo tanto, pueden ayudarnos a comprender en qué medida las féminas debían acoplarse a los requisitos de su familia o la de su marido, sea ésta local o extralocal, conservando o transformando parte de la identidad que con anterioridad la definía o fomentando los lazos creados entre ambas familias o grupos. En definitiva, se trata de demostrar la importancia de la participación femenina en el desarrollo de redes sociales.

el caso que nos ocupa, como muestra de la utilización de una simbología decorativa asociada a los trabajos femeninos.



Fig. 37. Materiales Museo Arqueológico de Asturias. Decoración a base de círculos concéntricos: pieza de torques, enmangues de cuchillo, cerámica decorada y aplique de cinturón. Fotografías Ramiro Menéndez Méndez 2011.

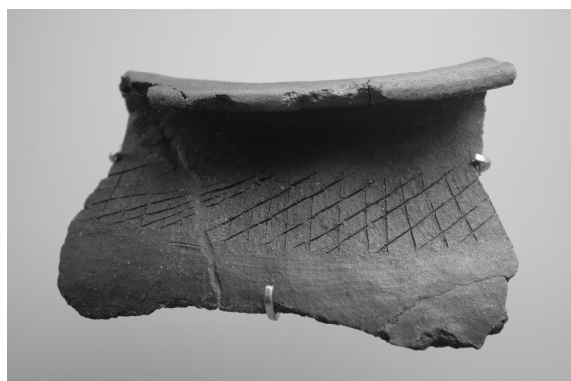


Estatua guerrero de Monte Mozinho
(Portugal)

<http://www.portugalromano.com>



Enmangue en hueso de
cuchillo. Museo Arqueológico
de Asturias. Fotografía Ramiro
Menéndez Méndez 2011.



Fragmento cerámica con decoración
reticulada. Museo Arqueológico de
Asturias. Fotografía Ramiro
Menéndez Méndez 2011.

Fig. 38. Mónica González Santana 2011.

III.B.2. LA INSTRUMENTALIZACIÓN DE LAS MUJERES EN LA GENERACIÓN DE REDES SOCIALES.

En el estudio sobre la transición del Bronce al Hierro en la fachada atlántica de la Península Ibérica, Alicia Perea (2005) planteaba cómo a través de la orfebrería se podía visualizar el desarrollo de dos ámbitos tecnológicos atlánticos al que se sumaría la incursión de la tradición mediterránea. De esta forma, se podían observar “fases de aislamiento, contacto, transmisión y asimilación tecnológica entre los tres centros de producción” (Perea, 2005: 201), que la autora ponía en relación con el afianzamiento de las élites, la conexión y cohesión entre las mismas o los procesos de asimilación de una identidad propia, visible y ostentosa. Se creaba así una “diferenciación intra e intergrupar” (Perea, 2005: 92) como respuesta a las necesidades individuales y del grupo. En relación a esta cuestión, considero que la cerámica y, en general, la realidad material (los tejidos, la orfebrería o la plástica) servirían a los mismos propósitos, articulando la construcción y difusión de redes sociales través del desarrollo de distintas identidades: comunidad, grupo, edad, sexo, etc. (Hernando, 1999). En este sentido, no extraña que en los trabajos de Pepa Rey sobre la cerámica castreña de Galicia (1991), la autora nos muestre, al final de su tesis, la concreción de distintas áreas o territorios en los que se puede apreciar la existencia de rasgos comunes en cuanto a tipología y estilo. De este modo, define cuatro ámbitos: Rías Bajas, Cuenca del Miño, área septentrional y Comarca del Deza, concluyendo cómo a lo largo del tiempo se puede apreciar la extensión, la influencia y la conexión que se establece entre determinadas áreas (Fig.39). Cita como ejemplo el caso de la Comarca de Deza (Pontevedra), área en la que se atestigua una mayor influencia de la zona septentrional, pero que, sin embargo, no parece ajena a la Cuenca del Miño. Quizás podamos hablar de territorios fronterizos, de espacios de transición altamente permeables a las distintas tradiciones en los que las élites y la población actuarían de puente socio-cultural. De la misma manera, y como se puede apreciar en los mapas de distribución de la figura 39, parece que, con el paso del tiempo y al igual que en el caso descrito por Alicia Perea, tenemos una mayor difusión y conexión de las distintas áreas, en especial de las Rías Bajas y la Cuenca del Miño, lo que quizás nos esté indicando esa consolidación e influencia ejercida por las élites sitas en dichos territorios.

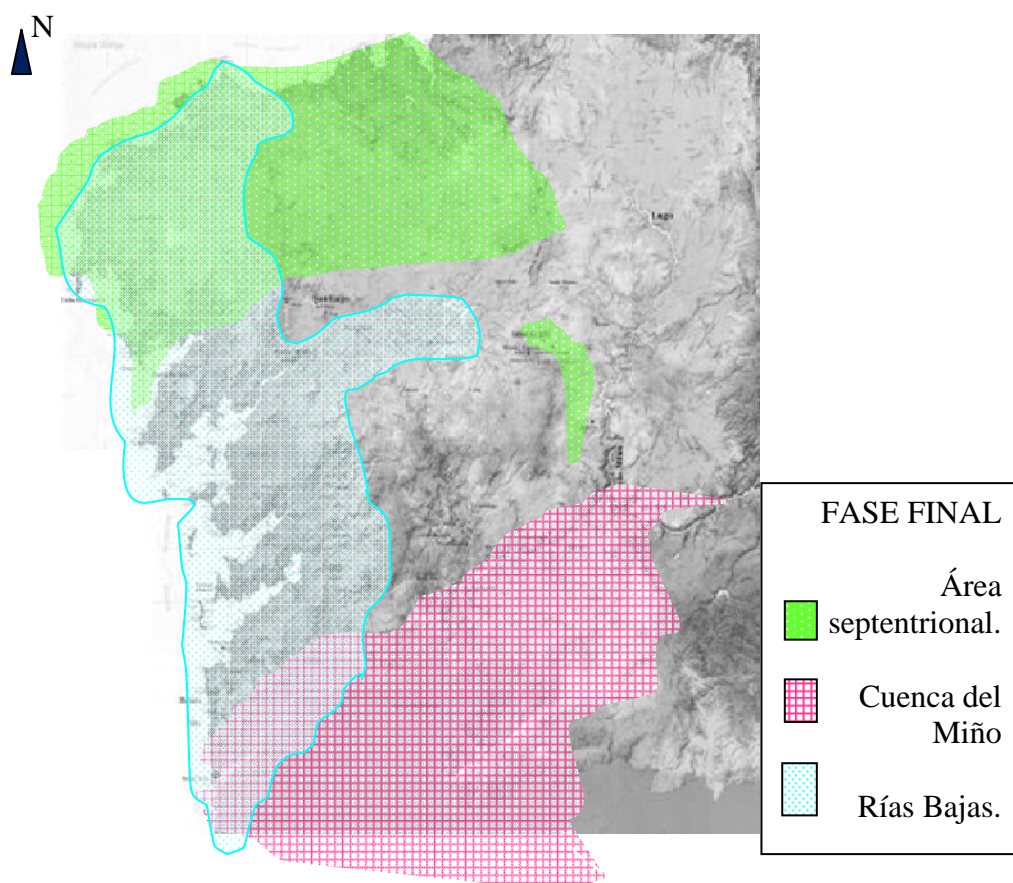
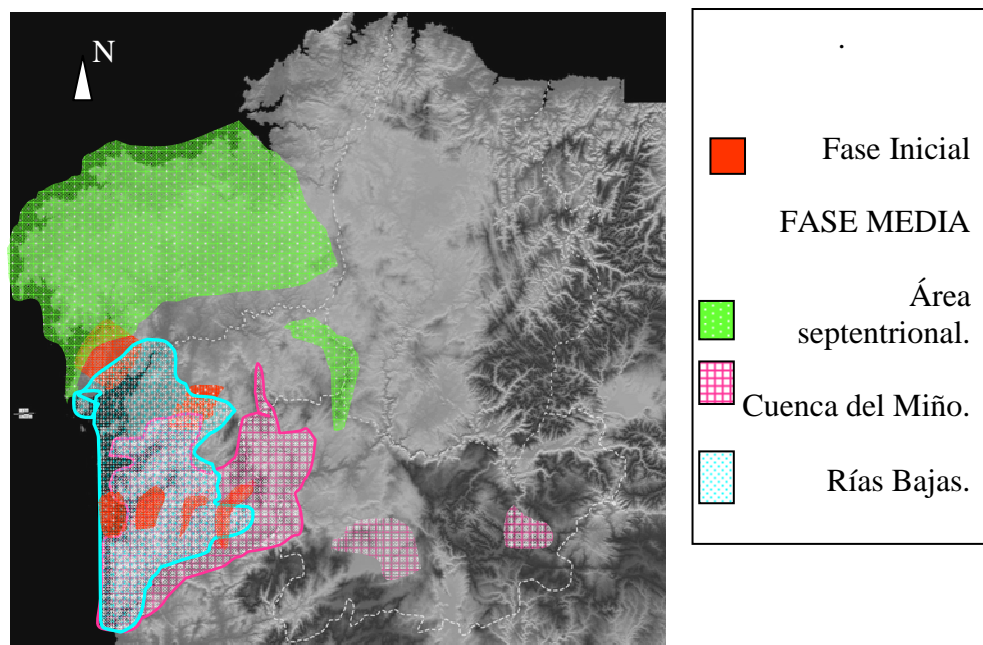


Fig.39. Áreas de distribución cerámica castreña Mónica González Santana 2011.

En este sentido, no resulta extraño encontrar bordes tipo “O Neixón Pequeno” en la Campa Torres, pudiendo reflejar, al igual que la cerámica Tipo Soto, la articulación de esas redes sociales y la conexión que se establecen entre los distintos territorios, a nivel material y humano (Maya y Cuesta, 2000: 171). En relación a lo expuesto, la simbología presente en la cerámica o en la indumentaria actuaría como elemento transmisor de una ideología capaz de diferenciar y a la vez de identificar. De esta forma las personas se reconocerían, entre otras cosas, en función del sexo, la comunidad en la que se integran, y la pertenencia o no a las familias de las élites dirigentes.

En otro orden de cosas, ya había mencionado como en los procesos de asimilación de una identidad diferenciada se hacía totalmente necesario la visibilización y la ostentación de la misma. Ahora bien, estos dos factores necesitan a su vez de un discurso simbólico comprensible para todos los grupos sociales. Se trataba de lanzar un mensaje claro, que debía interpretado y percibido por toda la población: la diferencia justifica la desigualdad, ya sea de rango, sexo o edad. Y es ahí donde quizás podamos reconocer la creación de una simbología masculina y femenina aplicada a la vida cotidiana a través, entre otras cosas, de la indumentaria o la cerámica. En este sentido, y salvando las distancias, podemos tomar como ejemplo la iconografía presente, por un lado, en las copas destinadas al ceremonial masculino del *symposion*, y por otro, las representaciones aparecidas en la cerámica cotidiana de uso femenino (Santana, 2010).



Fig.40. A la izquierda crátera de campana. Técnica de figuras rojas. Ática. Pintor Nicias, 420 a.C. Cuatro simposiastas una flautista. Museo Arqueológico Nacional de Madrid. (Mónica G. Santana, 2011). A la derecha lekythos. Técnica de figuras negras. Ática. Pintor Amasis, 550-530 a.C. Escena de la vida cotidiana con mujeres hilando. <http://www.ejemplos10.com/e/lekythos/>

De nuevo nos encontramos con dos ámbitos, el de la excelencia masculina y el de la cotidianidad femenina. Precisamente será ese carácter cotidiano el que refuerce la capacidad de portar significado (Cobas en Tortosa y Santos, eds., 2003), incidiendo, en este caso, en la diferenciación de sexos. Para el caso que nos ocupa, observamos esa misma capacidad, entre otras cosas, en la representación estatuarial galaico-lusitana (Höck, 1999). Así tenemos, una serie de figuras pétreas masculinas caracterizadas por la utilización de barba y bigote, de *caetra* y casco en los casos de Sanfins o Capeludas. Por la exhibición de puñales, espadas y cinturones. De torques y brazaletes²⁰³. De una especie de *sagum* o sayo de una pieza, o en su defecto, de una camisa de manga corta que, a veces, presenta restos de variadas decoraciones (Campos de Meixedo, Portugal) y escote en “V”. El conjunto se completa con una falda corta que, en ocasiones, cuenta con la presencia de restos de decoración reticulada o losángica (Lezenho o Viana, Portugal)²⁰⁴. No voy a entrar en la problemática de si este tipo de indumentaria nos permite hablar o no de instituciones guerreras célticas (Pena, 2006). Lo que me interesa resaltar es la capacidad de comunicar, a través de las distintas combinaciones, la existencia de una identidad, en este caso, la de los hombres-defensores pertenecientes a las élites (Laia Colomer, en Colomer, González Marcén, Montón y Picazo, 1999). Y en esa capacidad, las mujeres tuvieron mucho que ver, no solo por su calidad de elaboradoras del mensaje, sino por la habilidad técnica adquirida, dado que este tipo de entramado decorativo se hizo posible gracias a la introducción de la lanzadera y el telar vertical (Cáceres, 1997). Finalmente, a este tipo de representaciones vendría a oponerse la estatuarial femenina sedente, portando como único atavío un torques (González Ruibal, 2004). En ambos casos observamos la utilización del torques como elemento que vendría a definir la pertenencia a la élite. La diferenciación residiría pues en el instrumental guerrero y la actitud, los hombres erguidos y las mujeres sentadas. Un tipo de iconografía que, pese a las distancias, encontramos en la misma representación de Hermes y Hestia. Una “pareja”

²⁰³ Del uso de torques y brazaletes también se hace referencia en la documentación clásica, en este caso he escogido un pasaje de las *Noches Áticas* de Aulo Gelio, en el que describe cómo se ganó Tito Manlio el *cognomen* de “Torcuato”: “*Verba Q. Claudii, quibus pugna ista depicta est, adscripsi: "Cum interim Gallus quidam nudus praeter scutum et gladios duos torque atque armillis decoratus processit, qui et viribus et magnitudine et adulescentia simulque virtute ceteris antistabat. Is maxime proelio commoto atque utrisque summo studio pugnantibus manu significare coepit utrisque, quiescerent. Pugnae facta pausa est. Extemplo silentio facto cum voce maxima conclamat, si quis secum depugnare vellet, uti prodiret. Nemo audebat propter magnitudinem atque inmanitatem facies. Deinde Gallus inridere coepit atque linguam exsertare"* (Noctes Atticae, IX, XIII).

²⁰⁴ Probablemente estemos ante la indumentaria portada por los guerreros durante el periodo estival, época utilizada para las incursiones militares. Quizás el conjunto se complementaria con la utilización de calzones y capas y, en general, ropa de abrigo de cara a las estaciones más frías. Una imagen parecida la podemos encontrar en la descripción que Diodoro Sículo hace de los galos (*Hist.Mund.V.28,30*).

que vendría a representar la movilidad masculina que requiere la vida pública y la estabilidad femenina que se asocia con la vida dedicada al hogar (González Santana, 2010).

Pero no sólo en los restos arqueológicos podemos intentar atisbar esa diferenciación por géneros, a este respecto resulta curiosa la imagen que los autores clásicos proporcionan sobre las poblaciones sitas en los limes del Imperio. Dentro de la homogeneidad que supone la creación de un relato de “autoafirmación cultural”, la incorporación del mito y la “retórica de la alteridad”, como medios de comparación entre lo “civilizado” y lo “bárbaro”, suponen, como ya dije anteriormente, la recreación de un universo ajustado a una imagen que, con escasas variaciones, define a “los otros”. De esta forma, se procede a la comparación entre lo que se considera positivo (lo propio) y lo que se considera negativo (lo otro). Sabiendo esto, no resulta extraño encontrar un poso común a las descripciones realizadas sobre galos, lusitanos, cántabros o germanos²⁰⁵. Ahora bien, dentro de esa homogeneidad encontramos además otro punto en común, la diferenciación expresa que hacen los autores entre la indumentaria masculina y la vestimenta femenina. Estrabón, por ejemplo, alude al uso de túnicas negras por parte de los hombres y de vestidos y trajes floreados para las mujeres (Geografía, 3,3,7). De esta forma, la apariencia personal se convierte en un marcador de género, contribuyendo al desarrollo de una identidad propia. Si además asumimos, por lo visto hasta el momento, la existencia de élites familiares, hemos de pensar que, en la realidad material de la ostentación, ciertas mujeres aunaron su identidad de género con la de la pertenencia a la élite. De ahí que, como ya vimos, encontremos en estatuas femeninas como la de Briteiros (González Ruibal, 2004) o en la literatura clásica referencias al uso, por parte de ciertas mujeres, de adornos utilizados también por los hombres: torques (Dión Casio, Roman History, LXII, 2). Probablemente podamos ver en este uso una reformulación del discurso masculino, incorporando para ello una simbología que las identificara como miembros de la élite.

²⁰⁵ Los distintos autores, de una forma más o menos moderada, se hacen eco del salvajismo en el que viven todas estas poblaciones. Así César muestra a unos galos supersticiosos en extremo, rodeados por la incertidumbre que supone la cercanía de los germanos, pueblo belicoso que vive fuera del orden civilizado que aporta la agricultura y la ganadería (*La Guerra de las Galias, Libro VI*). Presenta, a su vez, Justino a los hombres galaicos incapaces de conjugar la guerra y el pillaje con el cultivo de los campos. Las mujeres ocupan así un espacio vetado para ellas en la mentalidad clásica (*Epítome, 44,3,7*). De la misma manera presenta Estrabón a los habitantes del Norte Peninsular como bárbaros supersticiosos e inapetentes, ocupados únicamente en la satisfacción de sus instintos más básicos (*Geografía, 3,4,16*). Se muestra Tácito más propenso al relato del “buen salvaje”, ofreciendo una imagen dulcificada de su ociosidad a favor del trabajo femenino que, sin embargo, se veía compensada por lo estricto del respeto a las leyes matrimoniales y la especial dedicación de las mujeres para con sus labores maternas. Este “amable” retrato serviría a Tácito para la verdadera denuncia: la vida libertina en la que había caído la mayoría de la aristocracia romana, en especial, sus mujeres (*De las costumbres, sitios y pueblos de Germania, XV- XVIII*).

Hemos de recordar como la imagen en la protohistoria se utiliza como “instrumento de propaganda de la élite de la comunidad que nos muestra cambios religiosos y sociales, y que la imagen actúa como un espejo parcial y sesgado si queremos, pero que cumple su función de reflejar algunos aspectos de la sociedad” (Tortosa, 2006: 67-68). De ahí, que las semejanzas que, como vimos, se pueden establecer entre ciertos adornos personales, la vestimenta y la decoración presente en la cerámica, nos pone de nuevo sobre la pista de la creación de todo un entramado simbólico destinado a dar cobertura al afianzamiento, por un lado, de las desigualdades de género, y por otro, de las élites y sus redes sociales. Una consolidación que parte tanto de la acumulación de capital simbólico (Bourdieu, 1986) como de la capacidad de transmitir ese capital a través del aprendizaje y la socialización de las nuevas generaciones (Sánchez Romero, 2007). Nos encontramos, de esta forma, ante una cuestión crucial para el conocimiento de las mujeres: su faceta como madres –socialización de las nuevas generaciones-, y su participación activa en la creación de redes sociales, a través, entre otras cosas, de la emigración o la inmigración, como esposas, hijas, madres o hermanas. En ese sentido los textos clásicos pueden ayudarnos a comprender, en esencia, la importancia de las mujeres en el afianzamiento de los lazos inter e intra comunitarios.

“Cosas como ésta podrían, pues, servir como ejemplos de cierta rudeza en las costumbres; pero otras, quizá poco civilizadas, no son sin embargo salvajes, como el hecho de que entre los cántabros los maridos entreguen dotes a sus mujeres, que sean las hijas las que queden como herederas y que los hermanos sean entregados por ellas a sus esposas; porque poseen una especie de ginecocracia, y esto no es del todo civilizado”.

[Estrabón, *Geografía*, III, 18).

En el texto anterior y en consonancia con lo visto hasta el momento respecto a la noticias sobre Iberia vertidas por Estrabón, observamos, de nuevo, una clara inversión de roles y espacios destinados a enfatizar la oposición que se establece entre las prácticas sociales familiares clásicas y las bárbaras. De esta forma, si “la organización familiar romana se circunscribe en torno a la posición de poder que respecto a todos los miembros de la familia ocupa el padre” (Lázaro, 2002: 178), en el esquema bárbaro, serán las mujeres las que ocupen ese lugar privilegiado. Así, según el autor, serán ellas las que casen a sus hermanos, manejando de esta forma las relaciones políticas y económicas que acompañan a los matrimonios. Además el hombre se convertirá en el portador de la dote, lo que refuerza la idea del carácter intercambiable y móvil de los varones, frente a la movilidad matrimonial femenina del mundo clásico (González Santana, 2010). Situación que, como vimos, vendría a contradecir la propia estatutaria galaica. En este orden de cosas, se alude, finalmente, al hecho de que las mujeres fuesen las únicas beneficiarias de la herencia familiar.

Pero el relato no solo se sustenta en la inversión de roles, sino en la ambigüedad que genera la creación de un discurso basado en las ausencias²⁰⁶. En ese sentido, hemos de tener en cuenta que la constitución de las mujeres como herederas no suponía una situación insólita en el horizonte clásico (Lázaro, 2002). Ahora bien, hacer que los varones permanezcan convenientemente ausentes, permite a la mentalidad clásica cubrir ese vacío con la categorización de las mujeres como únicas herederas²⁰⁷. De la misma manera, el hecho de que sea el hombre el que entregue la dote a su futura mujer podría ponernos sobre la pista de la existencia de una dote indirecta, de una especie de retribución a la familia de la novia o del *pretium* de las leyes anglosajonas (Goody, 2009:229)²⁰⁸. De este modo, con la ausencia de toda mención a este tipo de transferencias matrimoniales se consigue ceder de nuevo el protagonismo al carácter móvil de los varones. En definitiva, las mujeres asumirían, para Estrabón, el poder y el control sobre las relaciones sociales que acompañan los matrimonios, casando a sus hermanos. Como en otras ocasiones, el geógrafo de Amasia divide el texto en dos partes: la noticia -posibilidad de las mujeres de influir en los matrimonios- y la interpretación que hace de la misma -la posibilidad se convierte en norma-. De esta forma, y como veremos a continuación, a pesar de la intencionalidad del texto, el poso de realidad que acumula la noticia puede sacarse a la luz, a través del análisis de otras fuentes.

Así las cosas, cuando hablaba de la creación de un entramado simbólico inter e intragrupal, hacía referencia a la más que posible articulación de lazos sociales que superarían el mero intercambio material, demandando la circulación de personas que, de una forma temporal o permanente, contribuirían a la diversificación y remodelación de esos lazos socio-culturales. En ese sentido, hemos de tener en cuenta que estamos ante una agricultura de arado que ha conseguido cultivar parcelas más extensas, incrementando así la productividad de las tierras y con ello, aumentando no solo la densidad de población, sino la presión sobre las mejores tierras (Parcero, 2000). De ahí la importancia de los protectores dentro del dominio territorial. En relación a esto y a las noticias vertidas por Estrabón,

²⁰⁶ En ese sentido y como apunta Marco Virgilio García, los textos creados por Estrabón se componen de dos partes. “Por un lado una noticia en principio fiable seguida por una explicación formada por un discurso de carácter etnocéntrico, con el que Estrabón pretende convencer a sus lectores de la bondad y la pertinencia de la presencia romana en el Noroeste hispano” (2002: 16). Un carácter, el etnocéntrico al que yo añadiría el de androcéntrico.

²⁰⁷ Sobre la herencia de los pueblos del norte, véase Marco Virgilio García Quintela (1999, 270-291).

²⁰⁸ Para el caso de los germanos, Tácito comenta como es el marido el que entrega la dote (*dos*), para seguidamente señalar como la novia entrega al futuro marido cierta cantidad de armas. Estamos, pues, ante un intercambio de bienes que la pareja ha de procurar mantener, dado que lo que se ha transmitido a la mujer ha de permanecer intacto de cara a su hijo, dado que éste deberá a su vez “dotar” a su futura mujer (Tácito, *Germania*, XVIII).

podemos apuntar, siguiendo los trabajos realizados por Jack Goody (2009), hacia la posible existencia de un modelo de reproducción social familiar en el que la transmisión de derechos se establece a partir de tres fórmulas:

TRANSMISIÓN DE DERECHOS	SISTEMA
Pertenencia al grupo (filiación)	Cognaticio
De cargos (sucesión)	Patrilineal
De bienes (herencia)	Linaje atenuado

Fig. Mónica González Santana (2011).

Siguiendo este esquema, el género emerge como factor clave para entender el destino de las nuevas generaciones. De este modo, la filiación cognaticia favorecería el establecimiento de lazos familiares a nivel materno y paterno. Ahora bien, el carácter patrilineal, en cuanto a la sucesión, favorecería, entre otras cosas, la patrilocalidad y con ello el intercambio de mujeres. De esta forma se aseguraba, además, la circulación de los bienes asociados a las mismas, dentro de ese sistema de “linaje atenuado” (Robichaux, 2001). De ahí la importancia de las féminas como reproductoras de derechos. Esta situación las convierte en piezas clave de los arreglos matrimoniales, lo que hará que, según Marisa Ruiz-Gálvez, “se controle celosamente su virginidad prematrimonial y que la endogamia sea una

práctica frecuente entre las familias terratenientes” (1992: 221). Sobre este último aspecto apuntado por Marisa Ruiz-Gálvez en relación a las familias terratenientes, hemos de tener en cuenta la imposibilidad de apuntar hacia una verdadera posesión de la tierra a nivel individual o familiar, y con ello, de un sistema hereditario de la misma en los primeros momentos de conformación de la cultura castreña. Ahora bien, esta situación no nos impide hablar de la transmisión de derechos (filiación y sucesión), de la capacidad que el poder masculino posee de cara a la redistribución de los bienes (agrícolas o ganaderos, entre otros) y la fuerza de trabajo, o de la acumulación de bienes muebles (herencia de armas o joyas, entre otros). En ese sentido, lo visto a nivel material, respecto a la circulación de determinados bienes (Prieto, 1996), nos permite entrever, precisamente, las estrategias utilizadas de cara a la consolidación de esos derechos. Y en ese fortalecimiento, el sistema matrimonial y las relaciones familiares convertían a las mujeres en el eje a través del cual se procuraba la perpetuación del sistema de privilegios familiar a nivel intercomunitario e intracomunitario; es decir, la permanencia en el poder sobre el territorio y la comunidad y sobre los lazos sociales creados con otras comunidades²⁰⁹. La importancia de las mujeres quedaba, así, ligada a la capacidad de las mismas como portadoras de bienes y reproductoras de derechos²¹⁰. De ahí que el mantenimiento de los lazos entre las familias a nivel materno y paterno, obrase como fundamental de cara a la consolidación, en el tiempo y en el espacio, de las élites familiares.

La hipótesis planteada por Jack Goody sobre la dote, la bilateralidad y cognaticidad en los pueblos germanos (Goody, 2009) -situación que haría extensible a los galos, dadas las noticias emitidas por Julio César (Guerra de las Galias, VI, 19), y el hecho de que Estrabón apunte sobre los montañeses del norte que se “casan igual que los griegos” (Geografía, III, 7)²¹¹, podría ayudarnos a entender la orquestación de un sistema en el que el matrimonio y el intercambio de mujeres se convirtieron en una de las mejores estrategias de cara a la consolidación y el mantenimiento de una determinada posición en el entramado de las relaciones de poder. De ahí la importancia de la transmisión de cargos y, por lo tanto, la

²⁰⁹ Quizás en este tipo de intercambios podamos observar una fórmula más en la creación de movimientos a “larga distancia y la adopción de un *ethos* aristocrático sustentado en elemento materiales y prácticas sociales semejantes a lo largo de la fachada atlántica” (González Ruibal, 2006: 130).

²¹⁰ A este respecto resulta curiosa la situación que se describe en la epopeya irlandesa “Tain bo Cualnge”, donde la pareja matrimonial formada por Medb y Aillil caen en el enfrentamiento y la rivalidad a causa de la comparación de las riquezas que cada uno aportaba al matrimonio. Lo que quiero resaltar, con este pasaje, es la importancia que adquieren las mujeres como nexo de unión en un sistema en el que el engranaje se basa en la creación de redes sociales estables.

²¹¹ Pese a no saber, concretamente, a qué se está refiriendo Estrabón. Podemos considerar más que probable, teniendo en cuenta lo que comentamos sobre el texto con el que comenzábamos este último apartado, que el geógrafo de Amasia se esté refiriendo a la monogamia y no a las costumbres rituales.

fuerza simbólica que proporcionan los derechos transmitidos, en este caso, por el padre. Situación que la epigrafía, salvando las distancias temporales, parece confirmar. A este respecto resulta esclarecedor el análisis de las lápidas funerarias vadinienses de Asturias y León.

Antes de continuar, hemos de tener en cuenta el carácter parcial de la propia documentación epigráfica, dado que no todas las personas accedían o se identificaban con este tipo de manifestaciones funerarias y, por supuesto, no todos los epitafios realizados han llegado a nuestras manos (García Martínez, 2002). Sabiendo esto, en el siguiente gráfico se puede apreciar lo que parece un cambio en la orientación del ritual funerario.

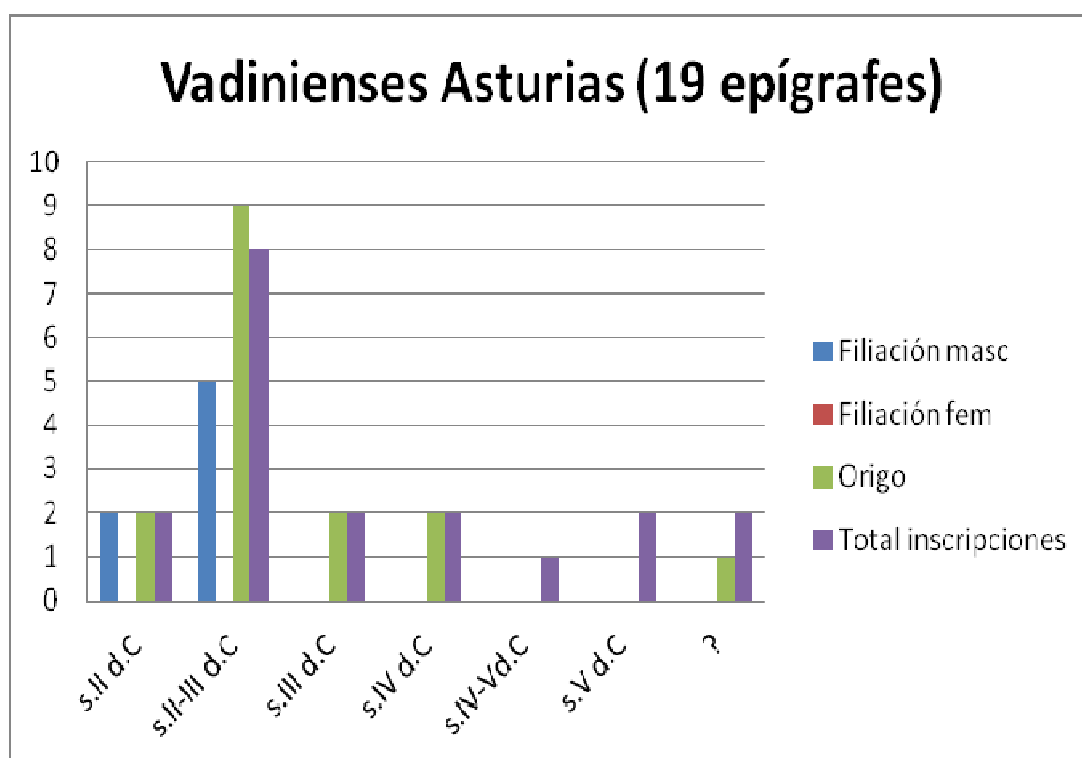


Fig 37. Mónica González Santana (2011)²¹²

De esta forma, si en un principio se hace mención al origen y la filiación masculina, con el paso del tiempo tales referencias, parece, dejan de utilizarse. Ahora bien, el escaso número de epígrafes rescatados obliga a la prudencia ante tales consideraciones, lo que me ha llevado a ampliar el estudio hacia la zona vadiniense de León.

²¹² Sobre las lápidas estudiadas *vid* anexo II.

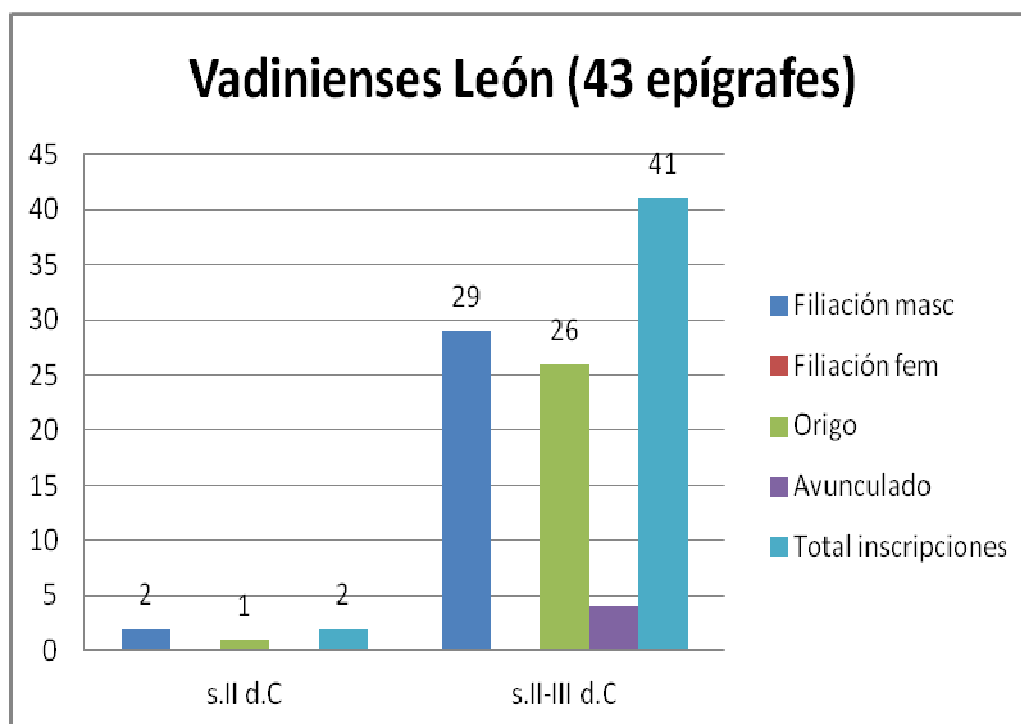


Fig.38. Mónica González Santana (2011)²¹³.

En el gráfico anterior podemos observar un grupo bastante equilibrado, en función de la importancia que se da tanto a la mención de la filiación paterna como al origen. Esta situación vendría a encajar con lo visto en la zona asturiana, dejando constancia de la importancia que suponía para estas poblaciones tanto el parentesco como la pertenencia a un determinado territorio social y cultural. Respecto a la aparición de la figura del *avunculus* en cuatro inscripciones, ésta vendría a reforzar la idea del mantenimiento de un sistema cognaticio en relación a los derechos de pertenencia de los nuevos individuos a los grupos familiares materno y paterno. De esta forma, se favorecería, además, la creación de vínculos a nivel intercomunitario. Otro aspecto a destacar es la onomástica que presentan estos cuatro epígrafes: los tíos maternos aparecen con nombre latino frente a sobrinos y padres que mantienen una onomástica indígena. Quizás podamos observar aquí el despliegue de lazos sociales creados a través de los acuerdos matrimoniales, bajo la necesidad que hubieron de tener muchas familias poderosas de emparentar o consolidar relaciones con aquellas que mantenían contactos más directos con Roma. Lo que me interesa destacar de este pequeño

²¹³ Sobre las lápidas estudiadas *vid* anexo II.

recorrido epigráfico es, precisamente, el carácter cognaticio y patrilineal que presentan en cuanto a la transmisión de derechos filiales y sucesorios, respectivamente.

En general, la epigrafía funeraria parece apuntar hacia la existencia de un sistema en el que los lazos familiares y comunitarios, a nivel territorial, se establecen a través de un sistema “ginecomóvil”, lo que contribuye a dar sentido a la “importancia social de las mujeres” (Fernández Mata, 2002: 42). Ellas, en su faceta de portadoras de bienes y derechos, complementarían el carácter depositario de los varones. Unas transmiten y otros asumen esos derechos. En ese sentido, resulta reveladora la noticia dada por Estrabón, a propósito de la costumbre por la cual las mujeres, una vez que han dado a luz, ceden el lecho a sus maridos (*Geografía*, III, 17). Me estoy refiriendo a la *coovada*, práctica que ha servido a la Historia Tradicional para justificar, no tanto la pervivencia de sociedades ginecocráticas como la existencia de una serie de pueblos en los que el patriarcado aún no había asentado sus bases, pudiendo rastrearse ciertas actitudes o rituales que podrían considerarse pseudomatriarcales o matrilineales (Iriarte, 2002). De nuevo nos encontramos ante la creación de un relato de inversión en el que se pasa de la noticia a la interpretación (González Santana, 2009). Estrabón no cuestiona el hecho de que sean los varones los que reconocen socialmente a los nuevos miembros, lo que hace es denunciar el modo en el que no lo hacen, porque se opone abiertamente a la costumbre romana por la que el *pater familias* expone públicamente a sus descendientes, aceptándolos y reconociéndolos socialmente²¹⁴. Por eso, se articula un discurso en el que el padre permanece en el ámbito doméstico, mientras la madre sale al espacio público, y más, si tenemos en cuenta que, entre los cántabros, éstas dan a luz, con frecuencia, “en plena labor” (Estrabón, *Geografía*, III, 17): de esta manera los hombres reconocerían en “privado” la legitimidad de sus descendientes. En contraposición, la mujer, una vez ha dado a luz, vuelve al terreno “exterior”, al campo, cuidando de su marido y de su prole²¹⁵. Dejando a un lado esta

²¹⁴ En realidad no creo que ambas costumbres sean realmente opuestas, sino que constituirían distintas estrategias con una misma finalidad, el reconocimiento social, por parte del varón, de la descendencia. En cuanto al poder del *pater familias* con respecto a los descendientes, utilizando las palabras de M^a Carmen Lázaro “el primer poder que tenía el <<*pater familias*>> era el de exponer a sus descendientes dado que era necesario, en el momento del nacimiento, que el padre realizara un acto de aceptación del hijo o hija que acababa de nacer, en concreto, debía recogerlo del suelo- *tollere o suscipere liberos*-y declarar que era su descendiente, no obstante, si era de sexo femenino, no bastaba con recogerla del suelo, sino que el padre debía ordenar explícitamente que se le amamantara-*alere iubere*-.”(2002, 180-181).

²¹⁵ La generalización de costumbres entre los pueblos bárbaros, es una constante en los autores griegos, en el caso de Estrabón y lo referente al hecho de que las mujeres bañaran a los recién nacidos en los ríos (Texto 3.2,

cuestiones, lo que me interesa destacar de la *coo-vada* es que, ante todo, se trata de un “rito de adscripción al patrilineaje, reconciliando en definitiva, los riesgos del tipo de vida masculino y la defensa de la gran familia- dado que podría ser practicado incluso por un varón distinto del progenitor- por tanto un rito de inicio vital, el simbólico nacimiento del nuevo vástago a la estructura familiar, por vía masculina” (Fernández Mata, 2002: 4). La finalidad de ambas costumbres va a ser el reconocimiento social de los hijos o hijas por parte del hombre. Se genera así un sistema en el que las mujeres transmiten y los varones consolidan. De nuevo, hemos considerar que las nuevas generaciones no solo heredarían una realidad material concreta, sino los vínculos que determinarían su posición en el mundo, ya sean estos de clase, edad o género, por poner algunos ejemplos. De esta forma, la transmisión y reconocimiento de la integración familiar y comunitaria vía filiación, sucesión y herencia dependerá en gran medida, de la socialización y desarrollo identitario de las nuevas generaciones (Hernando, 1999; Sanahuja, 2002).

anexo documental) no se diferencia mucho de la noticia dada por Aristóteles respecto a los celtas “por ello para muchos de los bárbaros es costumbre, entre unos, bañar a los que nacen en un río frío, y , entre otros, envolverlos en poco abrigo, como entre los celtas” (Pol 1336 a 18).

HIJAS, HERMANAS, ESPOSAS Y MADRES. LA SOCIALIZACIÓN DE LAS NUEVAS GENERACIONES.

Hasta ahora hemos venido considerando la instrumentalización de las mujeres y su importancia como transmisoras de derechos y vínculos. De esta forma, observábamos la creación de un entramado social destinado a afianzar las relaciones de poder que se habían ido articulando, entre otras cosas, en función del género. Sabiendo esto, se hace necesario profundizar en ese entramado social, a través, entre otras cosas, del análisis de las posibles prácticas de socialización y construcción de identidades sexuadas (Sánchez Romero, 2006).

Mediante el aprendizaje y los procesos de socialización, los individuos infantiles comienzan a adquirir todo un conglomerado de prácticas sociales que conformarán su identidad adulta. Este proceso tiene lugar a través de la puesta en marcha de lo que Pierre Bourdieu (2000) llama la adquisición de *habitus* y *hexis*; es decir, la manera en la que, guiados, inconscientemente, por las normas socioculturales, obramos, sentimos, pensamos, percibimos y actuamos sobre el mundo. El *hexis*, por su parte, vendría a señalar la influencia a nivel corporal y material del *habitus*. Teniendo todo esto en cuenta, quizás la documentación arqueológica pueda arrojar algo de luz a los procesos de socialización de los individuos infantiles.

Ya hemos considerado cómo la edad, el estatus y el género influían de manera fundamental en la posición social de cada individuo, y, en el acceso a dicha posición, los ritos de paso hubieron de constituir el momento crucial en el que se ponían a prueba la formación, el *habitus* y el *hexis* adquiridos. En este sentido, las competiciones gimnásticas a las que hace referencia Estrabón (*Geografía*, III, 7) podían ponernos sobre la pista no sólo de los procesos de formación de los futuros guerreros, sino en la ostentación pública de este tipo de manifestaciones. De igual manera, y como ya se mencionó, la conocida como Diadema de Moñes podría estar escenificando tanto el tránsito al Más Allá (la muerte del guerrero), como el paso a la edad adulta: el niño que muere para nacer convertido en guerrero (Marco Simón, 1994). Una simbología que podemos rastrear en uno de los paneles del famoso caldero de Gundestrup, en el que el dios Teutatis va metiendo a los infantes en un caldero, obrándose el milagro que los transformará en verdaderos caballeros. Esta imagen recuerda a las ya mencionadas fratrias de jóvenes guerreros, de los que habla César en *La Guerra de las Galias*, y que vivirían al margen de la sociedad, para posteriormente

integrarse, a través, entre otros rituales, de los banquetes. Lo que me interesa es que en esta sucesión de escenas, los participantes se encuentran arropados por el grupo de los iguales: los protectores. Quizás podamos intuir, en esa situación, “los orígenes de lo que en la Segunda Edad del Hierro será el tipo de combate y de formaciones guerreras transmitido por las fuentes clásicas para el siglo II a.C. en Lusitania, en las cuales prima el grupo y la camaradería por encima de la individualidad de los jefes -o más bien, por encima de la representación de prestigio individual” (González Ruibal, 2006: 225). En este sentido, el desarrollo de las élites familiares probablemente haya incidido en el decaimiento de los roles individuales.

En cualquier caso, cabe destacar el carácter socializador de este tipo de actividades rituales antes, durante y después de su desarrollo; es decir, en el día a día, lo cual supone un continuo aprendizaje que, consciente e inconscientemente, se asume como parte del entrenamiento a la vida adulta. Precisamente, es ahí donde encontramos que esa socialización mantiene una clara diferencia en función del sexo, a través de la indumentaria, los trabajos y los espacios, entre otros. Y en esa diferenciación, las mujeres participaron activamente en su papel de transmisoras y receptoras. Un ejemplo de esta participación lo tenemos en la tecnología cerámica, para ello, observábamos al respecto el desarrollo y los cambios que habían tenido lugar en la decoración a lo largo de la primera mitad del I milenio a.C. Sin caer en la reiteración de lo ya dicho, resulta sumamente interesante observar cómo a finales del bronce, los esquemas decorativos presentes en el metal, la orfebrería y la cerámica, presentan un estilo parcelado, situación que irá cambiando conforme avanza el Hierro (Fig.39).

BRONCE FINAL Estilo parcelado		II EDAD DEL HIERRO Estilo fusionado
MATERIAL	DECORACIÓN	
Metal	Estriada	
Cerámica	Geométrica	
Orfebrería	Circular	
DECORACIÓN COMÚN: dientes de lobo.		

Fig.39 Mónica González Santana (2011).

Autores como Alfredo González Ruibal (2006) hablan de una especie de democratización de los estilos decorativos. En ese sentido, sugiere como la temática decorativa cerámica que trasciende en el tiempo y en el espacio sería la “menos vinculada a la élite” (Ruibal, 2006: 228). De la misma manera, apunta hacia la asociación que, según él, se establece entre la tecnología masculina y la élite. Dejando a un lado este tipo de consideraciones, lo que realmente me interesa es la probabilidad de observar, precisamente, en esa supuesta democratización de la tecnología cerámica, la creación de un discurso simbólico en el que las mujeres trataron de visibilizar y aunar un doble mensaje aparentemente contradictorio: el reforzamiento de los lazos comunales y la consolidación de las élites familiares. Un mensaje discordante que, sin embargo, supieron manejar a través de la puesta en escena del día a día (Bourdieu, 1988). De esta forma, se creaba, por un lado, un modelo de ficción comunal, con estilos decorativos asociados a la identidad grupal y, por otro, un modelo de cotidianidad del poder, en el que los estilos decorativos asociados a la élite, comienzan a reproducirse fuera de los objetos de prestigio. Se concretaba, así, una buena política del disimulo en la que las alfareras iban a participar activamente (Balandier, 1994). Esa serie de medidas conectarían con la creación de un ambiente socializador en el que las nuevas generaciones asumían, por un lado, la pertenencia al grupo y por otro la pertenencia a un determinado extracto social (Barceló, 2006). Situación que me obliga a considerar la posibilidad de observar, tanto en la tecnología masculina como en la femenina,

una verdadera participación en la imposición y disimulo de las relaciones de fuerza (Foucault, 1999).

Al hilo de lo expuesto, cuando hablábamos del desarrollo de una geografía alfarera en la que se apreciaban áreas con semejanzas tipológicas y estilísticas, espacios de tránsito y/o zonas de influencia, observábamos, a su vez, un mapa de situación parecido al planteado por Alicia Perea (2006) para la orfebrería. De esta forma argumentaba la posibilidad de observar, en estas áreas, la creación de distintas redes sociales. Pues bien, si tenemos en cuenta la instrumentalización femenina, su vinculación con la tecnología cerámica y la creación de redes sociales, podemos considerar, más que factible, que no sólo la circulación comercial o la simple imitación estén detrás de la creación de esas áreas alfareras. Hemos de valorar también la posibilidad de que una mujer cuando se casa y se traslada de hogar, puede influir en el desarrollo tecnológico de la familia o la comunidad de adopción, manteniendo y adaptando tradiciones y porque no, también innovando. Sabiendo esto, no parece tan descabellado pensar en la contribución femenina, vía emigración, a los cambios e intercambios socio-culturales. De la misma manera, la circulación de mujeres, vía matrimonio, hubo de influir notablemente en la propia socialización femenina. Una socialización en la que influiría también el status social de las principiantes. De esta forma, las mujeres inmersas en el *ethos* aristocrático del que hablaba Alfredo González Ruibal (2006), seguramente, recibirían una formación diferenciada en relación a su más que posible destino fuera de comunidad. Una situación que las obligaría a asumir una identidad “nómada” como medida de adaptación a su futura situación (Braidotti, 2000). Probablemente, esto provocaría que el aprendizaje se centrara tanto en la destreza de las actividades propias de su sexo, como en la temprana instrucción en los manejos del capital simbólico que la identificaba dentro de un sexo, una familia, una comunidad y una red social supralocal.

En esencia, la socialización de las mujeres, independientemente de su status, hubo de plantearse desde la movilidad. Este destino, hacia lo exterior, repercutiría no solo en las mujeres, sus familias y /o comunidades emisoras, sino también en las receptoras. En ese sentido, la nueva integrante, en su faceta de esposa y madre, influiría activamente en el día a día, a través, entre otras cosas, de la socialización de los individuos infantiles. La cotidianidad y la participación activa de estas mujeres en el mantenimiento de la vida social, puede ponernos sobre la pista del estudio, entre otras cosas, de aquellas cerámicas que bien pudieron utilizarse como juguete, o como ensayos en los procesos de aprendizaje femeninos (Sánchez Romero, 2006). En ese sentido, las niñas, como futuras participantes en la creación

y transmisión de ciertos *habitus* y *hexis*, aprenderían, desde pequeñas, a manejar los intrincados mensajes socio-culturales que acompañarían el mundo material. Un ejemplo de esta transmisión, lo podemos encontrar en la estatuaría y las referencias veladas a la vestimenta que hace Estrabón, y que nos pondrían sobre la pista de la producción y el aprendizaje que contribuirían a reproducir, en el lienzo que suponen los cuerpos humanos, la simbología que interviene en la creación de cuerpos sexuados (Sanahuja, 2002).



Fig. 40. Fusayolas, pesas de telar, huso, punzón, plaquetas de hueso decoradas y para fabricar botones de tradición indígena. Museo de León, Mónica González Santana (2011)

En definitiva, el análisis de la tecnología femenina, pese a su supuesta “exasperante monotonía” (González Ruibal, 2006: 235), me ha permitido concluir que ésta, para nada, permanece ajena a los cambios sociales, participando activamente, entre otras cosas, en la consolidación y perpetuación de las relaciones de poder que determinaron el encumbramiento social de determinadas familias. De esta forma, observamos cómo comenzó a gestionarse un sistema de transmisión de derechos, en el que las estrategias políticas de filiación, sucesión y herencia, basadas en la patrilinealidad y la patrilocalidad, contribuyeron a la instrumentalización de las mujeres, sobre todo de la élite. El resultado de este conglomerado de relaciones familiares fue el ejercicio de distintos procesos de socialización, en el que el género emergía como pieza clave en la construcción de identidades diferenciadas (Bauman, 2007), lo que daría el pistoletazo de salida a la necesidad de unificar (modelo de mujer) y deseparar (ser hombre o ser mujer).

Conclusiones

CONCLUSIONES

El entramado discursivo científico ha permanecido, en numerosas ocasiones, ajeno a los complejos procesos que acompañan la institución de cualquier modelo social. De esta forma, desde la investigación protohistórica se ha acaudalado un importantísimo potencial técnico que, sin embargo, no ha sabido o no ha querido entrar en terrenos, digamos, más escabrosos, permaneciendo en el debate que suscita la propia metodología aplicada y no la interpretación socio-cultural de los datos obtenidos (Criado, 2006). En este sentido, el análisis conceptual quedaba convenientemente orillado frente al estudio de las evidencias materiales (Fernández Martínez, 2006). Consciente de esta situación, el propósito con el que emprendía esta tesis pasaba, precisamente, por la necesidad de acometer un acercamiento a las comunidades prerromanas del Noroeste peninsular desde la inclusión de conceptos tales como identidad, poder o género, entre otros (Hernando, 2002). Para ello, partía del convencimiento de que, entre otras cosas, la inclusión del género como categoría de análisis afectaría a dos cuestiones básicas. Por un lado, a la visibilización de las mujeres más allá de los tintes matriarcalistas clásicos. Por otro lado, a la puesta en escena de las tensiones provocadas por las relaciones de poder basadas en la construcción social del género (De Lauretis, 1991). Diferencias que derivarían en la justificación y legitimación de la desigualdad entre hombres y mujeres. Con estos mimbres, se hacía totalmente necesario averiguar en qué medida ésta relación de fuerzas había dejado huellas a nivel material (espacios, utensilios, etc.). Me planteaba, de esta forma, la posibilidad de buscar en el registro arqueológico, respuestas a los distintos procesos sociales que fueron articulando el devenir de estas comunidades.

Una vez fijados los objetivos, creí conveniente canalizar los esfuerzos mediante el esbozo de dos grandes líneas temáticas: espacios y prácticas cotidianas. Comenzaba, así, un recorrido en el que el paisaje, como construcción social, parecía esconder más de una respuesta (Tilley, 1994). En este sentido, reflexionaba acerca del hábitat, como algo que, entre otras cosas, se vive, se percibe, se transforma, se usa o se desecha; es decir, como un ente vivo que los humanos adaptamos a nuestras necesidades (alimentación, descanso, higiene, etc.). De esta forma, el análisis de los modelos de hábitat que se irían configurando durante el primer milenio antes de la era, me permitieron observar una diferenciación básica entre el espacio dedicado a los vivos (áreas de acumulación, poblados abiertos, asentamientos fortificados, etc.) y el espacio dedicado a los muertos (túmulos, cistas, etc.). Diferenciación que incluía una serie de “regularidades espaciales” (Criado, 1993), que parecían basarse en la intencionalidad con la que se construía y el afán por propiciar una determinada percepción (Mañana, 2003). En ese sentido, incluía la monumentalización y la visibilización como estrategias básicas perceptivas que, parecían, constatar la existencia de un cambio o proceso, por el cual las tareas de monumentalización y visibilización pasaron de los muertos a los vivos (Vidal y Pol, 2005). En este punto y teniendo en cuenta que el espacio, así como la arquitectura reproducen “el patrón de racionalidad de una sociedad” (Ayán, 2003), me planteaba qué cambios socio-culturales (territorialidad, identidad, etc.) podíamos rastrear a través de esa “realidad arqueológica” (Ayán, 2003).

El análisis de las transformaciones vistas a nivel funerario y habitacional, entre otras, parecían señalar la creciente necesidad de delimitación y dominio territorial. Esta potestad pasaba por la capacidad de generar, todo un discurso simbólico destinado a justificar, legitimar y consolidar el poder ejercido sobre un determinado territorio. En esta línea, enterramientos y petroglifos -véanse los ejemplos gallegos de las Sierras de Mariña y Édramo (Filgueiras y Rodríguez, 1994)-, me ayudaban a comprender esa exigencia de acumulación de “capital simbólico” (Bourdieu, 1986). Un acopio en el que la arquitectura funeraria jugó un papel fundamental, como medida de legitimación espacio-temporal (Villoch, 2001). De esta forma, la monumentalización-veneración del pasado convertía a los muertos en los garantes territoriales, y a sus descendientes, la colectividad, en los legítimos usufructuarios. Ahora bien, esa garantía simbólica hubo de verse apoyada por el desenvolvimiento de una defensa organizada a través del dominio de las armas, la autoridad y el ritual. Así observaba, como al calor de esas necesidades defensivas, se habían ido articulando, fuera de los lugares de habitación, pero próximos, ciertos espacios

convenientemente ritualizados desde y para el dominio territorial, con un discurso iconográfico, a priori, fuertemente masculinizado (Santo Estévez 2008 o Fábregas, 1998).

Comenzaban, entonces, la separación entre lo doméstico, como espacio cotidiano, y lo “público” como espacio de la excelencia (Amorós, 1994). Una división, en un principio, segregada, que iría poco a poco integrándose en la cotidianidad a través de su inclusión en los recintos habitacionales. Elegía, como ejemplo de este proceso, la acrópolis del Chao Samartin (Grandas de Salime, Asturias), lugar en el que se registró la existencia de “recinto ceremonial” datado hacia el 800 a.C (Villa, 2009). Este espacio, en el que no aparecen estructuras domésticas asociadas a su fundación, vio como, poco a poco, crecía a sus pies un nuevo perímetro habitacional monumentalizado (fortificación). Lo que me interesaba, entre otras cosas, de este ejemplo, era la posibilidad de observar cómo se habían generado una serie de espacios relacionados con el poder territorial que, poco a poco, fueron integrándose en la cotidianidad de estas poblaciones.

Una de las posibles explicaciones que daba a este cambio residía, por un lado, en la producción de una identidad diferenciada por parte de los defensores, y por otro, en la capacidad para legitimar, mediante la integración y normalización, esa diferencia de cara al resto de la población (Hernando, 2002). Y es ahí donde percibía cómo la pérdida de poder por parte de la colectividad frente a los “protectores”, se fue articulando, poco a poco, mediante el traspaso de ese pasado colectivo (los antepasados), hacía la veneración de un pasado familiar propio (genealogías míticas). De esta forma, examinaba como en el último tercio del III milenio, los espacios funerarios colectivos habían dejado de monumentalizarse, a la vez que se reutilizaban determinados enterramientos y se tendía a la inhumación individual (Fábregas, 1993). Las tensiones sociales provocadas por esa situación debieron de encontrar una salida “viable” en la propia representación del poder y en la acumulación y control del capital simbólico, por parte de un sector de la población (Bourdieu, 2007). En ese sentido, señalaba como la puesta en escena de las “políticas del disimulo” habían facilitado la articulación de ese poder masculino (Balandier, 1994). Un poder que debía consolidar al grupo de los “protectores”, pero sin romper con la ilusión de la colectividad. De ahí que, entre otras medidas, el valor de pasado colectivo (monumentalización mundo funerario) fuera perdiendo terreno frente a la estimación del presente (monumentalización de ciertos recintos habitacionales²¹⁶) y la incorporación del discurso simbólico del poder masculino, “protectores”, a los espacios rituales dentro y fuera de los espacios

²¹⁶ Digo ciertos, en relación a las teorías que, entre otros, Alfonso Fanjul (2004) o Xabier Peñalver (2001) plantean respecto a la variabilidad habitacional (cuevas, granjas, poblados abiertos, etc.).

habitacionales. Sería ésta una actitud que relacione con la necesidad de vincular el poder a la cotidianidad como reflejo de su normalización. De la misma manera, la definición y delimitación de lo público como espacio ritualizado de la excelencia, incorporado ahora a lo cotidiano, estaría reflejando la regulación de esa diferencia (Bradley, 2005). Pero cabía preguntarse si realmente el poder masculino representaba esa excelencia. La respuesta la iba a encontrar en la conexión que, parecía, se había estableciendo entre el territorio, su defensa, los espacios de poder y la identidad masculina. En este sentido, el análisis de los petroglifos (A Ferradura en Amoeiro, Galicia, por poner un ejemplo), de los restos arqueológicos documentados en las grandes cabañas castreñas (restos de calderos, sítulas, armas, etc.) o la iconografía de los bienes suntuarios (Diadema de Moñes) vendrían a demostrar esa conexión entre el territorio, su defensa y la creación de una identidad masculina basada, entre otras cosas, en el ejercicio del poder sobre las armas, el ritual y la autoridad sobre el territorio y su población.

Sabiendo esto, y con la intención de completar el análisis de la institución de un poder masculino relacionado con el ejercicio de la defensa territorial, incorporé, al engranaje de esta tesis, el estudio de los textos clásicos y la epigrafía religiosa. Soy consciente de las reservas que este tipo de acercamientos pueden suscitar, sin embargo, consideré fundamental su inclusión por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque pese a la generación de un discurso de barbarización basado, entre otras cosas, en la inversión de los roles masculinos y femeninos, la relectura de los textos me permitió acercarme, a lo que los distintos autores “olvidaron” mencionar (González Santana, 2010). De esta forma, se aludía a la indumentaria o la alimentación, pero sin indicar el sexo encargado de su realización. Esta situación me llevaba a concluir que si realmente hubiera existido una diametral diferencia con el esquema clásico (la mujer asociada al mundo de lo doméstico), no hubieran pasado por alto el hecho de que fuera el sexo masculino el que empuñara tanto el huso como las armas. En segundo lugar, y en relación a la epigrafía, porque pese a su contextualización (cronología romana, costumbre foránea, etc.), a que no todas las personas hicieron uso de estas prácticas y a que probablemente no todas las lápidas hayan llegado a la actualidad, se puede intentar rastrear reminiscencias y pruebas de que el choque cultural que se dio tras la conquista armada, tuvo como protagonistas a dos sistemas regidos desde el orden patriarcal. Por eso, no extrañaba constatar tanto la existencia de *princeps* y magistrados, como la utilización de un sistema de filiación patrilineal y la puesta en escena de un discurso religioso claramente masculinizado, tanto en la representación divina como en las personas oferentes. De la misma manera, no sorprendían encontrar, en los distintos

relatos, referencias a la existencia de pactos, alusiones a las luchas y competencias gimnásticas o detalladas descripciones de la indumentaria guerrera (Estrabón, III, 6-7).

En definitiva, esta primera parte me serviría para argumentar cómo a través de la articulación del paisaje y de los espacios de poder, podíamos llegar a visualizar los procesos de consolidación del poder masculino. Sabiendo esto, en la segunda parte me enfrentaba a la necesidad de acercarme a la otra cara de la moneda, la que representaba el resto de la población y en concreto a las mujeres. Para ello, retomaba, por un lado, el estudio del entorno familiar-doméstico y, por otro lado, el tema de las “políticas del disimulo”, para argumentar cómo se creó un modelo social en el que “la ficción de lo comunal” (Martínez y Afonso, 2003) enmascararía los verdaderos procesos de consolidación familiar. En ese sentido, la visibilización y monumentalización de los espacios domésticos (aumento del tamaño, compartimentación, unidades especialistas, etc.) que, poco a poco, se iría desarrollando, vendría a manifestar el resultado positivo de esta estrategia, que tendría como objetivo el fortalecimiento de las familias asociadas al grupo de los protectores. Esta maniobra, en la que las mujeres iban a jugar un papel clave en su faceta como reproductoras sociales y familiares, hubo de hacerse desde el disimulo, de ahí la aparente uniformidad arquitectónica o la supuesta monotonía cerámica.

En estos mimbres, comenzaba a sospechar que del papel reproductor jugado por las féminas, surgiría la necesidad de articular un discurso capaz de redirigir el modelo femenino hacia esa única función. Una ocupación que iba a superar lo estrictamente biológico para inmiscuirse en el terreno de lo socio-cultural. De esta forma, entraban en escena conceptos tales como maternidad, identidad femenina y socialización diferenciada en función del sexo, la edad o el estatus (Mañas, 2004). En definitiva, el estudio de la consolidación de los espacios domésticos, de las unidades familiares, de la agricultura y la ganadería, entre otros factores, me permitió acercarme a ese discurso centrado en la capacidad reproductora femenina, en el que de la diferencia se pasó a la justificación de la desigualdad. Y en ese proceso de diferenciación, la socialización, en función del género, de las nuevas generaciones jugaría un papel fundamental de cara a la consolidación de esa desigualdad (Beauvoir, 2005).

Enseñar y aprender a ser mujer dentro de estas comunidades me llevó a cuestionarme, por un lado, la importancia de la especialización femenina en la producción y mantenimiento de la vida social, y por otro, el uso por parte del poder masculino, de esta especialización. En este sentido, señalaba, además, cómo desde la Historia Tradicional se han venido obviando aquellas tecnologías asociadas al sexo femenino (alfarería, textil,

alimentación, etc.) incluyéndolas, únicamente, en la medida en qué estas comienzan a relacionarse con la esfera del “mercado” (Sánchez Romero y Aranda, 2005). Este marcado desinterés, se justificaba en relación a la asociación que el pensamiento científico androcéntrico establecía entre las labores domésticas, lo cotidiano y lo natural, confrontando, de esta forma, lo masculino (producción, trabajo, especialización o tecnología) y lo femenino (reproducción, labores, instinto o artesanía). En relación a esto, decidí analizar el desarrollo y complejización de la tecnología asociada con la alimentación (molinos de mano, giratorios, variedad alimenticia, proliferación de formas cerámicas, etc.), observando el manejo femenino de los discursos culinarios, vía procesado y presentación. En este sentido, planteaba como en la variabilidad y el desarrollo del mundo culinario podíamos observar la acomodación del gusto a una determinada cultura, ideología, género o identidad. Y en ese “gusto” las mujeres jugaron un papel fundamental, manteniendo costumbres, innovando o desarrollando mecanismos de diferenciación social (no todos los individuos comían lo mismo, por poner un ejemplo). Intentaba, así, superar la observación del género femenino como objetos históricos pasivos, añadiendo además, como en esa especialización, el aumento en la inversión de trabajo no tuvo una correlación en cuanto al disfrute y la valoración social del mismo (Sanahuja, 2006).

En relación a esa aparente pasividad, me resultó realmente curioso observar cómo comenzó a instrumentalizarse a las mujeres en la creación de redes sociales vía matrimonio (Ruiz-Gálvez, 1992). Para ello retomé la lectura de los textos clásicos, conjugando el análisis crítico de los mismos con el del material epigráfico, centrándome sobre todo en los epitafios vadiniendes, dada su expresa utilización dentro de las teorías matrilinealistas²¹⁷. Me acercaba, así, a un sistema de transmisión de derechos basados en la filiación, la sucesión y la herencia, en el que mujeres y hombres participaran desde posiciones diferenciadas, favoreciéndose la patrilinealidad y la patrilocalidad (Goody, 2009), lo que convertía a las mujeres en el elemento móvil, ya fuera a nivel local o extra-local. Ahora bien, pese a esta aparente pasividad, me planteé la posibilidad de rastrear, en el mundo material, concretamente en la cerámica, la influencia femenina en los cambios socio-culturales. De esta forma, aventuraba cómo a través de la movilidad femenina, y no solo a través del comercio, podemos intuir la creación de redes sociales, integración de estilos cerámicos o nuevos gustos, que, entre otras cosas, me ayudaban a desmitificar esa imagen pasiva que históricamente han adquirido las “dominadas” (Bourdieu, 2000). De la misma manera, argumentaba como a través de la cerámica podíamos observar la contribución

²¹⁷ Mencionar que ni la patrilinealidad implica patriarcado, ni la matrilinealidad matriarcado (Goody, 2009).

femenina al modelo de “ficción comunal”. Por eso, cuando en el estudio de los cambios operados en la cadena tecnológica operativa (CTO) apreciaba la existencia de cierta homogeneidad formal entre el Bronce Final y el Hierro, me planteaba la posibilidad de observar, en esta actitud, esa política del disimulo que coincidiría con la igualdad constructiva, la fortificación o la utilización de silos colectivos. Se creaba, así, un *corpus* cerámico encaminado a reforzar la identidad grupal, mientras los verdaderos procesos de desigualdad se trasladaban al terreno de lo ritual (banquetes, bienes suntuarios, etc). Ese mismo análisis revelaría la existencia de cambios en la CTO, con una mayor proliferación de formas y estilos decorativos que vendrían a coincidir con la consolidación de cierto sector privilegiado (los protectores) y sus familias. El discurso creativo femenino, para nada impasible, moldeaba así un nuevo escenario en el que los mensajes conjugarían lo colectivo con lo familiar.

Estamos, en definitiva, ante un escenario social en el que la articulación de distintos modelos de socialización basados, entre otras cosas, en el género, provocaron la configuración de estrategias diferenciadas, al menos, en el acceso a la madurez. Por un lado, la muerte simbólica del infante convertido en guerrero, y por otro, el destino maternal asociado a las tareas de producción y reproducción social. Muy poco sabemos, al día de hoy, de los ritos de paso asociados al nacimiento o a la muerte, lo que impide, a priori, concluir si existirían o no comportamientos diferenciados al respecto. Sería interesante seguir profundizando, en un futuro, sobre estos temas. De momento, me conformo, como apunté en la introducción a este trabajo, con la posibilidad de sugerir caminos hasta el momento poco transitados, que nos pueden acercar al conocimiento de las sociedades del pasado. En ese sentido, el estudio de las relaciones de género, y con él, el análisis de los procesos de creación y consolidación de la desigualdad dentro de las comunidades sitas en el Noroeste prerromano peninsular, me han permitido argumentar, cómo cuando hablamos de sociedades campesinas igualitarias estamos provocando, cuanto menos, la invisibilización de las relaciones de fuerza que operaron entre ambos sexos. Y con ello, la invisibilización histórica del género femenino.

Bibliografía

FUENTES CLÁSICAS.

- AULO GELIO, *Noches Áticas*. Ed. Santiago López Moreda. Akal. Introducción, traducción y notas libros II y III, M^a Carmen Barrigón. Índices, traducción y notas libros I, IV y V, Jesús M^a Nieto (2009).
- AULO GELIO, *Noctes Atticae (Attic Nights)*. VOL.II, Loeb Classical Library, 9 volumes, Greek texts and facing English translation: Harvard University Press. Translation by John C. Rolfe (1927).
- DION CASIO, *Roman History*, Loeb Classical Library, 9 volumes, Greek texts and facing English translation: Harvard University Press, (1914 thru 1927). Translation by Earnest Cary.
- CAYO CORNELIO TÁCITO, *Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*, Editorial Gredos. Introducción, traducción y notas de Jose M^a Requejo. Madrid (1988). 1^a edición, 3^a impresión.
- CAYO JULIO CÉSAR, *Guerra de las Galias*. Obra completa Biblioteca Clásica Gredos. Introducción, traducción y notas de Valentín García Yebra. Madrid. Libros I-III, 1983; Libros IV-VI, 1986; Libro VII, 1986.
- ESQUILO, “Los siete contra Tebas”, *Tragedias*. Biblioteca Clásica Gredos. Vol.II. traducción y notas de Bernardo Perea. Madrid (1986). 1^a y 2^a reimpresión.
- ESTRABÓN, *Geografía. Libros III-IV*. Biblioteca Clásica Gredos. Introducción, traducción y notas de María José Meana y Francisco Piñero. Madrid (2006).
- EURÍPIDES, *Tragedias*. Vol. I. Biblioteca Clásica Gredos. Introducción, traducción y notas de Alberto Medina y Juan Antonio López Pérez. Madrid (1983).
- HOMERO, *La Iliada*. Biblioteca Clásica Gredos. Introducción, traducción y notas de Emilio Crespo Güermes. Madrid (2000).
- JUSTINO, *Epítome*. Biblioteca Clásica Gredos. Introducción, traducción y notas de J Castro Sánchez. Madrid
- JENOFONTE, “Recuerdos de Sócrates”, *Económico. Banquete. Apología*. Biblioteca Clásica Gredos. Introducción, traducción y notas de Juan Zaragoza Botella. Madrid (1993).
- PÍNDARO, *Odas y fragmentos*. Biblioteca Clásica Gredos. Introducción, traducción y notas de Alfonso Ortega. Madrid (1984).

PLATÓN, “Menón”, *Diálogos*. Biblioteca Clásica Gredos. Vol. II. Introducción, traducción y notas de J. Calonge, E. Acosta, Francisco Jolueri y Jose Luis Calvo. Madrid (1981-1988).

PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural, libros II-IV*. Biblioteca Clásica Gredos. Introducción, traducción y notas de Antonio Fontán, Ana María Moure e Ignacio García Arribas. Madrid (2001).

SILIO ITÁLICO, *La guerra Púnica*. Ed. Joaquín Villalba. Ed. Akal (2005).

BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL PALAZÓN, Juan Manuel (1994) *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*. Universidad de Murcia.
- ABOAL, Roberto (2003) y AYAN, Xurxo M., PRIETO, M^a Pilar. “Arqueología en la ACEGA 2: El área arqueológica de O Peto (Vedra, A Coruña)”. *CAPA 17*.
- ADÁN, Gemma (1994) y MARTÍNEZ FAEDO, Leonardo, DÍAZ GARCÍA, Fructuoso. “Limpieza estratigráfica del Castro de Caravia (Caravia, Asturias): reconstrucción arqueológica e histórica”, *Zephyrus*, XLVII, Salamanca, pp. 342-352.
- (1995) “Colunga-Caravia: carta arqueológica 1992”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-1994*. Principado de Asturias. Oviedo, pp. 239-242.
 - (1997) “El patrimoni hestóricu de Caravia (Asturies): el Castu de Caravia”, *Asturies*, 3, Uviéu, pp. 11-22.
 - (1999) en prensa, El Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Asturias (S.I.A.): Francisco Jordá Cerdá (1952-1964). *Actas del 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, Vila Real, UTAD, 21-27/09/1999.
- ADÁNEZ, Jesús (2003) “Una conceptualización de la organización espacial doméstica: morfología y dinámica”. *Revista Española de Antropología Americana*, nº extra 1, pp.35-53.
- AGUADO, María (2008) “Del orden social y del orden del universo. La llamada religión megalítica y su uso ideológico por las comunidades de los milenios IV-III a. C. a

- través del análisis del significado de los monumentos funerarios”, *Cu PAUAM*, nº34, pp.7-21.
- ALARCÃO, Jorge de (1998) “Ainda sobre a localização dos *populi* do *conventus bracaraugustanus*”. *ACC*, nº9, pp.51-57.
- ALARCÓN GARCÍA, Eva (2006) “Aproximación a la vida cotidiana de las poblaciones argáricas: el caso de Peñasola”. *Arqueología y Territorio*, nº3, pp. 89-116.
- (2010) “Arqueología de las actividades de mantenimiento: un nuevo concepto en los estudios de las mujeres en el pasado”. *Arqueología y Territorio*, nº7, pp. 195-210.
- ALBERRO, Manuel (2004) “El rol del sacrificio del caballo en las estructuras míticas y religiosas de los pueblos indoeuropeos relacionadas con el concepto dumeziliano tripartito de organización social”. *Habis*, nº 35, pp.7-30.
- ALDAY, Alfonso (2008) y GUNDÍN, Estibaliz, LÓPEZ DE HEREDIA, Judit, SOTO, Adriana TARRIÑO, Andoni. “El túmulo funerario Neolítico de San Quílez. San Martín Zar-Treviño: un dispositivo y unos ritos originales en el cuarto milenio a.C.”. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, nº59, pp.133-156.
- ALFARO BECH, Virginia (2001) y FRANCIA, Rosa (coord.) *Bien enseñada: La formación femenina en Roma y el occidente romanizado*. Atenea Estudios sobre la Mujer. Universidad de Málaga. Málaga.
- (2002) y RODRÍGUEZ, Victoria Eugenia (eds.) *Desvelar modelos femeninos: valor y representación en la Antigüedad*. Servicio de publicaciones centro de Ediciones de la Diputación de Málaga.
- ALFARO, Carmen (2000) y TIRADO, Marta (eds.) *Actas del segundo seminario de Estudios sobre la Mujer en la Antigüedad. Valencia, 26-28 Marzo, 1998*. SEMA II, Valencia 2000.
- (2002) GARCÍA, Manel y ALAMAR, Mónica. (eds.) *Actas del III y IV Seminarios de Estudios sobre la Mujer en la Antigüedad. Valencia, 28-30 abril 1999 y 12-14 abril 2000*. Valencia 2002.
 - (2005) y TÉBAR, Estíbaliz (eds.) *Protai gynaiques: mujeres próximas al poder en la Antigüedad*. SEMA. Valencia 2005.
- ALFAYÉ, Silvia (2009) “Espacios liminales y prácticas rituales en el Noroeste Peninsular”. *Acta Paleohispánica X. Paleohispánica*, nº9, pp.107-111.

- ALMAGRO BASH, Martín (1958) *Origen y formación del Pueblo Hispano*. Ed. Vergara. Barcelona.
- ALMAGRO GORBEA, Martín (1985) “La celtización de la Meseta: estado de la cuestión.” *Actas del I Congreso de Historia de Palencia*, I, pp. 313-338.
- (1986) y LORRIO, Alberto J. “La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica..” *Actas del Simposium sobre celtíberos*.(1991) “I Celti della penisola ibérica.” *I Celti*. Ed. Bompiani, Milano, pp.289-405.
 - (1993) y ÁLVAREZ-SANCHÍS, Jesús. “La <<sauna>> de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico”. *Cuadernos de arqueología Universidad de Navarra*. Pp. 177-253.
 - (1995) y DÁVILA, Antonio. “El área superficial de los *oppida* en la Hispania céltica”. *Complutum*, 6, 209-233.
- ALLASON-JONES, Lindsay (1989) *Women in Roman Britain*. British Museum Publication. London.
- ALONSO DEL REAL, Carlos (1963) “Amazonas y godos”. *Hispania*, vol XCI. Madrid.
- (1967) *Realidad y leyenda de las Amazonas*. Espasa-Calvé. Barcelona.
 - (1980) “Amazonas en Galicia”. *Brigantium*, Vol.1.
- ALVAR EZQUERRA, J (1981 a) “El culto a Mitra en Hispania”. *Memorias de Historia Antigua*, V, pp. 51-72.
- (1981 b) “El culto a Isis en Hispania”. *Simposio sobre la religión romana en Hispania*, pp. 323-333.
- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Yolanda (1993) “Arqueología del paisaje: modelos de ocupación y explotación de los castros del valle de Noceda (León)”. *Complutum*, 4, 265-278.
- ÁLVAREZ LIRES, Mari (1992) “Pero...¿puede haber sexismo en las ciencias experimentales?, *Rvta. Interuniversitaria de Formación del Profesorado*. Nº14, pp.27-36.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, Jesús R. (1993) y ALMAGRO, Martín. “La sauna de Ulaca. Saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico”. *Cuadernos de arqueología de la Universidad de Navarra*, nº1, pp. 177-254.
- ÁLVAREZ VIDAURRE, Ester (2006) “Percepción y reutilización de monumentos megalíticos durante la prehistoria reciente: el caso de Navarra”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, nº14, pp.117-150.

- ALVISU, Claudio (2007) “Cinco estudios anatómicos sobre los restos esqueléticos del dolmen de Aizibita (Cirauqui-Navarra)”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, nº15, pp.143-175.
- AMAT, Carmen (2006) “Embriaguez y moderación en el consumo de vino en la antigüedad”. *Iberia*, nº9, pp.125-142.
- AMORÓS, Celia (1992) *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Anthropos. Barcelona.
- (1994) *Feminismo, igualdad y diferencia*. Universidad Autónoma de México. Ed. Pueg. México.
 - (1997) *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Cátedra, col. Feminismos, Madrid.
 - (2005) *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias...para las luchas de las mujeres*. Serie Feminismos. Ed. Cátedra. Madrid.
- APARICIO, José (1997) “El culto en cuevas y la religiosidad protohistórica”. *Quadern de prehistoria i arqueologia de Castelló*. Nº 18, 345-358.
- APARICIO CASADO, Buenaventura (1989) *Arqueología y antropología cultural de la margen derecha de la ría de Pontevedra*. Servicio de publicaciones Exma. Diputación de Pontevedra.
- ARDEVOL, Elisenda (2003) y MUNILLA, Gloria (Coord) *Antropología de la religión. Una aproximación interdisciplinar a las religiones antiguas y contemporáneas*. Ed. UOC. Barcelona.
- ARANDA JIMÉNEZ, Gonzalo (2006) y ESQUIVEL, José A. “Ritual funerario y comensalidad en las sociedades de la Edad del Bronce del sureste peninsular: La cultura de El Argar”. *Trabajos de Prehistoria*, vol. 63, nº2, pp.117-133.
- (2007) y ESQUIVEL, José A. “Poder y prestigio en las sociedades de la cultura de El Argar. El consumo comunal de bóvidos y ovicápridos en los rituales de enterramiento”. *Trabajos de Prehistoria*, vol. 64, nº 2, pp. 95-118.
 - (2008) (Ed.) *Poder y prestigio en las sociedades prehistóricas peninsulares: el contexto social del consumo de alimentos y bebidas*. Granada, Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada 18.
- ARENDT, Hannah (1974) *La condición humana*. Ed. Seix Barral. Barcelona.

- ARIAS CABAL, Pablo (1991) “*De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*”. Publicaciones de la Universidad de Cantabria. Santander.
- ARIAS VILAS, Felipe (1979) *Inscription romaines de la province de Lugo*, 34, pp.60-61. París.
- (1990) “La conquista e integración del NW en el Imperio Romano”. *Galicia no tempo*. Santiago de Compostela, 93-159.
- ARMADA PITA, Xosé-Lois (2003) “Los calderos del Castro de A Peneda”. *Gallaecia*, 22, pp.103-142.(2003b) “Bronces con motivo de sacrificio del área Noroccidental de la Península Ibérica”. *AEspA*, nº 76, pp. 47-75.
- (2005) HUNT, Mark A., TRESSERRAS, Jordi Juan, MONTERO, Ignacio, RAFEL, Nuria y RUIZ DE ARBULO, Joaquín “Primeros datos arqueométricos sobre la metalurgia del poblado y la necrópolis de Calvari del Molar (Priorat, Tarragona)”. *Trabajos de Prehistoria*, vol. 62, nº1, pp. 139-195.
 - (2008) “¿Carne, drogas o alcohol? Calderos y banquetes en el bronce final del Península Ibérica”. *CPAG* 18, pp.125-162.
- ARMENDÁRIZ, Javier (1991) “Avance del estudio arqueológico de la Cuenca media-baja del río Arga (Navarra): prospecciones”. *Cuadernos de Sección. Prehistoria y Arqueología*, nº4, pp. 41-60.
- (1995-1996) “Poblado de Las Eretas (Berbinzana). Campañas de 1994, 1995 y 1996”. *Trabajos de Arqueología Navarra*, nº12, pp.298-303.
 - (2006) Y DE MIGUEL, Mª Paz “Los enterramientos infantiles en el poblado de las Eretas (Berbinzana). Estudio paleoantropológico”. *Trabajos de Arqueología Navarra*, nº19, pp.5-44.
- ASSANDRI, Susana (1999) *Procesos de complejización social y organización espacial en el Valle de Ambato (Catamarca, Argentina)*. Tesis de Maestría en Arqueología Social. Universidad Internacional de Andalucía. España.
- AVELLO ÁLVAREZ J. Luis (1986) “Panorama arqueológico de los astures cismontanos en la actual provincia de León”. *Memorias de Historia Antigua VII*. Pp. 7-23. Universidad de Oviedo.
- AYÁN VILA, Xurxo M (2001) “Arqueotectura 2: La vivienda castreña. Propuesta de reconstrucción del Castro de Elviña”. TAPA 23.

- (2003) “Arquitectura como tecnología de construcción de la realidad social”. *Arqueología de la Arquitectura*, nº2, pp.17-24.
 - (2005-2006) POPE, Rachel y ALBERRO, Manuel “Una Edad del Hierro redonda: la cabaña circular en los castros del NW de la Península Ibérica”. *Kalathos*, nº 24-25, pp.177-217.
 - (2007) y PARCERO César “Almacenamiento, unidades domésticas y comunidades en el Noroeste prerromano”, en Rosario G^a Huerta y David Rodríguez (coords). *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos de la Península*. Cuenca.
 - (2011) COSTA, Manuela, TALLÓN, Rebeca, RODRÍGUEZ, Rafael M^a y FRANCO, Manuel A. “Redescubriendo O Castro Pequeno de Neixón (Boiro, A Coruña)”. *Fervedes*, nº7, pp.133-142.
- AZCÁRATE GARAI-OLAUN, Agustín (2002) “Intereses cognoscitivos y praxis social en Arqueología de la Arquitectura”. *Arqueología de la Arquitectura*, nº1, pp. 55-71.
- BACHOFEN, Johann.J (1987) *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Ed. Akal. Madrid.
- (2008) *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Ed. Akal. Madrid
- BADINTER, Elizabeth (1993) *La identidad masculina*. Ed. Alianza editorial. Madrid.
- BALANDIER, George (1975) *Antropo-lógicas*. Ed.Península. Barcelona.
- (1994) *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Paidós. Barcelona.
 - (2005) *Antropología política*. Ediciones Sol. Buenos Aires.
- BALIL ILLANA, Alberto (1965) “Funcionarios subalternos en Hispania durante el Imperio Romano”. *Emerita XXXIII*, pp. 297-319.
- BALLARÍN DOMINGO, Pilar (1995) y MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida. “Del patio a la plaza: las mujeres en las sociedades mediterráneas”. *Feminae. Instituto de Estudios de la Mujer*. Universidad de Granada. Granada.
- BALLART, Josep (1997) *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Ariel, Barcelona.

- BALORA, Jacoz (1991) "The reflection of economy and social structure in the cementerys of the Chlopice-vesalé and Nitra cultures". *Stovenska Archeologica XXXIX*, Nº 1-2, pp. 91-142.
- BALSEIRO, Aurelia (2003-2004) "A ourivería na Idade do Bronce". *Boletín do Museo Provincial*, nº11, 1, pp. 33-52.
- BARBERO, Abilio (1991) y VIGIL, Marcelo. *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*. Crítica. Barcelona.
- BARCELÓ, Juan A. (1997) "Arqueología automática. Inteligencia artificial en arqueología" *Cuadernos de arqueología mediterránea*. AUSA: Barcelona.
- (2006) BRIZ, Iván, CLEMENTE, Ignacio, ESTÉVEZ, Jordi, MAMELI, Laura, MAXIMIANO, Alfredo, MORENO, Federica, PIJOAN, Jordi, PIQUÉ, Raquel, TERRADAS, Xabier, TOSELLI, Andrea, VERDÚN, Ester, VILA, Assumpció y ZURRO, Débora. "Análisis etnoarqueológico del valor social del producto en sociedades cazadoras-recolectoras". *Treballs d'etnoarquologia*, nº6, pp.189-208.
- BARROSO Rosa (2007) CAMINO Jorge, BUENO Primitiva y BALBÍN Rodrigo. *Fuentenegro. Un enterramiento del I Milenio a.C. en la Sierra de Cuera, Asturias*. KRK. Oviedo.
- (2007a) CAMINO Jorge, BUENO Primitiva y Rodrigo de BALBÍN "Fuentenegro (Asturias), un enterramiento del Bronce Final- Hierro en el marco de las comunidades atlánticas peninsulares". *Pyrenae*, 38, vol.2, pp.7-32.
 - (2008) CAMINO Jorge, BUENO Primitiva, BALBÍN Rodrigo de, TRANCHO, Gonzalo y ROBLEDO, Beatriz "Contribución al patrón alimenticio y de actividad de las poblaciones del Norte peninsular. Fuentenegro, Asturias". *Munibe*, nº59, pp. 171-185.
- BAUMAN, Zygmunt (2005) *Modernidad y ambivalencia*. Anthropos. Barcelona.
- (2006) *Comunidad. En busca de seguridad e un mundo hostil*. Siglo XXI. Madrid.
 - (2007) *Identidad*. Losada. Buenos Aires.
- BEAUVOIR de, Simone (2005) *El segundo sexo*. Cátedra, Madrid.
- BEGUIRISTAIN, Mª Amor (2004) "Restos esqueléticos en yacimientos prehistóricos de Navarra". *Cuadernos de Arqueología Universidad de Navarra*, nº12, pp.79-145.

- (2007) “Memoria de excavación e inventario de materiales del dolmen de Aizibita (Cirauqui, Navarra)”. *Cuadernos de Arqueología Universidad de Navarra*, nº15, pp.43-142.
 - (2007a) y ALBISU, Claudio. “La población del dolmen de Aizibita (Cirauqui, Navarra). Avance de la analítica aplicada a los restos óseos humanos”. *Caesaraugusta*, nº78, pp.125-134.
- BEGUIRISTAIN, Mª Amor (2003) VÉLAZ, David, ÁLVAREZ, Ester y UNANUA Raquel. “Memoria de la intervención arqueológica en la estructura tumular de sotoaldea (Mañeru, Navarra)”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, nº11, pp.145-187.
- (2007) “Una estructura megalítica inédita en la cuenca del río Arga. El yacimiento de Sotoaldea (Mañeru-Navarra)”. *Caesaraugusta*, nº78, pp.135-144.
- BELARTE, Mª Carme (2010) “Los individuos en el espacio doméstico en la protohistoria de Cataluña”. *Arqueología Espacial*, nº28, pp.109-134.
- BELLIDO, Antonio (1996) y J.Luís ASCENSIÓN GÓMEZ “Megalitismo y rituales funerarios”. *Complutum Extra*, nº6 (I), pp.141-152.
- BELLO, Jose Mª (2008) y GONZÁLEZ, Begoña. “Elviña, yacimientos arqueológico, investigación e intervenciones arqueológicas en el Castro de Elviña (A Coruña)”. *Férvedes. Revista de investigación*, nº5, pp. 329-338.
- BELTRÁN LÓPEZ, Dina (2005) “Objetividad y subjetividad en las ciencias sociales. El caso de la historia en la reflexión de Paul Ricoeur”. *Clío*, vol. 5, nº34.
- BELTRÁN PEDREIRA, Elena (1994) “Público y privado. Sobre feministas y liberales: argumentos en un debate acerca de los límites de lo político”. *Doxa*, nº 15-16, pp.389-405.
- BELTRÁN VILLALBA, Miguel (2004) *La estructura social*, Ariel, Barcelona.
- BERGER, Peter. L (1999) *El dosel sagrado. Para una teoría sociológica de la religión*. Kairós. España.
- BERMEJO BARRERA, José Carlos (1979) "Tres notas sobre Estrabón: sociedad, derecho y religión en la cultura castreña". *Gallaecia*, nº4, pp. 71-97.
- (1980) *Mito y parentesco en la Grecia Arcaica*. Akal. Madrid.
 - (1981a) "Los excrementos y la política. Una nota a Estrabón, III, 4-16". *Caesaraugusta*, 53-54, pp. 277-290.

- (1981b) "La función guerrera en la mitología de la Gallaecia Antigua". *Zephyrus*, 32-33, pp.263-275.
 - (1982) *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*. Akal. Madrid.
 - (1986) *Mitología y mitos de la Hispania prerromana II*. Akal. Madrid.
 - (1993) "Mito e Historia: Zeus, sus mujeres y el reino de los cielos". *Gerión*, nº11, pp.37-74.
 - (1994) *Mitología y mitos de la Hispania prerromana I*. 2ª Ed. Aumentada. Akal. Madrid.
 - (1997) "Mito y método histórico: el ejemplo de Artemis". *Gallaecia*, vol. 16, pp. 125-143.
 - (1999) "Los mitos griegos en la Hispania Antigua". *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie II, nº4, pp. 85-106.(2001) "La comparación en la historia de las religiones: consideraciones metodológicas". *Quaderni di storia*", 54, Luglio-diciembre, pp. 163-187.
 - (2002) *Lecturas del mito griego*. Ed. Akal. Madrid.
 - (2008) "Estrategias institucionales y retórica de la ciencia en un grupo de investigación arqueológica español: una contribución a la sociología de la ciencia". *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, nº731, pp.497-506.
- BERMEJO TIRADO, Jesús (2009) "Leyendo espacios: una aproximación crítica a la sintaxis espacial como herramienta de análisis arqueológico". *Arqueología de la Arquitectura*, nº6, pp. 47-62.
- BERNAL, Darío (2008) y RIBERA, Albert (Eds) *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- BERROCAL-RANGEL, Luis (2002) MARTÍNEZ, Paz y RUIZ, Carmen. *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Real Academia de la Historia. Principado de Asturias.
- (2007) y MORET, Pierre (eds) *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Real Academia de la Historia.
- BETETA, Yolanda (2009) "Las heroínas regresan a Ítaca. La construcción de las identidades femeninas a través de la subversión de los mitos". *Investigaciones feministas*. Vol. 0, pp. 163-182.

- BETTENCOURT, Ana M.S (2000) “Estações da Idade do Bronze e inícios da Idade do Ferro da Bacia do Cávado (Norte de Portugal)”. *Cadernos de Arqueologia*, vol.11.
- (2001) “O Povoado da Santinha, Amares, Norte de Portugal nos finais da Idade do Bronze”. *Cadernos de Arqueologia*, vol.12.
 - (2010) “La Edad del Bronce en el Noroeste de las Península Ibérica: un análisis a partir de las prácticas funerarias”. *Trabajos de Prehistoria*, 67, nº1, pp.139-173.
- BIENES, Juan José (2002) y CASTIELLA, Amparo. “La vida y la muerte durante la protohistoria en el Castejón de Arguedas (Navarra)” *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, nº10, pp.7-211.
- BLAKE TYRRELL, William (1984) *Amazons. A study in Athenian mythmaking*. The Johns Hopkins University Press. London.
- BLANCO ROTEÁ, Elena (2003) “Arquitectura como construcción estratificada”. *Arqueología de la Arquitectura*, nº 2, pp. 55-62.
- BLAS CORTINA, Miguel A (1974) y MAYA, José Luis. “Hachas pulimentadas en castros asturianos”. *B.I.D.E.A.* Nº 81. Oviedo, pp.200-202. ,
- BLAS CORTINA, Miguel A (1983) “La prehistoria reciente en Asturias”. *Estudios de Arqueología Asturiana*. Nº.1. Principado de Asturias. Oviedo.
- (1996) “La primera minería metálica del N. Peninsular: la indicaciones del C-14 y la cronología prehistórica de las explotaciones cupríferas del Aramo y El Milagro”. *Complutum Extra* (6) I, pp.217-226.
 - (1999) *El Monte Areo en Carreño (Asturias). Un territorio funerario de los milenios V a III a. C.* Ayuntamiento de Carreño, Mancomunidad Cabo Peñas.
 - (2003) “Estelas con armas: arte rupestre y paleometalurgia en el norte de las Península Ibérica”. En *Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella. El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI*. Ribadesella, pp. 391-417.
 - (2004) “Túmulos enigmáticos sin ofrendas: a propósito de Monte Deva V (Gijón) y Berducedo (Allande), en Asturias”. *Trabajos de Prehistoria*, 61, nº2, pp.63-83.
 - (2006) “La arquitectura como fin de un proceso: una revisión de la naturaleza de los túmulos prehistóricos sin cámaras convencionales de Asturias”. *Zephyrus*, 59, pp. 233-255.

- (2009) “Un infrecuente objeto de madera en el Túmulo Neolítico Monte Areo XII (Carreño, Spain): estudio arqueológico, anatómico y taxonómico”. *Munibe*, nº60, pp.201-218.
- BLASCO, Concepción (2007-2008), BAENA, Javier y RÍOS, Patricia. “Materias primas de elementos de molienda como marcadores de la ampliación de las áreas de captación durante el horizonte campaniforme. El ejemplo del yacimiento de Camino de las yeseras”. *Veleia*, nº 24-25, pp. 755-769.
- BLÁZQUEZ, Jose M^a (1974) *Ciclos y temas de la Historia de España. La Romanización*. Ed. Istmo. Madrid.
- (1984) “El urbanismo romano entre los astures”. *Memorias de Historia Antigua*, nº6, pp.113-136.
 - (1996) “Religiones indígenas en la Hispania Romana”. *Gerión*, nº14.
 - (2006) “La Hispania de Augusto vista por los escritores contemporáneos Estrabón y Trogo Pompeyo”. *Gerión*, 24. nº 1, pp.237-249.
- BOCK, Gisela (1991) “La Historia de las Mujeres y la Historia de Género: aspectos de un debate internacional”. *Historia Social*, nº9, pp.55-77.
- BÓVEDA GONZÁLEZ, M^a José (1999) “As diademas castrexas de “Galicia”. *Revista de Guimarões*, Vol. Especial II, pp. 539-560.
- BODOQUE, Yolanda (2001) “Tiempo biológico y tiempo social. Aproximación al análisis del ciclo de vida de las mujeres”. *Gazeta de Antropología*, nº17, artículo 12.
- BOHIGAS, Ramón (2011) “Las investigaciones arqueológicas en el *oppidum* de la Peña de Sámano (2000-2005)”. *Castillos de España*, nº161, pp.11-14.
- BONILLA, Andrés (2006) VILA M.César y FÁBREGAS, Ramón. “Nuevas perspectivas sobre el espacio doméstico en la Prehistoria reciente del NO”. *Zephyrus*, nº59, pp.257-273.
- BORDERÍAS, Cristina (ed) (2006) *Joan Scott y las políticas de la Historia*. Ed. Icaria. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, Pedro (1944) *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.
- BOSCH, Esperança (2006) FERRER, Victória A. y AINA, Alzamora. *El laberinto patriarcal. Reflexiones teórico-prácticas sobre la violencia contra las mujeres*. Revista Antrophos. Barcelona.

BOURDIEU, Pierre (1977). La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza. Laia, Barcelona.

- (1984) “Espace social et genèse des classes”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 52-53, pp. 3-17.
- (1986) “The forms of Capital” En J. Richardson (Ed.) *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. Pp. 241-258. New York, Greenwood.
- (1988) *La distinción*. Ed. Taurus. Madrid.(1991) *El sentido Práctico*. Ed. Taurus. Madrid.
- (2000) *La dominación masculina*. Ed. Anagrama. Barcelona.
<http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/LADOMINACIONMASCULINA-BOURDIEU.pdf>(2007) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama. Barcelona.

BRAÑAS, Rosa (1995) *Indíxenas e romanos na Galicia céltica*. Follas Novas. Santiago de Compostela.

- (2000) *Deuses, heróes e lugares sagrados na Galicia Castrexa*. Sotelo Blanco. Santiago de Compostela.

BRAIDOTTI, Rosi (2000) *Sujetos nómades*. Ed. Paidós. Barcelona.

BRAVO, Gonzalo (1989) *Poder político y desarrollo social en la Roma antigua*. Ed. Taurus Universitaria.

BRADLEY, Keith (1994) *Esclavitud y sociedad en Roma*. Ed. Península. Barcelona.

BRADLEY, Richard (1999) y FÁBREGAS, Ramón. “La “Ley de la Frontera”: grupos rupestres galaico y esquemático y prehistoria del Noroeste de la Península Ibérica”. *Trabajos de Prehistoria*, 56, nº1, pp.103-114.

BRANDHERM, Dirk (2007) “Algunas reflexiones sobre el Bronce Inicial en el Noroeste Peninsular: la cuestión del llamado horizonte “Montealvar”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, nº33, pp.69-90.

BROOKS, Robert L. (1996) “Household abandonment among sedentary plains societies: behavioral sequences and consequences in the interpretation of the archaeological record”, en Catherin M. Cameron y Steve A. Tomka (eds.) *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Press Syndicate of the University of Cambridge.

- BRUMFIEL, Elizabeth M. (1991) "Waving and cooking: Women's Production in Aztec Mexico", en Joan Gero y Margaret W. Conkey (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Balckwell, pp. 224-254.
- (2004) *La producción local y el poder en el Xaltocan Posclásico*. Serie de Arqueología de México. Instituto Nacional de Antropología e Historia. Universidad de Pittsburgh.
 - (2007) "Hilos de continuidad y cambio. Tejiendo unidad en Antropología". *Trabajos de Prehistoria*, 64, nº2, pp.21-35.(2008) and Cynthia Robin (eds). *Gender, Households and Society: unraveling de threads of the past and the present*. Archeological Papers of the American Anthropological Association, number 18.
 - (2009) "El estudio de la clase común: el asentamiento de Xaltocan durante el Posclásico en la cuenca de México". *Cuicuilco*, vol. 16, nº 47, pp.59-86.
- BURILLO MOZOTA, Francisco (1984) y PEÑA MONNE, José Luis." Modificaciones por factores geomorfológicos en el tamaño y ubicación de los asentamientos primitivos". *Arqueología Espacial*, 1, Teruel, pp. 91-105.
- BUTLER, Judith (2004) *Lenguaje, poder e identidad*. Síntesis. Madrid.
- CAAMAÑO GESTO, José Manuel, (1948-1985) "La cohors I Celtiberum y su campamento de ciudadela (Sobrado dos Monxes- Coruña)". *Cuaderno de Estudios Gallegos*, 100, 71-78.
- (1984) "Excavaciones en el campamento romano de Ciudadela (Sobrado dos Monxes)". *N.A.H.*, 18.
- CABAL, Constantino (1953) "La Asturias que venció Roma" (Estudio histórico- crítico). *Instituto de Estudios Asturianos*. Oviedo.
- (1972) *La mitología asturiana*. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.
- CABALLERO ZOREDA, Luís (2004) "Una experiencia en Arqueología de la Arquitectura". *Arqueología de la Arquitectura*, nº 3, pp. 127-143.
- CABRÉ, Juan (1932) "Exacavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila). II. La necrópolis". *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones*. Nº.120. Madrid.
- CABRERO, Rosario (1995) y OLIVA, Diego, MALGOSA, Assumpció, SANFONT, Santiago, RUIZ, Mª Teresa, SUBIRÁ, Mª Eulalia, SABATÉ, Isabel, BARDERA, Remei. "Arqueometría antropológica en el sepulcro megalítico de el Palomar:

contribución al conocimiento histórico de la campiña sevillana”. *SPAL*, nº4, pp.69-79.

CÁCERES GUTIÉRREZ, Yasmina E (1997) “Cerámicas y tejidos: sobre el significado de la decoración geométrica del Bronce Final en la Península Ibérica”. *Complutum*, nº8, pp.125-140.

CALO LOURIDO, Francisco (1993) “A Cultura castrexa”. *Historia de Galicia*, 3. Ed. A Nosa Terra. Vigo.

- (1994) “A plástica da Cultura Castrexa Galego- Portuguesa” *Tomo II*, Fundación Pedro Barné de la Maza, Conde de FENOSA. La Coruña.

CALO RAMOS, Nuria (1999) “A decoración plástica na cerámica do castro de Borneiro”. *Gallaecia*, nº18, pp.179-200.

CAMINO MAYOR, Jorge (1995 A) “Los castros marítimos en Asturias”. *Fuentes y Estudios de Historia de Asturias*, 7, RIDE, Oviedo.

- (1995 B) “Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: apuntes para una sistematización de la Edad del Hierro”, *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, 1991-1994, Consejería de Cultura del Principado de Asturias, Oviedo, pp., 117-126.
- (1996) “Una incursión da Edá del Fierro. El poblamiento castreño de la ría de Villaviciosa”. *Asturies*. Nº2. Belenos, Uviéu, pp.21-37.
- (1997) “Excavaciones en castros de la ría de Villaviciosa”, *Estudios del poblamiento prerromano de la ría de Villaviciosa*, Cuadernos Cubera, Nº9, Villaviciosa, pp. 43-86.
- (1999) “Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas”. *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, 1995-1998. Oviedo, Consejería de Cultura del Principado de Asturias, pp151-161.
- (2000) “Las murallas compartimentadas de los castros de Asturias: bases para un debate”. *Archivo español de arqueología*, vol.73, nº 181-182, pp. 27-42.
- (2002) “Algunos comentarios sobre pautas sociales y territoriales de los castros del oriente de Asturias”. *Coloquios de Arqueología de la Cuenca del Navia, Formación y desarrollo de la cultura castreña*, Navia.
- (2003) “Los castros de la ría de Villaviciosa: contribución a la interpretación de la Edad del Hierro en Asturias”. *Trabajos de Prehistoria*, 60, pp. 159-172.

- CAMPO LASTRA, Raquel (2009) “Estructura onomástica y estructura social de los indígenas de Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia)”. *Acta Palaeohispanica* X, *Palaeohispanica* 9, pp. 669-681.
- CANTARELLA, Eva (1996) *El peso de Roma en la cultura europea*. Akal. Madrid.
- CARANDINI, Andrea (1984) *Arqueología y cultura material*. Mitra. Barcelona.
- CARBALLO ARCEO, Xúlio (1990) “Los castros de la cuenca media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico”. *Trabajos de Prehistoria*, 47: 161-199.
- (1996). “Os castros galegos: espacio e arquitectura”. *Gallaecia* 14/15. Santiago de Compostela.
- CARBÓ GARCÍA, Juan R (2010) “Apropiaciones de la Antigüedad. Legitimación del poder y transmisión de un mito”. *El Futuro del Pasado. Revista electrónica de historia*, nº1, pp.315-335.
- CARBONELL, Eliseu (2001) “Tiempo ambiental, tiempo social. Los debates de la antropología del tiempo situados en las sociedades agrícolas del Mediterráneo, a través de la obra literaria de Josep Pla”. *Gazeta de Antropología*, nº17.
- CARDETE DEL OLMO, M^aCruz (2003) “Identidad y religión. El santuario de Apolo en Basas”. *Studia Historica.Hist. Antigua*. Nº21. pp.47-74.
- (2010) *Paisaje, Identidad y religión. Imágenes de la Sicilia Antigua*. Bellaterra Arqueología. Barcelona.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto (2007) *Etnicidad y estructura social*. Universidad Autónoma Metropolitana. México.
- CARO BAROJA, Julio (1973, 2ªed) *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica*. San Sebastián.
- CARRERA, M^a Jesús (2003) y PENA GRAÑA, Andrés. “Consideraciones sobre la casa *castrexa* con banco corrido: simbología y protocolo en el banquete indoeuropeo”. *Anuario Brigantino*, nº26, pp.113-132.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, Elías (1990a) “El castro de San Isidro: informe de las excavaciones arqueológicas 1986”. *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86*, 1, 157-162.
- (1990 b) “La cultura castreña en Asturias”. En *Historia de Asturias*, I, Ed. La Nueva España, pp121-136.

- (1995) “El territorio de los satures: los castros”. *Astyres, Pueblos y culturas en la frontera con el Imperio Romano*. Gijón, 1995, 53-66.
 - (1996) y CAMINO, Jorge. “Edad del Hierro en el territorio histórico de los Astures o la realidad de un espacio administrativo romano”. *Actas del Coloquio Internacional: “Los Finisterres en la Antigüedad. Época prerromana y romana”*. Gijón, 10-12 de Julio de 1995, pp57-61.
- CASADO CANDELAS, M^a Jesús (1972) *La tutela de la mujer en Roma*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- CASTIELLA, Amparo (1999) “Análisis ocupacional de la Cuenca de Pamplona durante el periodo protohistórico de la Edad del Hierro”. *Revista de Guimãraes*, volumen especial, I, pp.321-331.
- (2002) “La vida y la muerte durante la Protohistoria en El Castejón de Arguedas (Navarra)”. *Cuadernos de Arqueología Navarra*, nº10, pp. 7-216.
 - (2007) “El poblado y la necrópolis de las I Edad del Hierro en Valtierra (Navarra)”. *Cuadernos de Arqueología Navarra*, nº 15, pp. 193-243.
- del CASTILLO ÁLVAREZ, Arcadio (1986) *Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo*. Ed. Universidad de León.
- CASTILLO, M^a de los Ángeles (1995) “Antiguas fiestas en Hispania”. *Ilu: Revista de Ciencias de las Religiones*, nº0.
- CASTRO CEIREL, Zaida (1984) “Notas sobre la problemática del tejido en la Península Ibérica”. *Kalathos* 3-4. Teruel. pp. 95-110.
- CASTRO, Pedro V. (1989) y Paloma GONZÁLEZ MARCÉN “El concepto de frontera: implicaciones teóricas de la noción de territorio político”. *Fronteras. Arqueología Espacial*, nº13, pp. 7-19
- (2003) ESCORIZA, Trinidad y SANAHUJA, M^a Encarna “Trabajo, reciprocidad y explotación. Prácticas sociales, sujetos sexuados y condiciones materiales”. *Actas del IX Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español*. Barcelona.
 - (2006) y ESCORIZA, Trinidad “Trabajo y Sociedad en Arqueología. Producciones y relaciones versus orígenes y desigualdades”. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social (RAMPAS)*, nº7.

- CHAPMAN, Robert W. (1996) GILI, Sylvia, LULL, Vicente, MICÓ, Rafael, RIHUETE, Cristina, RISCH, Roberto y SANAHUJA, M^a Encarna. “Teoría de las prácticas sociales”. *Complutum Extra*, nº6, pp. 35-48.
- CASTRO, Edgardo (2010) “Arqueología del poder e ideología indoeuropea: Dúmezil, Foucault, Agamben”. www.idc.org.br/.
- CEPEDA, Juan J. (2009) JIMÉNEZ, Jesús I., TEICHNER, Félix y UNZUETA, Miguel. “El cerco de Bolunburu. Un recinto fortificado de la Edad del Hierro en Bizkaia”. *Actas del Congreso “Medio siglo de arqueología en el Cantábrico Oriental y su entorno”*. Pp.883-894.
- CHAPA BRUNET, Teresa (2003) “La percepción de la infancia en el Mundo Ibérico”. *Trabajos de Prehistoria*, 60, nº1, pp. 115-138.
- (2007) y MAYORAL, Victorino. *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida de un poblado ibérico*. Ed. Akal. Madrid.
- CHARRO GORGOJO, Ángel (1998) “La sal. ¿Mito o superstición?”. *Revista de Folklore*, nº214, pp.124-133. Fundación Joaquim Díaz.
- CHAPMAN, Robert (1991) *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*. Ed. Crítica. Barcelona.
- CHAVES TRISTÁN, Francisca (1998) “Indigenismo y romanización desde la óptica de las amonedaciones hispana de la Ulterior”. *Habis*, nº25, pp.107-120.
- CHODOROW, Nancy (1984) *El ejercicio de la maternidad*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- CID, Rosa M^a (2002) “La Historia de las mujeres y la historia social. Reflexiones desde la historia antigua” en Rosa Cid *et al Oficios y saberes de mujeres*. . Serie Historia y Sociedad, nº96. Valladolid.
- (2003) y GLEZ GLEZ, Marta. Eds *Mitos femeninos de la cultura clásica*. Trea. Oviedo.(2006) en Cristian Borderías (ed) “Joan Scott y la historia de las mujeres en España. El caso de los estudios sobre la Antigüedad” en *Joan Scott y las políticas de la historia*, pp. 61-97.
 - (2007) “Imágenes y prácticas religiosas de la sumisión femenina en la antigua Roma. El culto de <<Juno Lucina>> y la fiesta de <<Matronalia>>”. *Stud. Hist. Historia Antigua*. N^a25, pp.357-372.
- CLAUSS, James (1997) y Johnston Sara. (Eds) *Medea. Essays on Medea n Myth, Literature, Philosophy and Art*. Princeton University Press.

- COLOMER, Laia (1996) "Contenidors ceràmics i processament d'aliments a la prehistòria". *Cota Zero*, nº12, pp. 47-60.
- (1999) GONZÁLEZ, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina. *Arqueología y Teoría feminista*. Icaria: Barcelona.
- CONCEPCIÓN SUÁREZ, Xulio (2002) "Toponimia y poder religioso" *Lucus*. Nº2, pp.41-64.
- CONKEY, Meg (1984) y SPECTOR, Janet "Archaeology and the study of Gender". *Advances in Archeaeological Method and Theory*, nº7, pp.1-38.
- COVAS FERNÁNDEZ, M^a Isabel (1998) y PRIETO, M^a del Pilar. "Regularidades espaciales en la cultura material: la cerámica de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en Galicia". *Gallaecia*, nº 17, pp. 151-175.
- (1999) y PRIETO, M^a del Pilar. "Introducción a la cerámica prehistórica y protohistórica en Galicia". *TAPA*, nº 17.
 - (2001) y PRIETO, M^a del Pilar. "La cadena tecnológica-operativa como herramienta teórica y metodológica. Una perspectiva desde los planteamientos de la arqueología del paisaje". *Cuadernos de Estudios Gallegos*, nº114, pp. 9-27.
- CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, Santos (1997) "Sacerdotes y sacerdocio en las religiones indoeuropeas de Hispania prerromana y romana". *Ilu: Revista de Ciencias de las Religiones*. Nº2.
- (1999a) "*Corpus* epigráfico para el estudio de los *vernae/vernaculi* hispanorromanos". *Hispania Antiqua XXIII*, pp. 143-166.
 - (1999b) y ALONSO ÁVILA, Ángeles. "Las manifestaciones religiosas del mundo antiguo en la Hispania romana. El territorio de Castilla y León, I: fuentes epigráficas".
- CRIADO BOADO, Felipe (1989a) "Asentamiento megalíticos y asentamientos castreños: una propuesta de síntesis". *Gallaecia 11*, pp.373-387.
- (1989b) "Megalitos, espacio y pensamiento". *Trabajos de Prehistoria* Vol.46, nº1, pp.75-98.
 - (1991) "Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje". *Boletín de Antropología Americana*. 24: 5-29. México.

- (1991b) (dctor) “Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos, entre los tiempos paleolíticos y medievales (campanías de 1987, 1988 y 1989). *Arqueología / Investigación* 6. Xunta de Galicia.
- (1992) “Del poblamiento pretérito a los paisajes arqueológicos”. CRIADO, Felipe (dir). *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales*. Arqueología / Investigación, nº6, pp. 243-255. Xunta de Galicia. Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e Documental. Santiago.
- (1993) “Visibilidad e interpretación del registro arqueológico”. *Trabajos de Prehistoria*, nº50, pp.39-56.
- (1993a) “Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje”. *SPAL*, nº2, pp.9-55.
- (1998) “La monumentalización del Paisaje: percepción actual y sentido original en el Megalitismo de la Sierra de Barbanza (Galicia)”. *Trabajos de Prehistoria*. Vol.55, nº1, pp.63-80.
- (2000) GIANOTTI, Camila y VILLOCH, Victoria “Los túmulos como asentamientos” pp.289- en *Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*. Adicap, Porto.
- (2006) “¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad? Sobre arqueología e interpretación”. *Complutum*, nº17, pp.247-253.

CRUZ ANDREOTTI, Gonzalo (1989) *Estrabón e Iberia. Nuevas perspectivas de estudio*. Ed. Thema. Universidad de Málaga.

CRUZ BERROCAL, María (2009) “Feminismo, teoría y práctica de una arqueología científica”. *Trabajos de Prehistoria*. 66,nº2, pp.25-43.

CUESTA, Francisco (1996) MAYA, José Luis, MESTRES, Joan.S y JORDÁ, Jesús Fco. “Radiocarbono y cronología de los castros asturianos”. *Zephyrus*. Nº49. pp.225-270.

CUATROCASAS, Alfonso (2005) (Ed) *Julio César “Comentario a la Guerra de las Galias”*. Espasa Calpe. Barcelona.

D’AMBRA, Eve (2007) *Roman Women*. Cambridge. Cambridge University Press.

DAVIS-KIMBALL, Jeannine (1997) “Chieftain or warrior priestess”. *Archaeology*, september 1997, pp.40-41.

- (1997/98) “Amazons, priestesses and other women of status: females in Eurasian nomadic societies”. *Silk Road Art and Archaeology*, 5, pp.1-50.

- (1999) "Warrior women of the Eurasian steppes". *Archaeology*, Jan/Feb 1999, pp.44-48.
- DE LAURETIS, Teresa (1991) "La tecnología del género". En Carmen Ramos (comp.) *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*. Universidad Autónoma Metropolitana. México.
- (2000) *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*, Ed. Horas y horas, Cuadernos inacabados n. 35. Madrid.
- DELGADO, Montserrat (2009) y GRANDE, Manuel. "La Gallaecia antigua: diversidad, paisaje social, estructura social y poblamiento". *Herakleion*, nº2, pp.61-92.
- DELGADO RAACK, Selina (2008) *Prácticas económicas y gestión social de recursos (macro)líticos en la Prehistoria Reciente (III-I milenios a.C.) del Mediterráneo occidental*. Tesis Doctoral. Departament de Prehistòria. Facultat de Lletres. Universitat Autònoma de Barcelona.
- DELGADO URBANO, Manuel E. (2005) "Patología dental de los antiguos residentes de Alto del Rey (El Tambo, Cauca), suroeste de Colombia (CA- 1200-1600 d.C)". *Boletín de Antropología*, vol.19, pp.94-126.
- DETIENNE, Marcel (1986) *Dionisio a cielo abierto*. Barcelona.
- DIAZ-ANDREU, Margarita (1995) y MORA, Gloria. "Arqueología y política: el desarrollo de la arqueología española en su contexto histórico". *Trabajos de Prehistoria*. Nº1, pp 25-38.
- DIÁZ SANTANA, Beatriz (1994) "Los celtas y la Historia" en M^aCruz González y Juan Santos (Eds) *Las estructuras sociales indígenas del norte de las Península Ibérica*. Revisiones de Historia Antigua I. Vitoria.
- (1997) "Ofrendas, asentamiento y humedales: sistemas de control territorial en el occidente de la Península Ibérica". *SPAL*, Nº6, pp. 53-65.
- (2001) "La cultura castreña y el proceso de creación de la identidad nacional gallega". *Arqueoweb: Revista sobre arqueología en Internet*. Vol 3. nº3.
- DIEGO SANTOS, Francisco (1959) *La epigrafía romana de Asturias*. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.
- DIEZ CASTILLO, Agustín (1995) "El asentamiento de la Peña Oviedo (Camaleón, Cantabria): la colonización de las áreas montañosas de la Cornisa Cantábrica". *Cuadernos de Sección. Prehistoria y Arqueología*, nº6, pp.105-120.

- DIEZ de VELASCO, Francisco (1985) “Balnearios y dioses de las aguas termales en Galicia romana”. *Archivo Español de Arqueología* LVIII, pp. 69-94.
- DOMENE PRATS, Francisco (2009-2010) “Avance al estudio sobre los elementos de molienda prehistórica en el Alto Vinalopó”. *VI Ayudas a la investigación. Fundación José M^a Soler*.
- DOMÍNGUEZ, Adolfo J (1997) “Los lugares del culto en el mundo ibérico: espacio religioso y sociedad”. *Quadern de prehistoria y arqueología de Castelló*. Nº 18, 391-404.
- DOMERGUE, Claude (1977) y SILLIERES, Pierre. “Minas de oro en la provincia de León” I-II. E.A.E., 93-94. *Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos, Madrid*.
- DRUC, Isabelle (2009) “Tradiciones alfareras, identidad social y el concepto de etnias tardías en los Conchucos, Ancash, Perú”. *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, nº 38 (1), pp. 87-106.
- DUMÉZIL, Georges (1973) *Los dioses de los germanos*. Ed. S. XXI. Madrid.
- (1999) *Los dioses soberanos indoeuropeos*. Ed. Herder. Barcelona.
- DUNN MASCETTI, Manuela (1992) *Diosas : la canción de Eva*. Ed. Robin book. Barcelona.
- DURKHEIM, Emilie (1987) *La división del trabajo social*. Ed. Akal. Madrid
- ELIADE, Mircea (1986) *Herreros y alquimistas*. Alianza: Madrid.
- (2000) *Aspectos del mito*. Paidós. Barcelona.
- ELIAS, Norbert (1985) “Un fragmento del proceso de civilización”. *Revista de Occidente*, nº55, pp.108-128.
- (1982) *Sociología fundamental*. Gedisa. Barcelona.
 - (1989) *Sobre el Tiempo*. Fondo de cultura económica. Madrid.
 - (1990a) *Compromiso y distanciamiento*. Península. Barcelona.
 - (1990b) *La sociedad de los individuos*. Península. Barcelona.
- ENGELSTAD, Erika (1999) “Imágenes de poder y contradicción: teoría feminista y arqueología postprocesual” en Laia Colomer, Paloma González, Sandra Mortón y Marina Picazo (comp). *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*. Icaria. Barcelona.

ESCORIZA, Trinidad (2002-2005) y SANAHUJA, M^a Encarna. “Las producciones y las prácticas sociales” en M^a Encarna Sanahuja, *Contra la falsificación del pasado prehistórico. Buscando la realidad de las mujeres y los hombres detrás de los estereotipos*. Estudios e Investigaciones. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Secretaría General de Políticas de Igualdad. Instituto de la Mujer. Universidad Autónoma de Barcelona.

- (2008) LÓPEZ, M^a Juana y NAVARRO, Ana (Eds). *Mujeres y Arqueología. Nuevas aportaciones desde el materialismo histórico*. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.

ESCORTELL, Matilde (1972) y MAYA, José Luis “Materiales del Pico del Picu Castiellu (Siero) en el Museo Arqueológico Provincial”. *Archivum XXII*, 37-48.

- (1982) “Catálogo de las Edades de los Metales del Museo Arqueológico Provincial”. Oviedo.
- (1996) “Catálogo Prerrománico del Museo Arqueológico Provincial”. Oviedo.

ESPARZA ARROYO, Ángel (1986) “Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora”. *Inst. Florián de Ocampo*. Zamora.

ESTEBAN SANTOS, Alicia (2005) “Mujeres terribles: heroínas de la mitología griega I”. *Estudios griegos e indoeuropeos*, 15. pp.63-93.

ESTRADA GARCÍA, Rogelio (1993) “Inventario arqueológico del concejo de Parres”. *Consejería de Cultura del Principado de Asturias*.

- (1995) “Reseña del Inventario arqueológico del concejo de Parres”. Excavaciones arqueológicas en Asturias. 1991-94, *Consejería de Cultura del Principado de Asturias*. Oviedo. Pp. 236-238.

EVANS-PRITCHARD, Edward Evan (1975) *La mujer en la sociedad primitiva*. Ed. Península. Barcelona. Título Original (1965). "The position of women in primitive societies and other essays in social anthropology". Londres.

FÁBREGA, Pastor (2004) “Poblamiento y territorio de la cultura castreña en la comarca de Ortegal”. *Cuadernos de Arqueología e patrimonio*, 19.

- (2005) “Tiempo para el espacio. Poblamiento y territorio en la Edad del Hierro en la Comarca de Ortegal (A Coruña, Galicia)”. *Complutum*, Vol.16, pp.125-148.

- (2006) ARIZAGA, Álvaro, AYÁN, J.Miguel y RODRÍGUEZ, Anxo “A apropiación simbólica da cultura material castrexa na paisaxe cultural dos Chaos de Amoeiro (Ourense, Galicia)”. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, nº119, pp. 85-127.
- FÁBREGAS, Ramón (1990) “Industria lítica en el megalitismo del Noroeste peninsular: consideraciones generales”. *Espacio, Tiempo y Forma. S. I Prehistoria y Arqueología*. Nº3, pp.105-141.
- (1994) y RUIZ-GÁLVEZ, Marisa “Ámbitos funerario y doméstico en la Prehistoria del NO. de la Península Ibérica”. *Zephyrus: Revista de Arqueología y Prehistoria*. Nº46, pp.143-160.
 - (1995a) y BRADLEY, Richard “El silencio de las fuentes: prácticas funerarias en la Edad del Bronce del Noroeste y su contexto europeo”. *Complutum*, nº6, pp.153-166.
 - (1995b) “La realidad funeraria en el Noroeste del Neolítico a la Edad del Bronce”. *Arqueología da Morte*. Xinzo de Limia, pp. 95-125.
 - (1998) “Petroglifos y asentamientos: El caso de Monte Penide (Redondela, Pontevedra)”. *Boletín del Semanario de Estudios de Arte y Arqueología*, 64, pp.91-116.
 - (2003) “¿Enterramientos tumulares en la Edad del Bronce? Nuevas evidencias para el Noroeste”. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I*, 6, pp.181-204.
 - (2004) GUITIÁN, Jorge, PEÑA, Antonio de la y GUITIÁN, Xoan. “Petroglifo galaico con una representación tipo Peña Tú”. *Zephyrus*, nº57, pp.183-193.
 - (2006) “Nuevas perspectivas sobre el espacio doméstico en la prehistoria reciente del NO: el poblado de Os Remedios (Moaña, Pontevedra)”. *Zephyrus*, nº59, pp.257-273.
- FANJUL, Alfonso (2004) *Los Castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional*. Ayuntamiento de Tevera.
- (2004) y MENÉNDEZ BUEYES, Luis R. *El complejo castreño de los Astures transmontanos*. Ed. Universidad de Salamanca. Salamanca.
 - (2005) “Nuevos datos sobre el doblamiento castreño en los valles de alta montaña cantábrica” En Carlos Canelo, Ángel Esparza y Antonio Blanco (coord.) *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Edad del hierro en la Península Ibérica*. Pp,77-93.

- FARO, José A. (2006) CAÑADA, Fernando y UNZU, Mercedes. “Necrópolis del El Castillo (Castejón, Navarra). Primeras valoraciones campañas 2000-2001-2002”. *Complutum*, nº17, pp.145-166.
- FERNÁNDEZ, Ana M^a (1987) y MIYARES, Alejandro. “La estela de Duesos”. *B.I.D.E.A. N° 124*. Oviedo. Pp. 1.035-1.054.
- FERNÁNDEZ ALLER, M^a del Carmen (1978) “Epigrafía y numismática romana en el Museo Arqueológico de León”. *Colegio Universitario de León*. León.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Florentino (1990) “Guía para visitar los santuarios marianos de Asturias”. *María en los Pueblos de España, Vol 6*. Ed. El encuentro. Madrid.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Adolfo (2008) “Cerámicas del mundo castrejo del Noroeste Peninsular. Problemática y principales producciones”, en Darío Bernal y Albert Ribera (eds). *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Universidad de Cádiz.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Jesús (2009) “Una contribución a la lectura crítica de determinadas fuentes de información arqueológicas mediante la utilización de los SIG: los <<castros>> del valle del Trubia”. *Territorio, sociedad y poder*, nº4, pp. 5-46.
- FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA, Salvador (1993) “Un guerrero galaico en la parroquia de Borreiros (Gondomar), el segundo hallado en la provincia de Pontevedra. Breves notas sobre los guerreros galaicos y sus orígenes”, en *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología. Vol II. Vigo*.
- FERNÁNDEZ DE MATA, Ignacio (2002) “Diálogos, encuentros y mixturas. Relaciones entre la antropología y la historia”. *Iberia: Revista de la Antigüedad*, nº5, pp.21-48.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Víctor M (2006) “Arqueologías críticas: El conflicto entre la verdad y el valor”. *Complutum*, nº17, pp. 191-203.
- FERNÁNDEZ OCHOA, Carmen (1982) “Asturias en la época romana”. *Monográficas Arqueológicas, 1, Universidad Autónoma, Madrid*.
- (2007) en Juan FERNÁNDEZ-TRESGUERRES (Coord) *Astures y romanos: nuevas perspectivas*.
- FERNÁNDEZ-POSSE M^a Dolores (1993) MONTERO, Ignacio y SANCHEZ-PALENCIA, Francisco. J. “Espacio y metalurgia en a cultura castreña. El Castrelín de San Juan de Paluezas”. *Trabajos de Prehistoria*, 50, 197-226.

- (1997) y Sánchez-Palencia F. Javier “Las comunidades campesinas en la cultura castreña” en *Trabajos de Prehistoria*, 55 nº2, pp. 127-150.
- (1998) *La investigación protohistórica en la Meseta y en Galicia*. Ed. Síntesis, Arqueología Prehistórica. Madrid.
- (2001) “El castro prerromano de El Castrelín de San Juan de Paluezas”. *Cuadernos de la Fundación Las Médulas*, nº2.
- (2002) “Tiempos y espacios en la cultura castreña”, *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica*. Pp. 81-95. Navia.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Carlos (2002) “Análisis de los restos faunísticos recuperados en el castro de Viladonga (Castro de Rei, Lugo)”. *CROA*, nº12, pp. 7-14.

- (2005) “La arqueozoología en el noroeste de la Península Ibérica: historia de las investigaciones”. *Munibe, Homenaje a Jesús Altuna*, nº57, pp.511-523.

FERREIRA DE ALMEIDA, Carlos Alberto (1974) “Cerámica Castreja”. *Revista de Guimaraes*, 74, Guimaraes.

- (1983) “Cultura Castreja. Evolução e problemática”. *Arqueologia*, 8, Porto.
- (1984) “A casa castreja”. *Memorias de Historia Antigua*, VI, 35-42.

FILGUEIRAS REY, Ana I (1994) y RODRÍGUEZ, Tomás. “Túmulos y petroglifos. La construcción de un espacio funerario. Aproximaciones a sus implicaciones simbólicas. Estudio en la Galicia centro-oriental: Samos y Sarria”. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I*, nº7, pp. 211-253.

FINOL, José Enrique (2006) “Rito, espacio y poder en la vida cotidiana”. *DeSignis*, nº9, pp. 33-43.

FLOR BLANCO, German (2008) “Estratigrafía y sedimentología del recubrimiento costero de la ciudad de Gijón (Asturias)”. *Trabajos de Geología*. Nº28, pp.137-157.

- (2008) “Evolución ambiental del estuario de Avilés (1833-2006)”. *Trabajos de Geología*. Nº28, pp.119-135.
- (2009) “Aspectos geomorgológicos del tramo inferior del estuario de Villaviciosa (Asturias) en relación con su evolución histórica”. *Revista de la Sociedad Geológica de España*. Vol 22, nº1-2, pp.123-136.

FORDE-JHONSTON, James (1976) *Hillforts of the Iron Age in England and Wales. A survey the surface evidence*. Liverpool University Press.

FOUCAULT, Michel (1981) *Un diálogo sobre el poder*. Alianza Editorial. Madrid.

- (1984) "Space, Knowledge, and Power In Paul Rabinow" (Ed.) *The Foucault Reader*. New York: Pantheon. 239–56.
 - (1992) *Microfísica del poder*. La piqueta. Madrid.
 - (1999) *Estrategias de poder*. Paidós. Barcelona.
 - (2005) *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI. México.
 - (2009) *Arqueología del saber*. Siglo XXI. Madrid.
- FOXHALL, Lin (1982) y FORBES, Hamish "Sitometría: the role of grain as staple food in Classical Antiquity". *Chiron*, XII, pp. 41-90. München.
- FRENCH, John (1959) y RAVEN, Bertran "The bases of social power" en Cartwright, (ed) *Studies in Social Power*. University of Michigan Press.
- FUERTES, M^a Natividad (2008) y PÉREZ OLIVA, Lucía. "Material lítico tallado y pulimentado de yacimientos de la Edad del Hierro en la meseta oriental leonesa: la comarca de Oteros". *Vérvedes*, nº5, pp. 247-256.
- GACHS SANCHEZ, Héctor Manuel (1997) "La cultura de los castros asturianos. Estudios del poblamiento prerromano de la ría de Villaviciosa". *Cuadernos de Cubera*, 9, 25-42.
- GALÁN Y SAULNIER, Catalina (1985) "Los túmulo colectivos no megalíticos de la Meseta". *Cuadernos de Prehistoria y arqueología*, nº11-12, pp.57-68.
- GALBANY, Jordi (2008) GARRIGA, Núria, MAJORAL, M, COLL, Ramón y FLUXÁ "Microdesgaste y patología dental en la población de la Edad del Bronce de "Mar i Muntanya" (Alella, Barcelona)". *Rev. Esp. Antrop. Fís.*, nº 28, pp. 25-36.
- GALINDO SOSA, Raúl V. (2008) y HERNÁNDEZ, Yissel. "La evolución tecnológica del telar". *Revista Digital Universitaria*, Universidad Autónoma del Estado de México, vol. 9, nº11.
- GALLEGO FRANCO, M^a del Henar (1991) *Femina dignísima. Mujer y sociedad en Hispania Antigua*. Valladolid.
- (1999) "La imagen de la mujer bárbara: a propósito de Estrabón, Tácito y Germania". *Faventia*, 21/1, pp. 55-63
 - (2004) "La mujer en las estructuras religiosas de Hispania septentrional. Consideraciones en base a la epigrafía votiva hispanorromana del territorio castellano-leonés" *Ilu: Revista de Ciencias de las Religiones*, 4, 69-89.

- GARCÉS, Ignasi (1990) JUNYENT, Emili, LAFUENTE, Ángel y LÓPEZ, Joan B. “El sistema defensivo de “Els Vilars” (Arbeca, Les Garrigues)” *Actas del Simposi Internacional d’Arqueologia Ibérica*, Manresa, 183-197.
- GARCÍA Y BELLIDO, Antonio (1941) “El castro de Coaña (Asturias) y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura” *Archivo Español de Arqueología*, XIV, 42, pp. 188-217.
- (1942a) “El castro de Coaña. Nuevas aportaciones”. *Archivo Español de Arqueología*, XV, 48, pp. 216-244.
 - (1942b) “El castro de Pendia”. *Archivo Español de Arqueología*, XV, 49, 288-305.
 - (1943) “Los Albiones del NO de España y una estela hallada en el Occidente de Asturias”. *Emerita*, XI, pp. 419-430.
 - (1971) “Orígenes de la casa redonda de la cultura castreña de NO de la Península”. *Guimaraes*, LXXXI, 1-2, pp. 25-35.
- GARCÍA-ENTERO, Virginia (2006-2006) “Las transformaciones de los *balnea* rurales domésticos durante la antigüedad tardía en Hispania (ss.IV-VI)”. *CuPAUAM*, nº 31-32, pp.61-82.
- GARCÍA Y FERNÁNDEZ-ALBALAT, Blanca (1990) *Guerra y religión en la Gallaecia y Lusitania Antigua*. La Coruña.
- GARCÍA-GELABERT, M^a Paz (1993) “Indigenismo y romanización en Turdetania durante la República”. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Historia Antigua*, nº6, pp.99-132.
- GARCÍA QUINTELA, Marco V. (1993) “Viriato y la ideología trifuncional indoeuropea”. *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad clásica*, nº5, pp.111-138.
- (1999) *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana III*. Ed. Akal. Madrid.
 - (2002) “La organización socio-política de los populi del Noroeste de la Península Ibérica. Un estudio de antropología histórica comparada. TAPA, Nº28.
 - (2004) y Manuel SANTOS “Alineación arqueoastronómica en A Ferradura (Amoeiro- Orense)”. *Complutum*, Vol.15, pp.51-74.
 - (2009) “Arqueoastronomía, antropología y paisaje”. *Complutum*, Vol.20, Nº2, pp.39-54.

- GARCÍA LINARES, Antonio (1984) "Hallazgo de un fragmento de molino circular epigráfico en el castro de San Chuis (Allande)". *La Maniega*, nov.- dic., 10-11.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Mercedes (1997) y JORDÁ PARDO, Jesús F. "El castro de San Chuis. La recuperación de un enclave para la historia antigua de Asturias". *MHA*, XVIII, 319-338
- GARCÍA MARTÍNEZ, Sonia Mª (1994) "La mujer en el Conventus Asturum. Su reflejo epigráfico". *Estudios Humanísticos*, 16, pp.31-60.
- (1995) "Los diferentes artes y oficios en el Noroeste hispanorromano". *Conímbriga*, vol XXXIV, pp. 147-168.
 - (1996a) "La epigrafía como fuente de conocimiento para la romanización del suroeste del *Conventus Asturum*". *Brigantia*, XVI, ½, pp. 75-96.
 - (1996b) "El monumento funerario como reflejo del status socioeconómico. Un ejemplo concreto: Asturica Augusta, Bracara Augusta y Lucus Augusti". *Estudios Humanísticos*, nº18, pp. 83-97.
 - (1996c) RABANAL, Manuel Abilio y HERNÁNDEZ, L "La religión y la religiosidad indígena-romana en el Conventus Lucensis". *Estudios humanísticos*, nº18, pp.39-81.
 - (1997a) "Los representantes del poder religioso en la epigrafía romana del Noroeste Hispano". *Estudios Humanísticos*, 19, pp. 23-40.
 - (1997b) "Evergetismo y propaganda imperial en el Noroeste Hispanorromano. Sus manifestaciones epigráficas". *Lancia*, nº2, pp.149-164.
 - (1997c) "Una céltica supertamarica Andiñuel (León)". *Conimbriga XXXVI*, pp. 95-101.
 - (1997d) y BRAGADO, Jose Mª. "Una nueva deidad indígena en el *Conventus Asturum*". *Studia Zamorensia*. Segunda Etapa. Vol IV, pp.21-30.
 - (1998-99) "La población exógena en los distritos mineros el Noroeste Hispanorromano". *Lancia*, nº3, pp.141-158.
 - (1999a) "Los zoelas: sociedad y antroponimia". *Brigantia*, XIX, ½, pp. 17- 36.
 - (1999b) "El fenómeno de la esclavitud en el Noroeste Hispanorromano a través de los testimonios epigráficos". *Estudios Humanísticos*, nº21, pp. 15-31.
 - (1999c) *La base campamental de la Legio VII y su canabae en León. Análisis epigráfico*. Universidad de León.

- (2000) y RABANAL, Manuel Abilio. “El culto a Júpiter en el *Conventus Bracaraugustanus*. Los dedicantes y su condición social”. *Estudios Humanísticos*, nº22, pp. 11-27.
 - (2002) “La implicación del colectivo femenino en los cultos indígenas y latinos del *Conventus Bracaraugustanus*”. *Estudios Humanísticos. Historia*, 1, pp.15-33.
- GARCÍA MERINO, Carmen (1973) “Las tierras del NO de la Península Ibérica, foco de atracción para los emigrantes de la Meseta en época romana”. *Hispania Antiqua*, III, pp. 9-28.
- GARCÍA SÁNCHEZ, Jesús (2009) “El poblamiento y la explotación del paisaje en la Meseta Norte entre la Edad del Hierro y la época romana altoimperial. Una aproximación a través de la arqueología espacial”. *Zephyrus*, LXIV, PP.81-96.
- GARCÍA SANZ, Oscar (1998) “Amazonas: una realidad histórica para la tradición occidental y la del nuevo mundo”. *Analecta Malacitana*, XXI, 2, pp. 609-622.
- GARCÍA VUELTA, Óscar (2001) y PEREA, Alicia. “Las diademas-cinturón castreñas: el conjunto con decoración figurada de Moñes (Villamayot, Piloña, Asturias)”. *AEspA*, nº 74, pp. 3-23.
- GARDNER, Jane (1968). *Women in roman law and society*. Indianápolis.
- GARRALDA, M^a Dolores (1974) “Estudio antropológico del Neolítico y del Bronce I”, *Tesis Doctoral*. Universidad Complutense Madrid. Madrid.
- (1984) “Estudio antropológico”, en Los tolmos de Caracena (Soria) campaña 1977-78-79. Nuevas bases para estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero. Excavaciones Arqueológicas de España, nº134. pp.341-50.
- GARRIDO, Elisa (1986) "La mujer en el mundo antiguo". *Actas de las quintas jornadas de investigación interdisciplinar. Seminario de Estudios de la Mujer*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- GERNET, Louis (1968) *Anthropologie de la Grèce Antique*. París.
- GIL GARCÍA, Francisco Miguel (2001) “Ideología, poder y territorio”. *Revista Española de Antropología Americana*, nº31, pp.59-96.
- (2002) “Donde los muertos no mueren. Culto a los antepasados y reproducción social en el mundo andino. Una discusión orientada a los manejos del tiempo y el espacio”. *Anales del Museo de América.*, nº10, pp.59-83.

- (2003) “Manejos espaciales, construcción de paisajes y legitimación territorial: entorno al concepto de monumento”. *Complutum*, nº14, pp.19-38.
- GILMAN, Antonio (1997) “Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos” en *Trabajos de Prehistoria*, 54 nº2, pp.81-92.
- GIMBUTAS, María (1989) “The social structure of old Europe”. *Journal of Indo-European Studies* 17, 3-4. pp. 197-214.
- (1991) *Diosas y Dioses de la vieja Europa 7000-3500 a. C.* Mitos, leyendas e imaginería. Ed. Istmo. Madrid.
- GODELIER, Maurice (1976) *Antropología y economía. Textos compilados y prologados por Maurice Godelier*. Ed. Anagrama. Barcelona.
- (2004). *Métamorphoses de la parenté*. Ed. Fayard. París.
- GÓMEZ RAMOS, Pablo (1996) “Análisis de escorias férreas: Nuevas aportaciones al conocimiento de la siderurgia prerromana de España” en *Trabajos de Prehistoria*. 53 nº2, pp. 145-155.
- GÓMEZ TABANERA, José Manuel (1991) “Leyenda y realidad del celtismo cántabro-astur” *Actas del XX Congreso Nacional de Arqueología*. Santander, 1989 (Zaragoza, 1991). Sobreiro.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, David (2010) “El Parque Eólico de la Sierra de Carondio: una oportunidad perdida para el conocimiento de la Prehistoria reciente cantábrica”. *Estrat Cric: Revista d’Arqueología*, nº4, pp.75-88.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín (1993) *Los Cántabros*. Ed. Estudio, Santander.
- GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ VALLES, José Manuel. (1977) “Antiguos pobladores de Asturias. Protohistoria “. *Ayalga. Colección Popular Asturiana*. Oviedo.
- (1966) “Catalogación de los castros asturianos”. *Archivum*, VI, Oviedo, pp.255-291.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Francisco Javier (2007) (Coord) *Los pueblos de la Galicia Céltica*, Akal, Madrid.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Enma (2003) “Estela de Dóriga (Cudillero)”. *Asturies. Memoria encesa d’un pais*. Nº15.
- GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (1998) y Marina PICAZO *El tiempo en arqueología*. Arco-Libros, Madrid.
- (2000) “Mujeres, espacio y arqueología: una primera aproximación desde la investigación española”. *Arqueología Espacial*, nº22, pp-11-21.

- (2005) “Movilidad y vida cotidiana: la construcción del espacio doméstico en las comunidades de la prehistoria reciente del nordeste de Iberia”. *Treballs d’Arqueologia*, nº11, pp.135-161.
- (2008) “Tiempos de mujeres. Escalas de análisis y metodología arqueológica”. En Lourdes Prados y Clara Ruiz (Eds). *Arqueología de Género. 1^{er} Encuentro Internacional en la UAM*. Pp.61-75.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M^a. Cruz (1997) “Los Astures y los Cántabros Vadinienses. Problemas y perspectivas de análisis de las sociedades indígenas de la Hispania Indoeuropea”. *Anejos de Veleia*, 10, *Serie Minor*, Vitoria.

- (1994) y SANTOS Juan. *Las estructuras sociales indígenas del Norte de la Península Ibérica*. Vitoria- Gasteiz,.

GONZÁLEZ REYERO, Susana (2000) “El banquete griego en Occidente. La Galla: alcance y límites de un tipo de comensalidad”. *Quad. Preh. Arq.Cast.*, nº21, pp.227-258.

GONZÁLEZ RUIBAL, Alfredo (2003) *La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*. Akal. Madrid.

- (2004) “Artistic Expression and Material Culture in Celtic Gallaecia”. *The Celts in the Iberian Peninsula. e-Keltoi* Volume 6, pp. 113-166
- (2005a) “El castro de Saceda y la jerarquización territorial de la segunda Edad del Hierro en el Noroeste Ibérico”. *Zephyrus*, nº58, pp.267-284.
- (2005b) “Etnoarqueología de la cerámica en el oeste de Etiopía”. *Trabajos de Prehistoria*, 62, nº2, pp. 41-66.
- (2006) “Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C-50 d.C)”. *Brigantium*, Vol.18.
- (2007) “La vida social de los objetos castreños” en J. GONZÁLEZ (Ed) *Los pueblos de la Galicia Céltica*. Pp.259-322- Akal, Madrid.

GONZÁLEZ SANTANA, Mónica (2009) “El mito de la bárbara. La maternidad y las mujeres del noroeste hispánico en Estrabón” en Rosa M^a Cid (Coord) *Madres y maternidades. Construcciones culturales en la civilización clásica*. KRK. Oviedo

- (2010) *Las Mujeres del Noroeste Hispano en los Textos Grecolatinos. El mito de la Bárbara y las revisiones desde la arqueología y la epigrafía*. Nieva. Avilés.

- GONZÁLEZ WAGNER, Carlos (1992) “Un mundo sin ciudades. Problemas de la religión en las sociedades anastatales”. *IV Encuentro- Coloquio ARYS: La religión cívica*.
- GOODY, Jack (2004) *Comparative studies in Kinship*. Routledge Library Editions.
- (1985) *La domesticación del pensamiento salvaje*. Ed. Akal. Madrid.
 - (2009) *La evolución de la familia y el matrimonio en Europa*. Ed. Herder. Barcelona.
 - (1995) *Cocina, cuisine y clases*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- GRACIA ALONSO, Francisco (2003) “La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos”. Ariel. Barcelona.
- (2004) y MUNILLA, Gloria. *Protohistoria. Pueblos y culturas del Mediterráneo entre los siglos XIV y II a. C.* Ed. Universitat de Barcelona. Barcelona.
- GRAVES, Robert (1967) *Los mitos griegos. Vol.I.* Ed. Losada. Buenos Aires. Título original, “*Greek Myths*” (1967).
- GRIMAL, Pierre (1965) *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona.
- GUARINO, Antonio (1982) “Lex Voconia”, *Labeo* 28, pp.188.
- GUÉRIN, Pierre (1999) “Hogares, molinos, telares... El Castellet de Bernabé y sus ocupantes”. *Arqueología Espacial*, 21. pp. 85-99. Teruel.
- GUTIÉRREZ ROJAS, Marisol (2004) “Sofía de los presagios, espacio de encuentro de dos estructuras psicosociales: matriarcado y patriarcado”. *Filología y lingüística XXX (1)*, pp.19-39.
- GUZMÁN, Virginia (2002) “Las relaciones de género en un mundo global”. *Unidad Mujer y Desarrollo*. Naciones Unidas. Chile.
- HALL, Edward T (1966) *The Hidden Dimension*, Doubleday and Company Inc. Garden City, New York.
- HARAWAY, Donna (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Cátedra. Madrid.
- HARDING, Sandra (1987) “Is there a Feminist Method?” en Sandra Harding (Ed). *Feminism and Methodology*. Indiana University Press.
- (1996). *Ciencia y Feminismo*. Ediciones Morata. Madrid.
- HELGA, Liv (2010) HJORUNGDAL, Tove, MONTÓN-SUBÍAS, Sandra, SÁNCHEZ, Margarita y WICKER, Nancy L *Situating Gender In European Archaeologies*. Archaeolingia. Budapest

- HERNÁNDEZ FRANCO, Juan (1997) “Consideraciones y propuestas sobre linaje y parentesco”, en James Casey y Juan Hernández, *Familia, parentesco y linaje. Historia de la Familia. Una nueva perspectiva sobre la sociedad europea*. Universidad de Murcia.
- HERNÁNDEZ GUERRA, Liborio (1996) “La epigrafía en la Meseta Norte”. *Complutum Extra*, nº6 (I), pp. 471-476.
- (2002) *Indigenismo y romanización de la provincia de Valladolid*. Ed. Diputación Provincial de Valladolid.
- HERNANDO, Almudena (1996) “Aproximación etnoarqueológica al estudio del neolítico: la utilidad del caso k’ekch’ para el estudio de la prehistoria europea”. *Complutum Extra*, 6(II), 193-202.
- (1999) “Percepción de la realidad y Prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos”. *Trabajos de Prehistoria*, nº2. pp. 19-35.
 - (2001) “Sociedades del pasado y prehistorias del presente. El caso del calcolítico de la Península Ibérica”. *Complutum*, nº12, pp.217-236.
 - (2002) *Arqueología de la identidad*. Madrid: Akal.
 - (2006a). “Arqueología y globalización. El problema de la definición del <<otro>> en la postmodernidad”. *Complutum*. Vol.17, pp.221-234.
 - (2006b) “Agricultoras y campesinas en las primeras sociedades productoras” en *Historia de las Mujeres en España y América Latina. Vol I. De la Prehistoria a la Edad Media*. Isabel Morant (Dir). Cátedra, Madrid.
- HERNANDO SOBRINO, María del Rosario (1995) “*Indigenismo y romanización del territorio abulense (s.V a.C- s.III d.C.)* Tesis Doctoral. Universidad Complutense Madrid. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/2408/>)
- HIDALGO CUÑARRO, José Manuel (1987) “Los materiales arqueológicos del Castro de Vigo”. *Lucentum*, nº6, pp. 123-134.
- HÖCK, Martin (1999) “Breves reflexões sobre guerreiros lusitanos”. *Revista de Guimarães*, vol. Especial, I, pp.82-89.
- HODDER, Ian (1988,1ªed. 1986). *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Ed. Crítica. Barcelona.

- (1989) "Post-modernism, post-structuralism and post-processual archaeology" en Ian Hodder (ed) *The meanings of things: material culture and symbolic expression*. Pp.64-78. Unwin Hyman. Londres.
- HOYO, Javier del (1998) "Nuevo documento Mentoviaco hallado en la provincia de Segovia". *Gerión*, nº16
- HUMBERT, Juan (2005) *Mitología griega y romana*. Gustavo Gili. Barcelona.
- HURTADO PÉREZ, Víctor (1999) "Los inicios de la complejización social y el campaniforme en Extremadura". *SPAL*, nº8, pp. 47-83.
- IRIARTE GOÑI, Ana (1990) *Las redes del enigma: voces femeninas en el pensamiento griego*. Taurus. Madrid.
- (2002) *De amazonas a ciudadanos. Pretexto gineocrático y patriarcado en la Grecia Antigua*. Akal. Madrid.
- JAY GOULD, Stephen (1983) *Desde Darwin. Reflexiones sobre Historia Natural*. Ed. Hermann Blume. Madrid,
- (2006). *El pulgar del panda*. Ed. Crítica. Barcelona.
- JIMÉNEZ ÁVILA, Javier (2005) "Cancho Roano: el proceso de privatización de un espacio ideológico". *Trabajos de Prehistoria*, nº 2, 62, pp. 105-124.
- JIMÉNEZ BROBEIL, Sylvia, (2004) Al-Oumaoui, Ihab y ESQUIVEL, José A. "Actividad física según sexo en la cultura argárica. Una aproximación desde los restos humanos. *Trabajos de Prehistoria*, nº61, pp.141-153.
- JIMÉNEZ DÍEZ, Juan A. (1996) "Del mito a la prehistoria en la Historia de España. Aproximación historiográfica (1841-1900)". *Complutum* nº 7, pp.265-273.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1969) "Guía del Castrillón de Coaña". *Opera Minora*, Salamanca.
- (1977a) "Prehistoria". *Historia de Asturias*, 1, Ayalga ads.
- (1977b) "La cultura de los castros y la tardía romanización de Asturias". *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo*. Lugo, pp. 29-40.
- (1984) "Notas sobre la cultura castreña en el Norte peninsular". *Memorias de Historia Antigua*, VI, 7-14.
- (1985-86) "Sobre la celtización tardía de Asturias". *Veleia*, 2-3, 261-264.

- (1990). "Informe preliminar sobre las excavaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Berduledo- Allande) Asturias. Campaña 1986". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias. 1983-86*. 1, 153-156.
 - (1990) "Prehistoria: del Paleolítico al Bronce". *Enciclopedia temática de Asturias*, 11, 13-52.
- JUAN, Jordi (2001) y MAYA, José Luis. "La Campa Torres (Gijón): análisis preliminar de indicadores microscópicos y bioquímicos. En J.L. MAYA Y F. CUESTA (eds.) *El castro de La Campa Torres. Periodo prerromano. Serie Patrimoni*.
- KENT, Susan. Ed. (1993) *Domestic architecture and the use of space: an interdisciplinary cross-cultural study*. Cambridge University Press.
- Coord (1998). *Gender in African Prehistory*. Ed. Sage Publications. Londres.
- KOCKA, Jürgen (1994) "Norbert Elias desde el punto de vista de un historiador". *REIS: Revista española de investigaciones sociológicas*, nº65, pp.93-102.
- KOHL, L.Philip (2009) "Ámbitos sociales compartidos: convergencia evolutiva compartida en la Prehistoria y la práctica contemporánea". *Trabajos de Prehistoria*, 66, nº2, pp.7-23.
- LABEAGA MENDIOLA, Juan C. (1999-2000a) "Hallazgos arqueológicos y fases del poblado". *Trabajos de Arqueología Navarra*, nº 14, pp. 35-58.
- (1999-2000b) "Los materiales". *Trabajos de Arqueología Navarra*, nº 14, pp. 59-114.
 - (1999-2000b) "El Poblado de La Custodia". *Trabajos de Arqueología Navarra*, nº 14, pp. 19-34.
- LADRA, Lois (2009) y VIDAL, Xulia. "Intervención arqueológica no Castro de Chandebrito: avance de resultados". *Anuario Brigantino*, nº 32, pp. 93-108.
- LA SALETE, María de (1999) "As fíbulas do Bronze Final no norte e centro de Portugal: rede de intercambios e assimetrias". *Revista de Guimarães*, Vol. Especial II, pp.539-560.
- LÁZARO GUILLAMÓN, Mª Carmen (2002) "La situación jurídica de las hijas de familia en el sistema sucesorio romano hasta el siglo I a. C". *Actas del tercer y cuarto seminarios de estudios sobre la mujer en la antigüedad*. Valencia. Sema III-IV.
- LEAL, Joao (2001) "Las tesis lusitanistas. Arqueología y antropología en Portugal". *Complutum*, nº12, pp.297-309.

- LEFEBRE, Henri (1972) *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Ed. Alianza. Madrid.
- (1991) *La producción del espacio*. Basil Blackwell. Oxford.
- LEFKOWITH, Mary R y Fant, Maureen B. (1982) "Women's life in Greece & Rome. A source book in translation". Duckworth.
- LERNER, Gerda (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1991). *Las estructuras elementales de parentesco*. Ed. Paidós Básica. Barcelona.
- LIESAU, Corina y GARCÍA, Jesús (2005) "La fauna de mamíferos del yacimiento de la Campa Torres (Gijón, Asturias, España)". *Zephyrus*, nº 58, pp.261-266.
- LOMAS SALMONTE, Francisco J. (1989) "Asturias romana y altoimperial". *Silverio Cañada*. Gijón.
- LÓPEZ, Aurora (1990) MARTÍNEZ, Cándida y POCIÑA, Andrés (Eds.) "La mujer en el mundo mediterráneo antiguo". *Seminario de Estudios de la mujer. Feminae*. Granada.
- LÓPEZ CACHERO, F. Javier (2007) "Sociedad y economía durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Noreste peninsular: una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas". *Trabajos de Prehistoria*, nº64-1, pp. 99-120.
- LÓPEZ CUEVILLAS, Florentino (1933) "A área xeográfica da Cultura Norte dos castros". *Homenaje a Martins Sarmiento*, Guimaraes.
- (1989) *La civilización céltica en Galicia*. Madrid.
- LÓPEZ FÉREZ, Juan Antonio (2006) "Los celtas en la literatura griega de los siglos VI-I a. C.". *Estudios griegos e indoeuropeos*, 16. pp. 45-84.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, Óscar (2001) "Europa y la creación de los modelos "célticos". El origen del paradigma étnico-cultural". *Trabajos de Prehistoria*, 58, nº2, pp.69-88.
- LÓPEZ SÁEZ, Jose Antonio (2006) LÓPEZ GARCÍA, Pilar y LÓPEZ MERINO, Lourdes. "El impacto humano en la Cordillera Cantábrica: Estudios palinológicos durante el Holoceno Medio", *Zona Arqueológica*, nº 7(1), pp 123-130.
- (2009) "Contribución a la caracterización de los espacios agrarios castreños: documentación y análisis palinológico de una posible terraza de cultivo en el castro de Follente (Caldas de Reis, Pontevedra)". *Trabajos de Prehistoria*, 66, nº2, pp.171-182.

- LORAUX, Nicole (2004) *Las experiencias de Tiresias. Lo masculino y lo femenino en el mundo griego*. El Acantilado. Barcelona.
- LUCAS, M^a del Rosario (2004) BLASCO M^a Concepción, ROVIRA, Salvador, BARRIO, Joaquín, GUTIÉRREZ, Carmen y PARDO, Ana I. “Instrumental relacionado con el fuego y el banquete” CuPAUAM 30, pp.57-75.
- LULL, Vicente (2007) MICÓ, Rafael, RIHUETE, Cristina y Roberto RISCH. “Ideología, arqueología”. *MARQ, Arqueología y Museos*, nº2. pp 9-25.
- LUZÓN, José M^a (1980) y SÁNCHEZ- PALENCIA, Francisco J. “El Caurel”. *Excavaciones Arqueológicas en España*. 110.
- LLANOS, Armando (1971) “Nuevos morillos en yacimientos alaveses de la Edad del Hierro”. *Munibe*, nº 2/3, pp.335-340.
- (1990) “La Edad del Hierro y sus precedentes en Álava y Navarra”. *Munibe*, nº42, pp. 167-179.
- LLINARES, Mar (1997) “La búsqueda de los principios de organización de la sociedad”. *Gazeta de Antropología*, nº 13, artículo 3.
- LLOBERA, José. R (1979) *Antropología política. Textos compilados por J.R.Llobera*. Ed. Anagrama. Barcelona.
- LLOYD, GER (1968) *Aristotle: the growth and structure of his thought*. Cambridge University Press.
- MAFFESOLI, Michele (1977) *Lógica de la dominación*. Ed. Rigs. Barcelona.
- (1983) “Epistemologic de la vic quotidienne”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, nº 74.
- MAGAÑA DUARTE, Daniel (2006) *El retorno de la Diosa*. Ed. Plaza y Valdés. Barcelona.
- MALUQUER DE MONTES, Juan (1954) “Pueblos celtas”. *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, 1-194.
- MALINOWSKI, Bronislaw (1974) *Sexo y represión en la sociedad primitiva*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.
- (1994) *Magia, ciencia y religión*. Ed. Ariel. Barcelona.
- MANGAS MANJARES, Julio (1981) “Nueva inscripción de San Pedro Castañero (El Bierzo, león)”. *M.H.A V*, 267-268.
- (1981) “Nueva inscripción romana de San Esteban del Toral (El Bierzo, León)”. *Memorias de Historia Antigua*, nº5, pp.259-262.

- (1989) “Esclavos y libertos en Asturica Augusta” *Esclavos y semilibres en la Antigüedad Clásica*. Coloquio nº15 de la GIRFA, pp. 207-219.
- (1997) y David MARTINO. “Princeps cantabrorum en una nueva inscripción”. *Gerión*,
- (2001) *Leyes coloniales y municipales en la Hispania romana*. Ed. Arco/libros. Madrid.
- (2002) “La primera generación de historiadores españoles de Historia Antigua” en Santos Crespo y Ángeles Alonso (Coord y Ed) *Scripta Antiqua in honores Ángel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez*. Valladolid. Pp. 49-53.

MAÑANA BORRAZÁS, Patricia (2003) “Arqueología como percepción”. *Arqueología de la Arquitectura*, nº2, pp.177-183.

- (2003) y CRIADO, Felipe “Arquitectura como materialización de un concepto. La especialidad megalítica”. *Arqueología de la Arquitectura*, nº2, pp.103-111.

MAÑAS VIEJO, Carmen (2004) “Identidad y construcción de la maternidad. Una mirada desde la psicología evolutiva” en Silvia Caporale bizzini (coord.) *Discursos teóricos en torno a la(s) maternidad(es). Una visión integradora*. Entinema. Madrid.

MARCO SIMÓN, Francisco (1985) “La mentalidad funeraria en el Norte de la Península Ibérica en época romana”, *Asimilación y resistencia romanización en el Norte de Hispania*, pp. 47-77. Vitoria

- (1987) “El culto a Iupiter Dolichenus en el Norte de Hispania”, *Veleia* 4, pp. 145-15
- (1994a) “Heroización y tránsito acuático: Sobre las diademas de Mones (Piloña, Asturias)”, en ALVAR, J. y MANGAS, J. (eds.), *Homenaje a J.M. Blázquez*, II, Madrid, pp. 319-348.
- (1994b) “La religión indígena en la Hispania indoeuropea”, en *Historia de las religiones de la Europa antigua*, Madrid, pp. 313-400.
- (1996) “Integración, *interpretatio* y resistencia religiosa en el occidente del Imperio”, en BLÁZQUEZ, J.M. y ALVAR, J. (eds.), *La romanización en Occidente*, Madrid, pp.217-238.
- (1997). “La relixió de los pueblos indíxenes d’Asturies nel marcu de la España Indoeuropea”. *Asturies. Memoria encesa d’un país*. Nº 4.

- (2005) "Religión and Religious Practices of the Ancient Celts of the Iberian Peninsula". *Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*. Vol 16. *The celts in the Iberian Peninsula*.
- MARCOS CASQUERO, Manuel-Antonio (2001) "El sacrificio de la mujer viuda en el mundo indoeuropeo", *Gerión*, nº 19, pp.259-292.
- MARÍN SUÁREZ, Carlos (2004) "Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias". *Complutum*, 15, 75-79.
- (2005) "El celtismo asturiano. Una perspectiva arqueológica". *Gallaecia*, nº24. pp.309-333.
 - (2007) "Los materiales del Castro de San Chuís (Allande, Asturias)". *Complutum*, vol. 8, pp. 131-160.
 - (2008) "Revisión y estudio de los materiales del Castru d'Arancedo (El Franco, Asturias)". *Férvedes*, nº 5, pp. 297-306.
- MARKALE, Jean (1992) *Los celtas y la civilización celta*. Taurus: Madrid.
- (1996) "Les fiestas de los antiguos celtas". *Asturies. Memoria encesa d'un pais*. Nº 2.
 - (2005) *La mujer celta. Mito y sociología*. M.R.A ediciones. Barcelona. 1ª ed. "La femme celte. Mythe et sociologie". Editions Payot. Paris, 1972.
- MARSHALL, Lorna (1961) "Sharing, talking, and giving: Relief of social tensions among Kung Bushmen", *Africa* 31(3)
- MARTÍN BRAVO, Ana Mª (1999) *Los orígenes de Lusitania. El I Milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- MARTÍNEZ, Gabriel (2003) y AFONSO, José A. "Formas de disolución de los sistemas sociales comunitarios en las prehistoria reciente del sureste de la Península Ibérica". *Revista Atlántica-Mediterránea de prehistoria y Arqueología Social*, nº6, pp.83-114.
- MARTINÓN-TORRES, Marcos (2001) "Los megalitos de término. Crónica del valor territorial de los monumentos megalíticos a partir de las fuentes escritas". *Trabajos de Prehistoria*, 58, nº1, pp.95-108.
- MARTINS SARMENTO, Francisco (1887) "Para o panteao lusitano" *Revista Lusitana*, vol.I, nº3.

- MATA, Consuelo (2010) PÉREZ, Guillem y VIVES-FERRÁNDIZ, Jaime (eds) “De la cuina a la taula. IV Reunió d’economía en el primer mil·leni a.C”. *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia. Extra 9*.
- MAURY SINTJAGO, Eduard A. (2010) “Ritos de comensalidad y espacialidad. Un análisis antroposemiótico de la alimentación”. *Gazeta de Antropologia*, nº26/2, artículo 45.
- MAYA, José Luis (1977) “La cultura castreña asturiana”. *Universidad Autónoma de Barcelona*.
- (1981) “Protohistoria y Romanización”. *Enciclopedia Temática de Asturias*. Tomo 11. Oviedo.
 - (1983) y BLAS, Miguel. A. de. “El castro de Larón (Cangas de Narcea- Asturias)”. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 15, 153-192.
 - (1983a) “La cultura castreña asturiana: de los orígenes a la romanización”. *Indigenismo y Romanización en el Conventus Asturum*. Oviedo.
 - (1983b) “La cultura castreña asturiana, su etapa romano- provincial”. *Lancia* 1. León.
 - (1983-84) “Hábitat y cronología de la cultura castreña en Asturias”. *Portugalia*. III-IV, Porto, pp. 175-198.
 - (1988) “La cultura material de los Castros Asturianos”. *Estudios de la Antigüedad* 4-5. Universidad Autónoma de Barcelona. Bellaterra.
 - (1989) “Los castros en Asturias”. *Biblioteca Histórica Asturiana*, 21, Ed. Silverio Cañada, Gijón.
 - (1990a) y CUESTA, Francisco. “Excavaciones en La Campa Torres. Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1983-86”, 1, Consejería de Educación, Cultura y Deportes, Principado de Asturias, Oviedo, 163-164.
 - (1990b) “La explotación minera y la metalurgia romana en Asturias”. *Historia de Asturias*. I, Ed. La Nueva España, 194-212.
 - (1992a) y CUESTA, Francisco. “Excavaciones en la Campa Torres (1986-1990)”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987-1990*. 2, 145-152.
 - (1992b) y CUESTA, Francisco. “El castro de la Campa Torres” en *Fernández Miranda (Ed) Los orígenes de Gijón*, Gijón, 36-52.

- (1994) “El factor indoeuropeo y su influencia en el NO de la Península Ibérica”. *XVI Colloque International d’ Archeologie pour l’ etude de l’ age du Fer.* (A.F.E.A.F) Agen (28-31 Mayo), 1992, “Aquitania”, 12, 297-321.
 - (1995 a) y CUESTA, Francisco. “Primeros resultados de los niveles prerromanos de La Campa Torres (Gijón- Asturias)”. *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*, Vigo, 1993, I, 93-100.
 - (1995b) y CUESTA, Francisco. “Estratigrafía e interpretación histórica de la Campa Torres”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-1994*. Principado de Asturias. Oviedo, pp. 105-116.
 - (1998) “Dataciones prerromanas del Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo)”. *Revista de Arqueología*, 211, 6-11.
 - (1999) “Castros asturianos: cronología y atribución étnica”. *Asturies*, 5, 4-15.
 - (1999) y CUESTA, Francisco. “Cronoestratigrafía de la Campa Torres, Gijón”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1995-98*, Consejería de Educación, Cultura y Deportes, Principado de Asturias, Oviedo, 125-135.
 - (2000) y CUESTA, Francisco. *El castro de La Campa Torres*, I, Gijón (Asturias).
- McLENNAN John.F (1896) *An Inquiry in to the origin of exogamy*. Londres.
- MEAD, Margaret (1975) *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Ed. Laia. Barcelona.
- MEILLASSOUX, Claude (1979) *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI. México.
- MENÉNDEZ-BUEYES, Luis R (2000) “El complejo castreño protohistórico de los Astures transmontanos (norte de la península ibérica). Análisis contextual y ordenación cronológica”. *Revista di Studi Liguri*, LXVI, pp.89-154.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, Fidel (1993a) “Áreas de acumulación: un modelo de yacimiento habitacional para la Edad del Bronce en Galicia”, en *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología. Vol II. Vigo*.
- (1993b) “Relectura del registro arqueológico de la Edad del Bronce en Galicia”, en *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología. Vol II. Vigo*.
- MERIEZKURRENA, Koro (1986) “La cabaña ganadera del Castillar de Mendavia (Navarra)”. *Munibe*, nº38, pp. 119-169.
- (1990) “Caza y domesticación durante el Neolítico y la Edad de los Metales en el País Vasco”. *Munibe*, nº42, pp.241-252.

- MÍNGUEZ, Jose M^a (1998) “Continuidad y ruptura en los orígenes de la sociedad asturleonese: de la villa a la comunidad campesina” . *Studia Historica. Historia Medieval*.Nº16. pp. 89-127.
- MIRÓN PÉREZ, Dolores (1992) "las mujeres en la Antigüedad I: Fondos bibliográficos sobre las mujeres en la biblioteca del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Granada". *Cuadernos bibliográficos Universidad de Granada. Feminae*. Granada.
- (1996) *Mujeres, religión y poder: el culto imperial en el occidente mediterráneo*. Universidad de Granada.
 - (2004) “El análisis de las unidades domésticas de producción y reproducción en el estudio de la economía antigua”. *Gerión*, 22, nº 1. pp. 61-79.
 - (2007) “Los trabajos de las mujeres y la economía de las unidades domésticas en la Grecia Clásica”. *Complutum*, nº18, pp.271-280.
- MOLAS, M^a Dolors (2002) y GUERRA, Sònia (Eds.) "*Morir en femenino. Mujeres, ideología y prácticas funerarias desde la Prehistoria hasta la Edad Media*". Edicions Universitat de Barcelona. Barcelona.
- MOLINA GARCÍA, Pedro (1997) “Ritos de paso y sociedad: reproducción, diferenciación y legitimación social”, en CHECA, Francisco y MOLINA, Pedro. *La función simbólica de los ritos. Rituales y simbolismo en el Mediterráneo*. Ed. Icaria. Barcelona.
- MONTAÑEZ, Gustavo (1998) y Ovidio, DELGADO. “Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional”. *Cuadernos de Geografía*, Vol. VII, nº1-2, pp.120-134.
- MONTEAGUDO, Luis (2003) “Menhires y marcos de Portugal y Galicia”, *Anuario Brigantino*, nº26.
- MONTERO, Santiago (2000) *Diosas y adivinas*. Trotta: Madrid.
- MONTERO, Santiago (1985) MANGAS, Julio y Rosa M^a CID. “La religión romana”. *Cuadernos de Historia* 16. Nº 80.
- MONTÓN-SUBÍAS, Sandra (2010) “Muerte e identidad femenina en el mundo argárico”. *Trabajos de Prehistoria*, 67, nº1, pp. 119-137.
- MOORE, Henrietta. L. (1991) *Antropología y Feminismo*. Ed. Cátedra. Madrid.

- MORANT, Isabel (2006) “Mujeres e Historia” en *Historia de las Mujeres en España y América Latina. Vol I. De la Prehistoria a la Edad Media*. Isabel Morant (Dir). Cátedra, Madrid.
- MORILLO CERDÁN, Ángel (1997) “Un siglo de historiografía sobre cultura castreña en la Cantabria histórica”. *Lancia* nº2, pp.111-128.
- MOYA MALENO, Pedro R (2007) “Ritos de paso y fratrías en la Hispania Céltica a través de la etnología y la arqueología”, en R. SAINERO (coord.) *Pasado y Presente de los Estudios Celtas*. Ed. Fundación Ortegalia – Instituto de Estudios Celtas. A Coruña. Pp.169-242.
- NEIRA, Ana (2000-2001) GUTIÉRREZ Alfonso y Luis PÉREZ. “Apuntes para la historiografía de la prehistoria en León”. *Lancia*, nº4, pp.191-202.
- NIELSEN, Axel. E (2001) “Evolución del espacio doméstico en el Norte Lípez (Potosí, Bolivia)”. *Estudios Atacameños*, nº21, pp.41-62.
- NIETO IBÁÑEZ, Jesús Mª (2005) (coord.) "Estudios sobre la mujer en la cultura griega y latina". *XVIII Jornadas de Filología Clásica de Castilla y León*. León.
- NOVO GUISÁN, José Manuel (1992) “Los pueblos Vasco- Cantábricos y Galaicos en la Antigüedad Tardía, siglos III-IX”. *Memorias del Seminario de Historia Antigua II*, Universidad de Alcalá de Henares.
- OLAETXEA, Carlos (2000) “La tecnología cerámica en la protohistoria vasca”. *Munibe*, suplemento nº12, pp.11-211.
- OLIVARES, Juan Carlos (1999) “Los dioses indígenas vinculados a los núcleos de población en la Hispania romana”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, nº12, pp.325-350.
- (2000) “Los dioses soberanos y los ríos en la religión indígena de la Hispania indoeuropea”. *Gerión*, 18, 1pp.91-212.
 - (2002) *Los dioses de la Hispania céltica*. Real Academia de la Historia. Universidad de Alicante. Madrid.
- ONTAÑÓN, Roberto (2005) y ARMENDÁRIZ, Ángel. “Cuevas y megalitos: los contextos sepulcrales colectivos de la Prehistoria reciente cantábrica”. *MUNIBE (Antropología-Arkeología)* 57, pp.275-286.
- ROMERA OLMOS, Ricardo (1998) “Indigenismo y romanización en la imagen ibérica de época republicana”, en Julio Mangas Manjarrés coord. *Italia e Hispania en la*

- crisis de la república romana : actas del III Congreso Hispano-Italiano (Toledo, 20-24 de septiembre de 1993)* , pp. 433-440
- ORTIZ DE URBINA, Estíbaliz (2000) “Las comunidades hispanas y el derecho latino”. *Veleia*. Vitoria.
- ORTON, Clive (1997) TYERS, Paul y Alan VINCE. *La cerámica en arqueología*. Crítica: Barcelona.
- PALLARÉS, María (2000) “Género y espacio social en arqueología” en *Arqueología espacial*, 22. Revista del S.A.E.T. Teruel.
- PARCERO OUBIÑA, César (1993) “Aproximación al espacio social en el mundo castreño”, en *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología. Vol II. Vigo*.
- (1995) “Elementos para el estudio de los paisajes castreños del Noroeste Peninsular”. *Trabajos de Prehistoria*, nº52-I. pp.127-144.
 - (1997) “Documentación de un entorno castreño: Trabajos de Control Arqueológico en el Área de Cameixa”. *TAPA I*.
 - (2000) “Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico”. *Trabajos de Prehistoria*, nº57-I. pp.75-95.
 - (2005) “Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la Península Ibérica”. *Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre el Bronce Final y la Edad del Hierro en la Península Ibérica.*, pp.11-33.
 - (2007) y Xurxo M. AYÁN. “Almacenamiento, unidades domésticas y comunidades en el noroeste prerromano”, en GARCÍA, Rosario y RODRÍGUEZ, David (coords), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Cuenca.
- PASTOR MUÑIZ, Mauricio (1981) *La Religión de los Astures. Estudios sobre sus divinidades y creencias religiosas desde la época prerromana al Bajo Imperio*. Granada.
- (2005) “La provincia de Granada en época romana. Indigenismo y romanización”. *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, nº17, pp. 69-138.
- PEDREGAL, Amparo (2005) y GLEZ GLEZ, Marta. (Eds.) *Venus sin espejo: imágenes de mujeres en la antigüedad clásica y el cristianismo primitivo*. KRK. Oviedo.
- PELLETIER, André (1984) *La femme dans la société gallo-romaine*. Ed. Picard. París. "La donna nel mondo antico".

- PENA GRAÑA, Andrés (2001) “Estatuas de guerreros galaicos de granito con saios decorados”. *Anuario Brigantino*, nº24, pp. 39- 60.
- (2006) “Las trebas, “tribus” celtas de Gallaecia y su constitución política. Estudios de la Edad del Hierro en el Noroeste Peninsular”. *Gallaecia*, nº25, pp.371-399.
- PENEDO ROMERO, Rafael (1988) “Datos paleontológicos sobre la ganadería castreña en Galicia”. *Trabalhos de Antropología e Etnología*, XXVIII, 3-4, PP. 325-349.
- PENDERGAST David (1993) y GRAHAM, Elizabeth. “La mezcla de Arqueología y Etnohistoria: el estudio del periodo hispánico en los sitios de Tipú y Lamanai, Belice”. *Perspectivas antropológicas del mundo maya*. Coord. María Josefa Iglesias Ponce. Pp.331-354.
- PEÑALVER, Xavier (2001) “El Bronce Final y la Edad del Hierro en la Euskal Herria atlántica: cromlechs y castros”. *Complutum*, nº12, pp.51-71.
- PEÑA SANTOS, Antonio de la (1979) y VÁZQUEZ VARELA, Jose Manuel. *Los petroglifos gallegos*. Cuadernos del Seminario de Estudios cerámicos de Sargadelos. Edición do Castro. A Coruña.
- (1990) “Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las Memorias de las Campañas 1984-1990”. *Arqueología Memorias II*. Xunta de Galicia.
 - (1992) “El Primer Milenio a. C. en el área gallega: génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología”. *Complutum*: 2-3.
 - (1996)y VÁZQUEZ VARELA, Jose Manuel. “Aspectos de la génesis y evolución de la cultura castrexa en Galicia”. *Complutum Extra*, 6(I), pp.255-262.
- PERALTA LABRADOR, Eduardo (1993) “La tesera cántabra de Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia)”. *Complutum*, 4, 223-226.
- (2003) *Los Cántabros antes de Roma*. Real Academia de la Historia.
- PEREA, Alicia (1991) *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*. Ed. Caja Madrid y Comunidad de Madrid. Madrid.
- (1995) “La metalurgia del oro en la fachada atlántica Peninsular durante el Bronce Final: interacciones tecnológicas”. *Complutum*, nºextra 5, pp. 69-78.
 - (2005) “Mecanismos identitarios y de construcción de poder en la transición Bronce-Hierro”. *Trabajos de Prehistoria*, 62, nº2, pp. 91-103.
 - (2006) “Entre la metáfora y el mito. La representación simbólica de lo femenino en la sociedad ibérica”. *MARQ. Arqueología y museos*, nº1, pp. 49-68.

- PEREIRA, Elisa (1999) COSTA, Fernando Javier e HIDALGO, Jose Manuel. “Petroglifos en los castros gallegos”, *Revista de Guimarães*, Volume Especial II, pp. 793-818.
- PEREIRA GONZÁLEZ, Fernando (1996) “Unha contribución o estudio da historia da arqueoxia galega: o emprego da información arqueolóxica en Galicia (1800-1922)”. *Gallaecia*, nº 14-15, pp. 7-27.
- (2000) “O mito celta na Historia” *Gallaecia*, nº 19, pp.311-334.
 - (2004) “O celtismo na historiografía Galega do século XVIII”. *Gallaecia*, nº23, pp.221-249.
- PÉREZ ARRONDO, Carlos (1987) y ÁLVAREZ, Pedro. “Un asentamiento de la primera Edad del Hierro en el término de Raposal (Arnedo, La Rioja)”. *Berceo*, nº112-113, pp. 263-280.
- PERICOT, Luís ((1950) *La España primitiva*, Barna, Barcelona.
- (1952) *Las raíces de España*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid
 - (1972) *Reflexiones sobre la Prehistoria Hispánica*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- PLÁCIDO, Domingo (1998) “La nueva visión de la Historia Antigua de la Península Ibérica en la obra de Abilio Barbero y Marcelo Vigil”, en M^a José Hidalgo, Dionisio Pérez (Eds) <<Romanización>> y <<Reconquista>> en la Península Ibérica: Nuevas perspectivas. Ed. Universidad de Salamanca.
- (2006) VALDÉS, Miriam, ECHEVARRÍA, Fernando y MONTES, M^a Yolanda (eds.). *La construcción ideológica de la ciudadanía. Identidades culturales y sociedades en el mundo griego antiguo*. Ed. Complutense. Madrid.
 - (2007) “Resistencia, sumisión e interiorización de la dependencia. La dependencia como protección”. *Studia Historica. Historia Antigua*, nº25, pp.163-170.
- POLIGNAC, François (1984) *La naissance de la cité grecque*, Ed. La Découverte, París.
- POLITIC, Gustavo G. (1998) “Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica”. *Trabajos de Prehistoria*, 55, nº2, pp. 5-19.
- POLO, Manuel (2009) y GARCÍA PRÓSPER, Elisa. “Bioantropología y paleopatología de las inhumaciones neolíticas de Costamar”, en Enric Flors (coord.) *Torre La Sal (Ribera de Cabanas, Catellón). Evolución del paisaje antrópico desde la*

- prehistoria hasta el Medioevo*. Monografías de Prehistòria i Arqueologia Catellonenques, 8, pp.397-410.
- POMEROY, Sarah B. (1999) *Diosas, ramera, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad clásica*. Ed. Akal. Madrid.
- PORTILLO, Marta (2006) *La Mòlta i triturat d'aliments vegetals durant la protohistòria a la Catalunya Oriental*. Tesis Doctoral. Universitat de Barcelona. Departament de Prehistòria, Historia Antiga i Arqueologia.
- (2009) "Los morteros líticos protohistóricos del noreste peninsular. Propuesta para un análisis tipológico y funcional", en Rosario García y David Rodríguez (eds) *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Universidad de Castilla La Mancha
- PRADOS, Lourdes (2008) y Clara RUIZ (Eds.) *Arqueología del Género. 1^{er} Encuentro Internacional en la UAM*. Ed. UAM. Madrid.
- PRIETO ARCINIEGA, Alberto (1998) "La aportación de Marcelo Vigil al concepto de romanización" en M^a José Hidalgo, Dionisio Pérez (Eds.) *Romanización y reconquista de la Península Ibérica, nuevas perspectivas*
- PRIETO, M^a del Pilar (1999) "Caracterización del estilo cerámico de la Edad del Bronce en Galicia: cerámica campaniforme y cerámica no decorada". *Complutum*, 10, 71-79.
- (2001) "La cultura material en la Prehistoria reciente de Galicia: yacimientos al aire libre". *TAPA*, nº20.
 - (2002) "Estudio da cerámica so xacemento de anillada en San Memede de Piñeiro", en Xurxo Ayán Vila (Coord.) *Pasado e futuro de Castolandín (Cuntis): una proposta de recuperación e revalorización*. *TAPA*, nº29.
 - (2005) e IRUJO RUIZ, Diego J. "Aplicaciones del 3D en cerámica prehistórica de los contextos arqueológicos gallegos: un estudio sobre percepción visual". *Arqueoweb. Revista sobre arqueología en Internet*, vol.7, nº2, pp.
 - (2009) "Chapter V. From Galicia to the Iberian Peninsula: Neolithic ceramics and traditions". En Gheorghiu Dragos (ed.) *Early farmers, Late Foragers and Ceramic traditions. On the beginning of pottery in Europe*. Cambridge Scholars Press. Cambridge. Pp. 116-149.
- PRÓSPER, Blanca M^a (2002) *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*. Ed. Universidad Salamanca.

- QUEROL, M^a Ángeles (2004) *La mujer en el "origen del hombre"*. Bellaterra.
- QUINTANAL PALICIO, José Manuel (1991) "Nuevos lugares prehistóricos de Asturias descubiertos por los grupos de espeleología <<Polifemo>>". Oviedo.
- RABANAL ALONSO, Manuel Abilio (1982) *Fuentes literarias y epigrafía de León en la Antigüedad*, 2 vol. León.
- (1990) *La Romanización de León*. Ed. Sociedad Anónima Hullera Vasco-Leonesa.
 - (1996) y GARCÍA, Sonia M^a. "La religión y la religiosidad indígena-romana en el *Conventus Lucensis*". *Estudios Humanísticos*, 18.
 - (1997) "El culto imperial en el <<Conventus Asturum>>". *Estudios Humanísticos*, n^o19, pp.11-21.
- RADCLIFFE-BROWN. Alfred (1948) "The Andaman Islanders". *Glencoe III*. The Free Press.
- REDENTOR, Armando (2009) "Sobre o significado dos guerreiros galaico-lusitanos: o contributo da epigrafía". *Acta Paleohispánica X. Paleohispánica*, n^o9, pp.227-246.
- RAMOS AGUIRRE, Mikel (2001) "Excavaciones en el castillo de Tiebas (Navarra), primer informe provisional, 1998". *Trabajos de arqueología navarra*, n^o 15, pp. 167-214.
- RENFREW, Collin (1990) *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes Indoeuropeos*. Ed. Crítica. Madrid.
- REY CASTIÑEIRAS, Josefa (1991) *Yacimientos castreños en la vertiente atlántica. Análisis de la cerámica indígena*. Tesis doctoral. Universidade de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.
- (1996) "Referencias de tempo na cultura material dos castros galegos". En J.H. Hidalgo (coord.), *A Cultura Castrexa Galega a debate*, Instituto de Estudios Tudenses, Tui, 157-206
 - (2000) "Apuntes para un encuadre de la cultura castreña en el marco peninsular". *Proto-história da Península Ibérica*. Pp.359-367. Adicap. Porto.
 - (2002) y SOTO, Purificación. "Estudio preliminar del análisis físico-químico aplicado a la cerámica castreña: vertiente atlántica gallega". *Gallaecia*, n^o 21, pp. 159-176.
 - (2011) "Cerámica castreña y alfarería popular tradicional. Comparaciones". *XIV Congreso de Ceramología. Segunda ponencia*. Pp. 19-42.
- REYNOLDS, Peter J (1990) *La agricultura en la Edad del Hierro*. Ed. Akal. Madrid.

- RICOEUR, Paul (1999) *Ideología y Utopía*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- RÍOS, Sergio (2001) y GARCÍA DE CASTRO, César. “Observaciones en torno al poblamiento castreño de la Edad del Hierro en Asturias”, *Trabajos de Prehistoria*, n.º58, Madrid, pp.89-107.
- (1998) *Asturias castreña*. Ed. Trea, S. L. Gijón.
- RISCH, Roberto (2002) “Análisis funcional y producción social: relación entre método arqueológico y teoría económica”, en Ignacio Clemente, Roberto Risch y Juan Francisco Gibaja (Coords) *Análisis funcional: su aplicación al estudio de las sociedades prehistóricas*. Pp.19-30.
- RÍSQUEZ, Carmen (2007) y Gª LUQUE, Antonia. “¿Actividades de mantenimiento en el registro funerario? El caso de las necrópolis íberas”. *Treballs d'arqueologia*, nº13, pp.147-173.
- ROBICHAUX, David (2001) “Bilateralidad, transmisión del patrimonio y género: el caso del sistema familiar mesoamericano”. *Revista del Centro de Estudios Históricos e Interdisciplinario de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucuman*. Nº1.
- RODRÍGUEZ ADRADOS Francisco (1995) “Sistema onomástico de la mujer en el mundo romano”. *La mujer en el Mundo Antiguo, V Jornadas de Investigación Interdisciplinar*. Madrid.
- RODRÍGUEZ AIRA, María Jesús (1986) y OJEA GUITIAN, Francisco. “Contribución al estudio de la cultura castreña gallega. Análisis palinológico de los castros de Vixil y Peñarrubia (Lugo)”. *Pontevedra arqueológica II*, pp. 191-200. Pontevedra.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, Antonio (1983) *Aquis Querquenis. Campamento romano y ciudad- mansión viaria (Ourense)*. La Coruña.
- RODRÍGUEZ ENNES, Luis (1992) "Extracción social y condiciones de trabajo e los mineros hispano-romanos". *Gallaecia*, nº13, pp.423-432.
- RODRÍGUEZ-FLÓREZ, Carlos David (2009) “Asimetría del desgaste oclusal bilateral en dentición permanente y su relación con la paleodietas en una sociedad prehispánica de tradición cultural sonso en Colombia”. *Revista Facultad de Odontología Universidad de Antioquía*, vol.21, nº1, pp.65-74.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, Carlos (2005) VARELA, Jose M y CAMINO, Jorge. “Concheros castreños y romanos del Cantábrico occidental (Asturias y Galicia)”. *Gallaecia*, nº24, pp. 61-73.

RODRÍGUEZ NEILA, Juan Fco (1998) “Hispani principes. Algunas reflexiones sobre los grupos dirigentes de la Hispania prerromana”. *Cuadernos de Arqueología. Universidad de Navarra*, nº6, pp.99-137.

- (1999a) y NAVARRO, Fco Javier. *Élites y promoción social en la Hispania romana*. Ed. Euns. Navarra.
- (1999b) GONZÁLEZ, Cristóbal, MANGAS, Julio y OREJAS, Almudena. *El trabajo en la Hispania romana*. Ed. Sílex. Madrid.

RODRÍGUEZ OTERO, Vicente (1992) “Carta arqueológica de las Peñamelleras. Mayo-Octubre, 1990”, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1987-1990*, pp.247-249

- (1990) “Inventario arqueológico de Peñamellera Alta”. Consejería de Cultura del Principado de Asturias, inédito.

ROLDÁN HERVAS, José Manuel (1983) “El ejército como factor de romanización en Asturias”. *Indigenismo y Romanización en el Conventus Asturum*, Ministerio de Cultura y la Universidad de Oviedo, Madrid.

ROMERO CARNICERO, Fernando (1984) “La Edad del Hierro en la Serranía Soriana: los castros”. *Studia Archaeologica*, nº75.

- (1991) “Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria”. *Studia Archaeologica*. 80.

ROVIRA I BUENDÍA, Núria (2007) *Agricultura y gestión de los recursos naturales en el sureste de la Península Ibérica durante la prehistoria reciente*. Tesis Doctoral Universitat Pompeu Fabra. Institut Universitari d’Història Jaume Vicens i Vives. Barcelona.

<http://www.tesisenred.net/handle/10803/7468;jsessionid=95F85B021FFEAE8C8B9564B70C9E206C.tdx1>

ROWLANDS, Michael John (1980) “Kinship alliance and Exchange in the european bronze age”. En John BARRETT y Richard BRADLEY (eds). “Settlement and society in the British later bronze age”. *British Archaeological Reports. British Series*. Nº 83.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, Marisa (1992) “La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica”. *SPAL. nº 1. pp. 219-252.* Sevilla.

- (1993) “El Noroeste de la Península Ibérica en el contexto de la prehistoria reciente de Europa Occidental”. *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología. Vol. I.* Vigo.
- (1998) *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental.* Ed. Crítica Barcelona.
- (2001) *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro en España? .Sociedad, Economía e Ideología.* Ed. Crítica. Barcelona.

RUIZ ZAPATERO, Gonzalo (1993) “El concepto de los Celtas en la Prehistoria europea y española. Los Celtas: Hispania y Europa”. *Actas de El Escorial, Cursos de Verano, 1992,* Universidad Complutense de Madrid, 23-62.

- (1985) “Los Campos de Urnas del Noroeste de la Península Ibérica”. Universidad Complutense de Madrid.

RUANO RUIZ, Encarnación (1994) "El amor y el matrimonio entre los íberos". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, 7, Hª Antigua,* pp. 141-163.

RUBIO DE MIGUEL, Isabel (2004) “Rituales de cráneos y enterramientos en el Neolítico precerámico del Próximo Oriente”. *Cu PAUAM, N°30,* pp.27-45-

SACCHI, Mariana (2010) “Algunos apuntes sobre la arqueología de la infancia: Exploración de vías metodológicas para su definición”. *Revista de Antropología Experimental, nº10,* pp.281-292.

SAGRADO EUSTAQUIO, Luis (1996) y JIMÉNEZ DE FURUNDARENA, Agustín. "La religión practicada por los militares del ejército romano de Hispania durante el Alto Imperio Romano (ss I-III)". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, 9, HªAntigua,* pp. 289-319.

SAHLINS, Marshall (1977) *La economía de la Edad de Piedra.* Ed. Akal. Madrid.

SAINERO, Ramón (1999) *Diccionario Akal de Mitología celta.* Ed. Akal. Madrid.

SALAZAR, Julián, (2011) FRANCO, Valeria y BERBERIÁN, Eduardo. “Una aproximación a la sacralidad de los espacios domésticos del primer milenio del Valle de Tafí (Noroeste Argentino)”, *Revista Española de Antropología Americana,* vol.41, pp.9-26.

- (2007) “Materialidad doméstica y uso del espacio en un poblado del periodo de desarrollo regionales del Valle de Yocavil (Tucumán, Argentina)”. *Nuevos Aportes*, nº4, pp. 55-78.
- SALINAS DE FRÍAS, Manuel (1986-7) “Indigenismo y romanización de Carpetania: Observaciones en torno al proceso romanizador en al Meseta meridional”. *Studia Historica. Historia Antigua*, nº 4-5, pp.27-36.
- (2001) *Los vettones: indigenismo y romanización en el occidente de la meseta*. Ed. Universidad de Salamanca.
- SALTZMAN, Janet (1992) *Equidad y género. Una teoría integrada de estabilidad y cambio*. Ed. Cátedra. Madrid.
- SALVÁ, Bartomeu (2007) y HERNÁNDEZ-GASCH, Jordi. “Los espacios domésticos en las Islas Baleares durante las Edades del Bronce y del Hierro. De la Sociedad Naviforme a la Talayótica” en BELARTE Maria Carme *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier millenni aC): actes de la IV Reunió internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell-Tarragona, 6 al 9 de març de 2007)* pp.299-322
- SANAHUJA, M^a Encarna (1971) “Instrumental de hierro agrícola e industrial de la época Íbero-romana en Cataluña”. *Pyrenae* 7, pp.61-110.
- (2002) *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Ed. Cátedra, serie Feminismos. Madrid.
 - (2006) *Contra la falsificación del pasado prehistórico. Buscando la realidad de las mujeres y los hombres detrás de los estereotipos*. Estudios e Investigaciones. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Secretaría General de Políticas de Igualdad. Instituto de la Mujer. Universidad Autónoma de Barcelona.
 - (2007) *La cotidianidad en la Prehistoria. La vida y su sostenimiento*. Ed. Icaria. Barcelona.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Ángel (1999) “Las técnicas constructivas con tierra en la arqueología prerromana del país valenciano”. *Quadernos de Prehistoria. Arqueología*, nº20, pp.161- 188.
- SÁNCHEZ LIRIANZO, Olga (2005) “Hacia una arqueología más <<social>>” en Margarita Sánchez Romero (Ed) *Arqueología y Género*. Universidad de Granada.

- (2008) “El debate teórico en los estudios de la arqueología del género y su incidencia en la prehistoria” En Lourdes Prados y Clara Ruiz (Eds) *Arqueología del Género. 1^{er} Encuentro Internacional en la UAM*. Madrid.
- SÁNCHEZ-MORENO, Eduardo (1997) “La mujer en las formas de relación entre los núcleos y territorios de la Iberia protohistórica. Testimonios literarios”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, nº10, pp.285-294.
- (2008) y GÓMEZ-PANTOJA, Joaquín L. (coord.) *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. La Iberia prerromana y la Romanidad*. Ed. Sílex. Madrid
- SÁNCHEZ- PALENCIA, Francisco J. (1983) “Explotaciones auríferas en el Conventus Asturum. *Indigenismo y Romanización en el Conventus Asturum*”, Ministerio de Cultura y Universidad de Oviedo, Madrid.
- (1984-85) “Los <<Morteros>> de Fresnedo (Allande) y Cecos (Ibias) y los lavaderos de oro romanos en el noroeste de la Península Ibérica”. *Zephyrus*, 37-38, pp.349-359.
 - (1986-1987) “Vivienda y urbanismo en la Asturias interior: La Corona de Corporales”. *Zephyrus*, nº39-40, pp. 375-386.
- SÁNCHEZ ROMERO, Margarita (2005) (ed.) *Arqueología y género*. Universidad de Granada.
- (2005b) y ARANDA, Gonzalo. “El cambio en las actividades de mantenimiento durante la Edad del Bronce: nuevas formas de preparación, presentación y consumo de alimentos”. *Treballs d’Arqueologia*, nº 11, pp.73-91.
 - (2006) “Maternidad y prehistoria: prácticas de reproducción, relación y socialización”, en Begoña Soler (coord.) *Las mujeres en la Prehistoria*. Museu de Prehistòria de València.
 - (2007) “Actividades de mantenimientos en la Edad del Bronce del sur peninsular: el cuidado y la socialización de los individuos infantiles”. *Complutum*, vol.18, pp. 185-194.
 - (2008) “Childhood and the construction of gender identities through material culture”. En Eileen Murphy (ed.) *Childhood in the past 1*.pp.17-37.
 - (2010) “¡Eso no se toca! Infancia y cultura material en arqueología”. *Complutum*, Vol.21 (2), pp. 9-13.

- SAN ROMÁN, Teresa, (2003) GLEZ, Aurora y GRAU, Jorge. *Las relaciones de parentesco*. Publicacions d'Antropologia Cultural. Universitat Autònoma de Barcelona.
- SANTOS ESTÉVEZ, Manuel (1998) "Los espacios del arte: el diseño del panel y la articulación del paisaje en el arte gallego". *Trabajos de Prehistoria*, vol.55, nº2, pp.73-88.
- (2008) "Petroglifos y paisaje social en la prehistoria reciente del noroeste de la Península Ibérica". *TAPA*, nº 38.
- SANTOS YANGUAS, Juan (2003) y TORREGARAY, Elena. *Revisiones de Historia Antigua IV: Polibio y la Península Ibérica*. Vitoria.
- SANTOS YANGUAS, Narciso (2006) *Asturias, los astures y la cultura castreña*. KRK. Oviedo.
- SANTOS VELASCO, Juan. A (2010) "Naturaleza y abstracción en la cerámica ibérica con decoración pintada figurada". *Complutum*, vol.21, pp. 145-168.
- SANZ MÍNGUEZ, Carlos (1990) "Metalistería prerromana en la cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de Tipo Monte Bernorio". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. Tomo LVI. Valladolid, pp. 170-188.
- SANZ VILLA, Juan Ramón (1996) *Los dioses astures*. Breviarios de la calle del pez. León.
- SARDÁ SEUMA, Samuel (2010) "El giro comensal: nuevos temas y nuevos enfoques en la protohistoria peninsular". *Herakleion*, nº3, pp. 37-65.
- SASTRE PRATS, Inés (1998a) *Formas de dependencia social en el Noroeste peninsular*. Ponferrada, Instituto de Estudios Bercianos.
- (1998b) "Arqueología del paisaje y formas de explotación social: el caso del Noroeste peninsular". *Arqueología Espacial*, 19-20. Teruel.
 - (1999a) *Formaciones sociales y organización territorial en el Conventus Asturum: la integración en el mundo romano y el proceso histórico durante el Alto Imperio*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Historia Antigua. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/2513/>)
 - (1999b) "La formación de los grupos dominantes en las zonas mineras de la Asturia Augustaza. A propósito de un nuevo *Vet. Leg. VII.gem* de la zona arqueológica de las Médulas". *Archivo Español de Arqueología*, 72, 273-279.

- (1999c) “Estructura de explotación social y organización del territorio de la Civitas Zoelarum”. *Gerión*, 17, 345-359.
 - (2001) *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*. Madrid: Ediciones clásicas.
 - (2002) “Onomástica y relaciones políticas en la epigrafía del *Conventus Asturum* en época alto imperial”. *Anejos del Archivo Español de Arqueología*, 25.
 - (2004) “Los procesos de complejidad social en el noroeste Peninsular: arqueología y fuentes literarias”. *Trabajos de Prehistoria*. 61, nº2, pp.99-110.
- SCHIR, M, Edwin (1968) *El problema de la mujer*. Ed. Hormo. Buenos Aires.
- SCHULTEN, Adolf (1942) “Castro prerromanos de la región cantábrica” *Archivo Español de Arqueología*, T.º XV, pp. 1-16. Madrid.
- SCOTT, Joan W. (1996) “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. . *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Ed. Pueg. Porrúa.
- SEGURA, Cristina (1996) “Tiempo de Hombres. Tiempo de Mujeres” en Crisitina Segura y Gloria Nielfa (Eds) *Entre la marginación y el desarrollo: Mujeres y Hombres en la Historia*. Pp. 27-42. Ed. del Orto. Madrid.
- SERNA, María R. (1995) “La estación de Alto de Guriezo-Hayas y el megalitismo en la zona oriental de Cantabria”. *Cuadernos de Sección: Prehistoria-Arqueología*, nº6, pp.121-134.
- SERNA, Alix (1996) VALLE Mª. Ángeles y MUÑOZ, Emilio. “Poblados de la Edad del Hierro en el área costera de Cantabria”. *La Arqueología de los Cántabros*. Actas de la Primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria, Ed. Fundación E. Botín, pp. 83-93, Santander.
- SERNA GANCEDO, M. Luís (2010) MARTÍNEZ, Antxoka y FERNÁNDEZ, Virgilio (Coords) *Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro hasta las guerras con Roma*. Ed. ACANTO. Santander.
- SERVICE, Elman R. (3.ª ed. 1984) *The hunters*. New Jersey.
- SEVILLA RODRÍGUEZ, Martín (1977) “Ambatus en la epigrafía hispánica”. *Memorias de Historia Antigua*, nº1, pp.163-166.
- (1980) “Posibles vestigios toponímicos de cultos célticos en el Noroeste de la Península Ibérica”. *Memorias de Historia Antigua*, nº3, pp.261-271.

- (1984) “Toponimia de origen indoeuropeo prelatino en Asturias”. *Instituto de Estudios Asturianos*, Oviedo.
- SHANIN, Teodor (1979) *Campesinos y sociedades campesinas*. Fondo de Cultura Económica. México.
- (1983) *La clase incómoda. Sociología del campesinado en una sociedad en desarrollo*. Ed. Alianza. Madrid.
- SIONED, Davies (2007) *The Mabinogion*. Oxford World’s Classics.
- SOLER SEGURA, Javier (2007) “Redefiniendo el registro material. Implicaciones recientes desde la arqueología del paisaje anglosajona”. *Trabajos de Prehistoria.*, 64, nº1, pp.41-64.
- STOLCKE, Verena (1996) “Antropología del género. El cómo y el porqué de las mujeres”. En Prat y Martínez (Eds) *Ensayos de Antropología Cultural*. Pp.335-343. Ed. Ariel. Barcelona.
- STOTHER, Karen E. (2006) “La cerámica de etiqueta de las *tolas* de Japoto (costa de Ecuador)”. *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andine*, nº35 (3), pp. 265-283.
- SUÁREZ OTERO, José (1993) “O Fixón: una nueva perspectiva del bronce final en Galicia” en *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología. Vol II. Vigo*.
- SUDJIC, Deyan (2007) *La arquitectura del poder*. Ariel. Barcelona.
- TEIRA MAYOLINI, Luis César (1994) *El Megalitismo en Cantabria. Aproximación a una realidad arqueológica olvidada*. Servicio Publicaciones Universidad de Cantabria. Gráficas Calima. Santander.
- TILLEY, Christopher (1994) *A Phenomenology of Landscape*. Ed. Berg. Oxford.
- TODARO, Rosalba (2004) y YAÑEZ, Sonia (Eds) *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*. Ed. Centro Estudios de la Mujer. Santiago de Chile.
- TORRES MARTÍNEZ, Jesús (2003) “Recursos naturales y economía de los Cántabros de la Edad del Hierro”. *Complutum*, 14, 169-196.
- TORTOSA ROCAMORA, Trinidad (2003) y SANTOS, Juan. A. (eds) *Arqueología e Iconografía. Indagar en las imágenes*. Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología. CSIC.
- (2006) “Los estilos y grupos pictóricos de la cerámica ibérica figurada de la Contestania “. *Anejos de AEspa. XXXVIII*.

- TRANOY, Alain (1981) *“La Galicie romaine. Recherches sur le nord- ouest de la Péninsule Ibérique dans l’Antiquité”*. París.
- TURNER, Terence (2010) “La producción social de la diferencia humana como fundamento antropológico de los derechos humanos negativos”. *Revista de Antropología Social*, nº19, pp.53-66.
- VALLE, Teresa del (2000) *Perspectivas feministas desde la antropología social*. Ed. Ariel. Barcelona.
- VARELA ARIAS, Elena (1999) y LLANA, César. “Una aproximación a las actividades realizadas en la zona oriental del barrio norte”. *Croa* 9, pp.14-29. Lugo.
- (2000) “Acerca de la funcionalidad de la zona occidental del barrio norte”. *Croa* 10, pp. 21-32. Lugo.
 - (2003) “Análisis de dos unidades habitacionales del Castro de Viladonga”. *Croa* 13, pp. 9-20. Lugo.
- VARGAS, Gabriela (2007) “Tiempo y poder. La antropología del tiempo”. *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, nº67, pp.41-64.
- VÁZQUEZ MATO, Martín Xosé (2010) “Estrategias de asentamiento como indicadores de cronología relativa para la Edad del Hierro en el Noroeste ibérico”. *Herakleion*, nº3, pp. 67-103.
- VÁZQUEZ VARELA, José Manuel (1975) “La ganadería de la cultura castreña en Galicia”. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología*” Vitoria.
- (1987) “La otra cara de la Edad del Bronce. Reflexiones sobre el yacimiento de Portecelo”. *Pontevedra Arqueológica*, nº3, p.95-100 (en prensa).
 - (1988) y CANO PAN, Juan “Una nueva perspectiva de la Edad del Bronce”. *Trabajos de Prehistoria*, nº45, pp.281-287.
 - (1997-1998) “Nuevos datos acerca del aprovechamiento de los recursos marinos en los castros de la costa cantábrica gallega: el yacimiento de A Devesa (Ribadeo, Lugo)”. *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, nº8,1, pp.91-124.
 - (1998) y GARCÍA QUINTELA Marco V. *A vida cotidiá na Galicia Castrexa*. Ed. Servicio de Publicaciones Universidade Santiago de Compostela.. Serie Galicia nº23. Santiago.
 - (1999-2000) “El aprovechamiento de los recursos marinos en la prehistoria y la antigüedad de Galicia”. *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, nº9, pp.335-366,

- (2000) “La dimensión religiosa de los grabados de Monte Bego (Francia)”, *Gallaecia*, nº19, pp.25-42.
 - (2000a), *Etnoarqueología: conocer el pasado por medio del presente*. Diputación Provincial Orense.
 - (2002) “Alimentación, cerámica y ritual: estudio etnoarqueológico de la conservación de la grasa de cerdo”. *Gallaecia*, nº21, pp. 311-316.
- VELA COSSÍO, Fernando (1995) “Para una prehistoria de la vivienda. Aproximación historiográfica y metodológica al estudio del espacio doméstico prehistórico”. *Complutum*, nº6, pp. 257-276.
- (2002) *Espacio doméstico y arquitectura del territorio en la Prehistoria Peninsular*. Tesis Doctoral. Departamento de Prehistoria y Etnología. Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/4744/>)
- VELASCO, Javier (1997-1998) y MARTÍN, Ernesto. “La sociedad prehistórica de Gran Canaria: desigualdad, apropiación y redistribución”. *Vegueta*, nº3, pp. 9-28.
- VELEZ BAUTISTA, Graciela (2004) “Espacio y subjetividad. Orden social desde lo privado y lo público”. *Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal. Espacios Públicos*. Vol.8. nº15, pp.150-161.
- VELLOCH, Victoria (2001) “El emplazamiento tumular como estrategia de configuración del espacio social: Galicia en la prehistoria reciente”. *Complutum*, nº12, pp.33-49.
- VERDEJO SÁNCHEZ, M^a Dolores (1995) (coord) “*Comportamientos antagónicos de las mujeres en el mundo antiguo*”. Atenea Estudios sobre la Mujer. Universidad de Málaga. Málaga.
- VERNANT, Jean-Pierre (1982) “Introduction”. *La mort, les morts dans les sociétés anciennes* (sous la direction de G. Gnoli et J.-P. Vernant). Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l’Homme: 5-15.
- (1986) *La muerte en los ojos: figuras del Otro en la Antigua Grecia* . Ed. Gedisa. Barcelona. “*Le mort dans les yeux*”(1985)
 - (1997) y FRONTISI-DUCROUX. *Dans l’œil du miroir*. París.
 - (2000) *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*. Anagrama. Barcelona. Primera ed. 1999.
 - (2001a) *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Ed. Ariel Filosofía. Barcelona. 1^a Ed 1973. París.

- (2001b) *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*. Ed. Piados. Barcelona. Primera Ed.1989. París.
 - (2003) *Mito y sociedad en la Grecia antigua*. Ed. Siglo veintiuno. Madrid. Primera Ed.1974. París.
- VIDAL JIMÉNEZ, Rafael (2005) “Hermenéutica y transculturalidad. Propuesta conceptual para una reconstrucción del “multiculturalismo” como ideología”. *Nómadas. Revista Critica de Ciencia Sociales y Jurídicas*, nº12.
- VIDAL-NAQUET, Pierre (1983) *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*. Barcelona.
- VIDAL MORANTA, Tomeu (2005) y POL, Enric. “La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares”. *Anuario de Psicología*, vol.36, nº3, pp.281-297.
- VIGO GARCÍA, Abel (2008) “O Castro de Zoñán (Mondoñedo-Lug). Campaña 2007. Resultados preliminares”. *Gallecia*, nº27, pp. 195-204.
- VILASECO, Xosé Ignacio (1997-1998) “Datos sobre a presencia de estruturas de acceso en túmulos megalíticos da provincia de Lugo”. *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, nº8,1, pp.125-158.
- (2008) y FÁBREGAS, Ramón. “Dos finais do II milenio a.C. á segunda Idade de Ferro. O asentamiento fortificado de Os Pericos (Ribeira, A Coruña)”. *Gallaecia*, nº27, pp.89-112.
- VILLA VALDÉS, Ángel (1998a) “El castro del Chao Samartín”. *Revista de Arqueología*, 211, pp. 32-41.
- (1998b) “Chao Samartín, ente la tierra y el tiempo”. *Asturies*, 6, pp. 10-22.
 - (1998c) “El castro del Chao Samartín (Grandas de Salime): Tres años de investigación arqueológica. (1995-98)”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1995-98*. 4.
 - (2001) “Aportaciones al estudio de la evolución del espacio urbano castreño en el occidente de Asturias (ss. IV a.C- II d. C)” en *Protohistoria da Península Ibérica. Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular*. Vila Real, pp.501-521.
 - (2001b) “Descripción de estructuras defensivas y trazado urbano en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime)”. *Boletín del Museo Provincial de Lugo IX*. Lugo, pp.367-419.

- (2002a) “Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos: ss VIII a. C. – s.II d. C” *Trabajos de Prehistoria*, nº59, pp.149-162.
 - (2002b) “El castro O Chao San Martín (Grandas de Salime) y sus relaciones con el N.O Peninsular”, en *Entorno al bimilenario del Eo*, Foro Cultural del Noroeste, pp.371-390.
 - (2003) y Luis CABO “Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el Castro del Chao Samartín: argumentos para su datación”, *Trabajos de Prehistoria*, 60, nº2, pp.143-151.
 - (2005) *El castro de Chao Samartín. Guía para su interpretación y visita*. Grandas de Salime.
 - (2007) “La excavación arqueológica del castro de Chao Sanmartín en el periodo 1999-2002: precisiones sobre su origen y pervivencia”, *Excavaciones arqueológicas en Asturias: 1999-2002*. Consejería DE Cultura, Principado de Asturias, pp. 123-134.
- VILLARÍAS-ROBLES, Juan R. (2008) “La antropología posmoderna: una reflexión desde la etnohistoria peruanista”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol.LXIII, nº.1, pp.37-74.
- VILLOCH, Victoria (2001) “El emplazamiento tumular como estrategia de configuración del espacio social: Galicia en la prehistoria reciente”. *Complutum*, nº12, pp.33-49.
- VV.AA (1996) “La religión y la religiosidad indígena-romana en el Conventus Lucensis”. *Estudios Humanísticos*, nº18, pp. 39-81.
- VV.AA (1986) *Atti del Convengo nazionale di studi su "La donna nel mondo antico"*. Torino 21-22-23 Aprile. A cura di Renato Uglione. CELID. Associazione Italiana di Cultura Clássica . Delegazione di Torino.
- (1988) *Atti del II Convengo nazionale di studi su "La donna nel mondo antico"*. Torino 18-19-20 Aprile. A cura di Renato Uglione. CELID. Associazione Italiana di Cultura Clássica . Delegazione di Torino.
- VV.AA (1997) “De la arqueología simbólica del paisaje a la arqueología de los paisajes sagrados”. *Trabajos de Prehistoria*, nº2, pp. 61-80.
- VV.AA (2000) “Espacios de Género en Arqueología”. *Arqueología Espacial*, 22. Teruel.
- VV.AA (1990-2004) *Hispania Epigraphica*. Servicio de Publicaciones Universidad Complutense. Madrid.

- WICKER, Nancy L. (1998) "Selective female infanticide as partial explanation for the dearth of women in viking age Scandinavia", en Guy Halsall (ed) *Violence and Society in the Early Medieval West*. The boydell Press, Suffolk, UK.
- WRIGHT, Rita (1996) "Technology, Gender and Class: World of difference in Ur III Mesopotamia". En Rita WRIGHT (Ed) *Gender and Archaeology*. University of Pensilvania Press, pp.79-110. Filadelfia.
- YARRITU, M^a José (1990) y Gorrotxategi, Xabier. "El Complejo Cultural del Neolítico Final-Edad del Bronce en el País Vasco Cantábrico". *MUNIBE*, nº42, pp. 107-123.
- (1995) "El megalitismo en el Cantábrico oriental". *Cuadernos de Sección. Prehistoria y Arqueología*, nº6, pp.155-198.
- ZAPATA PEÑA, Lydia (2005/2006) "Agricultura prehistórica en el País Vasco litoral". *Munibe. Homenaje a Jesús Altuna*, nº 57/1, pp.553-561.

FUENTES INTERNET:

BEAZLEY, John. www.beazley.ox.ac.uk

CARRANZA AGUILAR, Eugenia (2009). “Antropología y género. Breve revisión de algunas ideas antropológicas sobre las mujeres”. En <http://gramola.fyl.uva.es/~wceg/articulos/Eugenia2.pdf>

GALLARDO, M^a Dolores *El simposio romano*. Revistas Universidad Complutense Madrid [19-01-2007].

GONZÁLEZ GARCÍA, Marta y PÉREZ SEDEÑO, Eulalia en www.campus-oei.org/revistactsi/numero2/varios2.htm [02-02-2010]

DAVIS-KIMBALL, Jeannine (s/a) “Statues of Sauromatian and Sarmatian Women”. The Center for Study of the Eurasian Nomads (CSEN). http://www.csen.org/WomenWarriors/Statuses_Women_Warriors.html [08/01/2007].

FERNÁNDEZ DE MATA, Ignacio (s/a) “El peso del mito. De la ginecocracia a la nueva lectura de la identidad cántabra. Un estudio de antropología histórica”. www.11M.oeg.org y www.altoesla.com [08/01/2007].

ANEXOS

CRITERIOS PARA LA ELABORACIÓN DEL *CORPUS*

ANEXO I. Corpus Epigrafía Votiva.

- Lectura y transcripción. Se ha utilizado la lectura correspondiente a la primera de las referencias que aparece en la bibliografía citada. En caso de variantes de lectura se indica el autor o autora.
- Abreviaturas utilizadas.
 - Diego Santos (1986) nº= Francisco Diego Santos (1986) *Inscripciones romanas de la provincia de León*. Institución Fray Bernardino de Sahagún de la Excma. Diputación Provincial de León.
 - Mañanes Pérez nº = Tomás Mañanes Pérez (2000) *Inscripciones latinas de Astorga*. Universidad de Valladolid.
 - Mangas (1981) = Julio Mangas (1981) “Nueva inscripción de San Pedro Castañero (El Bierzo, león)”. *M.H.A V*, 267-268.
 - AE = Année épigraphique
 - CIL II. = *Corpus Inscriptionum Latinarum II*.
 - HEp = Hispania Epigraphica.

ANEXO II. Corpus Epigraphia Vadiniense.

- Lectura y transcripción. Se ha utilizado la lectura correspondiente a la primera de las referencias que aparece en la bibliografía citada. En caso de variantes de lectura se indica el autor o autora.
- Abreviaturas utilizadas.
 - Diego Santos AS = Francisco Diego Santos (1985) *Epigraphia romana de Asturias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
 - M. A. Rabanal y S.M García nº= Manuel Abilio Rabanal y Sonia Mª García (2001) *Epigraphia romana de la provincia de León: revisión y actualización*. Universidad de León
 - Sastre, p. = Inés Sastre Prats (1999) *Formaciones sociales y organización territorial en el Conventus Asturum. La integración en el mundo romano y el proceso histórico durante el Alto Imperio*. Tesis Doctoral dirigida por Dr. Domingo Plácido. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Geografía e Historia.
 - AE = Année épigraphique
 - CIL II. = *Corpus Inscriptionum Latinarum II*.
 - HEp = Hispania Epigraphica.

ANEXO III. Corpus Epigraphia Princeps

- Lectura y transcripción. Se ha utilizado la lectura correspondiente a la primera de las referencias que aparece en la bibliografía citada. En caso de variantes de lectura se indica el autor o autora.
- Abreviaturas utilizadas.

- CIL II. = *Corpus Inscriptionum Latinarum II.*
- HEp = Hispania Epigraphica.